

MEDINA

ó

ESCENAS DE LA VIDA ÁRABE.

A DE GONDRECOURT.

MEDINA

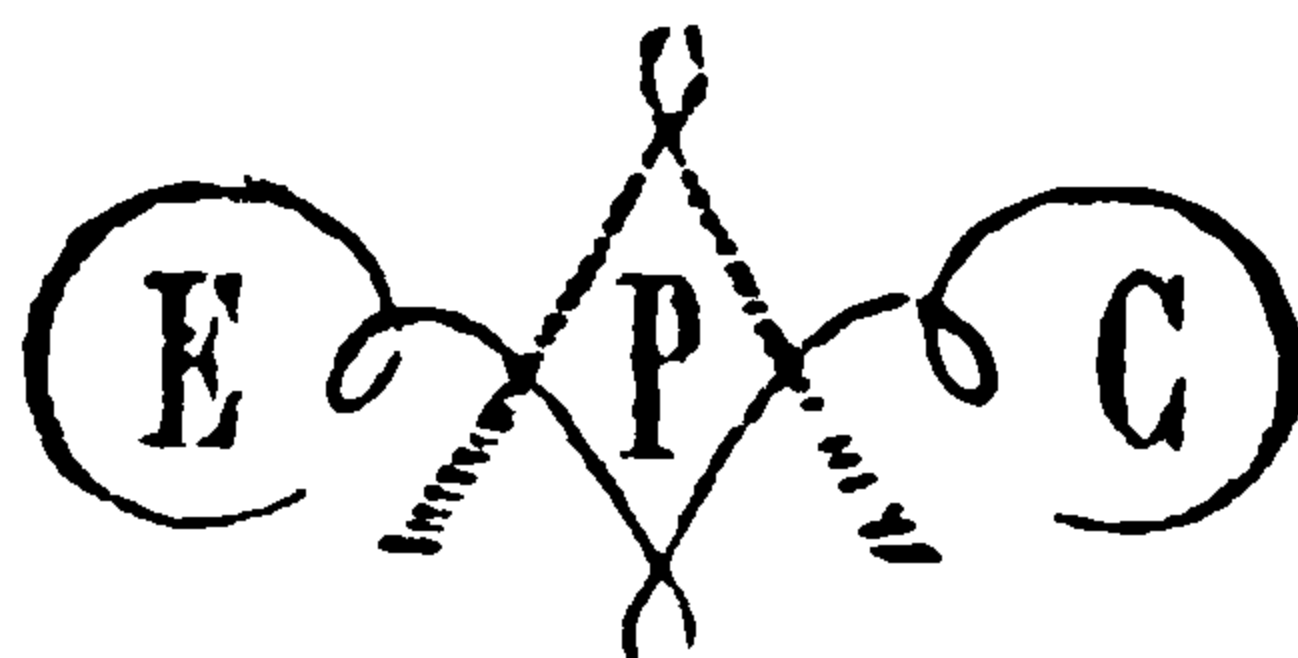
ó

ESCENAS DE LA VIDA ÁRABE,

TRADUCCION

DE JOAQUIN GUICHOT.

TOMO II.



SEVILLA.

E. PERIE Y COMPAÑÍA, EDITORES

calle de Jimios numero 26.

1868.

SEVILLA.--Imp. de la BIBLIOTECA ECONOMICA DE ANDA-
LUCIA, calle Pedro Miguel, 34.

I.

EL DJELEP.

Los sollozos de Mahiah resonaron en la gurbí durante una hora, llamando la atención de los chicuelos que acertaron á oírlos y que corrieron desolados por la Dacherá anunciando la muerte de Zaka la hechicera.

Varios kabilas se acercaron á la puerta de la choza donde se mantuvieron no osando pasar sus umbrales, temiendo al contagio de la enfermedad de que había fallecido la negra. Los extremos de dolor que hacía Mahiah y el miserable cuadro que á la vista ofrecía el interior de tan ruin vivienda, impresionaron compasivamente á aquellos hombres rudos y semi-salvajes, que se preguntaron en voz baja los unos á los otros por el nombre y la tribu de aquel jóven y valeroso negro.

Mahiah oyó el rumor de las palabras compasivas de los kabilas é hizo un esfuerzo prodigioso por dominar su cruel emocion; luego se enjugó las lágrimas con las faldas de su kaban, dirigió una triste y lenta mirada por todo el ámbito de la cabaña y sobre los testigos de aquella lúgubre escena, y exclamó por último con desaliento:

—¿Quién de vosotros me dará un jaique para envolver el cuerpo de mi madre...? ¡Soy el hijo de Mahiah el *ajusticiado*...!

Estas acerbas palabras penetraron en todos los corazones. El nombre de Mahiah y el recuerdo de su valor conmovieron las almas mas egoistas.

Algunos kabilas se quitaron los jaiques y los arrojaron dentro de la gurbis sin pisar los umbrales de su puerta.

Mahiah cortó en tiras con su cuchillo algunos de aquellos jaiques, á fin de coser con ellas los que habían de servir para amortajar el cadáver de su madre. Mientras ejecutaba tan piadosa obra con toda la prontitud de su amor filial, sus ojos no cesaron de derramar lágrimas ni de gemir su pecho (1).

Las mugeres agrupadas en la puerta de la

(1) Los moros, los cafres y los negros, creen que el cuerpo de sus difuntos sufre y su alma está privada de entrar en la celeste morada, en tanto que el cadáver no recibe sepultura. Así que, se dán prisa á enterrar el cuerpo de aquellos á quienes cerraron los ojos. Se comprende cuántos y cuan fatales errores deben ocurrir en un pueblo donde la ciencia médica no ecsiste. El autor ha sido testigo frecuentemente de estas escenas tan extravagantes como dolorosas.

choza exhalaban gritos agudos, prolongados y lastimeros; los hombres permanecían en un tético silencio, y los muchachos miraban con ojos asombrados aquella escena cuyo principal protagonista era para ellos el cadáver de la hechicera.

Pocos minutos bastaron á Mahiah para amortajar el cuerpo de su madre. Luego que hubo apretado el último nudo de las tiras que sujetaban los jaiques, levantose con viveza, y en dos saltos se puso fuera de la estancia... Los curiosos que permanecían en la puerta, se apartaron para darle paso... Pidió con acento suplicante un azadon; y así que se lo facilitaron, corrió presuroso hacia la palmera que cubría con sus verdes hojas, iluminadas con las tintas del sol poniente, el cobertizo del la gurbi, y comenzó á cavar una sepultura al pie de su tronco.

Muy luego el sudor inundó su rostro, cuyos músculos así como los de sus brazos atirantados por el frenético ardor con que cavaba, revelaron á los kabilas que le contemplaban, la viva ansiedad de aquel desgraciado y cariñoso hijo. Muchos de aquellos se prestaron solícitos á ayudarle en su trabajo y á los pocos minutos quedó abierta una profunda fosa.

Mahiah besó repetidas veces el suelo que había de recibir el cadáver de su madre; lo regó con sus lágrimas, y volvió precipitadamente hacia la gurbi, donde penetró solo.

El negro se arrodilló silencioso cual si temiera que el ruido de sus sollozos turbara el eterno des-

canso de la que le dió el ser; levantó el cuerpo entre sus vigorosos brazos con tan cariñoso cuidado, como si fuera el de un niño á quien se dispusiera á mecer sobre su pecho; echóselo á la espalda y salió corriendo hasta la fosa, donde bajó sin soltar su preciosa carga.

Depositola cuidadosamente en su último asilo y comenzó á cubrirla de tierra poco á poco y con la mayor lentitud, acompañando cada desprendimiento que producía con el azadon, con gritos lastimeros y dolorosos quejidos.

Durante esta fúnebre operacion, las mugeres que lo presenciaban no cesaron de exhalar gemidos. Cuando la fosa estuvo cubierta, todos los asistentes se retiraron tristes y silenciosos hacia el Dacherá. Mahiah permaneció arrodillado sobre la tierra recién removida que cubría el cadáver de su madre, encorvada la espalda y el rostro vuelto hacia el Oriente.

.

La noche tendía lentamente su manto sobre el valle kabila. Los montes Kizás reflejaban sobre las peñas y sobre los rojizos matorrales que coronaban su cima, las últimas tintas encendidas del sol poniente, en tanto que dilataban sus sombras gigantescas sobre las arenas del Angaed, y sobre los vergeles del Oasis.

Mahiah se incorporó, y pasose las manos por la frente, que se tiñó con la sangre que había hecho brotar de sus dedos el duro trabajo del enterramiento de su madre. Dió treguas á su dolor y di-

rigiose con paso vivo y resuelto hacia la casa situada en el centro del Dacherá.

El lugarejo parecía estar desierto; el negro no encontró ni una sola persona en su camino; mas viendo sentado en la puerta de la citada casa un anciano kabila, llegose á él, y le preguntó si el Djelap había comenzado, y si podría conferenciar con el Kaitlausfan.

—Entra; respondió el interpelado, al mismo tiempo que señalaba con la punta de su palo una esterilla puesta delante de él.

Mahiah arrojó algunos musunas (ochavos morunos) en el sitio que se le señalaba, y entró.

El negro cruzó á buen paso un estrecho corredor, levantó una cortina roja que cerraba una de sus estremidades, y se encontró en un patio cuadrado que rodeaban esbeltas columnas, las cuales sostenían una galería superior, ocupada por muchas mugeres, cubiertas la mayor parte, con largos velos. Al nivel del piso del patio, vió otra galería adornada con almohadones y esteras.

El Kaitlausfan rodeado de los principales habitantes del Dacherá, mostrábase gravemente recostado sobre un lecho de cojines. Cuatro bandadas, verdes, rojas y amarillas, formaban á manera de un dosel sobre su cabeza y ocultábanle en parte, entre sus pliegues.

Era un anciano de mirada imponente, de frente plana y espaciosa, y su traje blanco bordado de oro, era mas bien brillante que rico. El silencio mas respetuoso reinaba en su derredor; dos

resinosas teas alumbraban la escena, difundiendo una rogiza claridad sobre los negros rostros de los asistentes, que se mantenían tan inmóviles é impasibles como el gefe.

En medio del patio cuyas baldosas estaban perfectamente limpias, regadas y perfumadas, veíase una estufilla sostenida por un trípode de bastante altura, de donde se exhalaba una ligera columna de humo blanquecino, y un olor fuerte y cáustico, semejante al que despedía la vasija de la bruja Zaka. Dos ancianos, hombre y muger, estaban acurrucados junto á la estufilla, puestas las manos sobre las rodillas y la barba descansando en las manos, en una actitud que hacía mas repugnante su fealdad.

Al aparecer Mahiah en el patio, las mugeres situadas en la galería superior lanzaron tres veces y con robustos pulmones el grito peculiar de todas sus ceremonias: Yú! yú! yú!

El negro se acercó al Kaitlausfan.

—¿Qué me quieres? preguntó el gefe.

—Quiero, respondió Mahiah con entereza, conocer lo futuro y sacrificar al Djelep...

—¿Quien eres?

—Soy hijo de Mahiah *el ajusticiado* y he nacido entre los Beni-Kizá.

—Conoci á tu padre... fué un valiente... Pero ¿qué proyectos son los tuyos que deseas leer en lo porvenir?

—Quiero conocer á los enemigos de mi raza.

—¿Para qué?

—Para herirlos como me han herido.

—¿Serás inexorable con todos ellos?

—Con todos... Lo he jurado.

El kaitlausfan se incorporó sobre un codo, señaló con un gesto el centro del patio á Mahiah, é hizo al mismo tiempo una señal de inteligencia á uno de los gefes que se habían acercado al negro.

Mahiah se adelantó con paso resuelto hácia el lugar que se le señalaba, y los dos ancianos acurrucados junto á la estufilla se levantaron para recibirle.

En el mismo instante reuniéronse en uno de los ángulos de la galería unos veinte músicos, que empezaron en el acto á templar sus instrumentos de la manera que Dios les dió á entender. Esta orquesta se componía de panderetas ó *zingani* con cascabeles, clarinetes, timbales, oboes, triángulos, un bombo y algunas bocinas hechas con astas de toro. Estos músicos eran todos negros de pura raza congoleña; hombres de mediana estatura, cara ancha, alegre, bondadosa y franca, y tenían las orejas y los dedos cubiertos de grandes anillos. A una señal del que entre ellos hacía de gefe, se formaron en tres filas compactas y sin orden armónico.

Los dos viejos de la estufilla, que podemos llamar los sacrificadores, condujeron á Mahiah hasta ponerlo debajo de una de las teas encendidas, y allí le desnudaron de una parte de sus ropas. Despojado ya del kaban de lana burda, el jóven cafre dejó á descubierto sus anchas espaldas, sobre

cuyo brillante negro de ébano reflejaron los rojizos colores de la tca, y mostró sus brazos largos y delgados pero de fuerte musculatura, y un torso algo encorvado pero robusto y vigoroso; que indicaba la fuerza de un Alcides, y una juventud en toda su lozanía.

Oyose por todas las galerías un murmullo de satisfaccion.

Los sacrificadores ofrecieron á Mahiah una vasija llena de sangre de gallina con la cual se frotó los brazos y todas las articulaciones. Terminada esta primera operacion, los dos viejos sacaron de la estufilla un poco de la mezcla soberana que contenía, dejáronla enfriar, y luego perfumaron con ella las espaldas y la cabeza del negro (1).

Ya purificado pusiéronle sobre los hombros un cumplido caftan lleno de cascabeles, una faja en la cintura, y un gorro en la cabeza; ambas cosas cuajadas de conchas del mar que al menor movimiento del cuerpo producían un ruido discordante.

Concluido de vestir el iniciado, apartáronse los sacrificadores y comenzaron á ejecutar una danza lenta, invitándole á que los imitase. Los músicos que hasta entonces habían permanecido silenciosos, principiaron una tocata de mesurado compás. Mahiah ejecutó los primeros pasos de un baile militar semejante al de los antiguos griegos y que los *A'isa 'i* (2) llaman *Zikr*.

(1) Esta mezcla es una infusion de benjuí, goma arábica, esencia de sambel y madera de calari.

(2) Secta del morabito Mohamet-ben-Aisa.

Muy luego los oboes y clarinetes apresuraron el compas, y el bombo y los timbales animaron con redoblados golpes los sonos monótonos de la orquesta. Entonces los sacrificadores cesaron de bailar y dejaron al jóven entregado á su propia inspiracion.

Escitado por las primeras cadencias de la música, y animado por el movimiento de sus primeras actitudes, Mahiah desplegó gradualmente sus fuerzas y la elasticidad de sus miembros. Desde este instante, el negro dejó de ser *iniciado* para tomar el caracter de *poseido*; su rostro se iluminó con una espresion indefinible; sus ojos brillaron con una luz fosforecente; y crujieron sus articulaciones á impulso de los sacudimientos que imprimió á su cuerpo ágil y flexible. Los músicos obligados por la creciente rapidez de los movimientos del bailarín, aceleraron el compas, las panderetas zumbaron con ronco estrépito bajo los huesudos dedos que las manejaban; las mugeres atronaron el espacio con sus gritos agudos y penetrantes, y los hombres se pusieron en pie para no perder de vista uno solo de los gestos del poseido.

La danza acompasada y cadenciosa cedió muy luego su puesto á evoluciones aceleradas, á saltos prodigiosos, á espantosas convulsiones. La orquesta exaltada tanto por la vivacidad del compas con que tocaba como por la rapidez vertiginosa de los movimientos del bailarín, producía un ruido infernal. Los músicos cubiertos de sudor

golpeaban como energúmenos las panderetas, el bombo y los timbales, acompañando cada uno de sus descomunales porrazos, con un suspiro semejante al que exhala el leñador á cada hachazo que descarga sobre el tronco del árbol que intenta cortar.

Al estrépito de esta música salvaje acompañaba el ruido de los cascabeles y de las conchas de mar que cubrían el vestido de Mahiah, y los gritos ya roncos, ya penetrantes del poseído, se mezclaban al coro infernal que entonaban los hombres de la galería baja, que participaban de la demente exaltación del cafre.

El hijo de Zaka se manifestaba infatigable y desarrollaba en el torbellino de su ejercicio todos los recursos, toda la elasticidad de su naturaleza varonil y bárbara. La risa convulsiva que estremecía sus labios dejaba descubiertos sus dientes blancos y afilados; sus pies parecían no tocar el suelo, y sus puños cerrados golpeaban incesantemente su pecho, sus piernas, todo su cuerpo, en fin, que se agitaba con febril ardor, braceando y pataleando como un epiléptico.

Los sacrificadores se acercaron al poseído y le entregaron un yatagan y un puñal. Al tomar en sus manos estas armas, el frenesí del negro llegó al paroxismo del furor. Rechinó los dientes con rabia; los ojos parecían querer salirse de sus órbitas, y se precipitó con saltos desordenados hacia todos los ángulos del patio rugiendo como un tigre, gritando como un endemoniado, hiriendo el

aire con descomunales tajos, y amenazando con la muerte á los testigos de esta furiosa escena.

Los kabilas se mostraron mas atentos y mas complacidos, deduciendo por las señales de furiosa demencia que daba Mahiah, que el demonio tomaba posesion de su alma y encadenaba todo su ser.

La orquesta imitaba todas las fases de la locura del cafre, rugiendo y ahullando como él é imitándole en sus diabólicas contorsiones. Los músicos parecían, en tal momento, divinidades infernales estimulando los desórdenes de una saturnal.

Al cabo de una hora de frenéticos ejercicios, Mahiah, rendido, jadeante y perdida la razon, cayó pesadamente al suelo cual si hubiera sido víctima de un ataque de apoplejía fulminante.

Uno de los kabilas se acercó á paso lento y menudo hacia él; inclinose sobre su cuerpo, besole las manos y los pies con religioso respeto, y luego comenzó á bailar en su derredor.

Entonces la orquesta cesó de atronar el aire con sus desordenados acordes y ejecutó una tocatá lastimera, en la cual los oboes llevaban la voz con sonido melancólico.

De improviso el negro se levanta, retrocede dando un salto descomunal, y luego se precipita exhalando un grito de hiena sobre el kabila, á quien derriba en tierra é intenta ahogar estrechándole entre sus poderosos brazos.

Esta fué la señal para renovar la pasada escena: la orquesta rompió de nuevo con estrépito infernal, y la asamblea exhaló gritos de entusiasmo

envidiando la suerte de los poseidos, quienes entre los golpes de su bárbara lucha se comunicaban recíprocamente la ciencia de lo porvenir.

En esto, el Kaitlausfan arrojó en medio del patio dos varitas de marfil que los poseidos recogieron con presteza, y con las cuales ejecutaron una pantomima, inventando actitudes y contorsiones nuevas y dejándose arrebatarse por el vértigo mas furioso; hasta que destrozados, jadeantes é imposibilitados de moverse cayeron al suelo el uno sobre el otro como masas inertes.

Entre tanto, había llegado el momento de dar todo su verdadero carácter, toda su vertiginosa animación á la escena; los espectadores de la primera galería, arrastrados, enloquecidos á la vista del espectáculo que tenían delante y escitados hasta el delirio por el estrépito, los silbidos y el horrible bramar de la orquesta; despójense de todo aquello que puede servir de embarazo á sus movimientos, se dan las manos, se precipitan en medio del patio, y entre ahullidos infernales, se entregan como furias á un baile diabólico dando vueltas en derredor de los poseidos.

Luego rompen el cordon que tenían formado, y dan comienzo á una lucha de caníbales durante la cual se persiguen, se golpean, y se derriban al suelo; pisoteándose, ahullando y babeando como fieras hambrientas que se disputan un cadáver fresco todavía. Los músicos que han reservado para este momento supremo el último aliento y vigor de sus pulmones, hacen rechinar los instrumentos so-

plando sin concierto, con los carrillos inflados y los ojos fuera de sus órbitas y rompen las pande-retas hiriéndolas á puño cerrado.

Los gritos lúgubres de las mugeres; la luz roja y el humo que difunden las teas; el pataleo sordo y convulsivo de esta bataola frenética; el estertor de los que caen rendidos por el cansancio y la confusa mezcla de todos aquellos rostros negros, horribles y desfigurados, y de albornoces blancos hechos girones, dan á esta escena un carácter monstruoso que la palabra no puede espresar.

El Djelep está á punto de terminarse. Los bailarines y los músicos van cayendo uno despues de otro sobre las baldosas del patio. La eleccion queda hecha entre los poseidos; el Angel de los Muertos se ha manifestado á ellos; sin embargo la fiesta infernal no queda del todo terminada hasta que el último músico cae sobre su instrumento y el último energúmeno se recuesta sobre el duro suelo.

Repuesto Mahiah y recobrado el conocimiento, apresurose á despojarse del caftan salpicado de conchas y cascabeles y á recobrar su jaique burdo con el cual se vistió. Hecho lo cual separose con cautela del torbellino que amenazaba no soltarlo en muchas horas; levantó la cortina que cerraba la entrada de la galería, y se lanzó en las calles del Dacherá.

Pocos minutos despues se encontraba junto á la tumba que encerraba los restos de su madre: arrodillose y besó muchas veces aquella tierra sa-

grada para él, exclamando, al fin, entre lágrimas y sollozos.

—Regocíjate, hija del rey Gaika; amante de Ibrahim; madre de Mahiah...! ¡Regocíjate, pobre Zaka, el Djelep me ha iluminado...! ¡Regocíjate, el esclavo de Al-Arbi va á buscar al leon de Sidi-Bumedin...! ¡Rogocíjate y duerme en paz...!

La aurora difundía su primera luz sobre las blancas arenas del Angaéd y sobre los cañaverales de sus pantanos; mas antes de que los montes Kiza y sus amenos valles recibiesen la brillante luz del astro del día, Mahiah había salvado la cúspide del Bogherá y caminaba hacia los morabitos de Sidi-Bumedin.

II.

LOS DOS GEFES.

El Uled-el-Hamann es un riachuelo formado por los pantanos de la frontera marroquí del Angaed. Es, como si dijéramos, una sangría practicada en las arenas que filtran el agua de los pantanos hasta el lago principal. En la estación de las lluvias, cuando las arenas desaparecen bajo la inundación y los cañaverales invaden la llanura, el riachuelo arrastra con fragor en su profundo álveo las aguas que bajan de la montaña; se da aires de río majestuoso, olvidándose que en la primavera lo mismo que en el verano la adelfa crece en sus orillas, que su potente voz se transforma en un murmullo, y que su arrebatado torrente se convierte en un tranquilo regajo.

El país de los Uled-Hamann (familias oriun-

das de la gran tribu de los Djafras que habitan los pantanos durante el estío) es vasto, árido y completamente despoblado de árboles. Tal cual palmera crece á larga distancia y arroja una tercia de sombra sobre aquel suelo inculto: la tierra es llana como la superficie de los lagos que suelen encontrarse en ella: un silencio grave, místico y solemne reina en aquel desierto, silencio solo interrumpido de tarde en tarde por el disparo de la espingarda de un cazador, por el ruido de las alas de una numerosa bandada de pájaros ó por el ruido del leon.

Los Uled-Hamann son un pueblo miserable que vive del comercio de pieles, del producto de la caza y de la sal que obtienen en sus lagunas y que venden á las kabilas del Atlas. Esta tribu se manifiesta orgullosa por haber visto nacer en una de sus tiendas al mas leal amigo de Abd-el-Kader, su mas sabio consejero, su mas habil general, en fin, al célebre califa del Angaed, sidi Ben-Allal.

Este famoso guerrero despues de haber ayudado con todo su poder al Emir de los creyentes, había tomado sobre sus hombros el heróico empeño de sostener la Guerra Santa en el círculo de Tlemsen y sobre la frontera de Marruecos, mientras que el Sultan trabajaba por levantar las tribus kabilas de la costa, entre Argel y Oran.

Obligado á luchar con un general habil é infatigable, el general Bedeau, y contra tropas valientes y aguerridas, Ben-Allal encontrábase á la sazón bastante escaso de aquellos recursos fruto

de su larga experiencia con que en otros tiempos había sostenido la guerra ventajosamente. Durante su curso, supo disputar la victoria oponiendo la astucia á la fuerza, las estratagemas á la táctica, la constancia á los reveses; cansando las tropas francesas con marchas y contramarchas incesantes, y fatigándolas con escaramuzas, emboscadas, falsos ataques y mentidas deserciones.

Así las cosas, un morabito célebre, guerrero infatigable y amigo leal, que había ayudado poderosamente con su celo y actividad al Califa, en la ruda tarea que se había impuesto por respetos de Abd-el-Kader y por obediencia á la ley del Profeta, fué llamado por el Sultan y tuvo que abandonar la compañía de Ben-Allal, quien perdió con él su brazo derecho y todas sus ventajas. Desde este día, faltó el Califa de la palabra ardiente y fanática del amigo que sublevaba las tribus en favor del Islam, y del guerrero cuyos golpes eran ciertos y mortales en los combates, comprendió que debía ceder el terreno y adoptar otro sistema de guerra. A manera del javalí herido y acosado, pero que no se quiere rendir, refugiose con su familia, sus fieles servidores y mas valientes amigos, en los pantanos de los Uled-Hamann. En aquel desierto, entre mares de arena é impenetrables cañaverales, el anciano guerrero desafiaba á los cristianos, soñaba con nuevas batallas y esperaba el triunfo definitivo de la media Luna sobre la Cruz.

.

Trasladaremos al lector al aduar de Ben-Allal, situado á quince leguas prócsimamente de los montes Kiza y de la tribu negra de este nombre.

Solo un ojo experimentado puede conocer que aquel aduar pertenece á un gran gefe. Compónese de algunas tiendas de mezquina apariencia, levantadas en círculo en derredor de otras dos mas espaciosas que aquellas: delante de una de estas últimas, vense seis caballos de pura sangre, trabados y comiendo un pienso bajo la vigilancia de un esclavo. En la entrada de una de ellas, mantienese inmovil un Schiaus armado de una larga vara blanca; delante de la otra se vé una esclava vieja, sentada y moliendo cebada como la hermana de Zaka entre los Medgeres.

La primera de estas tiendas pertenece al Califa, la segunda á sus mugeres.

Una decorosa y aseada pobreza reina en el aduar; adivínase desde luego, al entrar en él, que es el refugio de algun noble y valiente proscrito, del gefe de alguna familia respetable y respetada.

Sidi Ben-Allal está sentado en su tienda, vuelto el rostro hácia el Oriente. Su fisonomía es grave, tranquila; su mirada viva, penetrante; su barba larga, clara y blanca; sus labios graciosos; su nariz fina, aguda y lijeramente encorvada, y en su frente se dibuja una profunda arruga que rara vez desaparece. Este hombre sóbrio de palabras y de gestos, inspira respeto á cuantos se le acercan; todos sus vestidos son blancos y del tejido mas fino así como su turbante de muselina, que dá cinco

vuelatas apretadas sobre el jaique que cubre su cabeza y sirve de marco á su rostro. Con ese trage y envuelto entre los pliegues de un amplio y doble albornoz, parece un gran sacerdote de los tiempos antiguos ó un patriarca de los bíblicos. Muestra desnudas las piernas lo mismo que los pies que oculta debajo de sus rodillas.

El Califa fuma en una pipa cuyo largo tubo termina en una boquilla de ambar: un jóven esclavo, vestido con una túnica de lana blanca ceñida al talle con una faja de seda encarnada, se mantiene á su lado sosteniendo una taza de café puesta al alcance de la mano de Ben-Allal, quien, en el momento en que lo sacamos á la escena, concluía una partida de ajedrez entablada con un anciano que está sentado frente á él.

Este segundo personaje se llama el Abib-Bu-Al-Arbi (1). Su fisonomía es de aquellas que desde luego causan profunda impresion. Es alto y ligeramente encorvado con el peso de los años; sus manos tiemblan y su voz es firme y revela costumbre de mando militar; su semblante movible y lleno de vivacidad, contrasta con la inmovilidad y lascitud del de Ben-Allal; su mirada es inquieta é interrogadora, y el color de su rostro es cobrizo pero trasparente y bañado de una tinta rojiza; una profun-

(1) Todo árabe nacido de un padre ilustre lleva el nombre de su padre, añadiendo la palabra BEN (hijo) así, por ejemplo, el hijo de Ismael se llama Ben-Ismael; recíprocamente el padre de un hombre célebre toma frecuentemente el del hijo, añadiendo la palabra BU (padre) de aquí Bu-Al-Arbi.

da cicatriz cruza formando una diagonal su frente altanera, desde la sien derecha á la ceja izquierda; su diccion es pura, su actitud erguida y sus movimientos participan de la dignidad del gefe árabe, y de la franqueza del soldado europeo. No lleva barba, viste el traje turco y parece tener mas de sesenta años. (1)

—La suerte te favorece, Al-Abib, dijo el Califa, entregando el tablero al jóven esclavo; si jugase hoy mi quita-sol (2) contra tu turbante, estoy seguro de que lo perdería.

—Tiempo es ya de que Aláh me proteja.

—¿De que te quejas? desde que vivimos bajo la misma tienda ¿no has llegado á convencerte de que mis desgracias son muy superiores á las tuyas?

La fisonomia de Al-Abib, manifestó una profunda tristeza; su frente se nubló y permaneció silencioso.

—Si la memoria no me es infiel, tengo ochenta años; y por tanto, mucha mas edad que tú; y como en este mundo quien mas años cuenta, cuenta tambien mayor número de infortunios... Cuando viniste á nosotros buscando consuelos y un refugio contra la ingratitud de tu patria adoptiva, estabas agoviado bajo el peso de las aflicciones que el Profeta envía á los que abandonan el cami-

(1) Los árabes, por regla general ignoran la edad que tienen; para ellos la juventud es la edad de la fuerza, y la vejez la de la impotencia

(2) El quita-sol, es una de las insignias de mando entre los kabilas.

no recto; pero desde que te has mostrado penitente y sabio y has vuelto al buen camino, el cielo te ha colmado de beneficios; tus riquezas se han levantado sobre las ruinas del pueblo santo, y las mías han sido dispersadas por el huracan de la guerra.

—A las desgracias de mi familia tengo que añadir las de mis hermanos... soy, pues, mas desgraciado que tú.

—Cómo! ¿eres padre del hombre que ha llegado á ser el alma de nuestros consejos y el sable de nuestros combates...? El Profeta se ha comunicado con él; es santo, justo y temido, se apellida la Venganza Celeste, y ha espulsado al último cristiano de nuestro suelo... Es el angel del Djead; todos los días lava en la sangre de tus enemigos tus ultrajes; es jóven, hermoso, rico: ¿y en lugar de glorificar á Dios que te lo ha dado, le acusas...? Tienes una hija bella y dulce como la oracion, cuya voz regocija tu alma, cuyas manos acarician tu ancianidad y cuya virtud te llena de orgullo ¿y te quejas...? Ah! vuelve los ojos hacia mí que todo lo he perdido. He visto caer, uno despues de otro, heridos por las balas cristianas, mis cuatro hijos, guerreros esforzados, hermosos ginetes que constituían mi mayor riqueza; he visto saqueado y disperso mi pueblo, y asisto, con las manos atadas, á los últimos momentos de nuestra independendencia y antigua libertad...! Y quien sabe, si la muerte no llega pronto á poner fin á mis infortunios, si amanecerá el día en que me

veas inclinar el cuello para recibir el yugo de los franceses y presentar mis manos yertas á las cadenas de nuestros opresores.

—Nada me dices de Aiha...

—Aiha...! pobre niña, hija mía muy querida, único vástago de mi raza, última gota de sangre del gran Califa...! Ay de mí...! si no hablo de ella es porque su presente y su porvenir son las dos grandes inquietudes que hoy atormentan mi alma...! Aiha, báculo de mi vejez, mi último, mi único amor en la tierra, ¿qué será de tí despues de mi muerte, sola y abandonada en este país conquistado y maldecido, donde imperan la iniquidad y la traicion, donde los hijos del Profeta doblan la rodilla delante de los cristianos; donde las mezquitas están desiertas, y donde las sierras, los montes y las llanuras no vomitan ginetes armados, como no sea para servir de guías ó exploradores á los enemigos del único y verdadero Dios... qué será de tí?

—Tranquilízate, Ben-Allal; tu hija será siempre respetada, aun despues de tu muerte. Por mas que los cristianos hayan sido muy ingratos para mí, debo afirmar que sus soldados son humanos y generosos.

—¡Generosos! ellos que sin justicia y sin razon, han entrado en nuestras tierras, se han apoderado de nuestras ciudades santas y de nuestros rebaños; han quemado nuestras mieses y vaciado nuestros silos...! ¡Generosos los que han atravesado el mar para esterminar nuestras familias y

profanar nuestros sepulcros...! ¿Cómo quieres que no tiemble por el porvenir de mi hija, despues de tanto mal y tantos ultrajes como nos han hecho...? Si la hacen cautiva ¿sabrán considerarla con el respeto que su rango y nacimiento merecen? ¿Sabrán, acaso, esos hombres orgullosos con los títulos que se arrebatan los unos á los otros, que mi raza descende de los primeros Califas y que mis caballos de guerra tienen sangre mas antigua que la que corre por las venas de sus gefes...? Oh! Aiha; ¿por qué no eres hombre...! Entonces te diría: Anda, guerrea como tus hermanos... y dándote el beso de despedida te señalaría tu puesto en la refriega, donde hallarías la victoria ó una muerte digna de tu raza...!

Al-Abib escuchó silencioso la esplosion de dolor del anciano jefe que despertaba amargos recuerdos en su corazon; pasose una mano por la frente y exclamó en voz baja:

Ben-Allal; ambos estamos muy cerca del sepulcro; nuestra edad es casi la misma. Una amistad tan estrecha como la nuestra no debe pasar como una ráfaga de viento sobre la tierra: debe dejar un recuerdo en este mundo donde hemos luchado contra tantas adversidades... Tus reflexiones me han sugerido un pensamiento..... he formado un proyecto.

—¿Cual?

—Al-Arbi, mi glorioso hijo, debe llegar aquí muy en breve; te consta.

Mucho tardó Abd-el-Kader en devolvérnoslo;

si hubiese permanecido entre nosotros, el círculo de Tlemsen no se hubiera sometido cobardemente á los franceses, ni los Djafras (1), tan valientes en otros tiempos, hubieran abandonado el glorioso estandarte del profeta... ¡Como ha de ser! Dios que guía á los fieles creyentes, habrá permitido que el largo viage de tu hijo por Francia sea para bien de nuestra desgraciada tierra.

—Me dijistes que Al-Arbi tenía un glorioso porvenir...?

—Así lo creo.

—En este caso, ¿por qué dudas del de tu hija..?

—Comprendo, amigo; tu pensamiento es el voto mas ardiente que hace mi corazón... pero los hombres que han sido tocados por el dedo de Dios deben dejarse guiar por sus propias inclinaciones. El amor es un sentimiento misterioso y santo que no debe imponerse; es una pasión que se apodera espontáneamente de dos corazones nacidos el uno para el otro. Si tu hijo ama á mi hija, si mi hija ama á tu hijo, consagraremos su union y moriré tranquilo; pero no debemos hacer nada por nuestra parte á fin de que sus almas se encuentren... Solo Dios puede moverlas.

—Las pasiones de mi hijo son vivas é impetuosas, y no dudo que ame á tu hija Aiha desde el momento en que la vea.

—Si mi hija no siente el mismo amor, no seré yo quien violento sus inclinaciones. Solo los pa-

(1) Tribu numerosa al Sur Oeste de Argel, que resistió largo tiempo á las armas francesas.

dres indignos de este nombre venden á sus hijos... Ah! la sed de riqueza da lugar en todas partes, hasta en los aduares, á ese tráfico criminal. Que eso pase entre los cristianos, es cosa que no me estraña, esclavos como son todos de su aficion al lujo y á la molicie; pero que nosotros, pueblos nómadas, pobres, guerreros, libres como el ave que cruza el espacio y sóbrios como nuestros corceles, llevemos de la mano á nuestros hijos al mercado, es ultrajar al cielo que nos los dió.... Esperemos, pues, la llegada de tu hijo... Aiha es de sangre ilustre, de piedad suma; los nobles hechos de Al-Arbi han debido entusiasmar su corazon altivo y valiente... Se entenderán, no lo dudo... y tú llegarás á saber, sea por tu hijo ó por tu hija lo que podemos esperar de tu proyecto (1).

—Pocas veces te equivocas en tus conjeturas Ben-Allal; y creo que andas muy acertado al decir que Medina, mi hija querida, puede darnos alguna luz sobre este asunto. Es amiga inseparable de Aiha y conoce todos sus secretos.

—Aiha no ha visto á tu hijo.

—Sí, lo ha visto cuando era muy jóven. La imagen del hermoso ginete se gravó en su corazon y no lo ha olvidado.

—Dios es Dios! grande, justo y omnipotente..! Que mire con ojos misericordiosos el último vás-

(1) Los moros, los turcos, y la mayor parte de los árabes de la llanura, al casar sus hijas reciben una suma en dinero del novio. Algunas familias no siguen esta costumbre bárbara, y dejan libre la eleccion á sus hijos.

tago de mi familia, y bajaré gozoso al sepulcro....
Confianza, amigo; dejemos obrar al destino.....
Nuestro camino está trazado así en la tierra como en el cielo, y loco será quien intente desviarse de él á impulsos de su sola voluntad. El soplo del Señor es el que nos empuja via recta, al sitio donde nos espera el ángel bueno ó el ángel malo.

—Esperemos.

—Ya es tarde: se acerca la hora de la plegaria vespertina, y no podremos continuar nuestra conversacion de todos los días acerca del hombre extraordinario cuya historia me refieres, y á quien amas casi tanto como á Dios. ¿No es verdad?

—¿No has conocido, por lo que te llevo narrado, que estuvo animado su espíritu del génio y del fuego celeste?

—Sí; por eso te escucho estasiado cuando me cuentas los hechos de su vida; sus batallas, sus conquistas y el esplendor de su historia. Este hombre sirve de ejemplo á todos aquellos que quieren templar su alma para la práctica de las grandes cosas; se aprende en él á triunfar de todos los obstáculos, á vencer los mayores ejércitos, y á salvar á su patria... Un hombre como ese hace falta en nuestro infortunado país..!

—Y el Africa sería libre...!

—Y, sin embargo, ha caído como caen todos los grandes hombres, desde muy alto en un profundo abismo.

—Pero no en el del olvido... tu pueblo permanece todavía en pie; su aliento vive, vive para animar

durante muchas edades las masas que dejó marchando sobre sus huellas. Sus ejércitos han trazado fértiles y profundos surcos sobre todos los campos de batalla que han inmortalizado con su valor: surcos que su genio ha fecundado para el día de mañana. Las generaciones han recibido el impulso del grande emperador, para lanzarse por los numerosos caminos que abrió al progreso y á la libertad: si ese héroe, si esos ejércitos hubiesen invadido el Africa como invadieron el Egipto, el pueblo árabe sería otra cosa en nuestros días.

—Eso no; ni él nos hubiera civilizado, puesto que esta es la palabra que los cristianos y tú empleais, ni nadie nos civilizará. Renunciamos á vuestros progresos que producen mas frutos amargos que dulces... Y puesto que me has dado lecciones de historia, examínala despacio, y veras como otros grandes pueblos, antes que los cristianos, han intentado en vano hacernos renunciar á nuestra independencia, idioma y costumbres... Somos y seremos la mas antigua de las naciones; esta es nuestra gloria.

—Muy lejos de combatir tus opiniones, las aplaudo; y la prueba de ello es que vivo satisfecho entre vosotros á pesar de haber sido uno de los grandes entre los soldados del emperador. Pero busca las huellas de los pueblos que han invadido el Africa antigua.... y solo encontrarás ruinas, tal cual ciudad miserable, y algunas palabras de su lengua mezcladas á la vuestra. Los franceses imitando á Napoleon, edifican sobre el suelo, en

la mente y en el corazon de los vencidos; los monumentos que construyen son indestructibles; y en vez de destruirlos el tiempo los consolida ó los concluye... ¿Qué queda en Tlemsen del paso de los españoles? una mala ciudadela. La permanencia de Napoleon en Egipto cambió este país... El nombre del conquistador llegó á tus oidos mucho antes de que yo te enseñase su historia.

—Es verdad.... Pero veo con sentimiento que todavía amas á los franceses....

—¡Los franceses...! los franceses...! Ah! el odio que les profeso supera mucho al que tú les tienes.

—¿Qué amas, pues, en ellos?

—Amo su genio, el espíritu que los anima, sus luces, su carácter propio para difundir los conocimientos... Amo en suma la nacion, detesto al hombre...

En este instante, la voz aguda del almuédano anunció, desde el centro del aduar, la hora de la Oracion. Desde la primera palabra del versículo consagrado á este religioso llamamiento, el Califa abatió la frente hasta tocar el suelo.

Al-Abib, conmovido todavía por las preguntas á que acababa de responder con vehemencia, permaneció un minuto indeciso; luego exhaló un suspiro, llevó la mano sobre su corazon y se quitó el rosario que llevaba colgado al cuello, volvió el rostro hacia el Oriente y dió principio á la ple-garia.

Durante media hora, los lábios de ambos musulmanes murmuraron los versículos del libro de

Mahoma y despues hicieron en silencio sus abluciones.

Terminada la plegaria, Ben-Allal dijo á su anciano amigo:

—Ven; vamos á dar el beso de la noche á nuestras hijas.

Salieron de la tienda y se dirigieron á la de las mugeres.

III.

MEDINA Y AIHA.

El primer cuidado del Califa durante su vida nómada y rodeado de grandes peligros, era librar á su hija de la pobreza en que amagaban sumirle los desastres de la guerra que habían arruinado su fortuna. Tierno y solícito, ocultaba el noble anciano á Aiha aquella ruina y se esforzaba en procurarle todas las comodidades á que estaba acostumbrada.

Ayudado de su amigo Al-Abib y de algunos servidores que se habían mantenido fieles á su causa, Ben-Allal rodeaba á su hija de un bienestar, pálido reflejo de su antigua opulencia. Acosado por los franceses como una fiera montaraz, caminando á la ventura, obligado á levantar el campo á cada paso y desconfiando de las tribus que

en otro tiempo militaron bajo su bandera, el Califa llevaba consigo un reducido bagaje cuyos mas valiosos objetos eran sus armas y sus caballos.

Al-Abib por el contrario, tenía grandes riquezas depositadas en casas de comercio de Argel, Orán y Mostagan, las cuales le abrían un ilimitado crédito con todos los judíos de la Argelia. Solo las vicisitudes de la guerra le impedían vivir con el boato y opulencia de un gefe poderoso. Como amigo leal del Califa, y fanático partidario del Emir, había puesto todos sus bienes á su disposicion; pero la orgullosa dignidad del primero sobrepujaba á la noble generosidad del segundo. Sin embargo, Al-Abib supo encontrar un medio indirecto y decoroso para obligar á su anciano amigo á participar de los recursos de su fortuna. Este medio fué proponer al Califa que hiciera venir de Fez á su hija Aiha, refugiada en aquella ciudad á consecuencia de las terribles crisis de la guerra Santa, á fin de dar una hermana á su propia hija.

Ben-Allal accedió con regocijo á la peticion de Al-Abib y desde aquel dia las dos jóvenes vivieron en la misma tienda.

Era esta, espaciosa, sólidamente construida para resistir á la lluvia y al viento, y la tela exterior un doble tegido de pelo de camello de un color oscuro que tiraba á rojo. El interior estaba forrado de una tapicería de damasco, color verde gai, galoneada en todas sus costuras de cinta de seda blanca y salpicada de mariposas de plata, así-

ligranada que oscilaban al menor impulso de la brisa. Los piés derechos ó soportes eran de madera de limon, claveteados con tachuelas doradas; dos mullidos divanes aparecían sobre la magnífica alfombra de Tunez que cubría el suelo de la tienda, y por último, una cortina de lana blanca y fina, separaba la porcion de la tienda que servía de alcoba para pasar la noche, durante cuyas horas permanecía caída, en tanto que por el dia se replegaba en festones sostenida por un grueso cordon de seda que remataba en grandes borlas.

El interior de este primoroso pabellon estaba decorado con un gusto y elegancia poco comun entre los indígenas aficionados á los colores fuertes y á los colorines mal combinados. El conjunto era sencillo, elegante y gracioso. Despues de pasear la mirada por la tienda del Califa donde todo respiraba la guerra y la austeridad; despues de contemplar el miserable aduar establecido en el triste pais de los pantanos, los ojos se estasiaban en la tienda de Medina y Aiha y la imaginacion se creía trasportada al gabinete de una hada parisiense,

Cosa estraña! en aquella deliciosa estancia y en los ángulos que formaban las colgaduras de damasco, se veían, un elegante tocador incrustado de nacar y en él esa infinidad de tarros, frascos, peines y cepillos que constituyen las armas de combate, de la coquetería femenina; un lindo estante-biblioteca de palo de rosa lleno de libros encuadernados con lujo; un velador de sándalo

sobre cuya tapa sostenida por tres grifos se veía un lindo bastidor para bordar en tapicería, un album y una cesta de costura: veíase también una mesita estante de labor, y colocada al. desgaire, sobre un monton de cojines, una guitarra. Por último una lámpara romana, de plata y de tres mecheros, suspendida en el centro de la tienda alumbraba tibiamente la cúpula del pabellon que tenía una forma esférica, pero que por efecto de la disposicion de la tapicería y cortinaje aparecía de figura rectangular.

Esta maravilla perdida en el desierto debía su existencia al gusto delicado y al tacto esquisito de Medina y á la bondad y generosa opulencia de su padre. Había sido comprada pieza por pieza y objeto por objeto en los grandes talleres de París y en los lujosos almacenes de Argel: pero con toda su deslumbrante belleza, con toda su riqueza, aun dado que fuera igual al valor de los diamantes de las diademas de todos los reyes, aquella encantadora maravilla del desierto palidecía y se eclipsaba ante la hermosura de sus dos huéspedes.

Si las flores de ambos mundos lucían bajo aquella cúpula encantadora; si el lujo y el refinamiento del gusto y de la molicie moraban en ella, y la mano del hombre había dispuesto aquella decoracion con todos los recursos de la inteligencia y del arte, el Supremo Hacedor había colocado allí dos de sus obras mas perfectas, dos criaturas bellas y graciosas como las mas brillantes y lozanas flores de los jardines del Eden.

Levantad una punta de la cortina que cierra la entrada de la tienda: penetrad con la mirada en aquel santuario que guarda las dos jóvenes, y fijad los ojos en Medina, recostada sobre mullidos cojines, que parecen apenas ceder bajo el peso de su cuerpo y en Aiha sentada frente á su amiga; en Aiha, de rostro trigueño, grandes y lánguidos ojos, formas mórbidas y frente pura como el azul del cielo en un hermoso día de primavera... No cerréis los ojos; resistid, si podeis, el resplandor que difunden aquellos dos ángeles que se destacan en medio del lujo que los rodea, como dos estrellas sobre la dulce oscuridad del cielo en una noche de verano, y olvidareis la Europa, el Africa, París, el desierto, el mundo entero y hasta os olvidareis de vos mismo, absorto en la contemplacion de aquellas dos incomparables mugeres.

La luz de dos bujías colocadas en candeleros de plata artísticamente cincelados y puestos sobre un velador maqueado de nacar, coral y concha, iluminan el rostro celestial de Medina, que dibuja en la hoja de un album el retrato de Aiha su amiga, su hermana y compañera.

Aiha es una jóven de quince años, edad de hermosura y completo desarrollo de las mugeres que nacen bajo el ardiente clima de los trópicos: sus cabellos negros como las alas del cuervo, caen en ondas sobre sus hombros y cubren los cojines donde se recuesta con voluptuosa negligencia. Apoyada la barba sobre la palma de una de sus manos diminutas, muestra su rostro delicado, me-

lancólico y de forma oval algo redondeada. Su boca graciosa y ligeramente entreabierta, descubre dos hileras de dientes blancos, menudos, brillantes é iguales. Por debajo de la orla inferior de la delicada túnica que la cubre, aparecen sus breves pies desnudos, cuyas uñas, así como las de sus manos, están teñidas con el jugo del Anah que hace resaltar la blancura de la piel y la forma de su corte gracioso. Sus negras cejas retocadas por el pincel con el mismo jugo, describen una curva perfectamente trazada. El corpiño que oprime su seno es de tela de brocado, su talle esbelto y su cutis trigueño pero transparente. El brazo de la mano que sostiene su preciosa cabeza desaparece entre los pliegues del almohadon donde apoya el codo, en tanto que con los afilados dedos de la otra acaricia su ondulante cabello, atrayéndolo y separándolo de sus hombros y de su frente.

Despues de haber admirado largo tiempo aquella obra maestra, un pensamiento triste sobrecoje el ánimo. Los ojos rasgados y ligeramente velados de Aiha; la melancolía que se mostraba en su semblante; su sonrisa triste y cariñosa á la par y su actitud muelle y perezosa, descubren en ella un malestar inesplicable. No es posible verla sin amarla, ni amarla sin sentirse arrastrado por la tierna melancolía que la rodea.

Medina tiene diez y siete años y es el modelo de un tipo especial en el género de su hermosura: el óvalo de su rostro es prolongado y de un corte gracioso; sus ojos negros y brillantes lanzan mi-

radas que chispean por entre las largas pestañas que dan sombra á sus pupilas; su cabello castaño, flexible y sedoso no está trenzado como el de las moras ni suelto como el de las mugeres árabes, sino artísticamente peinado y recogido hacia atrás y entrelazado en forma de nudo, sujeto con una aguja de hechura de flecha romana y luego cae sobre sus hombros en rizos menudos, en anillos sueltos..... peinado encantador, digno del rostro divino al cual sirve de marco. Entre las espirales que forman los tirabuzones de este gracioso peinado, se descubre el cutis blanco, suave y aterciopelado de las mejillas de la jóven. Es tan blanco este cutis que aparecen en él unos hilos de venas azules y sonrosadas por donde circula la sangre que anima los contornos caprichosos y todos los órganos de esta muger elegante. Su boca es pequeña, sus labios sonrosados, sus dientes tan menudos y blancos como los de Aiha, y su oreja es tan breve que excluye el adorno de los pendientes. Su frente es despejada, su mano pequeña y tan suave al tacto como la pluma del cisne, y su talle tan flexible y esbelto que causa admiración á las mugeres indígenas.

Encuéntrese en la actitud, en el gesto y en la belleza de Medina, una mezcla inesplicable de los tipos europeo y oriental. Su perfil correcto y noble es el de las hijas de la Grecia; su gracia festiva, arrebatadora, tiene por cuna á Paris; el gesto altanero de su boca es el de la muger árabe; pero modificada su altiva dureza por una sonrisa bené-

vola que dulcifica su orgullosa espresion.

El traje que viste Medina no es menos original que su aspecto. Es un compuesto gracioso y elegante que á nada se parece, pero que encanta. Una blanca túnica, como solo saben tejerla los fabricantes de Tugurt, la cubre desde los hombros á los pies, plegándose á su talle gentil donde se ciñe por medio de un aro de plata dorada de dos dedos de ancho. Las mangas de esta túnica son anchas y cortadas en la forma de las de los hábitos de las religiosas y dejan admirar el contorno de dos brazos redondos y perfectamente modelados. Con este traje, Medina semeja á uno de esos hermosos niños del sagrado templo, que vestidos con túnicas de blanco lino acompañan al Sumo Sacerdote hasta el altar.

Estas dos mugeres sentadas una al lado de la otra, en una estremidad del desierto, dan alas á la imaginacion y la hacen remontarse de un vuelo mas allá de la fábula árabe y de toda la poesía oriental.

Medina pinta al pastel ó, por mejor decir, en este momento dá los últimos toques á su trabajo de todo el día, dirigiendo frecuentes miradas al rostro melancólico de Aiha que fija los ojos en su amiga y responde con una dulce sonrisa á la jovial de su compañera,

Conversan en voz baja y ambas hablan en el dialecto mas puro de la lengua de Mahoma. Las palabras que se dirigen brotan sin esfuerzo de sus lábios y suenan al oído como las notas habla-

das de un canto armonioso.

—Un poquito de paciencia y acabo muy luego, dice Medina; este retrato no será muy parecido, pero creo que te reconocerás en él.

—¿Qué falta, pues?

—Que es imposible pintar un rostro tan bonito como el tuyo, hermana mia.... Ven y lo verás.

Aiha se acercó ruborizándose á su amiga; apoyó la barba sobre uno de sus hombros, miró con profunda atencion la hoja del album y exhaló un grito de alegre sorpresa.

—¿Estás satisfecha?

Aiha tomó entre las suyas una mano de Medina, abriola, se la acercó á los labios y la besó repetidas veces.

—Me has llamado muchas veces lisonjera, Medina; pero veo que en Francia las mugeres tienen algunos de los defectos que nos echan en cara á las hijas de las tribus.

—Querida amiga, respondió Medina, riendo con natural jovialidad; dejemos la discrecion y las discusiones graves para nuestros padres que combaten diariamente por la civilizacion de nuestros dias ó por las costumbres de la edad de oro, y hablemos como dos amigas que se quieren, es decir, con el corazon. En Francia, y que no se te olvide. las mugeres que se ocupan de negocios y que predicán la moral, son siempre las feas, y nosotras somos... eres muy bonita.

—¿En qué se ocupan, pues, las mugeres boni-

tas...? ¿Acaso sus padres ó sus maridos las hacen trabajar?

—Tienen como las hijas y las esposas de los grandes gefes de nuestro pais, todo el dia libre para ocuparse de sus distracciones favoritas... En Paris, el día dura desde las doce hasta las dos de la madrugada... Ya ves tú que si, como dicen por allá, el tiempo es oro, las mugeres en Francia son inmensamente ricas.

—Pero ¿en qué emplean todo ese tiempo? Yo de mí se decirte, que cuando no te tenía á mi lado, los días se me hacían eternos, y envidiaba la suerte de mis esclavas y de las mugeres de la tribu, que con el trabajo tienen un medio de acortar el tiempo.

—Pues bien, amiga mía; en aquel hermoso pais, que tanto echo de menos, despues de la riqueza y de la hermosura, lo que mas se aprecia es la vida, el día, la noche, las horas y los minutos. Las mugeres bajo su aparente indolencia, saben sacar mejor partido del tiempo que los hombres á quienes se ve ocupados de sus negocios siempre activos, siempre diligentes. Las mugeres viven allí con la cabeza y con el corazon; con el mundo y con la familia; con Dios y con el diablillo, aprovechando y utilizando todos los momentos. Gastan alegremente las veinticuatro horas que cada dia tienen á su disposicion, y las gastan hasta el último minuto con una prodigalidad, una opulencia, una caridad y una indiferencia tal, que en Africa no se comprende ni se comprenderá nunca. Barajan sin

MEDINA.

cesar la sonrisa y los pesares; las lágrimas y la alegría; el juicio y la lijereza; lo feo y lo bonito... y acontece muchas veces, que esas hijas pródigas, abusan del crédito que la Providencia les abre y gastan una parte de las veinticuatro horas del día siguiente... He conocido algunas que eran deudoras al tiempo de sumas considerables.

—Y ¿quién paga por ellas?

—La vejez y las arrugas; este es, en Francia, el refugio del bello sexo.

—Ya no me gusta esa Francia.

—¿Por qué?

—Veo que se vive allí mucho para los otros y poco para sí. En nuestras tiendas y nuestras ciudades santas, se desconocen todos esos goces que me describes con tanta exageracion. Las mugeres pobres trabajan y educan los guerreros que labran la gloria del país; las esposas y las hijas de los gefes gozan tranquilamente de los bienes que Dios les ha dado, y esperan que sus señores manifiesten su voluntad para cumplirla apresuradamente.

—Por eso, amiga mia, el Africa será siempre el infierno de las mugeres, así como Francia es su paraíso.

—¿De qué sirve forjarse un infierno ó un paraíso en la tierra...? Acaso ¿no tenemos señalado nuestro puesto en una y otra morada por toda una Eternidad? (1)

(1) El islamismo ha tomado del cristianismo el dogma de la resurreccion de la carne.

—Oh! como sigas hablando en ese tono sentencioso y te prepares para predicarme un sermón en nombre del Profeta, abandono mi causa... ¿Te encuentras feliz niña?

—Sí.

Aiha pronunció esta palabra con una ingenuidad patética y en su rostro se pintó una expresión indefinible de melancolía y de candor. Medina clavó una cariñosa mirada en los ojos de su amiga, la atrajo hacia sí, enlazándola con los brazos, y le preguntó de nuevo:

—¿Eres dichosa...? ¿no te falta nada?

—Ignoro que cosa puedo desear fuera de tu amistad y de la unión en que vivimos.

Al pronunciar estas palabras Aiha bajó los ojos.

—¿Y si llegásemos á separarnos?

—Oh! no... no digas eso... Dios prohíbe tentar al ángel malo.

—Y ¿qué puede hacerte el ángel malo?

—Hermana mía, sé mas religiosa... Hablas con muy poco respeto de los espíritus divinos... Si tu hermano te oyese...

—¿Y qué?

—Se afligiría; porque él es santo.

Los labios de Aiha se estremecieron al pronunciar estas palabras; diríase que un pensamiento profundo y secreto agitaba su alma. Medina se apresuró á exclamar:

—Sosiégate, hija mia, en esto tambien imito á las francesas á quienes he tomado por modelo en

todo. Las mas devotas cometen muchos pecados; pero tan veniales, tan lijeros, t n graciosos, bonitos   inocentes, que es fuerza perdon rselos. Como ellas no descuido mi salvacion, pero sin hacer las rudas penitencias que martirizan la vida entera de las mugeres de nuestras tribus. Esas desdichadas,  y cuánto diera por no contarte en el número de ellas...! todo lo toman por lo serio, hasta la sonrisa que nunca es franca en sus lábios... En Francia he aprendido   reirme de todo.

—Sin embargo; muchas veces te veo triste y preocupada.

Esta vez tocole   Medina bajar los ojos, en tanto que una lijera tinta de carmin color  sus mejillas y tiñó la blancura de su frente. Rep sose muy luego y continuó con aparente calma:

—Pocas veces... Decía yo, pues, que en Francia las mugeres son devotas   imp as al mismo tiempo: imp as para no privarse de los placeres de este mundo, y devotas para no perder su parte de paraíso... He oido decir   uno de sus grandes morabitos, que todas ir an al cielo porque tienen fé en Dios.

— Luego esos morabitos no son severos ni exigentes?

—En lugar de ser terribles   implacables como los nuestros, son los amigos y los padres de los cristianos: y como están seguros de la salvacion de las mugeres, solo se ocupan de los hombres que les d n que hacer por todos.

—Me has dicho, creo, que los morabitos cris-

tianos no tenían mugeres?

—Su religion se lo prohíbe.

—Entonces son mas dichosos los de la religion del verdadero Dios, puesto que pueden tener...

Aiha bajó la voz hasta hacerla casi ininteligible. Medina dirigió á su amiga una dulce mirada y terminó la frase que aquella había comenzado.

—El Profeta ha permitido á nuestros morabitos tener hasta cuatro mugeres, si pueden sostenerlas debidamente.

—Me parece que me has dicho que en Francia los hombres no aman mas que una muger?

—Los cristianos solo tienen una muger con la cual se casan ante Dios y ante su familia.

—Las cristianas son muy felices; murmuró Aiha con tímido acento.

—Sí; cuando su marido las ama, respondió Medina sonriendo; y luego añadió: escondamos tu retrato en el album á fin de que tu padre no lo vea cuando venga á darnos las buenas noches; con eso mañana la sorpresa será para él mas agradable.

—Déjame que lo esconda, exclamó Aiha.

Tomó el album en las manos y lo examinó largo tiempo indecisa en la eleccion de la hoja donde había de colocar su retrato: por fin se fijó en una que contenía un precioso dibujo hecho al lápiz, que representaba á un jóven ginete en un magnífico caballo inglés puesto al galope. El jóven estaba vestido con elegante sencillez. Dos hermosos lebreles corrían á los lados del caballo y en el fondo se veía, envuelto en la nube de polvo que levanta-

ban los pies del noble animal, un lacayo de pocos años que refrenaba un hermoso caballo normando que luchaba por alcanzar al que le precedía. Este ginete tan apuesto y brillante que cruzaba al galope la avenida pintoresca de un parque era el baron de la Garde. Este jóven tan apuesto y notable por su actitud airoso era el amante de Kadidja, el raptor del capitan, era en fin, Al-Arbi.

Aiha detuvo largo tiempo la mirada en aquella página del album; su alma y todas sus facultades intelectuales parecían concentradas en la muda contemplacion de la escena que tenía delante de los ojos. Medina observaba en silencio la viva y visible emocion de su amiga, y su propio corazón latía con violencia comprendiendo la inquietud que agitaba el candoroso pecho de Aiha.

Un prolongado silencio reinó entre las dos amigas, hasta que la hija del Califa levantó los ojos y exclamó con un suspiro lastimero, espresion fiel de su virginal corazón:

—Hermana mia, coloca mi retrato aquí.

Y esto diciendo, puso un dedo sobre una flor que aparecía en el ojal de la levita del caballero.

—Tanto lo amas? preguntó Medina con acento de afectuosa curiosidad.

—¿No es tu hermano...?

—Sí; pero...

—¿No es el hijo predilecto del verdadero Dios, el brazo de los fieles creyentes, la palabra del Corán...?

Aiha sintió enardecerse las mejillas: las tin-

tas del anah amortiguaron la vivacidad del fuego que brotaban sus ojos: la franqueza de la pregunta que le había dirigido Medina acababa de revelar á su alma la existencia de un sentimiento que desconocía y que despertaba de improviso en su imaginacion un mundo de pensamientos vagos, indecisos y sin forma determinada.

La jóven antes de su primer amor, se parece al pajarillo alegre que se cobija en la enramada y cierra las alas para dormirse arrullado por las últimas notas de su canto de la noche, y que sacude su pintado plumaje al despuntar el astro del día cuya aparicion celebra con sus mas dulces gor-geos. Para esta feliz criatura, la vida es un tesoro y la ignorancia la felicidad. Pero cuando suena la hora fijada por el destino, cuando la vírgen abre su corazon al sentimiento supremo, entonces se despide melancólicamente de todas las alegrías de su infancia. Perdida la libertad se entrega valerosa y ciegamente á la tiranía de su primer amor... el pajarillo alegre y bullicioso olvida las notas y los trinos de sus alegres canciones.

Aiha permaneció silenciosa; con la cabeza inclinada, los ojos fijos, los lábios entreabiertos y la frente impasible; hubiérasela tomado por un ángel que oye la voz divina. Era en efecto el acento del Supremo Hacedor que llegaba al oido de la hija de Ben-Allal; esa voz que dice á nuestra inocencia: *Ha llegado el tiempo de amar.*

Medina puso el retrato de Aiha junto al de su hermano; dejando el album abierto por aquella

hoja y mirando alternativamente ambos dibujos, dijo tomando entre las suyas la mano de su amiga:

—¿Por qué me ocultas tu secreto?

—Pero... ¡si yo no tengo secretos para tí!

—Hija mia; no puedes negármelo; desde hoy encierras uno en tu pecho... Me felicito por tí, me felicito por mí... Déjame besarte en los ojos para manifestarte mi alegría.

Pero, hermana mia, no te comprendo...

—Escucha; penetremos sin rodeos en el fondo del corazon; dejemos ese falso disimulo que solo se emplea en Europa... Dos almas altivas y libres como las nuestras no deben andar por ese sendero... Sí; amas á mi hermano... amas á Al-Arbi con amor...!

—¡Amor! interrumpió Aiha.

La hija de Ben-Allal pronunció con tanto candor é ingenuidad esta palabra que Medina se manifestó sorprendida. Ambas jóvenes se acariciaron con los ojos y confundieron en su recíproca mirada, el rayo de espléndida luz que en aquel instante brotaba de su alma. Medina continuó con la sonrisa en los lábios:

—¿No sabes, por tanto, lo que es amor?

—Nó.

—El amor es el estremecimiento que siente tu corazon en este instante; es la inquietud que te devora, ese pensamiento que duerme en tu alma cuando tus instintos están despiertos... El amor es esa pasion avasalladora que se sobrepone á todas las otras; que te adormece y te hace soñar:

que abre tus ojos á la hora en que el pajarillo entona su canto de la mañana; que todo lo anima en derredor tuyo, murmurando de continuo en tu oído el nombre del ser que amas... nombre que encuentras en tus sueños y en tus vigiliass; en el rumor de la brisa y en el estallido del trueno, en las flores que acaricia tu mano, en los ástros que contemplan tus ojos y en la yerba que huellan tus pies... En todas partes donde tu aliento llega, donde tu pensamiento alcanza... Aiha, hermana mía, ¿no es verdad que esta es tu vida hace mucho tiempo...?

—Sí; es verdad...! y al pronunciar estas palabras, la jóven bajó los ojos para ocultarlos de las miradas dulces y serenas de su amiga.

—Pues bien, escucha... Acércate mucho á mí: déjame poner los lábios sobre tu corazon á fin de que él solo oiga el rumor de mis palabras... Tú amas con amor y yo...

—¡Tú! ¿qué?

Medina asió una mano de Aiha; y poniéndola sobre su pecho suavemente en tanto que elevaba sus ojos al cielo, continuó:

—Yo tambien amo...!

—¿Amas...?

—Oh! sí...! y es mi amor un amor muy desgraciado...!

—¡Desgraciado! ¿y por qué?

—Hace mucho tiempo que este secreto me consume no teniendo un corazon en quien depositarlo... Este amor es un sueño; con la diferencia de

que así como nuestros sueños se desvanecen con la luz de la aurora, mi pensamiento persigue su ídolo, su quimérica ilusión durante las horas de espléndida luz de los mas hermosos días... Amo...! sí, con desesperación; mis deseos no se fijan en nada, semejante al viajero perdido en la inmensidad del desierto y sorprendido por el Simoun! Cuando la muerte se cierne sobre su cabeza y el horizonte desaparece á sus ojos envueltos en olas de arena arremolinadas, recuerda el Oasis, lo invoca á gritos, se arrodilla y pide á Dios que le conduzca á la sombra de la palmera... El Oasis, el horizonte y la palmera huyen delante de él; sus rodillas flaquean; su voz se pierde en el espacio; el árbol sagrado no le cobija y muere en el desierto...! Sueño... recuerdo... invoco...! Mi sueño se desvanece y tengo por desierto mi triste porvenir!

—¡Me causas espanto...! ¿A quién amas?

—¿A quién amo?

El silencio volvió á reinar en la tienda. Ambas jóvenes inclinaron la cabeza sobre el pecho, agoviadas bajo el peso de sus tristes imaginaciones.

Medina exclamó de improviso, con vehemencia y sin levantar los ojos:

—¿A quién amo, preguntas?

La cortina que cerraba la entrada de la tienda se alzó y Ben-Allal entró seguido de Al-Abib.

La presencia de los dos ancianos puso término á la conversacion, y al embarazo de las dos amigas que acudieron al lado de sus padres para estrecharlos entre sus brazos.

—Hemos venido para daros el beso de la noche, hijas mías, dijo Ben-Allal, y encomendarnos á vuestras oraciones. ¿Cómo habeis pasado el día...? El tiempo debe pareceros muy largo, pobres tórtolas aprisionadas... Este suelo tan triste y árido debe entristeceros tanto como á mí; pero creedme, los cristianos no nos dejarán mucho tiempo en él.

—¿Has recibido malas nuevas? preguntó Medina á su padre.

—No, hija mia; sin embargo es preciso que estemos dispuestos para levantar el campo de improviso.

—Estamos prontas para todas las eventualidades... ¿Cuando nos anunciarán la llegada de mi hermano?

—Lo esperamos de un momento á otro.

La cortina que cerraba la entrada de la tienda fué de nuevo levantada, para dar paso á la esclava que guardaba las mugeres, quien dijo á sus amos con tímido y respetuoso acento:

—Ahí está un hombre que desea hablar con Sidi-Al-Abib-Bu-Al-Arbi.

—Ese hombre ¿de donde viene?

—De la caverna del Arudj, y trae noticia de Al-Arbi, tu hijo glorioso.

—Que entre, que entre pronto ese mensajero cuyas palabras á todos nos interesan.

La cortina se abrió bruscamente, y apareció Mahiah, mudo é inmóvil en presencia de los dos gefes y de sus hijas.

Medina se estremeció profundamente y miró á

su amiga cuyas mejillas ordinariamente pálidas se colorearon súbitamente.

Aiha se apoyó en el brazo de su compañera y levantó los ojos al cielo dirigiéndole una ferviente oracion.

¿For quien oraba?

IV.

AL-ABIB-BU-AL-ARBI.

La gravedad oriental no flaquea nunca, cualquiera que sea el suceso y por extraordinarias que aparezcan las circunstancias, mantiénese siempre fría, impasible sin decaer de esa dignidad que impone un respeto absoluto. Al-Abib, separado de su hijo hacía dos años, y recibiendo cuando menos lo esperaba noticias que lo mismo podían anunciarle su regreso ó una mas larga separacion, que su muerte, reconcentró en su alma enérgica la esplosion de su amor de padre, sus inquietudes ó alegrías, y preguntó con calma:

—Tu señor ¿ha llegado?

—Sí; Sidi.

—¿Dónde se halla?

—Ayer al medio dia salió de la caverna del

Arudj... Camina despacio: así lo quiere su prudencia. Mañana al despuntar el día estará aquí.

—Sea Dios alabado! ¿Te envía á mí para anunciar otra cosa mas que su próxima llegada?

—Me ha mandado anunciar al Califa que un ejército cristiano se ha puesto en marcha.

—¿Dónde se encuentra ese ejército? preguntó Ben-Allal sin inmutarse.

—Próximo al territorio de los Beni-Kizá, al pié de los montes Smiel.

—¿Tienes conocimiento de sus proyectos?

—He conseguido atravesar por sus puestos avanzados durante la noche y Al-Arbi ha pasado por su campamento en plenodia. Creemos que los cristianos buscan tu *deyrah* (1) y aprovechan la ocasion para dar una batida á los pueblos no sometidos que habitan los pantanos.

—¿Al-Arbi nos aconseja levantar el campo?

—No; os dice que lo espereis.

—Lo esperaremos. ¿Qué fuerza cuenta el ejército cristiano?

—Unos dos mil hombres (2).

—¿Es numeroso el *gum* (3) que los acompaña?

—Son cazadores de Oran y Spahis; pocos pero valientes.

—¿Quién manda el ejército?

(1) La DEYRAH constituye la familia y la casa de un gefe.

(2) Los árabes naturalmente ecsagerados en sus descripciones llaman ejército á toda reunion mas ó menos considerable de tropas.

(3) El GUM es el cuerpo de caballería.

—El general de Tlemsen.

Los dos gefes cambiaron una mirada de inteligencia como para comunicarse las reflexiones que les había sugerido la respuesta de Mahiah.

—El Señor, preguntó Al-Abib ¿protega á mi hijo? ¿Su cuerpo está tan sano como su espíritu?

—Al-Arbi es como la palmera (1), no envejece nunca. Es el enviado de Dios.

Aiha dirigió una mirada al esclavo para agradecerle esa respuesta que hizo estremecer de alegría su corazón, y disipó la nube de tristeza que empañaba su frente. Medina tomó una mano de la jóven y la estrechó cariñosamente entre las suyas.

—La escolta que acompaña á mi hijo ¿es bastante numerosa para protegerle durante el peligroso viaje que desea hacer esta noche y mañana por la mañana?

—Al-Arbi, camina solo.

—¿Cómo solo! ¿No le asiste nadie? ¿Y Muller?

—Al-Arbi es Santo. Dios no le abandona..... viaja con dos prisioneros, su fiel servidor Muller, el judío Samuel y una muger.

Medina sintió temblar entre las suyas la mano de Aiha. Los dos gefes vivamente preocupados con las nuevas que el esclavo les comunicaba, no advirtieron la súbita palidez que invadió las mejillas de la jóven. Solo Mahiah la notó y su mirada fija hasta entonces en el rostro del Al-Abib se

(1) La palmera vive muchos años; es el árbol sagrado.

volvió hacia la hija del califa.

—¿Qué muger es esa? preguntó Ben-Allal.

—Es la desposada de Kadur, el hakem de Mostagan: Al-Arbi se la arrebató á aquel falso servidor del Dios verdadero y ha hecho de ella su compañera.

—Dios ha dicho: Toma tús mugeres segun tu corazon, interrumpió Ben-Allal, y reparte entre ellas tu amor.

Detúvose un instante y luego continuó dirigiéndose con el gesto y la palabra á su hija:

—¡Que la esposa de Al-Arbi sea tu hermana, hija mia.

Sentíase Aiha desfallecer; inclinó la frente con respetuosa obediencia en tanto que su alma atribulada se estremecía como todo su ser. Mahiah la observaba con profunda atencion.

—¿Qué prisioneros son esos? preguntó Al-Abib deseoso de mudar de conversacion.

—Son dos cristianos, cuya larga historia te contaré cuando estemos solos.

El califa se acercó á las dos jóvenes, besólas una despues de otra en la frente, y salió de la tienda.

Al-Abib, despues de haberles prodigado las mismas caricias, dijo á Medina.

—La llegada de tu hermano habrá de mantener tus ojos abiertos durante la noche; ruega á tu hermana que te proporcione un sueño tranquilo. Que Dios os proteja, hijas mias; y luego volviéndose hacia el esclavo, añadió:

—Ven á hablarme de tu amo. Sígueme.

Las dos amigas quedaron solas... Medina levantó entre sus manos la cabeza de su hermana; miróla cariñosamente al rostro y vió dos gruesas lágrimas que se desprendían de sus largas pestañas. Enjugólas apresuradamente con sus labios. Un silencio triste y elocuente reinó en la estancia.... ¿De qué sirve el hablar cuando las almas se comprenden?

—Valor! exclamó al fin Medina.

Aiha movió la cabeza con una espresion de doloroso abatimiento.

—Ten presente que mi hermano nunca te ha visto... Cuando te vea....

Aiha permaneció silenciosa.

—Te amaré.

La hija de Ben-Allal, dirigió una mirada desconsolada al cielo; sus angélicas facciones expresaron ese acerbo desconsuelo que sofoca hasta los latidos del corazon, y sus labios murmuraron esta sola palabra:

—Jamás!....

—¿Sabes ya lo que es amor, hermana mía?

—Acabo de aprenderlo...! Me falta la vida...! tengo frío, me siento helada... el corazon me abraza el pecho.

—Pobre niña...! amar es sufrir...! Señor, Señor! tus criaturas son lo mismo en todas partes..! En el seno de la civilizacion como en el desierto el amor es como el sol, que dá vida y quema las flores...!

—¿Has sufrido alguna vez tanto como yo sufro? dijo Aiha con acento hondamente conmovido.

—Mi alma y mi corazon sufren hace mas de un año.

No pudiendo ya dominar su agitacion, Medina hechó los brazos al cuello de su amiga; aquellos dos rostros que dieran envidia á los ángeles se unieron mezclando sus lágrimas y suspiros. . . .

.

El califa y su amigo estaban de regreso en su tienda. Ben-Allal despues de haber interrogado á Mahiah sobre todos los asuntos relativos á la guerra interior y á la expedicion de los cristianos que se dirigía contra él se retiró al compartimiento de la tienda que se había reservado á fin de dejar á Al-Abib en completa libertad para saber noticias circunstanciadas de su hijo.

Al-Abib y el esclavo quedaron solos; la Deyrah de Ben-Allal estaba sumergida en el mas profundo silencio, interrumpido de vez en cuando por el piafar de los caballos atados delante de las tiendas y por tal cual ladrido de los perros que rondaban alrededor del aduar.

Sentóse Al-Abib sobre los cojines que le servían de lecho; presentó su pipa al esclavo para que la encendiera; hecho lo cual, y obedeciendo á un gesto de su amo, Mahiah se acurrucó á sus pies, dispuesto á contestar á todas sus preguntas.

—Dijiste que mi hijo venía acompañado de dos prisioneros y una mujer; ¿quien es esa mujer?

—Cuando fuí á Mostagan enviado por tí para esperar á Al-Arbi (que Dios proteja), me hospedé en casa del judío Samuel, en calidad de criado, para no despertar sospechas en una ciudad donde no tenía parientes ni amigos. Samuel es un mercader prudente y astuto, quien, no fiándose ni aun de sí mismo, me ocultó el proyecto de rapto que meditaba.

—¿Luego es el judío y no Al-Arbi, quien robó la desposada del hakem de Mostagan?

—Sí; una carta procedente de Argel anunció al judío la llegada de Al-Arbi (Dios está con él), embarcado en el buque de fuego (1) que se esperaba. Inmediatamente hicimos correr el rumor de nuestra marcha para Tunez. Samuel embarcó su familia y sus riquezas mas valiosas en una embarcacion que debía zarpar para aquel puerto; y aprovechando el silencio y la oscuridad de la noche saltó en tierra y se fué á encerrar conmigo en una casa de Mazagran.

—¿Por qué tanto misterio?

—No pude penetrarlo hasta que una noche Samuel, que habia salido solo de Mazagran, regresó acompañando á una muger jóven que ocultó inmediatamente en una habitacion subterránea en la cual nunca entraba yo. Esta muger, hermosa como las huris del Señor, lleva el nombre de la primera y mas querida esposa del Profeta; se llama Kadidja. Como Samuel llevó á cabo su empresa, es

(1) SKOF-AL-NAR; buque de fuego, este es el nombre que los árabes dan á los barcos de vapor.

cosa que ignoro completamente.

—Y, los prisioneros ¿quienes son?

—Dos dias despues de esta aventura, el buque de fuego llegó á Mostagan y recibí la órden de encontrarme con seis ginetes del maqrzen de Mazagran, adictos á Al-Arbi, en las ruinas y malezas de la Salamandra á media legua de Mostagan. Oculto allí en la espesura fuí testigo de una escena extraordinaria (1) en la cual no hice mas que obedecer como esclavo.

—¿Que fué ello?

Mahiah refirió el suceso del desafio, y los acontecimientos que fueron su consecuencia. Al-Abib le escuchó silencioso, sin que en sus ojos ni en su semblante mostrase el grande interés con que escuchaba la relacion. El alma de aquel hombre parecía de bronce como su cuerpo.

—¿No puedes decirme el nombre de ese capitán, de ese cristiano maldito?

—No... Mahiah solo sabe obedecer; sus labios nada preguntan, su lengua es siempre muda y sus manos solo saben trabajar.

Al-Abib espresó con un movimiento de cabeza la satisfaccion con que había oido al esclavo, el cual se dió por muy pagado y satisfecho de sí mismo.

En tanto que Al-Abib permanecía con la cabeza baja, abismado en profundas reflexiones, el cafre le miraba de hito en hito, sonriendo con una espresion de odio y de ironía imposible de descri-

(1) Los árabes nunca se baten en desafio, y no comprenden lo que nosotros llamamos el punto de honor.

bir. Al-Abib levantó al fin la frente, y la sonrisa desapareció como un relámpago de la fisonomía del negro.

Aquel alargó el brazo para tomar una segunda taza de café que Mahiah endulzaba poco á poco y al parecer distraído en el exámen de sus recuerdos. Mientras el gefe saboreaba el líquido, el esclavo miraba las uñas de su mano derecha aparentando indiferencia, y muy luego reanudó su narracion con el aplomo que nunca le abandonaba.

Mahiah refirió todos los accidentes del viaje hasta su salida de la caverna de Arudj; pero ocultó su visita á la tribu de los Beni-kiza.

—¿Por qué, preguntó Al-Abib, mi hijo te envió á buscar el leon de Sidi-Bumedin?

—Los proyectos de Al-Arbi, (Dios es su padre) proceden del espíritu que inspira y son guiados por el ángel de las revelaciones. Tu hijo, durante la ronda que hizo la noche que salí de la caverna del Arudj, reconoció las posiciones del ejército cristiano; no se dejó intimidar por el peligro que le cercaba é ideó un plan que el hombre mas atrevido no osaría intentar. Mandóme en busca del leon sagrado de Sidi-Bumedin (1) y cuando llegué al lugar de la cita que me había dado, lo encontré solo, vestido de dervis; armado con el largo palo de los peregrinos, disfrazado, en fin, como en la

(1) Los árabes profesan una especie de veneracion á los leones domesticados que tienen algunos morabitos. El de Sidi-Bumedin goza de mucha reputacion.

tribu de los Medgeres cuando burló á los cristianos, separándolos del camino que seguían en su persecucion.

—Y Muller, Kadidja y los prisioneros, ¿qué fue de ellos? preguntó Al-Abib, que cerró los ojos y meneó la cabeza al pronunciar estas últimas palabras.

—Tomaron otra direccion; respondió Mahiah cuyos ojos brillaban con extraordinaria fuerza á medida que los de su amo se cerraban.

Despues de un corto intervalo de silencio, continuó:

—Muller, Kadidja, los prisioneros, Samuel y un esclavo, se dirigieron por el monte Smiel hacia la frontera de Marruecos, abandonada por los cristianos que se encontraban en el pais de los pantanos. Tu hijo, el leon de Sidi-Bumedin y yo, nos pusimos en camino como tres santos viajeros que vuelven de la peregrinacion de la Meca.

—¿Qué camino.... seguisteis...? Vamos... habla mas de... prisa...

Al-Abib vencido por una laxitud y un sueño irresistible, se pasó la mano por los ojos, y sacudió con fuerza la cabeza á fin de mantenerse despierto. Mahiah llenó por tercera vez la taza de café, y se la ofreció á su amo, despues de haber mojado disimuladamente en el líquido la estremidad de la uña de su dedo pulgar.

—Bebe, dijo, para no dormirte.

—Acaba; prorrumpió el gefe, apurando lentamente el contenido de la taza.

—Nos dirigimos hacia el campamento de los cristianos. Los primeros soldados que encontramos nos detuvieron; mas creyéndonos dervises nos dejaron en libertad, y hasta nos dieron algun dinero. Muy luego nos rodearon los oficiales y el general nos permitió recorrer el campamento para recoger las limosnas que nos prodigaron aquellos malditos. Cuando lo hubimos visto, paseado todo y recogido cuantas noticias tu hijo estimó convenientes, salimos de entre los cristianos y nos reunimos á Muller que había cuidado con su constante celo del depósito que su amo le confiara.

—¿Conque, mañana... volveré á ver á Al-Arbi...? ¡Mañana...! ¡Alabanzas á Dios justo y misericordioso...!

Al-Abib, que estaba recostado sobre un cojin, dejó caer pesadamente la cabeza y cerró los ojos.

Mahiah se puso en pié y dijo á su amo.

—Voy á darte tus albornoces (1) y á desnudarte la vesta.

Despues que le hubo arropado y dispuesto convenientemente para pasar la noche, el cafre se sentó de nuevo junto á la cabecera del gefe y clavó una tenaz mirada sobre la profunda cicatriz que dividía la frente de Al-Abib.

Pasados algunos minutos de tétrica contemplacion, durante los cuales la sonrisa convulsiva del esclavo acompañaba las fuertes aspiraciones

(1) Los árabes se acuestan vestido el jaique y arropados con sus albornoces: no tienen cama y duermen sobre una alfombra ó sobre una estera.

del amo dormido, Mahiah se dirigió hacia el compartimiento de la tienda que servía de alcoba á Ben-Allal, puso el oído pegado á la cortina y escuchó para asegurarse del sueño del califa; luego regresó junto á Al-Abib, tomó una lámpara y paseó sus vivos reflejos sobre el rostro del gefe murmurando sordamente:

—Desde el ojo izquierdo hasta la sien derecha...! Un sablazo...! ¡Hélo ahí...! ¡Esa es la cicatriz...! Hé ahí esa frente altanera, esa hermosa cabeza tan querida de la pobre Zaka...! ¡Zaka! pobre madre mía abandonada...!

En el interior de aquella tienda y en medio del silencio de la noche, era en realidad imponente la escena que se representaba entre el amo que dormía tranquilo y confiado, y el esclavo que velaba movido por el sentimiento exaltado de una venganza tardía pero implacable. La luz de la lámpara oscilaba entre el semblante magestuoso y sereno del anciano, y el rostro negro como el ébano, contraído y reflejando alternativamente la expresión del temor, del feroz goce y del odio del cafre Mahiah, inclinado sobre la cabeza de Al-Abib. Parecía el esclavo una de esas aves de rapiña que se cierne sobre su víctima y la cubre con sus disformes alas, saboreando de antemano las delicias del sangriento festín que la espera.

Muy luego el negro puso la lámpara sobre la alfombra, cuidando de que la luz no hiriera directamente el rostro de su amo y se dispuso para levantar los albornoces que le cubrían. Con la per-

severancia, la astucia y la paciencia característica de su raza, Mahiah puso al fin, al descubierto el hombro izquierdo del anciano guerrero.

Después de haber separado la camisa (1) que le cubría, Mahiah tomó de nuevo la lámpara y la aproximó para reconocer el hombro del gefe. Una crispación nerviosa paralizó el movimiento de las manos del esclavo; un escalofrío recorrió todo su cuerpo... Su mirada impaciente no veía la cicatriz que buscaba... Inclino la cabeza hasta casi tocar con los labios el brazo de Al-Abib... De improviso exhaló un prolongado suspiro; los músculos de su rostro se dilataron; cerró los ojos cual si experimentara una sensación voluptuosa, y pronunció lentamente estas palabras:

La otra en el hombro izquierdo.... causada por una bala... ¡Una bala...! Hela aquí... Esta es la cicatriz... El tiempo la ha borrado casi, pero yo la veo... yo la toco... no es posible dudar... ¡Ibrahim, Ibrahim...! el cristiano que te hirió en el hombro, te dió un golpe mas certero que si te hubiese apuntado al corazón...! No te ha herido...! no: ¡te ha dado la muerte, sí, la muerte...!

Esto diciendo, el negro cubrió el brazo del gefe con la camisa, y le arropó con los albornoces: después pasó al lado derecho de Al-Abib y se acurrucó junto á él.

Con la misma paciencia y destreza que había

(1) Las camisas que usan los árabes son muy anchas y están cortadas como las de las mugeres europeas, abiertas por los hombros y con mangas cortas.

empleado pocos momentos antes, desató el nudo del zerival (1) de su amo; levantó la camisa; acercó la lámpara y contempló, con aire satisfecho, la ancha cicatriz de una quemadura que se extendía desde la parte superior del muslo hasta la rodilla, y murmuró con trémulo acento:

= La tercera la tiene en la pierna derecha; causada por la caída de una viga ardiendo que le destrozó las carnes... ¡Héla ahí!

Y, sin poder contenerse, acercó los labios á la herida, y dijo en tanto que cubría la pierna que acababa de desnudar:

—Esta es la última herida que curó mi madre... Sus manos han acariciado tus dolores, Ibrahim... y yo acaricio tus cicatrices en memoria de los tormentos que causastes sin piedad, sin vergüenza y sin remordimientos... Sea este beso nuncio de la venganza que te espera... Ibrahim! maldito seas en tu raza,...! maldito en tus hijos...! Sí, maldito...!

Mahiah colgó la lámpara en el mismo sitio donde la había tomado, se acercó con respeto á los pies de su amo y dijo mentalmente:

—El hombre que causó la perdición de Zaka; el que la envileció con su amor libertino... el hombre á quien debo el haber nacido en la esclavitud; aquel á quien la pobre hija del rey Gaika amó con tanto delirio, y á quien yo debo aborrecer; está ahí... Duermo como un perro acostado á sus pies...

(1) El zerival es el calzon que usan los árabes.

soy su esclavo...! Aquel que despues de haber ajusticiado á mi padre, espulsó á mi madre de la tribu y me cargó de cadenas desde la infancia debe venir...! Mañana nos encontraremos los dos en esta tienda... Mañana llevaré como hoy los hierros y la argolla que me hacen esclavo de ese amo odioso; besaré su albornóz, sus espuelas y sus estribos... Uno de estos dos hombres es el padre, el otro es el hijo... debo al uno todo el desprecio de mi madre y al otro todo el rencor de mi sangre... Dios es grande; su justicia es infinita, milagrosa...! Mañana estaremos todos reunidos; Ibrahim, Al-Arbi, Samuel y Mahiah...! El crimen y el castigo; el ultraje y la venganza... Dios lo verá todo; el Grande Espíritu dará paz á los huesos de mi madre...! He jurado por el Djelep y por mi parte de paraiso no tener piedad con la raza del judío Samuel; ser inexorable para Al-Arbi y todos los suyos, para los hijos de Ibrahim que no son mis hermanos; lo he jurado... obedeceré... Destrozaré á Samuel bajo mis piés como una culebra... Perdonaré á Ibrahim... pero la muerte de su hijo le costará la vida... ¿Cómo herir...? ¿Por donde empezaré...?

Al llegar á este punto de su secreto monólogo, un pensamiento rápido como una exhalacion, cruzó por la mente del esclavo: revolvióse con inquietud sobre la alfombra en que estaba acostado y continuó:

—*Todos los hijos de Ibrahim que no sean tus hermanos... ¿Y Medina...? Medina es hermana.*

de Al-Arbi... La gacela es hermana del tigre; la tórtola es hermana del buitre...!

Los ojos de Mahiah se llenaron de lágrimas.

—Lo he jurado...! lo he jurado en nombre de mi padre y de mi madre...!

El negro se arrodilló, volvió la faz hacia el Oriente; tocó tres veces el suelo con su frente, y murmuró con lúgubre acento:

—Mahiah obedecerá á su madre...!

En este mismo instante, la cortina que cerraba la entrada de la tienda se alzó con precaucion, y Medina penetró en la estancia con paso rápido y menudo; puso una mano sobre la cabeza del esclavo que permanecía arrodillado, y echando sobre sus hombros el capuchon negro de su albornoz le indicó con un gesto que la siguiera.

Mahiah se estremeció cual si hubiera sido tocado por una chispa eléctrica; levantóse lentamente y siguió los pasos de su ama.

Al pasar los umbrales de la tienda, el negro aspiró con fuerza la brisa embalsamada de la noche que refrescó su acalorada frente, y murmuró, dirigiéndose á la imágen de su madre, estas palabras que no llegaron al oído de Medina:

—¿Deberá ser ella la primera víctima...?

V.

AIHA.

De regreso en su tienda, Medina, con paso rápido se dirigió hacia su hermana.

La hija del califa, con la mejilla apoyada en la palma de su mano derecha, parecía sumergida en profunda y dolorosa meditacion. Las revelaciones de su amiga, en vez de aliviar la inquietud de su alma, habían sobrescitado poderosamente los delirios de su mente virgen todavía como lo estaba su corazon: y la habían lanzado en un mar de pensamientos melancólicos donde se sumergía sin encontrar una tabla de salvacion.

Medina tomó asiento á su lado, y estrechó una de sus manos entre las suyas y le dijo esforzándose por sonreir.

—Vamos á saberlo todo.

Aiha movió la cabeza haciendo un gesto mas bien de desesperacion que de duda.

—En verdad, hija mía, que me cuesta mucho trabajo educarte; tienes toda la debilidad de nuestro sexo y la manifiestas á cada instante.

La hija del califa dirigió una dulce y melancólica mirada á los ojos de Medina, espresando deseos de interrogarla y de justificarse.

—Sí; yo me encargo de enseñarte la táctica y las stratagemas que emplean las francesas para embelesar á sus amantes: te aseguro que mi hermano, si conserva la vista, caerá rendido á tus pies. Pero la primera é indispensable condicion es conducirte como muger, y tu no sabes serlo... No, no sabes serlo, ó al menos lo dudo mucho... Desde luego desconfias de tu belleza y eso que eres hermosa como la hurí prometida al mas fiel, al mas justo de los creyentes; despues te confiesas vencida antes de haber empeñado el combate, y por último, no tienes ni una chispa de curiosidad, vicio capital pero indispensable. La muger que no es curiosa, no sirve para nada... y luego; ni siquiera tienes celos...

Aiha alzó la frente con rapidéz y sus ojos despidieron una mirada brillante.

Medina continuó:

—Bravo... me gusta esa mirada; ese arranque de soberbia altivéz me inspira alguna confianza... Luego volviose hacia el esclavo y prosiguió: Acércate Mahiah, mi buen servidor; ven y cuéntame las peripecias de tu largo viaje... Dime, has olvidado—

do á tu ama durante los buenos y los malos dias?

Mahiah que se había mantenido en actitud respetuosa en la entrada de la tienda en tanto que Medina acariciaba y amonestaba con dulce voz á la hija de Ben-Allal, se acercó tímidamente hacia su ama, recogió del suelo la cola de su larga túnica, la besó con humilde apresuramiento y se alejó diciendo:

—Mahiah no olvida nunca su ángel bueno... Lo vé tan pocas veces...!

—Acercate mas; sientate á nuestro lado y habla muy bajo. Que nadie sepa que estás aquí, ni á nadie reveles esta conferencia.

—Comprendo.

Medina se levantó para apagar la lámpara que difundía una viva claridad en el interior de la tienda, y solo dejó encendida una bujía cuya luz disminuyó cubriéndola con una pantalla. La estancia quedó envuelta en una semioscuridad, muelle, voluptuosa y llena de poesía y encanto. Los muebles proyectaban grandes sombras sobre el suelo y la tapicería; y los tres personajes de esta misteriosa escena, con sus trages, su actitud, su esquisita elegancia ó salvaje rudeza y el murmullo apagado de sus voces, le daban un caracter original mezcla de graciosa coquetería y de gravedad austera.

Los groseros vestidos de Mahiah, sucios y cubiertos de polvo, contrastaban con los trages ricos y lujosos de sus amas y con la oriental decoración de aquella encantadora estancia; lo negro

de su rostro y la dureza de sus facciones, hacían resaltar la blancura y la maravillosa belleza de las dos jóvenes.

—Sientate ahí, dijo Medina; te lo mando por segunda vez... aquí... mas cerca todavía... ¿Tienes miedo de manchar con tu contacto estas dos hijas de las arenas del desierto? Veamos, respóndeme: mi hermano, ¿continúa siendo noble; valiente y hermoso...? Respondeme, pero muy bajito, que solo nosotras te oigamos.

Aiha puso el oído echando hacia delante su graciosa cabeza.

La tórtola que estando en su nido oye un arroyo de amor no estira el cuello con tanta gracia ni escucha con mas palpitante inquietud.

Mahiah respondió sin vacilar:

—Al-Arbi, (el brazo de Dios) ha vuelto de Francia mas fuerte, mas valiente, mas santo y mas hermoso que nunca... Es un gran gefe y un Señor muy poderoso...!

—¿Qué prisioneros son esos que conduce? preguntó Aiha con tímido acento.

—No nos cuidemos por el momento de los prisioneros, interrumpió Medina, pues tenemos el tiempo contado.

—Esos prisioneros, exclamó Mahiah, son muy desgraciados y merecen compasion.

—Bueno; ya nos ocuparemos de ellos... hablemos de la muger que acompaña á mi hermano...? Quién es...? Dinos pronto si es jóven y bonita.

Las dos amigas inclinaron el cuerpo hacia ade-

lante y espresaron en su fisonomía el sentimiento de vivísima curiosidad con que esperaban la respuesta del esclavo.

Este se apresuró á contestar:

—Se llama Kadidja; es hija de un gefe de Ain-Mahdi; desposada de Kaddur, hackem de Mostagan, y muger de Al-Arbi (el amado de Dios.)

—¿Se ha casado con ella? preguntó Medina, en tanto que Aiha se cubría el rostro con ambas manos.

—Se ha casado con ella en secreto, sin pompa y sin festejos, porque es santo, es morabito... Las ceremonias solo son necesarias para los pobres á quienes Dios no se manifiesta... Esa muger es hermosa como el primer rayo del sol que aparece despues del huracan..! Es soberbia, altanera, despota, celosa, pródiga, rica y atrevida.

En tanto que Mahiah hacía el retrato de Kadidja, Aiha descubría lentamente su rostro, sus mejillas se coloreaban fuertemente, y se notaba en su mirada un extraordinario brillo. Diríase, que al oir las dotes físicas y morales de su rival, su corazon seabría para dar entrada á un sentimiento de orgullo y de celos.

Medina que observaba la espresion de la fisonomía de su amiga y seguía con la vista todos los movimientos de su semblante, interrumpió el panegírico que hacía el esclavo y le preguntó con acento impetuoso:

—¿Es mas bella que nosotras..? Míranos y habla con franqueza... te lo mando.

Y, esto diciendo, levantó la pantalla de la bujía y dirigió la luz hacia el rostro de Aiha, exclamando con acento de satisfaccion y triunfo:

—¡Mira...!

El negro permaneció inmóvil, con los ojos desmesuradamente abiertos y fijos en el semblante de la hija de Ben-Allal. Un sudor frío cubrió todo su cuerpo; sus lábios se agitaron, quiso, mas no pudo hablar... Sin embargo, estiró el cuello, se acercó cuanto pudo á la jóven y la contempló extasiado.

Aiha bañada por la luz de la bujía, resplandecía en medio del foco de claridad como un diamante. Fascinada por la magnética mirada del negro, bajó los ojos en tanto que su frente se teñía con el vivo carmin del pudor.

—¿Y, bien? preguntó Medina poniendo de nuevo la pantalla sobre la bujía: Kadidja, ¿es acaso mas hermosa que nosotras?

Esto diciendo, la hermana de Al-Arbi ocultaba en la penumbra su rostro admirable, su incomparable belleza.

—No...! No...! No...! repitió el negro; exhalando un prolongado suspiro.

—¿Te ha disgustado la comparacion? preguntó Medina sonriendo.

—Oh! no; insistió Mahiah; estoy contento, muy contento... Pero dime, ama, ese collar que lleva la hija gloriosa del califa ¿quién se lo ha dado?

—¿Ese collar de coral y oro?

—Si... si...

—Fué de mi madre, respondió Aiha.

—¿De tu madre...?

—Sí; de mi pobre madre Rtidjá... Murió tan jóven que no debes haberla conocido.

—No...no...! pero, ¡qué hermoso es ese collar...! Dime ¿lo venderías si lo quisieran comprar?

—No; todo el oro de Stambul no sería bastante para pagar este recuerdo de Rtidjá, esposa de Ben-Allal, y madre de Aiha!

—Eres noble y gloriosa... Mahiah amaba también á su madre... y como tu, ama ya solo su dulce recuerdo... Tu madre ha muerto ¿no es verdad?

—Hace mucho tiempo, apenas la he conocido.

—¿De quien era hija?

—No lo sé... Muchas veces la oí decir que tenía sangre real en sus venas.

—¡Que hermosa te crió...! ¡Oh! sí, muy hermosa... No, Kadidja no estan bella como tú... Eres el ángel de la mano derecha (1) tu frente es el espejo de tu alma, tu corazon se trasparente, es puro como el eco de tu voz... Oh! Mahiah te admira...!

—Este pobre muchacho va á volverse loco, dijo Medina dirigiendo la palabra á su amiga; en Francia hija mia, eso que te dice se tomaría por una declaracion formal de amor; porque en Francia la mayor parte de los hombres galantean á las

(1) Segun el Coran, el hombre se presentará el dia del juicio final, asistido de dos ángeles; uno estará á su derecha para dar cuenta de sus buenas acciones, y otro á su izquierda para esponer las malas.

mugeres solo por seducirlas, y no sienten lo que dicen. Es una lástima, porque galantean de una manera muy agradable... En Africa. las cosas pasan de otro modo. Mahiah por lo visto ha quedado estupefacto con tu belleza y creo que mi hermano verá las cosas como él... No dudo que el reinado de Kadidja será muy pasajero...

Mahiah exhaló un nuevo suspiro y ocultó la frente entre las manos.

—Está visto, continuó Medina, este pobre muchacho va á pasar la noche pensando en tí.

Detúvose un breve instante, y luego prosiguió en tanto que acariciaba con la mano la linda cabeza de Ahiah que estaba triste y pensativa con el recuerdo de su madre:

—La aurora se acerca y Mahiah tiene que dejarnos... Dime, mi fiel esclavo ¿no es verdad que siempre he sido tu amiga y que te he protegido en tu desgracia?

—Oh! sí; me has colmado de beneficios.

—Pues bien; todavía te los prodigaré mayores; pero es necesario que me sirvas fielmente, que me obedezcas con preferencia á todo el mundo... Y si es verdad que me quieres mas que á nadie....

—Oh! sí; interrumpió el negro fijando la mirada en el rostro de Aiha.

—¿Darías tu vida por salvar la mía?

—Sí; respondió el negro profundamente agitado.

—¿Me defenderías de cualquier peligro á riesgo de tu existencia?

—Sí, sí; respondió Mahiah, cuyo juicio comenzaba á estraviarse.

—En este caso está dispuesto para acudir á mi primera llamada... Debes tener frío con ese kaban viejo y haraposos; toma este nuevecito que he comprado para tí... Ya ves que si tu madre ha muerto yo procuro hacer sus veces... Adios, pues, retírate en silencio, que el día se acerca.

Mahiah se puso en pié:

—¿No quieres, dijo, que te hable de los dos prisioneros?

—No, ya es tarde; mañana nos ocuparemos de ellos: y puesto que te interesan, te ofrezco tomarlos bajo mi proteccion... Adios, adios, mi buen servidor.

El negro salió á paso lento de la tienda; cuando estuvo fuera, echó á correr hacia el extremo mas apartado del aduar, donde se arrojó al suelo, y entre lágrimas y sollozos dió rienda suelta á los pensamientos que trastornaban su razon.

—Sí; ella es, se dijo mentalmente; la hija de Rtidja, mi hermana, nieta de Zaka y de Ibrahim, hija del Califa Ben-Allal; lleva al cuello el collar de coral y oro... ella es, sí; no hay duda... Apenas ha conocido á su madre que fué vendida muy jóven á un gefe del Angaed... y este gefe es Ben-Allal... Además la hija de Zaka y de Ibrahim era blanca como la nieve que cubre la cima del Atlas y se llamaba Rtidja... Mahiah nada ha olvidado de cuanto le dijo su madre... Oh! el Djelep....! el Djelep es sabio..... ¿Qué puedo hacer para la fe-

licidad de esta noble y hermosa niña? Nada; ella es rica, poderosa, y yo soy su esclavo... Un miserable gusano que se arrastra á sus pies; puede, si quiere, hacerme azotar, mandarme cortar la cabeza y arrojar mi cadáver á los perros ó á los chacales..... Aiha, mi sobrina; mi sangre; ¡qué hermosa es...! Ah! cómo mi rostro negro y mi cuerpo despreciado y envilecido, hace brillar la blancura de su tez y la elegancia de sus formas...! ¡cómo mi cabello áspero y crespo, contrasta con el suyo suave y lustroso como el de los ángeles... Es nieta de un rey é hija de un gefe poderoso..... yo soy esclavo comprado en los mercados de la llanura... Ella brilla en medio de una aureola de gloria y esplendor, yo me veo ultrajado, envilecido, estimado en menos que el último caballo destinado al servicio de mi amo... ¡Es esto justo....! pues qué, mi raza ¿no se redimirá nunca? ¿no ha sufrido bastante?.... Oh! sí, me acercaré á ella y le diré: Aiha, soy hermano de tu madre; la misma sangre corre por nuestras venas... Y ella, llorará de alegría... Sí, hablaré... es preciso que hable...

Esta esplosion de cariño pasó como un relámpago por el alma de Mahiah; el recuerdo de su envilecimiento llenó de nuevo su corazon que latió con violencia y le sujirió una idea llena de amargura.

—No, no debo hablar... ¿Para qué? ¿para humillarla y avergonzar á su padre con mi abyecta condicion...? Debo servirla, ser su esclavo.....

velaré noche y día por ella; dormiré en el umbral de su tienda, y por ella me haré matar... Será mi madre, mi ángel bueno, mi Dios misericordioso... ¡Pobre Zaka! ¡pobre madre mía! Ah! si antes de morir hubieras estrechado contra tu corazón esa hermosa criatura, hija de tus entrañas...! ¡que consuelo hubiera sido para tí...! Mahiah, solo Mahiah el esclavo cerró tus ojos, recibió tu último beso en su frente negra y marcada con el estigma de la esclavitud...!

El negro se interrumpió y exhaló un suspiro que arrancaba de lo mas hondo de su pecho. El choque de los varios pensamientos que torturaban su mente, conmovió todo su ser, y lo dejó enteramente postrado durante algunos segundos. Repuesto, al fin, continuó:

—Sí; me consagraré en cuerpo y alma á su servicio; mas ¿que haré por ella...? Ama con todo el entusiasmo de su alma inmaculada y de su corazón vírgen... Lo sé, sus ojos me lo han dicho, su turbacion me lo ha revelado..... sufre; el amor amenaza consumirla... ¿Cómo salvarla? ¿A quien ama...? A un mónstruo ¡al verdugo de mi padre...! al hijo de Ibrahim que lo fué de mi madre, y á quien Zaka marcó en la frente con el sello de la venganza...! Al enemigo á quien no puedo perdonar; al asesino de mi tribu... á ese á quien debo matar sin misericordia...! Lo ama, sí; pero ¿dónde lo ha conocido? Y él ¿la amará? No... su amor por Kadidja es tan reciente que se encuentra todavía en el delirio de los primeros momentos... Pero... ¡es

tan hermosa Aiha, y Al-Arbi tan libertino... ¡Dios mío, Dios mío, ilumíname...!

Interrumpió un breve instante la série de estos pensamientos, y luego exclamó sonriendo sardónicamente:

—Sí; esto es... no encuentro otro camino; mi imaginacion no puede combinar otro plan.... Aiha no puede amarle todavía con pasiones imposibles! no la conoce, ni ha habido tiempo bastante para desarrollar su amor en toda su plenitud... Sí; esto es, lo mataré antes de que la vea, en mitad del día, á la faz de todo el mundo....! Pobre Mahiah! te harán pedazos; inventarán los suplicios mas atroces, para hacerte morir como no ha muerto ningun ajusticiado... Como que habrás asesinado á Al-Arbi....! No importa... lo has ofrecido, lo has jurado sobre el Djelep; por la memoria de tu padre; á la cabecera de tu madre moribunda, y debes cumplir tu juramento...! Mas si muero yo ¿quién me vengará de Samuel...? ¿Quién servirá á Medina...? Oh! madre mía, madre mía...! ¡que horrible situacion...!

El desdichado Mahiah se revolcó en el suelo golpeándose la cabeza; luego cerró los ojos y murmuró con ronco acento:

—Sí; obedeceré ¡obedeceré...! Mañana, mañana...!

.

Así que el esclavo hubo salido de la tienda de las dos amigas, la hija de Al-Abib se arrojó en los

brazos de Aiha diciéndole con sonrisa placentera:

—¿Estás contenta hermana mía...? ¿Renace la esperanza en ese corazón...?

—¿Por qué te manifiestas tan sensible á mis sufrimientos? exclamó la hija del califa ¿Ignoras que nuestra religion permite á los hombres tomar varias esposas, y que yo he nacido y me he educado en ella? Ah! envidio la suerte de las cristianas que reinan sin rival en el corazón del hombre que aman y de quien son amadas....!

—Te amaré á tí sola; no lo dudes, te amaré...

—No; no lo espero; unido tu hermano hace pocos días á esa muger, no tendrá para mí ni una mirada... Procuraré mirarlo á él sin evocar los recuerdos de mi infancia...! ¿Quién sabe? acaso su vista no me haga sufrir tanto como yo creo... Y si me hace sufrir, sabré resignarme con el decreto del destino...!

—No te creo hermana mía... Cuando ese sentimiento se apodera del corazón de la muger, no lo abandona sino con la vida... El tiempo, la ausencia y la traicion, son armas que esgrimimos frecuentemente en nuestro propio daño: la soberbia, en materia de amor, no es para nosotras mas que ciego despecho; el silencio un dolor que satura nuestra alma, y la resignacion un veneno sin antídoto... Hace tiempo amas á pesar tuyo y no es posible que hoy puedas olvidar ese sentimiento sagrado. El amor, hija mía, es como el martirio, no nos corona hasta que ha recogido nuestro último

suspiro...! Escúchame, pues; sigue los consejos de tu hermana que ha vivido mas que tú, y que ha sufrido mucho. ¡Oh! sí, mucho...! Mi corazon estenuado y marchito, necesita el calor del tuyo para no morir dentro del pecho... del tuyo, jóven y lleno de sávia, que comienza á abrirse como el boton de la rosa para recibir el fresco de la brisa y el rayo benéfico del sol... Mi hermano es digno de tí; tengo fé en tu estrella; si llegas á ser su esposa, como creo que lo serás, Gaston...

—¿Quién es Gaston?

—Es su nombre francés.

—¡Que dulce es ese nombre..,!

—Oh! llamárase Jacob ó Ismael, que su nombre sería el mas grato á tu oido... Algo entiendo yo de eso... Gaston tiene demasiado buen gusto y abriga sentimientos harto nobles para amar con pasion á una mora vanidosa é incapáz de sentir ni de inspirar toda la delicadeza, todas las castas delicias de un amor que reside mas en el alma que en los sentidos. No dudo, no, que al verte se enamore de tí. ¡Eres tan hermosa, hija mía...! reunes las dotes de las mugeres nacidas y criadas en el seno de dos civilizaciones diametralmente espuestas y eso que forma tu mayor encanto, será, no lo dudes, apreciado por mi hermano... Ten presente que eres una perla pérdida entre las olas de este mar de arena... y que mi hermano, como los buzos que descenden á las profundidades del océano para buscar esas preciosas lágrimas del mar, te sacará de tu concha de nacar.

—La perla no brilla al lado del diamante... A tu lado soy como esos astros que palidecen al despuntar la aurora.

—Holá! ¿tambien eres lisonjera y modesta...? Hija mía, la modestia está demas... Es un gran defecto que tienen las mugeres cristianas... ¿Un defecto, digo? casi un vicio... Pero dejémonos de observaciones, y convengamos en lo que debemos hacer. Desde luego queda acordado que aborrecemos cordialmente á esa Kadidja, ¿no es esto?

—Si; exclamó Aiha con vehemente ingenuidad.

Medina sonrió jovialmente y estampó un sonoro beso en las mejillas de su amiga.

—Es claro y evidente que siendo sus enemigas vamos á declararle la guerra y á aniquilarla bajo el peso de...

—¿De qué? interrumpió Aiha con vivacidad.

—Bajo el peso de nuestros recursos y armas femeninas; esas armas que hemos recibido de la naturaleza y que son incontrastables, irresistibles.

—Pero ¿qué armas son esas?

—Nuestra belleza; nuestra gracia; la voz, la mirada, el vestido, en fin, todo cuanto tiene de mas seductor y hechicero la muger... A esto nadie ni nada se resiste.

Aiha no pudo contener la sonrisa que asomó á sus lábios y exclamó, mirando con cariñosa expresion á su amiga:

—¿Estas loca?

—No hablemos mas del asunto, y jura obedecerme en todo.

—Lo juro.

—¿De veras?

—De veras.

—Pues bien, hija mía, te anuncio que seras aquí y en París la mas peligrosa entre las mujeres coquetas... Una coqueta capaz de causar la perdicion de un ángel... En verdad que tengo mucho gusto en servirte de maestra.....

—Luego, ¿tú eres coqueta?

Medina se inmutó y permaneció silenciosa. La sonrisa desapareció de sus lábios; el brillo de su mirada quedó amortiguado y un velo de tristeza se extendió sobre su hechicero semblante. Incluyó la frente y quedó inmóvil.

—Si tu no eres coqueta yo tampoco quiero serlo; insistió Aiha.

—Yo coqueta...! respondió al fin, Medina; y continuó despues de un momento de indecision.

—Puesto que poseo tu secreto debo hacerte depositaria del mio.

Las dos amigas estrechándose las manos y besándose repetidas veces, permanecieron conversando largo tiempo.

Cuando se acostaron sobre el mismo lecho, Aiha sabía ya toda la historia de los amores de su amiga: sus ojos, antes de cerrarse, derramaron lágrimas de dulce compasion y enternecimiento.

La noche recojía su negro manto; el ruiseñor ya no daba su voz al viento, y la brisa del alba mecía suavemente las hojas de los cañaverales que cubrían los pantanos.

VI.

EL ENCUENTRO.

Un canto áspero y monótono se alzó de improviso en la deyrah de Ben-Allal saludando al nuevo día, y rindiendo homenaje al Ser Supremo en la fórmula consagrada por el islamismo. (1)

La voz del hombre celebraba el despertar de la naturaleza; esa magnífica decoracion que ningun pincel puede imitar ni la palabra sabe describir.

La religion de Mahoma se dirige exclusivamente á la imaginacion de esos pueblos tan fáciles de fanatizar. Pueblos soñadores y dados al misticismo, déjanse seducir fácilmente por esa poesía sagrada que canta sin cesar las maravillas de la

(1) ALAH UAED ALAHU MOHAMED NABI ALAH. Dios es Dios, Mahoma es su profeta

creacion y que se inspira en esos grandes misterios que los ateos quieren explicar por el cálculo y cuyo principio desconocerán siempre.

La aurora, el medio día y la puesta del sol son los momentos destinados para la oracion por los musulmanes. En aquellas horas solemnes, el almuédano llama á los creyentes que se prosternan para adorar al Ser Supremo, Soberano Hacedor de esas eternas y espléndidas maravillas que dan testimonio de su poder único é infinito.

El despertar de una tribu, es un espectáculo conmovedor que enamora é impresiona el alma melancólica. A la voz del almuédano responden en coro las oraciones de los niños, de los ancianos, de los hombres y de las mugeres. Ningun peligro por inminente que sea, distrae á los fieles creyentes de su plegaria y purificaciones: vuelto el rostro hacia el Oriente y á la incierta luz del crepúsculo, los árabes invocan á una voz la proteccion del cielo; la misericordia del Supremo Hacedor.

Mahiah, vencido al fin por la fatiga que le produjeron tantas horas de penoso trabajo, habíase dormido profundamente. Las primeras palabras de la oracion de la mañana le despertaron con sobresalto; pasóse las manos por los ojos y por la frente; sintió latir su corazón al recordo de sus grandes infortunios, y dilatarse al mismo tiempo su pecho con la dulce memoria del hallazgo que tuvo pocas horas antes.

—¡Aiha...! Aiha...! exclamó exhalando un gri-

to de loca alegría, Aiha...! y quedó luego silencioso; hasta que animándose de nuevo á impulsos de un doloroso recuerdo, murmuró con voz ahogada por la cólera: ¡Al-Arbi...!

Mahiah suspiró con desconsuelo; rezó la oración de la mañana y se acercó á la tienda del Califa.

Ben-Allal y Al-Abib, estaban ya levantados; el negro los saludó respetuosamente poniendo la mano derecha sobre su pecho (1) y les besó la falda del albornoz.

—Que pongan la silla á los caballos y que todos los ginetes estén dispuestos para marchar, dijo el Califa; vamos á salir al encuentro de Al-Arbi, el enviado de Dios.

—Conduce tú mismo del diestro, dijo Al-Abib, el caballo de mi hijo, su caballo de batalla el noble y generoso Simoun.

—Serás obedecido, Sidi.

—Oh! como vá á relinchar de alegría al ver su bizarro ginete.

—Al Arbi (Dios es su padre) me ha hablado muchas veces durante nuestro viaje, del glorioso compañero de sus fatigas guerreras.

—Carga mis pistolas.

—Ceba mi espingarda, dijo Ben-Allal.

Mahiah dió cumplimiento á las órdenes de los gefes y salió de la tienda despues de haberlos vestido y armado completamente, desde el tu-

(1) Saludo de los orientales.

mak (1) y los chabiras (2), hasta el ámplio albornoz que cubría sus armas.

De allí á poco el piafar de los caballos, el balido de las ovejas y los gritos de los muchachos pusieron en movimiento toda la deyrah. Las mugeres despues de haber ayudado á sus maridos á ensillar y poner frenos, recogieron la cebada, restos de los piensos de la noche y se despidieron de los ginetes. Estos se formaron en círculo fuera del recinto de la deyrah, esperando la llegada de los gefes y la órden de ponerse en marcha.

Ben-Allal y Al-Abib montaron á caballo y se pusieron al frente del gum, despues de haber inspeccionado con rápida mirada el estado de la fuerza que acaudillaban.

La música del califa dió al viento sus tocatas guerreras (3) y el cadí de la deyrah, llevando el quitasol de honor (4), se situó respetuosamente detrás del venerable gefe de los angaeds. Dos esclavos jóvenes, robustos, despiertos y bien montados llevaban las espingardas de Bèn-Allal y de Al-Arbi; hermosas armas cuyo cañon rameado de oro y caja cuajada de incrustaciones de coral, concha,

(1) Botas de montar de taflete cuyo color varía segun el gusto del ginete.

(2) Espuelas vaqueras.

(3) Esta música se compone de oboes, clarinetes, y timbales, semejante á la del Djelep. Tiene bastante analogía con la música de las danzas catalanas.

(4) El quitasol, así como la música son atributos del poder entre los árabes. Solo los Sultanes, bajás, beys y los califas tienen derecho á llevarlos en sus marchas.

plata y marfil, y enriquecida con versículos del Coran, revelaban la paciencia y habilidad de los arcabuceros que las habían construido.

Dejóse oír un sonoro relincho; todos los caballos del gum aguzaron las orejas, hirieron el suelo con su casco, y contestaron con otro relincho general que acabó de reanimar la guerrera escena que presenciaba la deyrah.

Mahiah se presentó llevando del diestro, ayudado de otro esclavo, el brioso caballo de Al-Arbi. Este hermoso animal de pelo tordo rodado, venía cubierto á la manera de los caballos en la edad media; una mantilla bordada de hilillo de plata cubría la grupa, y colgaba por las ancas sin embarazar los movimientos de sus piernas. La silla turca que asentaba en sus robustos lomos, estaba forrada de taflete rojo cuajado de arabescos de oro; la brida de anteojeas, bordada de seda verde y adornada de flecos de seda del mismo color y mezclada con hilillo de plata; el pretal ancho de cuatro dedos, cuajado de laminillas de oro y de medias lunas de plata, sostenidas con cadenitas del mismo metal, y por último, traía colgado del ahogadero una media luna formada con dos colmillos de jabalí unidos por una virola de plata, la cual sostenía un amuleto que contenía algunos versículos del Coran. (1)

El generoso bruto marchaba ostentando orgulloso sus magníficos arreos. Todos sus movimien-

(1) Todos los ginetes árabes llevan amuletos colgados al cuello de sus caballos.

tos eran sueltos, acompasados y perfectamente unidos; mostraba tener conciencia de su hermosura y manifestarla con esa gallardía, con ese instinto que caracterizan al caballo, verdadero y leal amigo del hombre en la guerra, en la caza y en el trabajo. Sus piernas y brazos, finos, descarnados y limpios, cuyas extremidades estaban teñidas con el anah, tenían la fuerza y elasticidad del acero; sus anchas narices abiertas y trémulas espelían con fuerza el aire contenido en sus robustos pulmones; sus ojos saltones, vivos, bulliciosos y alegres, despedían miradas en que la audacia y la dulzura entraban por partes iguales; su larga cola peinada y rizada con arte, arrastraba por el suelo ó se abría en abanico á cada bote que daba tascando el freno; sus crines blancas y sedosas caían en ondas hasta el pretal, y finalmente, sus pequeñas orejas inquietas y puntiagudas, daban á su linda y airosa cabeza una gracia que completaba la belleza de aquel tipo de fuerza, valor y elegancia.

Los dos esclavos con el caballo se colocaron delante de los gefes, y el gum se puso en marcha dividido en dos mitades en cuyo centro se situaron el califa y Al-Abib. La marcha se emprendió formados los ginetes en línea de batalla.

En el momento en que la caballería se desplegaba por el campo, Aiha se levantó con precaucion del lecho en que descansaba Medina. Acercóse andando de puntillas á la entrada de la tienda, levantó un poco la cortina y contempló silenciosa y

durante un largo espacio de tiempo la marcha del gum por la llanura. Cuando hubo perdido de vista al último ginete, regresó al lado de su amiga y se recostó sobre los almohadones murmurando:
 —Las francesas no saben amar; el amor no las despierta.

.

Al cabo de una hora de marcha por los arenales y entre las malezas que cubrían el suelo, el gum de Ben-Allal llegó á la meseta de un cerro aplanado, desde la cual se registraba un dilatado horizonte. Muy luego las miradas descubrieron en lontananza un grupo de personas que se dirigían hacia el Ued-el-Haman, y Mahiah interrogado por los gefes, contestó que eran Al-Arbi, Muller, Kadidja y los dos prisioneros. El gum hizo alto; y un peloton de ginetes salió de descubierta para reconocer á los viajeros. El resto de la caballería se formó en círculo, cuyo centro ocuparon los gefes, y en esta actitud esperaron la señal que debía hacer la descubierta.

Pocos momentos despues Al-Arbi se hallaba á un cuarto de legua corto del gum. Reconocido por los gefes dieron orden á Mahiah y al otro esclavo para que saliesen con el caballo al encuentro del morabito.

Al-Abib, siempre dueño de sí mismo, disimulaba la agitacion de su ánimo y permanecía sereno é impasible no obstante los fuertes latidos de su corazon.

De pronto los ginetes de la descubierta levantaron las espingardas cuanto permitía la estension de sus brazos por encima de sus cabezas; hicieron sonar las espuelas golpeando con los talones sobre los estribos; rozaron los hijares de sus caballos con sus largos chabiras y se lanzaron á todo escape al encuentro del augusto personaje cuya bien venida celebraban.

A conveniente distancia sin cesar de correr á rienda suelta, los ginetes encararon las espingardas é hicieron fuego para anunciar que empezaba la *fantasía*.

En el mismo instante, los ginetes del gum arrancaron á escape yendo cuatro, ocho y diez y seis hombres de frente; llegando en esta formacion hasta corta distancia de Al-Arbi, á cuyos pies descargaron alternativamente sus espingardas para honrar al héroe de esta fiesta militar y religiosa.

Mahiah se acercó presentándole el caballo.

Al-Arbi saludó magestuosamente á los árabes; púsose al lado izquierdo de *Simoun*; pasóle repetidas veces la mano por el nervudo y erguido cuello, lo acarició con una mirada de orgullosa satisfaccion, puso el pié en el estribo y montó con ese admirable aplomo, gracia y agilidad, de que hace alarde todo gefe árabe que quiere conservar su prestigio á los ojos de un pueblo que ama con pasión todos los espectáculos guerreros.

Mahiah metió la mano debajo de su kaban, y requirió el puñal que llevaba oculto;... mas cediendo

do á una nueva inspiracion soltó el arma y se dijo mentalmente:

—Su hora no ha sonado todavía...! Espera y anda, que ella llegará.

Ya á caballo, Al-Arbi arrojó el haraposo albornoz de Dervis con que se había disfrazado para burlar la vigilancia y credulidad de los franceses, y quedó vestido con un jaique blanco ceñido al talle con unpañuelo deseda. Desembarazada la frente, de la cuerda de cerdas de camello que sugetaba con veinte vueltas el capuchon del albornoz á su cabeza, levantóla soberbia y magestuosa sobre los valientes que le rodeaban cuyo corazon latió con violencia viendo cercano el dia de nuevos combates y de nuevas glorias. Luego recogió la mano y los talones; llamó sobre las piernas su fogoso corcel; hirióle con rigor en los hijares escitándole á dar tres botes extraordinarios por su elevacion ganando terreno y por la acompasada maestría con que fueron ejecutados.

Seguidamente tomó una espingarda de manos de uno de los ginetes, tercióla sobre el borren delantero de la silla, y rompió la marcha con aire triunfador.

Los dos prisioneros caminaban á pie, atados uno á otro y vigilados de cerca por Muller; Kadidja iba en su palanquin de cañas sentada sobre la mula; Samuel y un esclavo kabila marchaban á su lado, y por último; el buitre Yakub, posado sobre la cruz de la mula de Kadidja, permanecía inmovil con la cabeza metida debajo de un ala,

en actitud de dormir.

El cafre se acercó disimuladamente al capitán y le dijo en tono que solo él pudiera oír:

—¡Valor! Mahiah no falta nunca á su palabra....

De Candeuil alzó la cabeza, miró al negro, hizo con los hombros un movimiento que espresaba indiferencia é incredulidad, y continuó arrastrando los pies trabajosamente entre las ramas rastreras de las plantas y enterrándolos en arena. Los prisioneros estaban, como es fácil de comprender, en el mas lastimoso estado; caídos, demacrados, pálidos y ojerosos; el vestido hecho girones y los pies casi descalzos. Jourdain se encontraba en un estado de completo marasmo. El capitán, á despecho de sus acerbos dolores morales y físicos, manifestaba esa alegre indiferencia propia del carácter frances, que así se rie del sufrimiento y de la miseria como se rie hasta de la muerte.

Samuel caminaba con gentil desembarazo; sus ojillos chispeaban viendo prócsimo el término de su largo viaje, y la cercana perspectiva de la cuantiosa suma de dinero que había de recibir en pago de su venalidad y del feo papel que había desempeñado. El aduar de Ben-Allal era para él la tierra de promision; y como le tocaba con la mano, su júbilo era semejante al que experimenta el marino que despues de una larga y peligrosa navegacion fondea en el deseado puerto.

Doscientos pasos antes de llegar al sitio en que se encontraban el califa y su padre, Al-Arbi se

tendió sobre el cuello de su corcel, tomó la espingarda con la mano derecha por la mitad del cañon, la hizo girar por encima de la cabeza y lanzó á escape su caballo hacia el montoncillo donde le esperaban los dos gefes. Llegado á tres pasos de distancia, el gallardo ginete hizo una parada en firme, llamó sobre los pies al caballo que hizo una graciosa corbeta obligándole por último á que se arrodillara. En esta actitud encaró la espingarda, disparóla al aire y luego levantó su montura con gentil destreza.

Apearse; ponerse de hinojos delante de su padre y besar la orla de su albornoz, fué obra de un segundo para el hijo de Al-Abib.

Los dos ancianos se inclinaron sobre el cuello de su respectivo caballo y uno despues del otro besaron en la frente al morabito. El Kalifa volvió riendas hacia el aduar.

Muller acudió presuroso al lado de Al-Abib y le saludó militar y respetuosamente. El anciano le alargó la mano diciéndole:

—Te estoy agradecido amigo mio; siempre estás en tu puesto decidido á servirme fielmente en esta vida aventurera que Dios me ha dado. Gracias, bizarro compañero de mis glorias y de mis desdichas... gracias porque me devuelves á mi hijo á quien servistes como me vienes sirviendo á mí hace cuarenta años... Seas bien venido á mi lado.

—Señor baron, me honra Vd. demasiado. Mis servicios solo son el pago de una deuda sagrada...

Debe á Vd. dos veces la vida... Austerlitz y Wagram son dos fechas que nunca se borrarán de mi memoria.

—No evoques antiguos y gloriosos recuerdos... Déjalos dormir silenciosos en el pecho donde están sepultados... A Dios: nos volveremos á ver dentro de pocas horas.

—Sí, señor baron... sí, mi coronel...

Al-Abib se fué á reunir con su hijo y el califa.

Durante los primeros momentos de marcha la conversacion entre los tres gefes versó sobre los negocios del pais, y sobre las operaciones del ejército frances en el Tlemsen. Al-Arbi, á pesar del imperio que tenía sobre sí mismo, habíase dejado arrebatarse por la alegría hasta el punto de olvidarse de los prisioneros puestos bajo la custodia de Muller.

Su padre se los recordó preguntándole:

—¿Estás contento de la conducta de mi veterano?

—Sí. padre; y tanto que he hecho de él mi mejor amigo... su lealtad no tiene límites.

—¿Por qué no está cerca de tí?

—Ha quedado con mis prisioneros.

—¿Qué prisioneros son esos? preguntó Ben-Allal.

—Proceden de Mostagan. El uno es un paisano, como los cristianos dicen, y el otro es un capitán de cazadores de Oran.

—Buena presa... exclamó Al-Abib.

—Y tan buena, padre... Buena... muy buena.

—¿Es acaso, un guerrero famoso? interrumpió el califa.

—Es un buen soldado; mas no es ese, á mis ojos al menos, su principal mérito.

—¿Cual es, pues? preguntó Al-Abib.

—Que se llama el capitan de Candeuil... replicó Al-Arbi acentuando lentamente las palabras.

—Candeuil...! Candeuil... ¿Has dicho Candeuil, hijo mio...?

—Sí.

—¿El hijo del marqués de Candeuil?...

—Sí; el hijo del mårqués de Candeuil.

—¿El hijo de la baronesa de Ulm, casada... en segundas nupcias con el marques de Candeuil...

—Sí; el hijo de la baronesa de Ulm.

Al-Abib, soltó las riendas, levantó los brazos hacia el cielo y exclamó, cual si se hubiera apoderado de su imaginacion un vértigo:

—¡Despues de treinta años...!! Despues de treinta años...!!

Luego asió del brazo al califa y le dijo con acento trémulo y fatigado:

—Ben-Allal; todas mis desdichas han terminado... el infortunio se aleja de mí...! La venganza me sale al encuentro... Oh! que bien me indemniza el destino de los acerbos dolores que durante tantos años hicieron de mi vida un interminable martirio...! Esta mañana todavía era yo el mas desventurado de los hombres, y en este instante mi gloria y mi alegría son mas radiantes que las de un califa.

—¿Cual es la causa de tu regocijo?

—He encontrado... ¡pero esto es cosa de volverse loco...! Has de saber amigo Ben-Allal, que uno de los prisioneros que conduce mi glorioso hijo es... ¿A que no lo aciertas...? es el hijo...

—¿De tu muger cristiana?

—El hijo de esa muger á quien tanto he amado y cuya imagen no puedo borrar de mi corazón... El hijo de mi despiadado verdugo... Oh! la alegría me enagena... mi razon se estravía...

Mahiah que se había acercado á los gefes, escuchaba con el oido atento sin perder una sílaba de la conversacion. Al oir las últimas palabras de Al-Abib, reprimió una enconada sonrisa y murmuró entre dientes.

—El sol sale para todos, poderoso amo mio; y Zaka que te sigue como tu sombra, se levanta entre tus víctimas y tus schiaus.

Al-Abib detuvo su caballo, hizo una seña á su hijo para que se le acercara, y ambos se echaron á un lado para dar paso al gum á cuyo frente continuó marchando Ben-Allal.

El capitan y su compañero de desdichas pasaron muy luego junto al padre y el hijo; este señaló con la mano á de Candeuil. Al-Abib puso su caballo al paso caminando al lado del capitan á quien contemplaba con una espresion de feroz alegría.

Terminado que hubo el examen del objeto de su odio é implacable venganza, el gefe volvió el rostro hacia Al-Abib y le dijo en voz baja:

—Es el retrato de su madre... Su vista des-

pierta en mi corazón un sentimiento que creía adormecido... Esa es su frente altiva, su mirada perversa y sus ojos dulces... La misma elegancia en las formas, la misma distinción en las maneras...

Alégrate, hijo mío...! has salvado á tu padre, has indemnizado su ancianidad de los sufrimientos que experimentó durante su juventud...! ¿cómo has podido encontrar á esta criatura maldita...? ¿cómo te introdujistes en el antro de aquella leona con rostro de mujer, para arrebatarse este hijo fruto de su perjurio...?

—Nos acercamos al aduar de Ben-Allal; la historia es demasiado larga para que pueda contártela antes de llegar... Alégrate por ahora y luego te la referiré con todos sus pormenores.

—Bien, Gaston; bien, hijo mío; tu prudencia corre pareja con tu valor... Te amo y te admiro... Este hombre ¿me conoce?

—Tiene solo un presentimiento, y yo he procurado mantenerle en ese estado de duda á fin de que sea mas horroroso el destino que le preparo.

En este momento dieron vista á las tiendas del aduar. Los ginetes arrancaron á galope y renovaron delante de la deyrah la estrepitosa *fantasía* con que obsequiaron á Al-Arbi.

Toda la familia de Ben-Allal salió al encuentro del morabito á quien prodigó los mas respetuosos homenajes. Este llamó su caballo sobre las piernas; mantúvolo algunos instantes levantado; le obligó á retroceder, y luego lo lanzó á galope hacia de la tienda de su padre donde hizo una pa-

rada en firme. Dos esclavos acudieron para tenerle la brida y el estribo.

La música del califa ejecutó una tocata guerrera y toda la deyrah se estremeció á los transportes de una alegría tumultuosa.

Muller penetró en el recinto del aduar, donde se detuvo esperando órdenes. Mahiah condujo los prisioneros hasta la entrada de la tienda de Ben-Allal donde ambos cayeron en tierra rendidos de fatiga.

Las mugeres todas se asomaron recatadamente á la entrada de sus tiendas para ver á los cautivos, en tanto que los chicuelos los contemplaban con los ojos desmesuradamente abiertos ó los enseñaban á los ancianos como un objeto de asombro y curiosidad.

Aiha y Medina salieron al umbral de la tienda para ver á los cristianos. Jourdain alzó los ojos, y viendo á las dos jóvenes que no tuvieron la precaucion de cubrirse el rostro, exclamó, dirigiéndose con acento placentero al capitán.

—Señor de Candeuil; este es un buen agüero.

—Buen provecho os hagan, respondió el capitán: en todas partes ve Vd. esos agüeros y toma las espinas de las zarzas por ramos de olivas.

—Al ver esas caritas de ángel no puede uno menos de desechar los funestos presentimientos.... Mírelas Vd. si no... pero, mírelas Vd.

De Candeuil dirigió la mirada hacia donde le indicaba Jourdain.... Sus ojos brillaron con la deslumbrante claridad del relámpago y se cerra-

ron inmediatamente; sus lábios y sus mejillas se cubrieron de una palidez mate y dejó caer la cabeza que chocó reciamente contra el suelo.

El capitán quedó privado de conocimiento.

Aquella robusta organizacion; aqueila alma enérgica que resistiera sin desmayar los crueles sufrimientos físicos y morales que desde algunos dias conspiraban contra su ecsistencia, cedió de improviso y se anonadó bajo la influencia de una sola mirada.

La primera vista de los prisioneros había causado á Medina una viva sorpresa mezclada de inquietud y compasion; sorpresa que se transformó en espanto al ver desmayarse al capitán, á quien reconoció por fin á pesar de los harapos que le cubrian y de lo mucho que los trabajos y penalidades del cautiverio habían desfigurado su semblante. Medina asió con violencia una mano de su amiga, oprimiéndola con fuerza convulsiva sobre su corazon; y con los ojos llenos de lágrimas, con angustiada voz y delirante mirada dijo al oído de la hija del califa.

—Él es! Dios mio...! Él es...! La voz quedó ahogada en su garganta.

La cortina que cerraba la entrada de la tienda acababa de caer, y las dos amigas no habían tenido tiempo todavía para comunicarse recíprocamente las violentas y distintas emociones que la escena anterior había producido en su corazon; cuando volvió á levantarse para dar paso al califa, Al-Abib, Al-Arbi y Kadidja.

El califa llevaba de la mano á la mora.

Aiha y Medina lanzaron un leve grito.

Las tres mugeres se miraron.

Entre tanto, Samuel se paseaba con aire satisfecho por el aduar. Estaba en puerto de salvacion; tenía asegurado el beneficio del arriesgado negocio que habia emprendido: ¿qué le importaba lo demas?

Mahiah clavó una gruesa estaca en el suelo; aseguró á una argolla de hierro que tenía en su entrada la pesada cadena que arrastraban los míseros cautivos, y cuando los dejó bien asegurados y expuestos á los ardores de un sol abrasador, exhaló un prolongado suspiro y dirigió miradas investigadoras en su derredor.

Por mas que Muller vigilaba el trabajo del negro este encontró medio de prolongarlo á fin de dar tiempo á que el capitan recobrase el conocimiento. Cuando vió cumplido su deseo, arrodillóse á su lado con un pretesto cualquiera y le dijo al oido.

—¿La has visto...? Mahiah no miente...! Mahiah te salvará.

El capitan volvió los ojos hacia el cafre; sus labios se movieron para pronunciar algunas palabras las cuales impidió el negro que se oyeran gritando al punto con acento furioso.

—¡Silencio, perro...! Silencio, maldito.

El buitre Yacub, posado en la estremidad de la estaca, alta de ocho pies, donde estaban atados los cautivos, sacudió las alas en señal de que estaba alerta como buen centinela.

VII.

EL CONSEJO.

Pasado el primer momento de sorpresa y turbacion que la presencia de los gefes y de Kadidja en la tienda produjo á las dos amigas, acudió Medina presurosa y con los brazos abiertos hacia su hermano que la recibió entre los suyos y la estrechó repetidas veces contra su corazon. Despues de haber pagado tan justo tributo al amor fraterno, Al-Arbi saludó á Aiha con un movimiento de cabeza que participaba de la galantería francesa y de la gravedad oriental.

La incomparable belleza de la hija del califa llenó de admiracion al fogoso morabito cuya mirada entre audaz y respetuosa hizo bajar los ojos á la jóven.

El califa se acercó á su hija llevando de la ma-

no á Kadidja y díjole, dando á su voz un acento cariñoso é insinuante.

—Hija mia muy querida: esta es la esposa de Al-Arbi, la espada gloriosa del Islam. Te la doy por amiga y compañera, y ruego á Dios Todo-Poderoso que tu corazon se una al suyo como el de tu padre está unido al de Al-Abib y Al-Arbi.

Dirigiéndose á Medina, continuó:

—La hermana de Al-Arbi. glorificado sea por su piedad y valor, debe ser el lazo que una á esta esclava del Profeta con la hija de mi sangre: amaos las tres y vivid en paz. Sereis para ella tiernas y amorosas, respetándola como vuestra hermana mayor, puesto que está casada; no olvideis en vuestras plegarias el nombre de vuestros padres, y la causa del pueblo que se dirige por el camino recto.

Hizo una breve pausa y prosiguió mirando dulcemente á la mora:

—Hija mía; permanece aquí con tus hermanas hasta que mande levantar la tienda donde has de habitar. Aquí eres dueña y soberana como esposa de Al-Arbi, aquel á quien Dios hizo santo y valiente.

Mientras el califa hablaba, la mora observaba tenazmente la actitud de Al-Arbi. La orgullosa Kadidja había sorprendido las miradas que su esposo dirigía sobre Aiha; miradas que encendieron en su corazon un volcan de celos cuya erupcion no debía tardar en aparecer.

Medina, entre tanto, cambiaba con su herma-

no miradas y palabras de cariño fraternal; esforzándose en describir la belleza de su amiga Aiha, á fin de despertar en el corazon de Al-Arbi una pasion amorosa en cuya existencia ella se complacía tanto.

Los tres gefes se retiraron; Medina, conociendo con esa viva penetracion de la muger que su hermano comenzaba á apasionarse de la hija de Ben-Allal, sofocó dentro de su corazon sus propias angustias y con rostro placentero invitó á Kadidja á sentarse entre Aiha y ella sobre los mullidos cojines de su divan.

Durante algunos segundos las tres mugeres se miraron en silencio; no parecía sino que querían reconocer minuciosamente el terreno antes de romper las hostilidades. Un minuto les bastó para decidirse recíprocamente á tomar un partido que fué el de la guerra pues que no había términos hábiles para que firmaran un tratado de paz. Pero no una guerra diplomática y de gabinete; sino guerra sin cuartel. á todo trance, sin descanso ni interrupcion; una guerra en fin, tan implacable y tenaz, que si los ejércitos llegasen sobre el campo de batalla escitados por un sentimiento igual de animosidad y encono, cada triunfo sería una victoria tebana. Sin embargo, el primer amago guerrero fué una palabra de paz; el primer proyectil lanzado fué una sonrisa hechicera.

La hermana de Al-Arbi, repuesta muy en breve, mostró en su fisonomía una ingenuidad y un candor que sedujo al enemigo. Sus megillas reco-

braron el color de rosa; sus labios el encendido carmin que daba á su boca una indecible espresion de dulzura y encanto, y la amable jovialidad francesa se pintó en su semblante con tan vivos colores, que el mas profundo observador no hubiera sospechado siquiera que el corazon de aquella muger era á la vez sepulcro de su alegría y cuna de su jovialidad.

Aiha esforzábase en vano por dominar su inquietud; por recobrase de la turbacion que le había causado la presencia de Kadidja, por mas que se viniera preparando algunas horas antes para esta entrevista; quería y no podía enfrenar los ímpetus de su corazon á fin de mirar aquella muger como una hermana y no como una enemiga llamada á repartirse con ella el corazon de Al-Arbi. Las revelaciones de Medina habían trastornado su alma vírgen y cándida y las leyes del Coran no ejercían ya imperio en su imaginacion.

Kadidja, viéndose frente á frente con aquellos dos ángeles, comprendió desde luego que la lucha en que iba á verse empeñada sería terrible y reclamaba toda su energíá para salvarse de una derrota. A la manera de un general prudente, comenzó por reconocer el terreno y luego fijó su atencion en las fuerzas del enemigo. Uno y otro diéronle mucho que pensar y quedó indecisa durante algunos momentos. El lujo de la tienda en que se encontraba, la ostentosa riqueza de la decoracion, aquella mezcla, en fin, de molicie orien-

tal, esquisito gusto y elegancia europeas, le causaron una viva sorpresa. No obstante, cuando del exámen de las cosas pasó al de las dos amigas, recobró instantáneamente el aplomo y la confianza en sus propias fuerzas: su mirada se volvió altanera; y en la ligera contraccion de sus labios se manifestó el desden, la satisfaccion de su amor propio y la seguridad con que entraba en la batalla.

Kadidja irguió la frente, contrajo imperceptiblemente sus negras, espesas y arqueadas cejas, sonrió con entereza, y acabó por arrojar el guante á sus enemigas provocándolas á empezar inmediatamente las hostilidades.

Estas tres mugeres tan desemejantes, moral y físicamente consideradas, tan distintas por los rasgos de su rostro como por las formas de su cuerpo y el traje que vestían, formaban, sin embargo, un gracioso y pintoresco grupo. Kadidja, sentada entre Aiha y Medina, destruía tal vez la armonía del cuadro que hasta entonces había presentado el interior de la tienda de las hijas de Ben-Allal y de Al-Abib; pero no lo desentonaba sino que le agregaba un nuevo y seductor accidente.

Era un pájaro de hermoso plumage matizado con los mas vivos colores, cojido en los bosques de una region vírgen y encerrado en una elegante jaula europea, en compañía de dos blancas palomas nacidas entre los dorados alambres de su prision.

Medina puso término al embarazo general ini-

ciando una conversacion que empezó lánguida y que fué animándose progresivamente. Cada frase, cada palabra que se cruzó entre las tres jóvenes fué medida, pesada y calculada; resultando que entre sonrisas, agudezas, cumplidos y ofrecimientos de amistad, cada una recibió multitud de heridas penetrantes que las revelaron su fuerza recíproca, y su decision para sostener una guerra que no podía concluir sino con el completo exterminio de uno de los dos beligerantes.

En lo mas recio de la batalla, cuando todavía la primera victoria estaba indecisa, apareció de improviso una esclava anunciando á la esposa de Al-Arbi que su tienda estaba dispuesta.

Kadidja se levantó con presteza, besó en la frente á las que su corazon aborrecía ya, por mas que sus labios las llamaran hermanas y amigas, y se retiró ofreciendo volver muy luego á pasar algunas horas en su compañía.

No bien la mora hubo salido de la tienda, cuando Medina atrajo sobre su pecho á la hija del califa, la prodigó mil caricias, y entre palabras de consuelo la dijo con acento que revelaba una profunda conviccion:

—No temas, hermana mía...! cierto es que esa muger ama mucho á mi hermano; pero Gaston no podrá menos de amarte como nunca la ha amado á ella.

—¡Es tan hermosa! murmuró Aiha.

—Sí; pero ese es su único mérito... Un corazon como el de mi hermano no puede satisfacerse solo

con la forma, con la materia... Se ha educado en Francia y necesita algo mas... Ese algo mas, que envano buscaría en Kadidja, lo encontrará en tí...

Al pronunciar estas palabras, Medina inclinó la cabeza sobre el pecho y permaneció un momento silenciosa. Muy luego alzó la frente y exclamó con acento trémulo que indicaba la angustia de su corazón.

—Aiha hermana mía... él está ahí, á pocos pasos de mi tienda...! Me ha visto, me ha reconocido...! ¡Qué haría yo para llegar hasta él; hablarle y consolarle! Esperaré la noche... ¡Dios mio! que largo se me hace este día... No puedo esperar algunas horas; y eso que hace dos años que estamos separados...!

En tanto que Medina refiere por segunda vez á su amiga, la triste historia de sus amores, historia patética que no debemos contar en este momento, trasladaremos nuestros lectores á la tienda del califa donde están reunidos los dos ancianos y Al-Arbi.

. , . .
.

Ben-Allal y Al-Abib están sentados juntos, y Al-Arbi frente á ellos en la misma actitud. Muller permanece inmovil y silencioso, recostado contra un pie derecho de la tienda. Un esclavo joven sirve tazas de café á los gefes y cuida de mantener las pipas encendidas.

Al-Arbi no fuma: traduce en alta voz las noti-

cias publicadas por diferentes periódicos franceses relativas á los asuntos de Africa.

Segun ellas, una columna espedicionaria se había apoderado de cuatro mil cabezas de ganado para castigar á una tribu no sometida: Ben-Allal dejó vagar por sus labios una sonrisa irónica y exclamó:

—Si un cristiano curioso sumara por pasatiempo todas las cabezas de ganado que los franceses dicen habernos cojido, el cálculo sería curioso y nuestras tribus se maravillarían al saber cuanta riqueza poseen.

Al-Arbi continuó su lectura.

—Asegúrase, dijo, que Abd-el-Kader, acosado sin descanso por las tropas, ha buscado asilo en Marruecos para su familia, y que las tribus del Oeste cansadas de una guerra tan ruinosa, esperan al Emir á su paso para apoderarse de él y entregarlo vivo ó muerto.

—Los franceses están locos! exclamó con vehemencia Ben-Allal; ¿cómo pueden dar crédito á semejantes mentiras? ¿no saben que Abd-el-Kader es el gefe religioso de todas las tribus, que su persona es sagrada, y que todo atentado cometido contra ella será inexorablemente castigado en esta y en la otra vida....? Vencido, fujitivo y errante, sin mas séquito que el de su propia sombra, todavía el Sultan encontraría mil albergues en esta tierra santa.... Aquí todas las tiendas le pertenecen; todos los caballos son suyos, y no hay fiel creyente que se niegue á partir su pan con

él....! los cristianos están locos.... continúa la lectura.

Añádese, prosiguió Al-Arbi, que el General Bugeaud ha sido relevado del mando y que muy en breve regresará á Francia. Se ignora todavía quien le reemplazará....

—Ese hombre es el azote del Islamismo, interrumpió Ben-Allal; ha dirigido la guerra con tanta audacia como inteligencia y fortuna.... Si los cristianos cometen la torpeza de separarlo del mando, es porque Dios se ha apiadado al fin de su pueblo.

—Conozco el carácter de los franceses, dijo Al-Arbi: es ciego é inconstante á la vez y no dudo que relevarán del mando al General Bugeaud.

—Pero, hijo mio, ¿los cristianos han de ser tan enemigos de sí mismos, que quieran privarse de los servicios de un hombre que ha causado todos nuestros desastres....? Ese hombre es el genio de la guerra, y su brazo es duro como el acero... nos persigue sin tregua ni descanso por todas partes; lo mismo nos lanza de nuestras mas enriscadas sierras que nos persigue por las llanuras; todo lo desafía, todo lo vence; el hambre, la sed, los huracanes, nuestro sol abrasador y nuestros mares de arena.... Su política es sábia, astuta y perseverante, y con ella ha conquistado y seducido nuestras mejores y mas valientes tribus... Prefiero ver ardiendo nuestras comarcas; secos nuestros manantiales por el Simoun, y arrancadas nuestras palmeras por el huracan, que á ese demonio guer-

rear en nuestras provincias... ¿Por qué, regresa pues, á Francia?

—Por qué, replicó Al-Arbi en el mismo tono, durante catorce años, los ejércitos franceses han cambiado diez veces de caudillo?

—Esa falta de perseverancia es la causa de todos los reveses que han sufrido; me congratulo con la esperanza de que continuarán ese sistema que tan funesto ha sido para ellos, como beneficioso para nosotros... ¿Tienen los franceses tantos generales hábiles y valientes?

—Los franceses tienen abundancia de todo, respondió Al-Arbi; y esa misma abundancia les daña y les hace cometer grandes faltas.

—¿Por qué, pues, no se contentan con la riqueza de su país? ¿Por qué vienen á aniquilar el pueblo de Dios y á desvastar esta tierra Santa?

—Los franceses que se dicen los apóstoles de la libertad, no tienen empacho en destruir los pueblos verdaderamente libres. En Europa el pensamiento y la opinion reinan como soberanas, y los hombres se inclinan respetuosamente ante ellas: no obstante los europeos no reparan en los vicios de la ejecucion.

—Esos periódicos que acabas de leer dan testimonio de la verdad de lo que dices, hijo mio; comprendo que se malgastan mas palabras en un lugarejo cristiano, que en toda la provincia de Tlemsen.... Ese pueblo está dejado de la mano de Dios... ¿Decias hijo mio, continuó el califa, despues de una corta pausa, que todavía no se

sabe quien reemplazará al General Bugeaud?

—No.

—¿Ganaremos ó perderemos en el cambio?

—Ganaremos.

—¿Cómo así?

—Conozco perfectamente el pueblo frances. Si Dios me ha dado este conocimiento ha sido para los fines de su alta justicia... Si ha querido que manchase mis labios hablando la impura lengua de los cristianos; si ha permitido que vistiese el traje de los réprobos, es porque tiene dispuesto que yo sea el vengador de un pueblo oprimido.... No des crédito á nada de lo que dicen estos periódicos; porque has de saber que en Francia lo que cien periódicos dicen por la mañana otros ciento lo desmienten por la tarde del mismo dia. Los franceses tienen en sus ejércitos. en su gobierno, sentado junto á ellos en la mesa y en el hogar, ese demonio implacable autor de todos nuestros desastres, la intriga...! Sepamos aprovecharnos de sus faltas y utilizar sus errores; no nos dejemos intimidar por las vanas amenazas que se nos dirigen de ese pais aborrecido, amenazas que el viento se lleva, cuando son oidos de hombre los que las escuchan.... Reunios á la voz del enviado de Dios sábio y misericordioso: agrupaos bajo la enseña del Profeta amado de Dios y combatid en el camino recto..... Sobre todo, no olvideis que una sola é importante victoria puede retardar ese sistema de colonizacion con el cual nos amenazan; y no solo retardarlo por algunos años

sino por muchos siglos.

Los ojos de Ben-Allal brillaron al oír el enérgico apóstrofe de Al-Arbi y respondió:

—Eres prudente y valeroso; Dios está contigo y tu palabra alienta mi corazón... Estoy pronto á derramar en defensa de la ley de Dios y de su pueblo la última gota de sangre que ha dejado en mis venas la muerte de mis cuatro hijos...! Ahora, puesto que conoces tan bien á los cristianos y su lengua bárbara, espícame lo que ellos entienden por colonización.

—Proyectan reducir á la nulidad é impotencia todas nuestras tribus, corromper los gefes del pueblo fiel y apoderarse de la tierra de los elegidos, como nuestros gloriosos padres se apoderaron del suelo de España.

—¿Es eso todo? preguntó el califa con irónica sonrisa.

—No; hay mas... Conquistadores y victoriosos querrán ocupar todo el país y hacerlo suyo como si lo hubieran recibido de Dios; como si en él descansasen las cenizas de sus padres y como si en él se hubiese mecido su cuna...! Edificarán ciudades; arrasarán nuestras mezquitas; el sonido de la campana sustituirá la voz del almuédano y se verán en las llanuras y en las montañas mas vestidos franceses que albornoces.

—Y ¿no hay mas? insistió el califa en el mismo tono.

—Sí... Las tribus vencidas y desarmadas estarán sometidas al pago de impuestos regulares;

nuestros vastos eriales se verán cultivados por manos de los cristianos que saben esquilmar la tierra. Las ciudades santas se verán pobladas de infieles, el país surcado de carreteras, y estas cruzadas por numerosos carruages. Nuestras caravanas llevarán todos los tesoros del Africa á las codiciosas manos de los mercaderes cristianos; nuestros hijos aprenderán á leer en libros profanos y nuestro suelo será repartido entre sus nuevos moradores en perjuicio de sus legítimos propietarios. Entonces, nuestras provincias tendrán que alimentar una multitud de parásitos y se arruinarán por enriquecer á los depredadores. Nuestros avarientos conquistadores utilizarán los rayos de nuestro sol, el agua de nuestros manantiales, las piedras, la tierra y la arena de nuestro suelo.... Engañados por el cebo, corrompidos por el ejemplo y seducidos por los deslumbrantes vicios de sus tiranos, los árabes acabarán por presentar el cuello al yugo; las mugeres mezclarán su sangre generosa con la de los cristianos y muy luego no quedará otro vestigio del pueblo musulman sino el recuerdo de los guerreros que derramaron su sangre por la independencia de su patria.... Entonces, el Africa completamente vencida y subyugada recibirá la cultura europea.... Entonces se dirá en Europa: la Francia ha colonizado la Argelia... Oh! musulmanes... ¿sufriréis tamaño ultrage..?

—El pueblo que sueña con realizar tales milagros es un pueblo loco...! exclamó el califa.

—Mi hijo habla sábiamente, dijo Al-Abib; lo que anuncia será intentado por los franceses.

—Los franceses son unos impíos, replicó Ben-Allal; su temeraria ambicion no consulta para nada la voluntad divina... La tierra santa solo pertenece á Dios que la ha dado á los hijos del Profeta... los mas famosos cristianos en todos los tiempos han encontrado aquí la derrota, la vergüenza y la muerte... Hace catorce años que esta guerra empezó y en tan largo espacio de tiempo la colonizacion no ha podido salir del estado de proyecto, ni la conquista estenderse sino atrayendo á sí por las armas y por la astucia algunos pocos traidores. Todavía cuenta el Sultán con numerosos partidarios bajo su bandera, y nuestras montañas ocultan pueblos independientes é indomables... La kabila se mantiene en actitud amenazadora y la mayor parte de las tribus sometidas solo esperan una señal para levantarse contra sus opresores y vengar la ignominia de la esclavitud.

—Esto es lo que siempre acontece á los pueblos vencidos, dijo Muller, terciando en la conversacion; aceptan por política la ley del vencedor y se debilitan esperando el dia de sacudir el yugo. Las dulzuras de la paz y las lisonjas de los nuevos amos embotan el oído, enfrían el entusiasmo, y cuando llega el momento de romper las cadenas, la patria solo encuentra hijos degenerados embrutecidos por la esclavitud.

—Los franceses invadieron y sometieron el Egipto durante algun tiempo; sin embargo el

Egipto expulsó á sus tiranos y es independiente.

—Si los franceses hubieran mantenido por mas tiempo su conquista, el Egipto sería frances, interrumpió Al-Abib. Aquella magnífica region ha sufrido bastante tiempo el yugo de los cristianos para quedar sembrada de frutos tan impuros que he renegado de ella y no la reconozco por patria.

Todos los interlocutores de esta escena permanecieron silenciosos y entregados á profunda y acerba meditacion. De improviso Al-Arbi exclamó, dando á su voz un acento profético:

—Oh! musulmanes! agrupaos en derredor del estandarte del Profeta; dirigid vuestra oracion á Dios en la batalla y dad al viento vuestro alboroz...! La mirada del Todo-Poderoso no se aparta de vosotros; aquel que *debe recoger el sol* (1) *arrasar las montañas*, os dará la victoria. Creedme, soy la palabra del ilustre enviado (2) y os anuncio el dia de la misericordia y del perdon. Acordaos que *Tagut* (3) combatió y venció al pueblo santo porque el pueblo santo había ofendido á Dios y que Dios compadecido de la miseria de sus verdaderos hijos les envió á David que dió muerte á *Tagut*. Compadecido tambien de vuestras penas el Dios terrible y justiciero os anuncia por mi voz que ha llegado el dia de la misericordia...!

Los gefes poderosos se reunen; dentro de dos dias la tribu de Sidi-Ben-Allal será un vasto cam-

-
- (1) Palabras del Coran.
 - (2) El ángel Gabriel.
 - (3) Goliath.

pamento cuyo suelo cubrirán los pies de los caballos de guerra... He enviado mensajeros á los caudis de los Uled-Belagh, de los Beni-Mutar, de los Beni-Djenad, y á los gefes del Agalik de Taurgá. Todos estos guerreros han respondido á mi llamamiento y me han anunciado que pasado mañana estarían aquí. Animo, pues oh! califa de la llanura....! ¡Que! ¿no sientes el soplo del Dios de la guerra calentar la sangre de tus venas...? Adelante! adelante...! Despierte el leon para esterminar á los réprobos...!

Al oir estos varoniles acentos, el anciano Ben-Allal se puso en pie con presteza. Su noble fisonomía espresó los sentimientos de fé y de entusiasmo que bullían en su corazon, y exclamó con voz sonora:

—El califa está dispuesto para el martirio....!

—El martirio, no.... la victoria! respondió Al-Arbi; y si la suerte nos es adversa, si el Dios justiciero no se apiada todavía de nosotros, tenemos el desierto á nuestras espaldas.... Marruecos nos brinda con un asilo seguro y en su vasto imperio donde reina un Sultan afeminado, codicioso y cobarde encontraremos los pueblos berberiscos, orgullosos de sus padres los Taschefines y deseosos de darnos la diestra de hermano para restaurar nuestras fuerzas y renovar la lucha....

Al-Arbi se interrumpió un breve instante, y luego dijo en voz baja:

—Los cristianos están á dos dias de marcha de nuestro campamento. Cuando todos los contin-

gentes se nos hayan reunido, caeremos sobre ellos y los dispersaremos como el Simoun barre las arenas del desierto.

—¿No tomarán ellos la iniciativa en el ataque? preguntó el Al-Abib.

—Los he desviado del camino dándoles falsos informes cuando visité su campamento disfrazado de morabito errante. Buscan la deyrah de Ben-Allal hacia el oriente y no piensan siquiera en venir por el lado de los pantanos: podemos, pues, esperarlos sin temor alguno. Los contingentes que he convocado se nos reunirán pasado mañana después del alba; entonces levantaremos las tiendas y marcharemos sobre ellos cuidando de enviar nuestras familias y ganados á la tribu de los Beni-Kizás. Antes de romper la marcha, mandaremos cortar la cabeza á los dos prisioneros que he conducido á fin de que no nos sirvan de estorbo.

—¿Al capitan de Candeuil? interrumpió Al-Abib.

—Sí; respondió con acento breve y reconcentrado Al-Arbi.

—Esos prisioneros son tuyos: su vida te pertenece, dijo Ben-Allal.

—Hijo mio, sé prudente, prorrumpió Al-Abib; no precipites esa ejecucion: hablaremos luego acerca de ella.

—Sea como tú dicés, padre; pero confío en que te has de manifestar mas deseoso que yo de llevarla á cabo cuanto antes.

—Tenemos que resolver antes un asunto algo

mas importante que el suplicio de esos dos réprobos, insistió Al-Abib; asunto que tu celo decidirá.

—¿Cual es?

—¿Has visto hoy á la hija del califa...?

—Sí; respondió Al-Arbi, cuyos ojos centellearon al pronunciar aquella sílaba.

El califa inclinó la cabeza sobre el pecho; Muller dejó vagar por sus lábios una sonrisa que alegró su semblante ordinariamente tan severo.

En este instante, la tela de la tienda se agitó, al parecer, á impulsos del viento; mas los gefes no se apercibieron de este insignificante incidente.

Al-Abib continuó:

—Si la has visto, has debido admirarla como admirarías una de esas hourís del Paraíso que el Profeta tiene prometidas á los fieles creyentes.

—Sí.

—Pues bien, hijo mio; como el guerrero ignora siempre cual será su última batalla y como podría suceder que en la que vamos á empeñar con los cristianos el califa encontrase una muerte gloriosa....

—¿Y, qué? interrumpió Al-Arbi con vehemencia.

—La única, la inmensa inquietud de su corazón es morir y dejar sola y abandonada, sin familia y sin amparo á la hija que tanto ama... Yo soy viejo; tengo un pie en el sepulcro y serían muy contados los dias en que pudiera darle el dulce nombre de hija....

—Comprendo, interrumpió de nuevo y con mayor viveza Al-Arbi... Si es un ofrecimiento que se me hace, declaro que colma, supera mi ambicion... Si la hermosa Aiha me acepta por esposo, se la pido á su padre.

—Tu corazon ¿podrá amar igualmente á Kadidja y á mi hija?

—Mi corazon y mi inteligencia son esclavos de la ley divina; saben repartir su amor y sus cuidados por partes iguales entre todas sus compañeras.

—Desde este momento, dijo el califa, cuyo semblante manifestó el mismo júbilo de su alma, tienes mi palabra... Hoy mismo se formalizará el acto si, como espero, Aiha dá su consentimiento. Voy, pues, á consultarla.

Al-Arbi besó respetuosamente la mano al califa, quien dijo al ponerse de pié:

—Dios Grande y Misericordioso me devuelve en tí los cuatro hijos que me arrebató la guerra y que murieron con mi bendicion en defensa de la ley del Profeta.

Esto diciendo, salió de la tienda.

Ben-Allal tropezó al salir con el negro Mahiah que yacía acurrucado en la entrada de la tienda. Era tanta su preocupacion que ni le dirigió la palabra ni advirtió su presencia.

Mahiah le siguió con la vista; y al observar que entraba en la tienda de Medina murmuró con ahogado acento:

—¡Madre...! Madre...! ¡Dolor... Dolor...!

Al-Abib, Al-Arbi y Muller quedaron solos en la tienda del califa. El jóven esclavo que sirvió el café fué despedido.

Al-Abib se acercó á su hijo y le dijo precipitadamente.

—Habla, hijo mio; te escucho... Oh! mi imaginacion se estravía desde esta mañana... No se si vivo ni donde vivo... Habla... ¿Donde has encontrado á ese hombre...?

VIII.

LA NARRACION.

Antes de contestar á la pregunta de su padre, Al-Arbi dirigió una inquieta mirada por todo el ámbito de la tienda con objeto no solo de asegurarse de que no debía temer la presencia de ningún testigo indiscreto sino tambien para poner en órden sus ideas. Luego comenzó, con voz pausada:

—Hace cerca de dos años que Abd-el-Kader me dió órden de salir de Africa. Todavía impotente, para resistir los caprichos de ese amo tirano é inhabil, obedecí con repugnancia y me embarqué en Argel disfrazado de judío y provisto de documentos que me facilitó Samuel.

—Ruégote, hijo mio, dijo Al-Abib, que en el curso de tu narracion seas muy circunspecto al ha-

blar de Abd-el-Kader... El Sultan es un gran gefe amado y protegido de Dios, y debes inclinar la frente ante su nombre lo mismo que delante de su persona.

—No estamos, ahora, en presencia de los estúpidos kabilas, ni de los Jeques ignorantes y fanáticos, exclamó con acento vehemente Al-Arbi; hablo á mi padre, hombre de inteligencia y de corazon y me despojo de la máscara que me es forzoso llevar para cautivar á los bárbaros... Digo que Abd-el-Kader es inhábil y tirano porque aborrezco su yugo y porque creo que no está lejos el dia en que le derrocaré del poder para regenerar al pueblo árabe... Para referirte las aventuras de mi viaje necesito espresarme con entera libertad... Es preciso que el morabito ceda el puesto al baron de Ulm... es indispensable que las necias creencias de Mahoma...

—Hijo mio... hijo mio...! interrumpió con viveza Al-Abib.

—Caigan ante la palabra audaz del nuevo apóstol... padre; escúchame sin interrumpirme... Recuerda que he vengado tu honor y tus desdichas entregándote ese prisionero que jime bajo el peso de su cadena á pocos pasos de nosotros... El porvenir me pertenece y sucederé al Sultan ó perderé la vida en la demanda.... Escúchame, pues como te pido nuevamente, sin interrumpirme.

—Habla, dijo Al-Abib, inclinando la cabeza con triste resignacion.

—Muller, exclamó Al-Arbi, ponte de centinela

fuera de la tienda y cuida de que nadie nos espíe ni nos interrumpa... Confío en tu celo.

Muller salió en el acto.

Al-Arbi continuó.

—El vapor que me condujo á Francia echó el ancla en la rada de Tolon. No encuentro palabras para espresarte la viva emocion con que pisé por segunda vez aquella tierra cristiana en la cual pasé mis primeros años; en los que mi alma se llenó de ardientes ambiciones y donde se formó mi gusto por los grandes espectáculos y se desarrollaron mis inclinaciones hácia el bien y hácia el mal. En vano quise sofocar dentro de mi pecho todas aquellas memorias; recordar solo mi encargo, el papel que estaba llamado á representar en esta gran lucha entre la civilizacion de Europa y la libertad de Africa... Volví á ver á Francia con júbilo, con delicia; el gefe árabe olvidó su tribu de la llanura, su tienda levantada en los arenales... ¡Es tan hermoso ese pais...! ¡Son tan dichosos sus verdaderos hijos...!

—Basta, Gaston... Basta, hijo mio...! ¡Olvidas, acaso, que estás hablando con tu pobre padre...? Basta...

—La ilusion, el entusiasmo, duraron poco; la inteligencia recobró su imperio y con él se avivó la inquebrantable resolucion que he formado y que no abandonaré mientras sienta un latido aquí; dijo Al-Arbi poniendo una mano sobre el corazon. Aquel magnífico pais, aquella dulce patria mía enciende en mi pecho mas ódio que amor... ódio

violento, implacable por lo mismo que es envidioso.

—Bien, hijo mio! exclamó Al-Abib estrechando entre las suyas una mano de su hijo.

—Desde Tolon me dirigí á Niza, donde adquirí con mucha dificultad un pasaporte con el nombre de baron de la Garde. Despojéme de mis vestidos de judío y tomé otros segun la moda francesa. Convenientemente disfrazado, me trasladé á París en una elegante silla de posta, acompañado de Muller y de dos lacayos que componían mi séquito. Las letras que Samuel me había entregado y con las cuales se me abría un crédito de trescientos mil francos por dos años, me facilitaron recursos suficientes para instalarme en París con un lujo asiático y darme la importancia de un embajador, como dicen en Europa. Mi primer cuidado fué ponerme en relacion con tu querida hija Medina; mas como la prudencia exigía mucha precaucion de mi parte para visitarla en su convento antes de darla á conocer el secreto de mi viaje á Francia, resolví escribirle anunciándola mi próxima visita y previniéndole que me recibiera como una persona extraña á su familia.

Escrita la carta, no supe como hacerla llegar á sus manos. Sin embargo, contando con la discrecion de Muller, le encargué que arbitrarse un medio para realizar mi deseo. En tanto que este leal servidor desempeñaba su comision, escribí á tu banquero en Marsella Mr. Gutber, pidiéndole una carta de recomendacion para la abadesa del con-

vento de Medina, encargándole que me anunciara á esa respetable señora como un pretendiente, aceptado por su padre, á la mano de la jóven pensionista musulmana.

No recuerdo la estratagema de que se valió Muller para hacer llegar mi carta á manos de Medina; pero es lo cierto que en un mismo dia el correo me trajo la respuesta de Mr. Gutber, y me anunció Muller, con cierta satisfaccion, que mi carta había sido leida y quemada, como yo había encargado. Envié la de Marsella al convento y el criado que la llevó me trajo la contestacion de la abadesa diciéndome que podía presentarme cuando lo estimase oportuno.

En la mañana siguiente se detuvo mi carruaje á la puerta del convento y pocos instantes despues una hermana lega anunciaba, en el saloncito reservado de la superiora, el señor baron de la Garde.

La abadesa es una señora anciana que tiene algun talento y muchas pretensiones; aspira á producir efecto y habla con los labios, con los ojos, con la barba, con el gesto y con toda la cabeza. Es una excelente muger medio monja, medio gran señora, que tiene un pié en el cielo y otro en el purgatorio. En una palabra, encontrándose en conversacion familiar con un jóven elegante, noble, rico y viéndose honrada con la confianza del padre de su educanda, se deshizo en cumplimientos y cortesías que yo le devolví á manos llenas. Por supuesto que me hizo mil preguntas originales

que me hicieron retozar la risa en los labios y á las cuales contesté con la gravedad de un cadí.

—El señor baron conoce mucho á Mr. Gutber?

—Sí, señora, pero conozco mas al padre de Medina.

—Ah! ¿usted conoce al bey Ibrahim?... Dicen que es un árabe generoso y magnífico...

—Como un príncipe, señora; y príncipe Oriental...

—Tiene otros hijos además de la hermosa Medina?

—No, señora.

—Dónde lo ha conocido Vd?

—En un viaje.

—El señor baron es militar?

—No, señora; por desgracia no soy absolutamente nada.

—Es Vd. muy modesto, señor baron, y supongo que católico.

—La modestia es una virtud cristiana y yo procuro apartarme lo menos que puedo de los preceptos de esa religion que es la mejor de todas.

—Ah! señor; Dios es quien os envía. Medina sería la perla de su sexo si fuese cristiana... Desgraciadamente los principios que procuro inculcar en su alma, progresan con demasiada lentitud... Ah! si Vd. pudiera ganarla para la religion del crucificado, ¡qué triunfo, qué victoria para el cristianismo...!

—Señora; soy un pobre pecador indigno de merecer tanta gloria.

—Sin embargo, replicó la abadesa, bajando púdicamente los ojos; el amor hace milagros.

—El amor...! exclamé yo procurando ruborizarme también.

—Sí; el amor purificado al pié del altar... el amor elevado á sacramento de la Iglesia...

—Comprenderá ese amor una jóven musulmana que recibió sus primeras impresiones en la lectura del Coran; que ha oído repetir mil y mil veces que es permitido al verdadero creyente desposarse con todas las mujeres que pueda dotar, con todas las cautivas que Dios haya puesto en sus manos, y con todas las mugeres fieles que le entreguen su corazón...? Al oírme referir con un aplomo admirable el privilegio que Mahoma se atribuyó en materia de casamientos, la abadesa estuvo á punto de perder los estribos y dar rienda suelta á la indignación que esta ley musulmana produce en toda muger europea. Sin embargo se contuvo y exclamó con mansedumbre evangélica:

—Señor baron; he formado el corazón de Medina para rendir culto á principios mas en armonía con las leyes divinas y humanas, para abjurar creencias tan monstruosas y detestables; para ser en fin, esposa segun las leyes de Jesucristo y no la muger irracional segun los delirios de un libertino que se llamó á sí mismo profeta.

—Lo ha conseguido Vd?

—Oh! sí; Medina es un modelo de delicadeza, de modestia y de piedad: es la rosa de este convento; una perla mas preciada que la perla mas va-

liosa del Oriente de donde procede.

—Luego ¿merece todos los elogios que he oído hacer de ella en el gran mundo?

—Usted la verá, señor baron, y juzgará.

La Superiora dió órden para que condujesen á su presencia á la hermosa pensionista y me dijo en tanto que llegaba.

—Su rara inteligencia corre parejas con la pureza de su alma, con la ingenuidad de su corazón: tanto, señor, que ha terminado su educación y nada tiene ya que aprender en esta casa. Así, hace seis meses que la hemos presentado en el mundo donde no ha tardado en ser uno de los mas bellos adornos de los salones aristocráticos principalmente en los de mi hermana, la princesa Tzaritzin.

—Tzaritzin...! exclamó Al-Abib levantando la cabeza con un brusco movimiento.

—Sí; respondió Al-Arbi y prosiguió—Va Vd. á ver, me dijo la abadesa, una jóven tan hermosa como discreta, cuyo mérito podrá V. apreciar lo mismo en el interior modesto de esta humilde casa que en los brillantes salones de la princesa.

En este momento se presentó Medina.

Nuestra entrevista fué afectuosa y á la par encojida. La abadesa cayó en el lazo; y cuando mi hermana se hubo retirado me preguntó con aire satisfecho.

—Señor baron: ¿cree Vd. que he exajerado mucho en la pintura que le hice?

—No, señora, le respondí; muy al contrario, ha descuidado Vd. los toques de mas efecto que de-

bían dar entero parecido al retrato... Ah! si tengo la dicha de haber causado la mas lijera impresion en esa alma cándida, solo faltará que acelere en su conversion sin la cual mi felicidad sería incompleta ya que no imposible.

Nos separamos encantados el uno del otro; y, como es consiguiente, mis visitas al convento menudearon con cierta prudencia por espacio de cuatro meses. Durante este tiempo, habiéndome hecho presentar en los salones de la princesa Tzaritzin por su hermana la abadesa, tuve frecuentes ocasiones, á título de futuro, para hablar á Medina de tí, de nuestros proyectos y del porvenir que nos estaba reservado, como una de las familias mas poderosas y opulentas de la Argelia.

Entre tanto, procuré dar cumplimiento con toda fidelidad á las órdenes de Abd-el-Kader. Ningun esclavo sirvió mas servilmente los intereses de su amo; ninguno se humilló mas de lo que yo me humillé.

Encargado de penetrar los misterios del gobierno francés en todo lo que hacía relacion con el Africa y de desbaratar sus proyectos, me hice amigo de los cristianos mas influyentes é importantes en aquel gobierno. Para ello tuve que representar toda especie de papeles, apelar á todo género de farsas y estratajemas. Desplegué un lujo fastuoso; corrí en pos de todos los placeres; me distinguí por el tono, por la elegancia y por la mas aristocrática despreocupacion. Mostréme grave y circunspecto con los hombres sérios; con los frívolos

me hice ginete, tratante en caballos, bebedor, espadachin, artista, jugador, enamorado, industrial, intrigante, político, comerciante, en fin, desempeñé todos los oficios, me hice un lugar en todos los corazones y me granjeé el aprecio y la admiración de los hombres de Estado, de la aristocracia, del ejército y de la banca: conquisté la amistad de los ociosos y el amor de las mugeres, bastante virtuosas para no darme un cariño que yo podía comprar... Padre, te he vengado hasta la saciedad, de ese sexo causa de todas tus desdichas.

Al-Abib se estremeció visiblemente.

Al-Arbi continuó, después de una corta pausa.

—Dueño de todos los secretos del gobierno francés que se relacionaban con la guerra que sosteníamos en este país, se los comunicaba minuciosamente al Sultán por medio del judío Samuel... Así las cosas, y cuando mis triunfos me habían dado una reputación que me colocaba por encima de todos los hombres, un ser maldito surgió inopinadamente del centro del averno y se atravesó en mi camino...! Maldición...! ese ser, ese hombre está ahí; preso, desfallecido y encadenado arrastrándose por el suelo en los umbrales de esta tienda...!

—Candeuil, exclamó Al-Abib.

—Habla bajo... Sí, Candeuil...! que apareció de improviso en el escenario del teatro de mi gloria para rivalizar con el barón de la Garde... Y, lo confieso con el rubor en las mejillas, arrancó de mi frente con mano segura y atrevida la corona que

unánimemente me ciñó la parte mas selecta del mundo elegante...! Discreto, valiente y rico, muy luego le ví ser el ídolo de las mugeres y el modelo que se proponía la juventud dorada... Y ví mas; ví que su luz me eclipsaba y que su sombra me cubría... Busqué su trato para no aparecer envidioso; supe que servía en la caballería de Africa y que se encontraba con licencia en París para curarse una herida grave que había recibido en la accion de *Musahiah*. En una de nuestras conversaciones le hice decir, ocultando por supuesto mi verdadero nombre, que él fué quien me dió en un combate de caballería la descomunal cuchillada que tanto me hizo padecer.

Cuanto mas frecuentaba el trato de este hombre tanto mas le aborrecía; mi odio llegó á un extremo tal de violencia, de resultas de un suceso dramático en el cual su generosidad me humilló, que temí que llegase á hacerme traicion.

—¿Qué fué ello?

—Una noche, estando reunido con él y otros amigos en el club, la conversacion general vino á recaer sobre los sucesos de la guerra de Africa. Como tú puedes suponer, la fanfarronería de los franceses que hacen la guerra al amor de la lumbré de la chimenea en un alfombrado gabinete, se despachó á su gusto: no hubo dicterio, burla ni ultrage que no lanzaran sobre nuestro pueblo. Hervíame la sangre en las venas y hacía esfuerzos inauditos para contener la esplosion de una cólera cuyos resultados hubieran sido funestos

para la comision que me había llevado á Francia. Sin saber como, en el discurso de la narracion de los sucesos que hacían referencia á la historia antigua y á la guerra moderna de Africa, salieron á relucir las expediciones de los españoles contra Oran, Tunez y Argel. Aproveché tan feliz coyuntura para desahogar mi pecho de la hirviente cólera que le abrasaba y denigré á los españoles tanto como ensalcé el valor de los musulmanes. De improviso hízose un extraño movimiento entre las personas que formaban el grupo donde se discutía y apareció en medio de él, un caballero de buena estatura, continente marcial y vestido con refinada elegancia. Señores, dijo con voz sonora, rostro frío y mirada impasible; es muy fácil á los franceses insultar á los españoles cuando están ausentes; pero es muy difícil mantener esos insultos delante de un solo español.

Y esto dicho, me entregó una tarjeta y se retiró.

Dos horas despues quedaban convenidas las condiciones de un desafío á pistola que debía efectuarse al dia siguiente á las siete de la mañana en el bosque de Saint-Mandé.

A la hora prefijada me presenté con mis testigos en el lugar de la cita; y juzga tú cual sería mi sorpresa al encontrar á de Candeuil y al español situados frente á frente á veinte pasos de distancia en actitud de combate. Lancéme precipitadamente del carruage é iba á pedir la esplicacion de aquel suceso, cuando de Candeuil me

suplicó, pidiéndome perdon con palabras cariñosas, que permaneciese quieto; visto que habiendo sido dirigida la provocacion por un *solo* español á los franceses pertenecía la vez al mas madrugador.

Cedí.

El español se había colocado de perfil, puesta la mano izquierda en la cintura, y la derecha, armada de una pistola, sostenida á lo largo del muslo. Fumaba un cigarro habano.

De Candeuil, á quien correspondía tirar el primero, apuntó, hizo fuego y el cigarro desapareció de los labios del español.

Este sonrió tranquilamente; púsose la pistola debajo del brazo, sacó la petaca, de ella otro cigarro, lo encendió con calma y luego arrojó la petaca á los pies de Candeuil.

Apuntó, hizo fuego y la petaca desapareció.

Cuando el honor no está realmente vilipendiado; cuando la honra, la dignidad del hombre no han sufrido un ultraje sangriento y directo, no es posible que entre dos personas como las que acababan de dar tan insigne prueba de valor, de destreza y de generosidad, el encono llegue á un estado de verdadera exaltacion. Ambos adversarios habían quedado victoriosos; así como todos los testigos de esta dramática y caballeresca escena estábamos conmovidos y admirados de tan extraño suceso. Sin que precediese una indicacion, sin que se pronunciase una palabra, todos, cual movidos por un solo resorte y arrastrados por un senti-

miento espontáneo de idéntica simpatía, adelantamos algunos pasos, nos agrupamos y nos dimos las manos.

Te confieso que al estrechar la del español mi corazón latió gozoso: Esa es nuestra sangre, me dije.

Todo París se ocupó durante muchos días de este suceso, y yo solo mas que todo París. De Candeuil en esta circunstancia, como en todas aquellas que habían reunido nuestro nombre desde que nos conocíamos, levantaba su estatura algunos centímetros por encima de la mía. Él fué el héroe del drama; yo representé un desairado, casi ridículo papel. Para él los aplausos; para mí... el silencio de la indiferencia.

Tuve vértigos de furor; mi odio traspasó los límites que la naturaleza tiene señalados á esta pasión... Y, sin embargo, aun debía crecer mas... escucha.

—Escucho.

—Al referirme la triste historia de tus desdichas me ocultastes siempre el nombre de aquel que fué su origen...

—La vergüenza sellaba mis labios, dijo Al-Abib, exhalando un profundo suspiro; además me constaba que había muerto, y no hay venganza posible contra un cadáver.

—Sin embargo, en la carta que me escribistes contestando á aquella en que te anunciaba mis relaciones de falsa amistad con el capitán de Candeuil, me decías que este nombre era el que lle-

vaba tu enemigo, el hombre que había herido villana y mortalmente tu generoso corazon.

—Ah! exclamó Al-Abib, llevándose una mano sobre el pecho.

—Un rayo que hubiera caido á mis pies, no me habría sobrecogido tanto como esta nueva... Apresuráme á buscar antecedentes para resolver mis dudas y muy luego adquiriré el convencimiento de que el capitan era hijo de nuestro mortal enemigo.

—Desde este dia la idea de la venganza ocupó sola y exclusivamente mi imaginacion; pero no de esa venganza que se satisface con un solo golpe sino de la venganza que llega á la embriaguez bebiendo sorbo á sorbo la copa de su deseo.

Supe que la marquesa de Candeuil se encontraba á la sazón en Rusia y hube de renunciar por el momento á sacrificarla; dejando para otra ocasion el placer de asistir á su agonía murmurando en su oído el nombre de Ibrahim...! Resolví, pues, empezar por su hijo... Mas cual si mi corazon no atesorase bastantes motivos de odio, cual si la copa que rebosaba la hiel de mi encono pudiese contener mas líquido todavía, el destino arrojó nuevo combustible á la hoguera que ardía dentro de mi pecho.

—¿Cual...? ¡Dios clemente y misericordioso...!

—Medina me reveló un secreto... Una noche, en casa de la princesa Tzaritzin, entre los encantos de una de esas májicas fiestas que reunían en sus aristocráticos salones lo mas selecto del gran

mundo de Paris, me confesó... Oh! pero esto es inícuo...! es infame!

—Acaba...

—Me confesó que amaba á un hombre..., me reveló su secreto y me rogó con las manos juntas que obtuviese tu consentimiento para ser feliz en una union por la cual suspiraba y estaba dispuesta á hacerse cristiana...

—¿Qué hombre es ese...? exclamó Al-Abib palideciendo y juntando sus manos temblorosas.

—¿No sospechas quien puede ser...? ¿No adivinas su nombre...? ¿No te he dicho que el destino me tenía reservada una prueba mas difícil de resistir que la embestida del leon recibida á cuerpo descubierto...?

—Basta...!! Basta...! gritó el anciano con ronca voz que salía de lo mas recóndito de su pecho.

—Queriendo escusarte esta afrenta, este dolor, te oculté tan indigna y humillante intriga y te rogué que llamases á Medina á tu lado pretestando motivos de salud. Mi hermana salió de Paris dejando en él la mitad de su corazon; el dia que abandonó la maravillosa ciudad para venir á habitar la tribu fué el primero de mi venganza..... pero no fué mas que el comienzo... no podía satisfacerme con torturar moralmente su corazon, con mortificar su vanidad: mas al fin había empezado y esto ya era algo... ¿Querrás creerlo? este hombre estuvo á punto de dejarme burlado.... Oh! creí volverme loco...!

El viaje de Medina causó mucha sensacion en

la alta sociedad de Paris. Varios adoradores de su incomparable belleza, hicieron una peregrinacion á Palestina creyendo encontrarla en alguna ciudad santa: todo el mundo ignoró el verdadero lugar á donde se había refugiado.

El marques de Candeuil se manifestó el mas afectado entre todos sus admiradores; y hay mas, se entristecio en tales términos que se retiró de la sociedad donde muy luego, por efecto de su ausencia, recobré mi antiguo brillo y el prestigio de mi nombre. Como se creía que yo era el candidato oficial á la mano de la hermosa musulmana, todo el mundo me compadeció y me prodigó las mas delicadas atenciones, admirando en mí la fortaleza de que daba ejemplo, visto que no sucumbía al dolor de la inmensa pérdida que acababa de sufrir.

Supe un dia què el capitan había salido precipitadamente de Paris para acudir al lado de su madre que se encontraba gravemente enferma. La comision política de que estaba yo encargado no me permitió seguir sus pasos y tuve que permanecer en Francia. Durante un año esperé impaciente el regreso de mi enemigo; contando los dias, las horas, los minutos que retardaban la ejecucion de mi venganza.

Regresó al fin, hará como dos meses. A las veinticuatro horas de su llegada, encontrándonos en casa de la princesa Tzaritzin, busqué un pretesto cualquiera para provocarle; pretesto que me fué fácil hallar fundándome en alguna palabra ga-

lante pero que estimé inconveniente, dirigida por el apuesto capitán á una de las damas que me distinguían con su particular amistad. A consecuencia de ello le envié un cartel de desafío. Nombráronse los testigos y se señaló la hora y el sitio que fué el bosque de Saint-Mandé. Presentéme con puntualidad en la mañana siguiente en el punto designado; mas el capitán no concurrió. Acudí presuroso á su casa para informarme del motivo de tan incomprensible conducta... y supe que aquella misma mañana había emprendido su regreso á Africa.

Pero la Providencia es justa; nada deja impune sobre la tierra... Quince días despues de la salida del capitán fuí llamado por Abd-el-Kader. Llegué en álas de mi venganza á Mostagan y mi primera diligencia fué buscar á de Candeuil.

—Mahiah me ha referido los pormenores de tu desafío con ese hombre, interrumpió Al-Abib. Dime, glorioso hijo mío, ¿por qué aventurastes tu vida cuando podías apoderarte de él sin riesgo de tu persona...?

—Le profeso demasiado aborrecimiento para esponerme á sufrir el sonrojo de oirle decir que le tuve miedo... Quise encadenarle lealmente para poderme vengar sin temor á sus sarcasmos... Bastante me humilló anticipándose en el desafío con el español...

Al-Abib inclinó la cabeza y pareció abismarse en profundas meditaciones.

Gaston contempló silencioso durante algunos

instantes á su padre y mostrándole un objeto en la palma de la mano derecha preguntó:

—¿Conoces este retrato?

—¿Qué retrato? prorumpió Al-Abib, agitándose sobre su asiento como quien se despierta sobresaltado.

—Este, míralo...!

—¡La baronesa de Ulm...! ¡Dios Clemente y Misericordioso...!

Y esto diciendo, fijó los ojos desmesuradamente abiertos en el medallon que le presentaba su hijo. Sus labios murmuraron algunas palabras ininteligibles, su vista se nubló y una palidez cadavérica cubrió su hermoso rostro.

Trascurridos algunos instantes de angustioso silencio, Al-Abib preguntó haciendo un poderoso esfuerzo por levantar la voz:

—¿Donde lo encontrastes...?

—Sobre el pecho de mi enemigo de donde lo arranqué con el sentimiento de no haberme traído al mismo tiempo el corazón.

Ambos interlocutores volvieron á quedar silenciosos.

—¿Ha visto Medina al marqués...? preguntó Al-Abib con apagado acento.

—Desde que está en Africa no... Pero lo verá; mas antes conviene que le reveles tu misteriosa historia; y si á pesar de ella persiste en su amor impuro; si ha degenerado de su raza hasta no hacer causa comun con nuestros dolores y nuestra venganza.... Oh! entonces sufrirá el castigo de

ver rodar á sus pies la cabeza de ese cristiano que tanto ama... De todas maneras, ame ó no ame al capitan, me regocijo con la idea de la muerte que sufrirá... Sí! sí...! Dios es grande...!

—¿Quien es ese prisionero que acompaña al capitan?

—Un cristiano cualquiera que encontramos casualmente en nuestro camino y á quien me propongo entregar á los *Schiaus*. (1)

—Voy, dijo Al-Abib, con palabra tarda y moviendo tristemente la cabeza, á conferenciar con Medina... Creo que no se mostrará sorda á mis palabras ni insensible á la dignidad de su raza... cuento para convencerla con el acendrado cariño que me profesa.

—¿Y si puede en ella el amor mas que el deber?

—Podrá en mí mas el deber que el cariño de padre!.. De todas maneras, cualquiera que sea el resultado de nuestra entrevista, mañana...

—Mañana... ¿Qué? interrumpió con vehemencia Al-Arbi.

—Mañana la cabeza del capitan rodará por la arena del aduar.

En esto se alzó bruscamente la cortina que cerraba la entrada de la tienda y apareció Mahiah en el umbral.

—¿Qué quieres, esclavo? preguntó con gesto desabrido Gaston.

(1) Los SCHIAUS son agentes de policía y verdugos al mismo tiempo. Van armados con un yatagan y un palo largo; ambas armas son el distintivo de su cargo.

—Sidi-Ben-Allal llega; respondió el negro inclinándose profundamente.

Al-Abib ocultó en su pecho el medallón que le había dado su hijo y se dispuso á salir.

—Hasta mañana, padre, dijo Al-Arbi.

Mahiah lanzó sobre su amo una torba mirada.

El califa entró en la tienda y el negro dejando caer lentamente la cortina oyó las siguientes palabras.

—Glorifiquemos á Dios único... Al-Arbi, hijo mio, Aiha es tu esposa.

IX.

EL BARON DEL IMPERIO

La anticipacion con que llegaron algunos de los cadís que habían sido convocados por Al-Arbi obligó á Al-Abib á diferir la entrevista que proyectaba tener con su hija.

Formóse inmediatamente el consejo que podemos llamar de guerra, presidido por el califa, prolongándose durante el dia y una parte de la noche la discusion empeñada para acordar el plan de campaña y disponerlo todo para romper las hostilidades contra los franceses en el mas breve plazo.

Entre tanto, Mahiah rondaba noche y dia vigilante enderedor de las tiendas que ocupaban las hijas de los gefes y la de Kadidja espiando una ocasion para ofrecerse de nuevo á servir las. Vana esperanza; pues la primera estaba herméticamen-

te cerrada por orden de Al-Abib y en cuanto á la segunda la mora se había condenado á una completa incomunicacion hasta con las esclavas que Ben - Allal había destinado para su servicio.

Samuel había sido relegado á un extremo del aduar, en una tiendecilla triangular de procedencia francesa, con la cual le habían gratificado. En ella, el bueno ó mal judío se entregaba al descanso que los trabajos de su reciente y peligroso viage le hacían tan necesario; temblando como la hoja en el árbol al recuerdo de los grandes riesgos de que milagrosamente se había salvado y estremeciéndose de júbilo al contar de memoria uno por uno los pesos duros españoles, moneda que prefería á todas las demas que le habían producido sus torpes condescendencias.

Muller se paseaba á paso lento y recorriendo un corto trayecto delante de los prisioneros á quienes vigilaba con ojos de Argos, mudo como el mármol y fumando pipas y mas pipas de tabaco.

Los infelices cautivos, cargados de cadenas, yacían sujetos á la estaca que habían fijado en la entrada de la tienda del califa, expuestos á los ardientes rayos de un sol abrasador y á la impertinente curiosidad de una turba soez y despiadada. Jourdain sumido en un tétrico y cobarde abatimiento parecía un enfermo próximo á exhalar el último aliento; el capitán hacía esfuerzos desesperados por vencer su postracion fisica y mostrarse altivo y desdeñoso á la faz de sus verdugos, sin embargo de que su inteligencia y su corazon su-

frían dolores aun mas acerbos que los que mortificaban su cuerpo.

A eso de las diez de la mañana del dia siguiente al de la escena que hemos descrito en el capítulo precedente, Medina y Aiha estaban sentadas la una al lado de la otra en un mullido divan de su tienda y entregadas á una de esas animadas conversaciones que constituían la única distraccion de su monótona existencia.

Por mas que las dos jóvenes estuviesen unidas por los lazos de la mas cariñosa y simpática amistad, por mas que las penas y las alegrías fuesen comunes á las dos y que las quejas de la una hubiesen hallado siempre eco en el corazon de la otra, es lo cierto que en esta ocasion una de ellas estaba contagiada de esa enfermedad que aqueja á nuestra débil naturaleza; la enfermedad del egoismo que hace que todo *ser dichoso*, no participe, sino de labios á fuera, de las desgracias de su mejor amigo. Medina llora; y su abatimiento revela los punzantes sufrimientos de su corazon... Aiha se esfuerza por disimular la sonrisa que retoza en sus labios; su voz ha recobrado su timbre sonoro y juvenil; su respiracion no es anhelosa como lo había sido el dia anterior y en su mirada límpida y serena, brilla una alegría que quiere ocultar porque con ella hiere el corazon de su pobre amiga.

Los papeles habían cambiado completamente en veinticuatro horas. La vírgen llorosa de ayer era el ángel de consuelo de hoy.

—Medina, mi querida Medina, decía la hija de Ben-Allal; ¿por qué te entregas á esa sombría desesperacion? Paréceme que deberías mostrarte agradecida y no rebelde al Dios misericordioso... ¿No tienes cerca de tí á tu amigo y tan cerca que te basta levantar la orla de esa cortina para verle...? ¿Qué mas puedes desear...? ¿No ha sido ese tu mas hermoso sueño durante dos años...? Medina, hermana mia, respóndeme...

—Diera, prorrumpió la hermana de Al-Arbi, toda mi sangre por no ver hoy prisionero al mismo que ayer ardía en deseos de ver... No hay suplicio que yo no sufriera gustosa á trueque de verle libre de las manos de sus enemigos...?

—Pero ¿qué temes? ¿Qué peligro le amenaza...? ¿Es acaso el primer cristiano que ha caído prisionero de nuestras tropas? Tranquilízate; nuestros padres son humanos y generosos; no dudes que en el momento que Al-Albib conozca el secreto de tu corazón...

—Eso, nunca... nunca lo sabrá... Mi confesion sería un decreto de muerte para esos desgraciados... Ah! tu no puedes comprender á qué estremos conduce el fanatismo de nuestra raza...

—Es posible que pienses así de nuestros padres...! ¿Y tu hermano?

—Mi hermano... Ah! debo callarme... Esto es horrible...! ¿Quién me amparará...?

—Pues bien; si temes encender la ira de los gefes contra esos dos cristianos revelando tu secreto, une tus súplicas á las mías para mover la

compasion de nuestros padres.

—No nos escucharán.

—Y si pongo por precio de mi amor la libertad de tu amigo ¿crees que Al-Arbi se negará á suscribir el pacto?

—Sí.

—Medina, exclamó Aiha con acento de dulce reconvencion; calumnias tu sangre y ofendes al mas justo de los hombres.

—Mis presentimientos se realizarán... Pero, perdóname, hermana mía; perdóname si involuntariamente turbo tu alegría y empañó con mi tristeza el brillo del dia mas hermoso de tu vida... Confíemos en Dios Clemente y Misericordioso que dirige sus criaturas por el camino de su voluntad... Solo en Él tengo esperanza... Hablemos de tí, de tu dicha... Mírame; así, así... ¡Qué hermosos son tus ojos...! El júbilo que en ellos se retrata los embellece infinitamente mas que la dulce melancolía que los adormecía ayer... ¿Eres, pues, muy dichosa?

—Lo sería si tú participases de mi dicha....

—Ah! déjame con mis dolores y hablemos solo de tí... Veamos ¿para cuando ha fijado tu padre el dia de tu boda?

—Díjome que se celebraría la fiesta inmediatamente despues de la partida de los gefes que han sido convocados para tratar de los asuntos relativos á la guerra.

Las dos jóvenes permanecieron algunos instantes silenciosas, y estrechándose recíprocamen-

te las manos con cariñosa efusion.

—¿No te dije, prorumpió Medina, que acabaríamos por vencer esa orgullosa y altiva mora...? Oh! cuánto llorará encerrada en su tienda, la derrota que su vanidad acaba de sufrir... Estoy segura de que si supiera la parte que yo he tomado en ella, vendría á darme de puñaladas para desahogar su corazon... Ay de mí! si mi pobre amigo no estuviera encadenado y á merced de sus implacables enemigos, cantaría alegre como el ruiseñor.

—¿Por qué no intentastes hablarle esta noche pasada segun me lo indicastes ayer?

—Porque he reflexionado que un paso imprudente podría atraer un castigo severo sobre su cabeza. Además observé que la esclava encargada de guardar la entrada de nuestra tienda, anoche, contra su costumbre, permaneció de centinela hasta la salida del sol... Hube, pues, de contener los arranques de mi corazon, y resignarme á sufrir el martirio de oir incesantemente el ruido de la pesada cadena que le oprime y los gritos del buitre que se cierne sobre su cabeza, esperando la sangrienta presa que le tienen ofrecida.

—Hermana mía; muchas veces me has repetido ese proverbio cristiano que dice: *Lo que quiere la muger Dios lo quiere tambien.*

—Sí; pero ese proverbio, como todos, no siempre acierta.

—Pues bien; quiero hacer la prueba... Aunque muger ignorante, deseo que no hagan ningun mal á tu amigo.

—Lo quieres...! Pero y si le condenan á muerte ¿cómo le salvarás?

—Si le sentencian, antes de que lo ejecuten le pondremos en libertad nosotras dos solitas.

Medina clavó una mirada llorosa y llena de agradecimiento en los ojos de su amiga; atrájola sobre su pecho, la estrechó entre sus brazos; la besó en los ojos, en la boca y en las mejillas y le dijo con voz entrecortada por los suspiros:

—Sí; le pondremos en libertad, le salvaremos...!

—La súbita entrada de Al-Abib en la tienda puso término á la conversacion de las dos jóvenes.

—Hija mía, dijo el anciano dirigiéndose á Aiha; Ben-Allal, tu glorioso padre, desea hablarte y la esclava que te ha de conducir á su presencia espera ahí fuera tus órdenes.

—Aiha se puso en pié con celeridad, cubrióse el rostro con el velo y salió de la tienda.

Al-Abib tomó asiento junto á Medina quien, segun lo tenía de costumbre, besó respetuosamente á su padre.

—Este recibió con frialdad inusitada las caricias de su hija. Los helados labios de la jóven, al imprimir el ósculo filial sobre la abrasada frente del anciano, no lograron, como otras veces, alegrar el semblante taciturno ó melancólico de Al-Abib.

—Estás triste, padre; dijo Medina con acento cariñoso; ¿qué te aflige?

—Hija mía, sufro mucho... El implacable des-

tino que me persigue hace tantos años, me tenía reservado para estos últimos de mi vida un pesar que abreviará mi existencia; que me matará muy pronto...

—Que te matará...! Tú deliras, padre.

—No deliro; sufro.

—Por qué? ¿Desde cuando...? ¿Qué te falta hoy de lo que tenías ayer...? ¿No te aman tus hijos; no cifro yo toda mi dicha en servirte de rodillas, y mi hermano en glorificar su nombre que es el tuyo? Oh! por piedad, habla pronto, confíame tus pesares; dime que me quieres y yo haré cuanto pueda por hacértelo olvidar...

—Tú, hija mía... tú...! exclamó el anciano recalcando las palabras.

—Sí; yo... Vamos, ya te escucho... ya tengo tus manos entre las mías, y la cabeza apoyada en tu pecho, cerca de tus labios y mas cerca de tu corazón... Así, así; acaricia mi cabello; bésame en la frente, como me besabas y me acariciabas en aquellos dichosos días de mi primera infancia, cuando sentada sobre tus rodillas me contabas aquellas hermosas historias que tanto me embesaban... Vamos, habla; ya te escucho.

La hermosa jóven, la cariñosa hija, olvidando sus propios acerbos dolores para pensar solo en los de su padre, le besaba las manos y le miraba con ojos suplicantes.

Al-Abib alzó los suyos al cielo cual si buscara una inspiración y exclamó, al fin, cuando puso en orden sus ideas:

—Hija mia! cada uno de nosotros posee un secreto que no sé por qué hemos encerrado en lo mas recóndito del corazon, cuando nuestro mútuo y recíproco interés nos mandaba comunicárnoslo. Esta reserva entre un padre y una hija que tanto se quieren ha sido un crimen; y como todo crimen lleva consigo la pena, nosotros estamos sufriendo ahora lo que merecemos por nuestra falta comun de confianza.

Medina separó un poco la cabeza del pecho de su padre y le miró con los ojos desmesuradamente abiertos.

Al-Abib continuó:

—Quiero y debo darte el ejemplo de la confianza y del arrepentimiento, convencido de que amas á tu pobre padre para imitar su franqueza y contarle la historia de tu vida como él te referirá la de la suya.

—Sí; murmuró Medina con apagado acento, en tanto que su rostro se tornaba pálido y que sus ojos se cerraban lentamente.

—Hace cincuenta años, continuó Al-Abib, despues de un corto intervalo de silencio y dando á su voz una entonacion sonora, estaba yo en Egipto; era jóven, entusiasta, ardiente y rico. Mi nombre, mi gentileza y mi valor me granjeaban la estimacion de todo el mundo. Los mamelucos atraidos por la fama que se complacía en exaltarme, se disputaban el honor de marchar á la sombra de mi bandera y de combatir á mis órdenes... Conoces los primeros años de mi gloriosa juventud; debo,

pues, abreviar la narracion. Cuando los franceses invadieron nuestro suelo, los combatí con valor é inquebrantable teson derramando tres veces mi sangre sobre los campos de batalla por la independencia de la patria. Habiendo caido prisionero en un encuentro desgraciado, tuve ocasion de acercarme al general cuyo solo nombre hacía temblar hasta las arenas de nuestros desiertos. Aquel hombre extraordinario me fascinó con su mirada de águila; me atrajo como el iman atrae al acero, me subyugó, en fin, con el prestigio de su nombre y con la vista de los grandes hechos que ejecutaba. El respeto que me infundió se trasformó muy luego en ciega adhesion y acabé por merecerle el nombre de amigo, título honroso que daba á sus compañeros de gloria. Cuando regresó á Francia le acompañé... Pisé, para mi desgracia, aquel hermoso y maldito pais, donde todo es mentira, todo es farsa, hasta la gloria... y en él encontré la ruina de mi porvenir, ruina cuyos escombros embarazan mis pasos hasta en este triste rincon donde se ha refugiado mi impotente vejez...! El héroe infatigable á cuya fortuna me uní hizo de la Europa un pais de prodigios; cubrió su suelo de victorias y de triunfos y removi6 la tierra toda bajo los piés de sus innumerables ejércitos. Cónsul ó emperador, Bonaparte ó Napoleon encadenó la victoria y la hizo esclava suya pareciendo ser el Dios de los ejércitos. Este hombre extraordinario no fué ingrato con sus amigos; pagó generosamente la sangre que derramaron por él sobre el

campo de batalla... Habiendo tenido repetidas ocasiones de apreciar mis servicios, me condecoró con la cruz de su orden y me elevó al grado de coronel, honrándome, por último con el título de baron de Ulm, que gané bajo los muros de la ciudad de este nombre.

Medina se incorporó apoyándose sobre su codo; miró, con los ojos arrasados en lágrimas de entusiasmo el hermoso y venerable rostro del anciano, reanimado al calor de aquellos magníficos recuerdos; é impulsado por un arranque de ternura y admiracion, echóle los brazos al cuello, esclaman- con infantil alegría:

—Padre, padre... ¿con que eres baron del glorioso emperador que tanto admiro y lo ocultabas á tu hija...? ¿Con que así guardas para tí solo las alegrías de toda tu familia.

—El sol que aparece esplendente á su salida, interrumpió Al-Abib, con acento melancólico y palabra lenta; se oculta muchas veces detrás de de negros nubarrones... no hay juventud que no sea fresca, robusta y dichosa, ni flor que no reciba una gota de rocío... mas luego llega la edad madura con sus pesares... Las flores mas hermosas suelen no vivir un dia... Era yo coronel de caballería y baron del Imperio cuando se abrió la campaña de Rusia. Algunos meses antes de esta guerra desastrosa, encontrándome en París en la espléndida corte del emperador, mis ojos se fijaron en una hermosa jóven que era uno de sus mas bellos adornos...

Al-Abib se interrumpió un breve instante, y movió la cabeza con desconsuelo, cual si quisiera espulsar de su mente un penoso recuerdo. Luego continuó:

—Enamoréme ciegamente de ella y pedí su mano que me fué concedida, tanto por complacer al soberano que aprobaba nuestra union, como por satisfacer mi mas vehemente deseo... El emperador puso su firma en nuestro contrato de matrimonio y me dotó pródigamente, trasladando mi fortuna á mi esposa en el caso de que yo muriese sin hijos.

Encontrábame todavía en la embriaguez de mi dicha cuando se declaró la guerra... Fiel á mis juramentos y adicto ciegamente al emperador, entré en campaña mas decidido que nunca á servirle con celo, á sacrificarme por él.

Al-Abib volvió á interrumpirse por espacio de algunos segundos.

—Hay épocas fatales en la vida del hombre, continuó, que marcan un término á su dicha y abren un nuevo derrotero por donde navega de escollo en escollo, fluctuando entre desastres y decepciones hasta el tranquilo puerto de donde nunca vuelve á salir... A los pocos dias de haber pisado el suelo enemigo, caí con mi escuadron en una emboscada, mandada por un general de origen frances; pero cuya familia hacía muchos años que estaba al servicio de Rusia. Incorporado como prisionero á las reservas rusas, fuí conducido á Siberia con todos los compañeros de desgracia que

los desastres de esta desdichada guerra pusieron en manos de los rusos. No quiero enumerarte los sufrimientos y miserias que me aquejaron en aquellas inmensas soledades donde hemos dejado tantos cadáveres sepultados entre nieve... No me quejo, no, como prisionero de guerra... nuestros enemigos abusaron cruelmente de la victoria y yo me resigné con mi suerte porque el soldado debe sufrir sin murmurar los caprichos de la inconstante fortuna. Durante mi cautiverio me fué imposible recibir noticias de Francia... mi esposa y mis amigos habían muerto para mí, y yo... yo estaba muerto para ellos.... Mi cautiverio duró cuatro años... cuatro años de humillaciones, de fatigas y de penosos trabajos en el servicio de un príncipe cruel é inhumano para sus esclavos... el príncipe Tzaritzin...

—¿El príncipe Tzaritzin...? interrumpió con viveza Medina.

—Era tío materno del General que me hizo prisionero.

—Y ese general ¿como se llamaba? preguntó la jóven con visibles señales de inquietud.

—Luego te lo diré... Por fin, lució para mí el sol de la libertad. Pude romper mi cadena y escaparme con Muller, soldado de mi regimiento, prisionero y esclavo como yo, de quien durante nuestro largo cautiverio recibí las mas elocuentes pruebas de respeto y lealtad. El Señor nos dió fuerzas bastantes y el valor necesario para llevar á cabo nuestra audaz empresa y atravesamos á pié,

sufriendo todo género de privaciones y miserias, espuestos continuamente á ser detenidos, la Rusia, la Polonia y la Prusia, y llegamos á las fronteras de Francia, mi patria adoptiva, cuya tierra besé con el amor y respeto de un hijo adicto y cariñoso. Entré en Paris cubierto de andrajos pero orgulloso con ellos porque daban testimonio de mis gloriosos sufrimientos. El emperador había abdicado; herido con este tremendo golpe me acerqué á la puerta de mi casa agobiado bajo el peso de tantos infortunios, y ansioso de buscar algun consuelo en los brazos de una esposa idolatrada...

Medina escuchaba con creciente ansiedad esta breve y patética narracion, Sus ojos se llenaban de lágrimas y su corazon gemía en tanto que el anciano, con acento solemne, apuntaba las principales escenas del drama funesto de su vida.

—Llamé con repeticion á mi casa, continuó Al-Abib, y sus puertas permanecieron cerradas á mis golpes... El corazon de la esposa que yo había tomado segun la ley cristiana y la mahometana, se hizo sordo á la voz del soldado, del pobre prisionero... Habíase anunciado oficialmente la muerte del baron de Ulm; habíanse llenado todas las formalidades prescritas por las leyes para estos casos y mi esposa... ¡mi esposa había contraído segundas nupcias...!

Todos mis papeles habían desaparecido durante los años de mi larga espatriacion; y como no estaba inscrito personalmente en ningun registro ni acto civil, me fué imposible identificar mi nom-

bre, mis títulos, mi nacimiento... Fui acusado de vagamundo, de aventurero y tratado como tal...!!

—Pero... ¡tu muger...! tu muger...!

—Fingió no conocerme y juró sobre los Evangelios que yo no era su marido... que sería un audaz impostor que pretendía, aprovechando cierta semejanza en los rasgos de la fisonomía, usurpar el estado civil del difunto coronel, ocupar su puesto y revindicar su título de baron de Ulm...

—Infamia! infamia...! exclamó Medina cubriéndose el semblante.

Al-Abib respondió al grito de generosa indignacion exhalado por su hija, con una amarga sonrisa y un movimiento de cabeza que indicaba cólera y resignacion al mismo tiempo. Luego continuó:

—Los tiempos estaban muy cambiados... Los amigos los fieles servidores del emperador perseguidos y acosados, tenían que ocultarse y negar su participacion en las glorias de la Francia... Una generacion hipócrita y afeminada había sucedido á aquella otra generacion varonil y guerrera que había paseado el águila de Napoleon triunfante por toda la Europa... Era ya un crimen el haber contribuido á esos triunfos... Sin embargo, arrostré las iras del poder, y á fuerza de trabajos y perseverancia, pude reunir algunas pruebas y varios amigos para pedir judicialmente la anulacion del segundo matrimonio de mi muger. Hube de sostener un largo y ruinoso pleito con escasísimos recursos, dado que aquellos á quienes había servido

en mis tiempos de prosperidad se negaban á auxiliarme de otro modo que con sus estériles simpatías... La muger indigna á quien tanto amé y á quien diera mi nombre, ganó el pleito y fuí condenado... La Francia, por cuya grandeza derramé tanta sangre, perdí mi libertad y fuí traidor á mi raza, pagóme tantos sacrificios con el desprecio; y me puso en la alternativa de morir de hambre en medio de las calles ó buscar mi subsistencia por medio de un trabajo penoso y humilde... Por último, desesperado, cubierto de abyección y de vergüenza y devorado por los celos, salí de Paris, teatro en otro tiempo de mis glorias y grandezas, y me dirigí, acompañado de Muller, á Marsella... Allí nos embarcamos como simples marineros en un buque mercante que se dirigía á Argel, y me despedí para siempre de aquella patria ingrata que maldije con todo el fuego de mi corazón ulcerado.... El Dios Clemente y Misericordioso se apiadó de mí; hízome comprender por los medios de que solo dispone su poder infinito que mis desgracias eran el merecido castigo de mi apostasía y traición hacia el Egipto, y me perdonó. Sí, me perdonó; puesto que desde que puse el pié en país de los creyentes y besé aquella tierra santa, lucieron para mí días de prosperidad ya que no fueran de olvido. Huyendo del movimiento de las ciudades, me refugié entre las tribus belicosas donde muy luego la experiencia que tenía de la guerra y el valor y audacia que me prestaba la desesperación, me grangearon un nombre célebre

y me abrieron las puertas de los honores y de la riqueza... Con el nombre de Al-Abib fuí muy luego considerado, temido y respetado como un gran gefe... Seducido por la belleza y virtud de la muger que debía ser tu madre, la tomé por esposa y en sus brazos olvidé, hasta donde podía olvidar, la infamia y los perjuros de mi primera muger...

Calló un momento Al-Abib y prosiguió:

—Cien y cien expediciones guerreras coronadas del éxito mas feliz y el comercio de esclavos, me proporcionaron inmensas riquezas y la amistad de los gefes principales de las kabilas. Entre estos mereció mi particular aprecio el noble y generoso Ben-Allal, en cuya deyrah tu madre colmó la medida de mis deseos, dándome un hijo á quien hacer heredero de mi nombre y de mi odio á los franceses. Muy pocos años despues vinistes tú al mundo... Tu primer vagido me arrebató mi tesoro... Tu madre murió al darte la vida...!

Al-Abib, cuya voz trémula y miradas melancólicas revelaban el cansancio que le ocasionaba esta larga narracion, quedó un momento silencioso, durante el cual Medina cubrió de besos sus blancos cabellos y su pálida frente.

—Muerta mi esposa, prosiguió, deposité en vosotros, hijos mios, el inmenso tesoro de cariño que se encerraba en mi corazon; mas *Eblis* el mal ángel que tiene permiso de Dios para tentar á los hombres, envidioso de mi dicha, vino á manchar mi tienda con su aliento maldito.

—¡Cómo, padre mio! ¿aun te quedan nuevas

desgracias que referirme...?

—Sí; escucha... Los recuerdos de la juventud se hacen mas y mas profundos á medida que los años hielan la sangre en las venas... Son el alimento del alma de los ancianos... Cierto es que había saído de Francia con la rabia y la desesperacion en el pecho; pero cierto es tambien que traíge de ella memorias dulces que turbaban mis sueños en el desierto. Comparaba incesantemente la vida europea con la vida del aduar; la civilizacion de Francia con la barbarie de la kabila; el mundo sábio, elegante, industrial; con la familia nómada de la tribu, la vida, en fin, con el reposo, y me decía, suspirando, que los franceses eran seres privilegiados... *Eblis* triunfó...! caí en la tentacion de daros esa educacion europea tan brillante, tan seductora que encamina al hombre hacia los fines para que fué creado por Dios... Tuve miedo de dejarte, hija mía, expuesta á vivir en la esclavitud á que la ley del Profeta condena la muger... Cedí á los pérfidos consejos de Satanás, y envié á Paris á tu hermano á quien dí el nombre de Gaston por un resto de simpatía francesa para que se educara en aquella sociedad. Tú le seguistes en cuanto tu edad lo permitió. Quería yo que aprendiérais en ese gran mundo, á fin de que, una vez terminada vuestra educacion, fuérais enteramente libres para elegir entre el aduar y aquella sociedad donde vuestra inmensa fortuna os señalaba un lugar distinguido.

Gaston, jóven ardiente é impetuoso y devora-

do de noble ambicion, regresó á la tienda de su padre. Dios me había dado en él un digno heredero de mi nombre, de mi odio á los franceses y de mi venganza contra los verdugos de mi juventud...! su regreso devolvió la alegría á mi corazon y reanimó el calor de la sangre de mis venas... Tú permanecistes en Paris hasta tanto que te decidieras por el género de vida mas en armonía con tus inclinaciones.

En su último viage á Paris, tu hermano llevaba ámplios poderes de mi parte para fijar definitivamente tu suerte, y hasta para casarte allí si la vida y las costumbres francesas eran de tu agrado...

—Casarme...! Gaston...! Ámplios poderes....! exclamó Medina profundamente trastornada.

—Tu corazon habló, continuó Al-Abib con voz trémula y acentuando lentamente estas últimas palabras en tanto que sus ojos fijaban una tenaz mirada en los de su hija.

—Y, bien, ¿qué? dijo Medina aun no repuesta de su turbacion.

—¿Creo no haberte dicho el nombre del general ruso que me hizo prisionero en 1812; y quien, mas tarde, en 1814, se casó con la baronesa de Ulm...?

—Te lo he preguntado, balbuceó Medina; y no me has respondido...

—Era, respondió Al-Abib, con acento incisivo, el marques de Candeuil... ¿lo oyes bien, hija mia? el marques de...

Medina exhaló un grito ahogado, y cayó á los pies de su padre. Este la levantó entre sus brazos, sostúvola en ellos y le dijo con acento cariñoso:

—El marques de Candeuil...! el padre de ese prisionero que está encadenado á la entrada de mi tienda y que debe morir mañana...

—Ah! gritó con acento desgarrador la desventurada jóven, cayendo de nuevo á los pies de su padre y arrastrándose sobre las rodillas. Perdon, padre mio....! ¡Perdónale, es inocente...!

—Luego... ¿le amas...? preguntó Al-Abib con voz trémula y el rostro encendido por la cólera.

—Sí..., sí, le amo...! pero no quiero que lo sepa ni que participe de mi amor...!

—Desventurada...! El hijo del verdugo de tu padre...!

—Es inocente!

—Los hijos pagarán las iniquidades de los padres hasta la última generacion.

—No, padre, no... esa doctrina se opone á la misericordia de Dios...!

—*El fin de los pecadores será espantoso!... Dios no perdona á los infieles cargados de crímenes...! (1)*

—Pero tú le perdonarás...! Te lo pido con manos suplicantes y besando la tierra que pisas.... su libertad, su vida... en nombre de mi pobre madre...! en nombre de tu ídolo, de tu Dios, de tu emperador...!

(1) Palabras del Coran.

Este grito, esta última plegaria inspirada por el amor mas sublime fué pronunciada con acento sonoro y vibrante. La hermosa y desconsolada jóven clavó sus ojos bañados en lágrimas en los ojos secos de su padre, y esperó con la frente alta, el rostro inmóvil, los lábios entreabiertos y las manos juntas, una respuesta de la cual parecía depender su propia vida.

Al-Abib turbado y fuertemente conmovido al oír el gran nombre del genio á quien rendía culto, miró con fijeza á su hija y luego bajó lentamente los ojos, no pudiendo resistir el brillo, la tenaz fijeza de la mirada de aquella santa y noble criatura.

Un largo silencio sucedió á la escena que acabamos de describir. Cuando el corazon habla con toda su elocuencia, los lábios enmudecen... ¿qué podrían decir...?

Al-Abib se levantó de improviso del divan y exclamó con voz ronca:

—Tanto le amas...!

—Mas que á mi vida...! Pues bien; renuncio á mi amor si le perdonas; si le devuelves la libertad y lo envías con los suyos.

—Acaso ¿tuvieron piedad de mí...? ¿Me perdonó su padre?

—Dios te dice por los labios del Profeta que la venganza no sea mayor que la ofensa.

—Es cristiano y está maldito. No le alcanza la misericordia de Dios...!

—Pero él no te hizo ningun daño.

—Me lo hizo su padre.

—Vengate en él.

—No hay venganza posible contra un cadáver...! Además, ese prisionero no me pertenece.

—¿A quien pertenece? ¿A Ben-Allal?

Al hacer esta pregunta un rayo de esperanza iluminó el rostro de Medina.

—A Ben-Allal no; á Al-Arbi.

—¿A mi hermano...!

—Sí.

—Ah...! ¡No hay salvacion posible para él...!

Medina ocultó el rostro entre las manos é inclinó la frente hasta tocar el suelo.

La cortina que cerraba la entrada de la tienda fué levantada desde fuera y muy luego apareció Mahiah en el umbral.

—Sidi-Al-Abib-Abu-Al-Arbi, dijo el cafre inclinándose humildemente; los gefes del Oeste acaban de llegar y quieren verte.

Al-Abib hizo un gesto con la mano y el negro se retiró. Luego dió algunos pasos hacia la salida de la tienda y se detuvo para dirigir una mirada entre colérica y compasiva á su hija.

Medina con las manos juntas se arrastró sobre las rodillas de su padre y repitió con acento desgarrador:

—Piedad...! piedad...! es inocente; inocente de toda culpa.

—Inocente, y noble era yo y no la tuvieron de mí...

—Pero él no te ofendió.... y tu le perdonarás

ó me matarás con él...

—Vé, hija degenerada...! vé á suplicar á tu hermano...!

Y esto diciendo, Al-Abib salió de la tienda.

Medina cayó anonadada sobre la alfombra.

No bien hubo traspuesto el implacable anciano el dintel de la puerta, cuando Mahiah entró sigilosamente. Acercóse á la jóven y levantándola con respeto, le dijo:

—Mahiah es amigo de los que lloran.

—Ah, le matarán...! le matarán....! exclamó Medina cuya razon se estraviaba.

—Le han sentenciado... Mañana por la mañana lo ajusticiarán para celebrar las bodas de Al-Arbi, con la hija del califa.

—Sálvale... Sálvale y te daré cuanto poseo... te haré mas rico que un cadí...

—Mahiah le salvará; respondió el negro con imperturbable calma.

—Tú salvarle... tú...! Pero ¿cómo... Cómo...! exclamó Medina fijando sus espantados ojos en los del esclavo.

—Mahiah le salvará; repitió el negro, y no te pide nada...

El cafre salió como había entrado, con el mayor sigilo y Medina se arrastró hacia un divan donde quedó postrada, sin fuerzas y sin aliento.

X.

EL COMLOT.

Al salir de la tienda de Medina, Al-Abib encontró á su hijo que con los brazos cruzados sobre el pecho, la frente alta, la mirada radiante y en actitud de gefe soberano, contemplaba á los prisioneros y parecía gozarse en sus crueles dolores.

El implacable Al-Arbi tomó por una mano á su padre y lo condujo hasta ponerlo en frente del capitán.

—Señor de Candeuil, dijo con acento incisivo y modulando la voz de una manera extraña; te presento al señor baron de Ulm, al bizarro coronel del imperio que un villano llamado el marqués de Candeuil, mantuvo cuatro años en la mas abyecta esclavitud... Al hombre honrado, leal y pundonoroso con quien tu madre fué ingrata, perjura

é infame...! ¡Míralo bien...! Yo soy su hijo, y har-
to comprendes cuanto será mi odio á tu familia.

El capitan se mostró indiferente á este duro apóstrofe. Al-Arbi continuó:

—Mahoma ha dicho: *Sé justo, pero sin piedad con tus enemigos...* Pues bien, yo seré justo y despiadado para tí.

—Mi vida te pertenece, dijo el capitan, haciendo un gesto de soberano desprecio; haz de mi cuerpo lo que sea del agrado de tus instintos africanos; pero no invoques la moral de tus libros santos. Si un charlatan fanático te manda apagar tu sed de sangre en la de mis venas, obedece á ese Profeta sanguinario... El Dios que yo confieso es Clemente y me manda perdonarte... Cautivo de un cobarde, hace tiempo que conozco la suerte que me espera, la de todo aquel que tiene la desgracia de caer en manos de un villano asesino... Déjame morir en paz... vete...

Jourdain espantado ante este arranque de energía y dignidad, puso una mano sobre los labios de su compañero de infortunio dirigiéndole miradas suplicantes.

Al-Arbi recibió con una sonrisa que rebosaba encono la explosion de los sentimientos desdeñosos del capitan y respondió:

—No pretendo disputarte la palma de la elocuencia, gentil de Candeuil; sé, hace algunos años, que tu lengua es hábil y que hablas bien; por eso te abandono la victoria de los salones y el perfume de los gabinetes. Mas quiero que

conozcas la suerte que te espera, y fundar mi sentencia en considerandos, como se usa en los tribunales de tu país maldito... Morirás degollado por el yatagan de los Schiaus, como cristiano prisionero de guerra; como representante de tu aborrecida familia que debe á la mía el precio de la sangre (1) y, en fin, como hombre audaz y temerario que puso los ojos en la hermana de Al-Arbi...

De Candeuil miró con desencajados ojos al gefe árabe y palideció extraordinariamente.

Era la primera vez, desde que el destino le había puesto á la merced de su vengativo é implacable enemigo, que su rostro tomaba una espresion que podía suponer flaqueza.

Gaston lo comprendió así y se dió prisa á continuar:

—Sí; la hermana de Al-Arbi, hija del baron del imperio, víctima del marqués de Candeuil.... La hermana del baron de la Garde, hijo del vencido en 1812 que hace temblar hoy al hijo del cobarde vencedor de 1814.

El capitan hizo un esfuerzo inútil por incorporarse: el peso de sus cadenas le tenía clavado en el suelo.

(1) O, creyentes, la pena del Talion está decretada para el asesinato. Un hombre libre recibirá la muerte por un hombre libre; un esclavo por un esclavo, una muger por una muger. Aquel que perdonare al matador de su hermano, tendrá derecho á exigir una indemnizacion razonable, que le será pagada en dinero y con gratitud. CORAN. Es indecible la superioridad de las máximas cristianas.

—Oh! se dijo mentalmente; ¡voy á volverme loco...!

—Dios es justo, continuó Al-Arbi, dejando vagar por sus labios una feroz sonrisa; pues permitirá que la cabeza que osó levantarse hasta Medina rueda mañana á sus pies.

—Medina tu hermana...! exclamó el capitán con acento dulce y mirada melancólica... ¡Tu hermana...! ¡Ah! te perdono y no te aborrezco...!

—Sí; mi hermana, continuó Al-Arbi, mostrándose insensible á la noble y generosa manifestación del capitán; mi hermana que está ahí, que acaso nos oye y de quien te separa un abismo que mañana se llenará de sangre.

Al-Abib permanecía inmóvil y silencioso en el mismo sitio donde su hijo le había dejado, con los ojos fijos tenazmente en el rostro del capitán, cuyas facciones le recordaban la mujer que tanto había amado en los tiempos de su brillante juventud. Jourdain, que alentado por la actitud tranquila, al parecer, del gefe árabe, habíase arrastrado hasta sus pies y abrazado á sus rodillas; le dirigía súplicas que Al-Abib no escuchaba, absorto en sus tristes meditaciones.

—No te disputo mi vida, prorrumpió el capitán, dirigiéndose á Al-Arbi, después de lo que acabo de oír, para nada la quiero... Muerta la más bella ilusión de mi existencia, lo demás ya me importa poco... pero al menos atenúa tu crimen con un rasgo de clemencia... Perdona á mi desgraciado compañero de infortunio que no te

ha hecho ningun daño y que ni aun puede ser considerado como prisionero de guerra, puesto que no es militar y fué detenido en plena paz.

—Todos los cristianos son mis enemigos, respondió Al-Arbi, el Señor ha dicho: *Los infieles serán condenados al infierno. Bajarán al abismo en tropel. Se les dirá: ¿no nacieron profetas entre vosotros que os predicaron la doctrina verdadera? Los infieles están predestinados al fuego eterno* (1).

Esto dicho, el fanático musulman volvió la espalda á los prisioneros, y despues de acariciar al buitre Jacub, que se había posado sobre uno de sus hombros, se retiró seguido de su padre, hacia la tienda de Ben-Allal.

Jourdain prorrumpió en dolorosos gemidos.

—¡Que demonios, querido compañero de aventuras! exclamó el capitan, dirigiéndose á él y esforzándose por sonreir: en este mundo no se muere mas que una vez, que yo sepa; y paréceme que estaba Vd. condenado á muerte, como todos, al nacer...! ¡Por lo tanto, voto á bríos! consuélase Vd. con la idea de que si el trago es amargo, tambien se apura pronto.

—Ah! señor marqués... ¡señor marqués! ¡morir tan jóven...!

—Y tan rico ¿no es verdad?... Pero ¡caramba! creo que yo no soy viejo ni pobre...!

—Pero Vd. es militar y está acostumbrado á esto.

(1) Coran, Cap. xxxix, intitulado LAS TROPAS.

—Militar... ¡bravo oficio! ¿no es verdad?

—Ay de mí! ¿es posible que esté Vd. siempre de buen humor?

—Ese es mi carácter; mientras tenga un soplo de vida me reiré.

—Tambien mañana?

—Quien sabe... bien podrá ser.

El ex-agente de cambio fijó una mirada estúpida en los ojos de su compañero: luego movió la cabeza con desconsuelo y quedó sumido en un marasmo profundo.

El capitán volvió el rostro hacia la tienda de Medina y no separó la mirada de ella.

.
.

Algunos gefes de las tribus del Oeste habían llegado, adelantándose á sus contingentes, al aduar de Ben-Allal. El Califa, en union de Al-Abib y de su hijo, los recibió en su tienda donde se les prodigaron todo género de atenciones y obsequios.

Conociendo que la importancia de los asuntos que tenían que tratar los mantendría mucho tiempo reunidos, y sabedor por haber ayudado á los preparativos, que un gran banquete sucedería al consejo, Mahiah, libre de la vigilancia de Muller á quien se concedía siempre un puesto en todo consejo de guerra, penetró sigilosamente en la tienda de Kadidja quien le recibió de mal talante.

—Yo no te he llamado: dijo la soberbia mora.

—Mahiah es un esclavo celoso que se antici-

pa á los deseos de sus amos.

—No te necesito para nada... vete.

El negro dobló lentamente las rodillas, y se sentó á sus anchas sobre sus piernas cruzadas.

Admirada é indignada Kadidja, con tanta audacia, descolgó precipitadamente una pistola del trofeo de armas de Al-Arbi, la montó con mano segura y repitió con acento firme y resuelto.

—Vete...!

Mahiah que había seguido con la vista todos los movimientos de su ama, sonrió al ver la pistola apuntada sobre su frente, y respondió con inalterable calma:

—Aiha es nuestra enemiga comun: vengo á anunciarte las revelaciones del *Djelep* y á prestarte ayuda en tu venganza.

Kadidja se estremeció visiblemente, arrojó el arma sobre la alfombra y respondió.

—El *Djelep* nada puede enseñarme ni ayudarme en nada, es una farsa impía practicada por tu raza hipócrita y salvaje de la cual no me fío.

—El *Djelep*, continuó Mahiah sin inmutarse, es santo y sábio... Lee en el porvenir é ilumina en el presente... Los poseidos de *Eblis* hablan con el demonio durante la noche, y el sueño les revela los grandes misterios de lo futuro.

—Sea: ¿qué vienes á anunciarme?

—El enviado de *Eblis* me ha dicho esta noche última: «Cuando despiertes oirás á tus amos hablar de un gran casamiento, este casamiento no

es del agrado del Dios justo y soberano: es inícuo y debes impedirlo...»

—¿Qué casamiento es ese? preguntó la mora estremeciéndose profundamente.

—El demonio me dijo: «Pasado mañana, cuando el sol aparezca sobre las arenas del horizonte, Al-Arbi, perjuro á sus juramentos, cruel é inhumano con su primer amor, tomará una segunda esposa á la faz de una muger desconsolada...»

—¿Quien es esa muger? interrumpió la mora cuyos ojos centelleaban.

—Kadidja, la hermosa desposada del haken, arrebatada villanamente á la felicidad que la esperaba en Mostagan, por los falsos pensamientos del hombre que se llama su esposo.

—Y bien ¿qué? interrumpió de nuevo y con mayor vehemencia la mora.

—Kadidja dará participacion en su lecho nupcial, á Aiha, la hermosa hija del califa Ben-Allal...

—Mientes tú y miente el demonio... exclamó Kadidja, cuyas mejillas se cubrieron de mortal palidez.

Mahiah continuó sin dejarse intimidar por la hirviente cólera de su ama de quien, sin embargo; no apartaba los ojos.

—En la mañana siguiente oí á mis amos hablar del gran casamiento y fijar el día para celebrar la fiesta... Ví á la hermosa Aiha sonreir complacida por la dicha que la espera...

El demonio dijo la verdad... El *Djelep* es sábio y terrible.

—El demonio ha mentido! insistió la mora con creciente exaltacion; porque Kadidja morirá antes de partir con nadie su lecho nupcial... Kadidja no morirá sola!

—El demonio no miente nunca... el demonio me ha dicho que Kadidja no morirá ni repartirá su lecho...

Un relámpago de alegría iluminó el rostro de la mora.

Mahiah abandonó de improviso el tono enfático que había usado é inclinando el cuerpo hacia adelante dijo en voz baja, cual si recelara ser oído de otra persona que no fuese su ama.

—Kadidja no morirá ni partirá su lecho si me escucha.

—Habla.

—¿Quieres que nos vengamos los dos?

—¿De quien?

—Tú de Al-Arbi y de Aiha.

—¿Y tú?

—De Aiha y de Al-Arbi...

—¿Qué mal te han hecho?

—Nada te importa el saberlo: bástete saber que los aborrezco y que tu odio debe igualar al mío para que ambos quedemos completamente vengados.

—Si me dices la verdad; si ese casamiento se celebra, cuenta conmigo... Todo cuanto el es-

plritu de una implacable venganza pueda exigir en materia de furor, de traicion, de astucia y de perfidia, todo lo intentaré... Oh! si Al-Arbi me abandona, su muerte me parecerá cosa indigna de mis manos y de mi cólera... Quisiera inventar tormentos desconocidos para su alma y para su cuerpo...!

—Sin embargo, mucho le has amado...! exclamó el negro fingiendo tristeza y dolor.

—Todo lo he sacrificado á su amor... He sufrido la maldicion de mi padre y me he espuesto á la cólera de mi desposado Kaddur... Por él he intentado una evasion que esponía á grandes riesgos mi honor y mi vida... Yo debía ser la esposa privilegiada de su corazon... pero, ¡ay de mí! solo he sido una víctima de su libertinaje... No, nunca me ha amado... Su fogosa imaginacion solo ha visto en mí el asunto de una amorosa aventura, y ha sido para esta desventurada lo que son todos los hombres; egoista y rastrero en su cariño...! Mahiah, la sangre se enciende en mis venas... tengo vértigos de furor...! Dame las pruebas de lo que me afirmas...

—Escucha... dijo el negro poniendo un dedo sobre sus labios é irguiendo la cabeza.

En este instante la banda de música del califa hacía resonar una ruidosa tocata que puso todo el aduar en movimiento. Las notas chillonas y el compás vivo con que tocaba anunciaban una fiesta solemne.

—¿Conoces esa sonata? preguntó Mahiah con

acento reposado pero irónico.

—Es el preludio de la boda... respondió Kadidja que se sentía desfallecer: la víspera de nuestros matrimonios, la música ejecuta esos cantos de júbilo...

—Y ahora ¿qué me dices?

—Oh rábia...! Todo cuanto puedes imaginarte mas cruel, mas terrible, mas espantoso, lo haré con tal de quedar vengada...!!

—Escúchame pues; y si te engaño, arroja mi cadáver á los perros y priva mi cuerpo de sepultura, á fin de que mi alma no vea nunca á mi madre en el seno del Grande Espíritu...! Escúchame bien: el *Djelep* me inspira...!

—Te escucho.

—El corazon de Al-Arbi encierra una pasion única cuyos furores sobrepujan á las delicias del amor.... esa pasion es el ódio, la sed de venganza...

—Lo sé; interrumpió Kadidja; me lo dijo en la caverna de Arudh.

—Ese hombre, continuó Mahiah, nació bajo la influencia de un ángel malo; es un réprobo... Ama todas las mugeres; pero las ama por capricho, por lascivia, por pura vanidad... es un perverso... Pero ese hombre no puede eximirse de la ley general que condena el corazon á amar verdaderamente, siquiera una vez en la vida... esa hora ha llegado ya para Al-Arbi... Aiha es la sola muger á quien realmente ama.

—Kadidja lanzó al negro una mirada cente-

lleante, en la que los celos y la desesperacion entraban por partes iguales. Mahiah fingió no haber reparado en ella y prosigió:

—Pero mas que á Aiha ama su venganza... La venganza, única pasion tiránica que impera en su alma y que es su Dios, su culto, su todo.... Pues bien, aquel que burle esa venganza, aquel que le arranque de las manos la víctima que ya palpita moribunda entre sus crispados dedos; aquel que deje yerta en sus labios la sonrisa de triunfo que los hace estremecer de júbilo, ese castigará á Al-Arbi como solo puede ser castigado en este mundo... Le hará morir de rabia y desesperacion...!

—¿Y qué? preguntó Kadidja clavando una mirada inmóvil en los ojos del cafre.

—¿No me has comprendido...? El hombre que Al-Arbi y su padre odian de muerte, el enemigo mortal de su raza, aquel por cuya posesion daban su parte de Paraíso, se encuentra aquí, á pocos pasos de nosotros.

—Lo sé; te comprendo...

—Esos cristianos deben ser ajusticiados mañana al amanecer; sus cabezas deben servir de principal adorno de la fiesta... Si esas cabezas se salvan, esa música cuyo sonido hoy es infernal para tu corazón, esa música cuyas alegres tocatas celebran tu derrota y el triunfo de tu rival, será el canto de muerte para el traidor que te ultraja... ¿me comprendes...?

—Sí; estoy dispuesta á todo.... prosigue....

—Aborrezco á Al-Arbi, porque asesinó á mi padre... Otro dia te contaré esta lúgubre historia...! aborrezco á Aiha, por que es hija de un tirano y por que debo aborrecer todo lo que ama Al-Arbi... y Al-Arbi la ama...! dijo el negro acentuando lentamente estas palabras. Así que, seré implacable para ellos... Imítame pues.

—Por la salvacion de mi alma y por los huesos de mi madre, exclamó Kadidja con furiosa exaltacion; te juro que heriré sin temor y sin remordimientos... ¿Qué haremos para arrebatarte esos miserables cristianos á la feroz venganza de Al-Arbi...?

—Tenemos otro enemigo conjurado contra nosotros en la deyrah de Ben-Allal.

—¿Quien es?

—El judío Samuel.

—¿Como! ese ¿Ben-Djifá?

—Sí... El fué quien, por codicia, aconsejó al califa y á Al-Arbi ese matrimonio... Aiha le ha ofrecido una crecida recompensa si lograba arrebatarte el corazon de tu esposo.

—Miserable....! despues de haberme hecho abandonar á Kaddur por vil codicia tambien...! Infame! infame...! Pero ¿quién te ha revelado todos esos secretos?

—Primero el *Djelep* que es sábio y lee en el porvenir; luego el mismo Samuel; dijo Mahiah mintiendo descaradamente.

—Ah! perro...! haré arrojar tu cadáver á los chacales...

—Puesto que el judío hace de tercero en los impuros amores de Al-Arbi... y vendió ayer tu honor por vil codicia, como vende hoy el de Aiha y mañana venderá el de otra muger, debemos vengarnos de él... ¿Lo quieres?

—Sí.

—Solo el judío puede proporcionarnos los medios de poner en libertad á los prisioneros.... Sea pues, nuestro instrumento á fin de que la cólera de Al-Arbi halle un culpable á quien castigar, y quedemos nosotros en situacion de continuar nuestra venganza.

—Sí; sí... Tu saber es diabólico, tu prevision infernal.

—El *Djelep* es santo...! el demonio es sábio y astuto.

—Sí; sí... Pero ¿cómo nos ayudará Samuel?

—Los prisioneros están sugetos á la estaca por una doble cadena de hierro en cuyas estrechidades hay dos argollas cerradas con candados que ciñen el cuello de los cristianos... ¿Lo sabes? ¿lo has visto?

—Sí.

—Pues bien; esa cadena ha sido suministrada por Ben-Allal, quien la encontró entre los objetos que Al-Arbi dejó aquí al marchar para Francia. Hablando ayer con Samuel del asunto de los cautivos, tuvo la inadvertencia de decirme que conservaba todavía en su llavero dos llaves que abrían aquellos candados, y agregó el imprudente riendo con vil codicia: «si esos dos hombres fue-

ran Sultanes bastante ricos para tentarme, podría yo darles la libertad... El oído de Mahiah es mas fino que el del chacal y está siempre alerta...

—No te fies de las palabras de Samuel... ¿Acaso, esa cadena ha sido suya?

—Sí; la vendió á Al-Arbi, hace seis años; y como los candados están fijos á la argolla, la ha reconocido desde luego. Además, las cerraduras son iguales á la de la caja donde guarda el dinero; y como siempre lleva consigo las llaves de esa caja... pues... Mahiah lee el pensamiento de los hombres; es prudente...

—¿De qué medio nos valdríamos para comprometer á Samuel á fin de que ponga en libertad á los prisioneros?

—Con dinero.

—Tengo poco... Los prisioneros no son ricos y el judío es avaro y codicioso.

—Los cautivos no son pobres; muy al contrario, son gefes poderosos, me consta. Así, pues, ofrecerán bajo su firma la cantidad en que Samuel quiera vender su alma; estoy seguro de ello.

—Pues bien; entiéndete con el judío.

—No; es prudente y no se fiará de mí. Voy á decirle que quieres hablarle y vendrá.... Sé muy precavida y astuta; comienza por ofrecer poco.

—Anda; le espero...

Mahiah salió sigilosamente de la tienda.

Pocos minutos despues regresó seguido de Samuel.

El judío se acercó encorvado y con paso tímido á la mora y la saludó con la mas respetuosa humildad.

Obedeciendo á un gesto de Kadidja, el cafre salió de la tienda previniendo á la mora con una espresiva mirada que fuese muy precavida.

Kadidja compuso su actitud y su semblante, y preguntó al judío con acento breve é imperioso.

—¿A qué vienes? ¿qué me quieres?

—Sabedor de la buena nueva vengo á felicitarte...

—¿Aludes al casamiento de Al-Arbi?

—Sí.

—Y ¿qué interes puedes tú tener en este asunto cuando así te apresuras á darme la enhorabuena...?

—El de ofrecerte algunas alhajas que por casualidad tengo en mi poder, á fin de que tu generosa mano pueda hacer un regalo digno de tu grandeza á la compañera que Dios te envía.

—Enséñamelas... Dijo Kadidja fingiendo curiosidad.

Samuel sacó de debajo de su chaleco una bolsa de badana y derramó sobre la alfombra á los pies de la mora varias alhajas de oro y pedrería.

—Muy bonito es todo esto,... ¿cuanto vale?

—Vale mucho dinero... te lo juro por tu Dios... pero te lo daré casi de valde.... te quiero mucho y no pienso en ganar contigo...

—Bueno ¿cuanto quieres?

—Muy poco; casi nada... vale mas solo el mi-

rarlas... Dame quinientos budjús (1) nada mas... por tu Dios que son regaladas...

—No quinientos, te daré mil.

—Dios de Abraham...! no te burles del pobre Samuel...!

—Pero ha de ser con una condicion.

—Habla, habla; interrumpió el judío cuyos ojuelos chispeaban de codicia.

—Vamos por partes... Dime; si alguno quisiera comprar tu alma, ¿en cuanto la darías?

—Kadidja, no te burles así de un pobre desgraciado.

—Menos palabras, ¿en cuanto la darías?

—Vale mucho dinero... mucho dinero...! dijo el judío sonriendo para su capote.

—¡Acabarás...! cuanto?

—Solo el demonio podría comprarla.

—Luego si la vendes al demonio, no puedes negarte á vendérmela.

—¡A tí! ¿para qué la quieres?

—Eso no te importa... te la compro...

—Oh...!

—Y el cuerpo tambien... ¿cuanto quieres por él?

—Vale mas que el cuerpo...

—Los chacales lo cambiarían por un borreguito.

—No te burles, Kadidja; no te burles... Con que ¿me compras estas alhajas?

—No; te las dejo... Pero tomo tu alma y tu cuerpo.

(1) El budjú vale unos siete reales.

—Samuel dirigió á la mora una mirada de asombro; quiso hablar, mas Kadidja le interrumpió diciéndole con acento incisivo.

—Tú eres quien compró la esclava negra de Kaddur encargada de mi custodia; tú quien me arrancó de la casa de mi esposo...

—Lo hice por complacerte y por servir á Al-Arbi...

—Convenido... pero te anuncio que la satisfacción que tú me proporcionastes entónces, quiero que me la proporciones hoy... Deseo volver á Mostagan... Lo quiero y así será.

—¿Sabes lo que dices...? ¡Por la escala de Jacob, Kadidja! ¿tú sabes lo que dices?

—Escoge; ó me complaces y yo te recompenso generosamente, ó te denuncio como espía de los cristianos y te hago ahorcar.

—Pero si yo nunca he tenido trato con los cristiancs.

—Mientes... Y aunque así fuera yo diré que eres espía suyo.

—No te creerán.

—Si me creerán porque yo aduciré pruebas de lo que afirmo... ¿me entiendes, perro? me creerán porque eres judío rico; tienen interés en creermey te ahorcarán.

—Kadidja pronunció estas últimas palabras con voz campanuda y gesto de soberana autoridad que llenaron de pavor al misero judío. Samuel conocía lo bastante el carácter arrebatado de la mora para dudar ni un momento que cumpliría

su amenaza; y sobre todo, lo que mayor tribulación le causaba, lo que llenaba su alma de angustias mortales era la idea insinuada por Kadidja, de que crearían su acusación por el interés que tenían en hallarlo culpable para tener un pretexto de ahorcarlo... En efecto, era este el mejor expediente de que Al-Arbi podía echar mano para liquidar las cuentas que tenía con él.

—La posibilidad de recibir un dogal en pago de las sumas que Al-Arbi le debía, le causaron vértigos de terror y murmuró con acento balbuciente:

—Kadidja, tú eres el demonio...! dime ¿qué debo hacer para complacerte?

—Al-Arbi me hace traición; me ultraja indignamente tomando una segunda mujer cuando ayer todavía era mi pretendiente... Su impúdica desvergüenza no ha tenido valor para anunciarme la felonía que medita... No importa, yo lo sé... Aborrezco á esa mujer que me quiere dar por compañera en su lecho... Aborrezco á Al-Arbi, aborrezco en fin, todo lo que ama... Pero amo todo lo que él aborrece... Uno de esos dos prisioneros que han de recibir mañana la muerte es su enemigo personal; un enemigo que detesta con todos los furores de su alma, con todo el encono de su corazón...! Pues bien, para los fines de mi venganza, quiero que ese prisionero recobre la libertad esta misma noche.

—Dios de Israel...!! exclamó el judío juntando las manos; Kadidja... tu estás loca...!

—Lo quiero... lo exijo; y será... Quiero que el sol de mañana alumbre la libertad de ese cautivo, y la frenética é impotente cólera de Al-Arbi.

—¿De qué medios te valdrás para libertarlo?

—Permaneceré tranquila y alegre en mi tienda, teniendo encadenado á ese traidor entre mis brazos para que no piense en su venganza.

—Luego ¿quién romperá las cadenas del cautivo?

—Tú.

—Yo... ¡Dios de Abraham y de Moisés...! Kadidja ¿qué has dicho?

—Que tú pondrás en libertad á ese prisionero; y no me lo hagas repetir...

—Mas fácil le fuera á mi pueblo volver á pasar el mar Rojo á pié enjuto...

—Mas fácil te és, que ponerte de piés en este momento.

—Como!

—Entregándome la llave que abre el candado de la argolla del cristiano.

—No la tengo.

—Mientes, judío... Las llaves de tu caja.abren los dos candados...

—Pero...

—Silencio y obedece.

—No puedo... Ah! mi lengua anduvo muy suelta y Mahiah me ha comprometido...

—Cuanto quieres por esas llaves?... Pronto, responde...!

—Poco; la mitad de lo que vale el servi-

cio que exiges de mí.

—Cuanto quieras...?

—Doscientos mil budjús

—Vil judío, te daré la cuarta parte.

—No puedo, vale mas...mucho mas...!

—Entónces vete de aquí y mañana serás ahorcado... Vete y no hablemos más del asunto.

—Kadidja, por piedad...! mira que juego la cabeza...

—¿No la jugastes en Mostagan?

—Por tu Dios, que me pierdes...

—Nadie sabe que tienes esas llaves...

—Doscientos mil budjús es casi de valde.

—No; la horca...

—Ciento cincuenta mil...

—Vete ó llamo á mis esclavas y te denuncio á Al-Arbi.

—Dame cien mil y no me pagas ni el trabajo de haber llegado hasta aquí.

—Queda cerrado el trato.

—¿De donde te procurarás ese dinero?

—El prisionero te lo dará... lo conoces, sabes que es rico.

—Si me firma un pagaré á mi órden, acepto porque me consta que es rico y además hombre de palabra.

—No hablemos mas.

—Pero te prevengo que no entregaré las llaves si no en teniendo en mi poder el documento en regla firmado por el prisionero.

—Estamos perfectamente de acuerdo; pero

¿cómo quieres que el cristiano escriba?

Samuel sacó de entre los pliegues de su faja un canuto de metal que contenía papel, tintero y unas cañas delgadas cortadas como plumas. (1)

—Hé aquí todo lo necesario, dijo.

Recordando en el acto que entre los cristianos era condicion indispensable que los documentos de crédito tuviesen ciertas formalidades para ser válidos ante los tribunales, sacó de una faltriquera una carterita y de ella tomó una hoja de papel sellado que presentó á Kadidja diciendo:

—Los franceses hacen uso de este papel que es el único que tiene valor ante la ley... toma y no lo pierdas; en él escribirá el capitán el pagaré y lo firmará... hecho así, me lo remitirás por conducto de Mahiah que, si no me engaño, es cómplice nuestro en este asunto, y yo le daré en cambio las llaves de los candados.

—Convenido; dijo la mora admirada de la prevision del judío que en ninguna circunstancia descuidaba el llevar su material de guerra.

—Que el Señor tu Dios y mi Dios, exclamó Samuel, nos mire con ojos de misericordia... Kadidja, lo que vamos á hacer es una locura que nos puede costar caro.

—Caro le cuesta al prisionero; respondió la mora mirando con desden al judío.

—Mas cara es la mortaja que le espera, co-

(1) Los árabes no se sirven de plumas de ave para escribir, sino de cañas que cortan, y con las cuales trazan los caracteres con una limpieza extraordinaria.

mo dicen los españoles.

—Retírate, que ya para nada te necesito.

—Por tu Dios, Kadidja, una palabra todavía.

—¿Qué quieres?

—¿Como harás callar el buitre Yacub?

—No te ocupes de eso... Vete, hasta la noche...

Sé mudo y ciego si quieres vivir...

—¿Como quieres que hable sin tu permiso, habiéndote vendido mi alma y mi cuerpo?

Esto diciendo, Samuel se retiró lentamente andando de espaldas hasta llegar á la entrada de la tienda.

Allí se detuvo y exclamó con voz zalamera:

—¿Quieres estas alhajas, Kadidja? Te las doy por cuatrocientos budjús... Créeme, pierdo mas de doscientos en ellas.

—Sí, te las compro; dijo la mora, haciendo un gesto de desagrado.

Samuel acudió presuroso y depositó las alhajas en el regazo de la mora y salió á paso lento.

Kadidja sacudió colérica la falda de su túnica: luego empujó con el pié las alhajas dispersas por el suelo, cruzó los brazos y se abismó en profundas reflexiones.

XI.

LA NOCHE.

Despues de haber discutido ámpliamente el plan de campaña contra el ejército cristiano de Tlemsen, los gefes árabes reunidos en la tienda de Ben-Allal, habían celebrado el acontecimiento con un opíparo festin en el que, fieles á los preceptos del Coran, solo se sirvieron sin destrozar aves y carneros (1) asados entre dos fuegos, grandes tarteras de cuzcuz condimentado con el jugo de la carne, frutas secas y escelentes pastas primorosamente amasadas por las mugeres de la deyrah.

Durante el banquete, la música del califa no

(1) Los árabes sirven en su mesa las piezas enteras, empero sin la cabeza, segun práctica aconsejada por su libro santo.

había cesado un momento de ejecutar tocatas alegres ó guerreras, á cuyo alegre sonido y vivo compas los árabes del aduar habían bailado frenéticamente, esperando que les fuesen entregados los relieves del festin celebrado por los gefes.

Entre todos aquellos infatigables bailarines, habíase distinguido el negro Mahiah, quien hizo solo mas ruido que todo el aduar. Su ligereza, flecsibilidad de volatinero, baile espresivo y gritos estridentes causaron general admiracion, y contribuyeron no poco á las ruidosas manifestaciones de alegría de sus amos y de sus émulos.

Mahiah, en medio de la deyrah de Ben-Allal, se propuso y consiguió remedar las frenéticas ceremonias del *Djelep*: tanto por escitar el entusiasmo general cuanto por llamar en su auxilio las divinidades infernales que en su creencia presidían á estos delirantes actos. En efecto; debiendo acometer en aquella noche el hecho mas temerario y comprometido de su vida, érale forzoso hacerse propicio á su manera el Grande Espíritu, en cuyo poder fiaba el éxito de su empresa. Además, quería tambien alejar de su cabeza toda sospecha, para lo cual procuraba insultar con sus voces, sus gestos, sus saltos y cabriolas la desventura de los prisioneros, testigos, mal su grado, de la furiosa bacanal que anunciaba su prócsimo suplicio.

El cafre había vuelto á ver á Kadidja y era, por consiguiente, sabedor de las condiciones estipuladas por la mora y el judío para poner en li-

bertad á Candeuil. Tenía y en su poder cuidadosamente oculto bajo su kaban el papel sellado y el recado de escribir de Samuel, y por último, se había proporcionado una ocasion para conferenciar breve y secretamente con Medina que estaba ya enterada de sus proyectos para aquella noche. Así que, viendo próximo el momento en que debía tener principio su venganza, estaba como fuera de juicio y se entregaba á la mas desordenada alegría, pensando en su madre y en las lágrimas de rabia y desesperacion que iba á hacer derramar á los enemigos de su raza y de su familia.

.

El dia comenzaba á declinar; las arenas de la llanura no refr ctaban ya los rayos del sol; el astro del dia se ocultaba detras de las montañas del Tlemsen. Terminado el banquete de los gefes, los músicos y danzantes habíanse precipitado como manadas de hambrientos lobos sobre los restos del festin. Mahiah comió vorazmente y luego tomó una tartera de cuscus y un cacharro de agua que llevó á los prisioneros, diciéndoles á grito herido entre groseros insultos y horribles visages:

—Tomad, perros; esta es vuestra última cena... Mañana Yacub cenará opíparamente.

Esta cruel bufonada que hacía alusion á los cadáveres que el dia siguiente serían pasto del buitre de Al-Arbi, hizo reir estrepitosamente á los árabes. Aquella risa zumbó en el aduar como un canto lúgubre que anunciaba la próxima san-

griente ejecucion.

Jourdain, aterrado, cerró los ojos y quedó como privado de conocimiento: de Candeuil sonrió con desden y se encogió de hombros en señal de desprecio.

El negro se acercó al capitán haciendo horribles contorsiones con el rostro; y poniéndole el puño cerrado á dos dedos de la cabeza, en ademán de amenaza, le dijo al oído:

—Come; restaura tus fuerzas... Tendrás que correr mucho y muy deprisa esta noche... cierra los ojos; no me mires; finge temor... Animo, ánimo, Mahiah no miente nunca.

Y esto dicho, levantó el pie con fingida intención de hacer el último y mas humillante ultraje á los prisioneros; llamó al buitre, posado sobre la estaca, y le ofreció un buen pedazo de carne. Yacub abrió el pico y las alas y saltó sobre los hombros del negro, quien, en tanto que le acariciaba con solícito afán, entabló el siguiente monólogo pronunciando las frases ya en voz alta, ya en voz baja:

—Yacub es el mas fiel entre todos los servidores de Al-Arbi, (el santo, el venerado): guarda la deyrah de Ben-Allal y vigila los perros cristianos... *á las altas horas de la noche, traeré al capitán una llave para que abra el candado de su cadena...* Ah, valiente Yacub como aprietas las garras sobre mis hombros; ya husmeas la carne muerta.... descuida que mañana la tendrás fresca y abundante... con dos cadáveres tendrás

lo muy bastante para satisfacer tu apetito.... *Medina manda al prisionero que huya sin demora y sin verla, si el prisionero no quiere que Medina muera....* Alégrate, Yacub; despues de estos dos cadáveres, encontrarás dos mil que las gumías de los fieles creyentes descabezarán pasado mañana ó el otro en los pantanos,.. *Te traeré papel y recado de escribir para que ofrezcas, bajo tu firma, cien mil budjús al judío Samuel de Mostagan, precio que pone á tu libertad....* Yacub es el rey del espacio y yo soy el esclavo de Al-Arbi, (el glorioso hijo de Dios) *Prudencia, capitán, modera tu alegría: á Dios, hasta luego.*

—Y mi compañero? murmuró el capitán.

—Vamos, Yacub... *silencio: si hablas eres muerto...* Vamos Yacub; pósate en la estaca y haz buena centinela.

El buitre remontó un poco el vuelo, cernióse sobre la cabeza de los prisioneros, y muy luego se posó sobre el palo.

Mahiah se alejó de los cautivos despues de insultarlos con nuevos improperios, y fuese á reunir con los árabes que se disputaban alegremente los últimos relieves del festin de los gefes.

.

—¿Me abandonará Vd. señor marqués? exclamó el ex-agente de cambio con angustiado acento.

—En primer lugar, sería necesario saber si yo soy real y verdaderamente dueño de mi persona.

—Todas las probabilidades están en favor de Vd...

—En ese caso, quiere decir que yo juego á la alza y Vd. á la baja.

—No sería Vd. capitan, el negocio no es de risa.

—Ya lo creo; como que estamos amagados de una quiebra en forma.

—Pero ¿me abandonará Vd?

—Y, dígame Vd. amigo Jourdain; que yo tome las de Villadiego ó que me corten diestramente y á cercen la cabeza, ¿librará á Vd. de la muerte?

—Ay de mí! paréceme que sufriría menos teniendo á Vd. á mi lado...! Reconozco en Vd. tanto valor y sangre fría....! Sálveme Vd....! Sálveme Vd....!

—Tranquilícese y hable mas bajo.... Puesto que desea tener corazon de soldado, sepa de una vez para siempre, que ese corazon es generoso y que reparte con su amigo la buena y la mala suerte... Sosiéguese Vd. hasta el punto que pueda y esté persuadido de que no saldré del aduar si no llevando á Vd. por delante... Ea, comamos...

—Ah! señor marqués...! es Vd. un Dios...!

—Bah! déjese Vd. de cumplimientos... Ya me contentaría yo con estar en este momento dando el pienso á todos los caballos de mi escuadron.

Los cautivos comieron, si nó con apetito, con voluntad de tenerlo. El capitan, como buen soldado en campaña, y Jourdain presa del espanto, haciendo visages y contorsiones dada la dificultad que encontraba para tragar.

—Y bien; querido compañero de glorias y fati—

gas, exclamó de Candeuil; que tal parece á Vd. el condimento del cuzcuz?

—Ah! no me hable Vd. de eso...!

—Confiese Vd. que su cocinero en Paris fué un miserable puesto que no conocía el secreto de su condimento...

—Malo y todo le perdono, y me comprometo á tomarlo de nuevo á mi servicio aumentándole los gases...

—Está Vd. loco.

—No, señor marqués... doy á Vd. mi palabra de honor de que cumpliré lo ofrecido.

—Sí; como digeron los espartanos, á... no recuerdo que general griego...

—Pues sí; como dicen los franceses, interrumpió Jourdain.

—Déjeme Vd. concluir la frase.

—Conclúyala Vd.

—Sí, ese buitre que nos mira con desencajados ojos, dá á Vd. permiso para ello.

—¿Qué quiere Vd. decir?

—Digo que mire Vd. ese pájaro y repare como se pavonea y engalla... Voto á bríos! que no parece sino que ya lo tiene á Vd. sepultado en su asqueroso estómago.

—No se chancée Vd. capitan... vaya, que tiene Vd. unos pensamientos que ni todos los demonios...

—No me chanco; sino que encuentro nuestra situación bastante comprometida... Vea Vd... ese animalazo, calvo y pelechando, que nos mira con

ojos glotones y codiciosos...! No quisiera engañarme; pero me parece que ese pájaro carnicero manifiesta cierta predilección hacia Vd...

—Oh! basta; basta señor marqués... Tengo la vida en un hilo...

—Entre paréntesis, amigo señor Jourdain, ¿está Vd. en ánimos de dar á Samuel los doscientos mil francos que exige por ayudar á nuestra libertad?

—Muchos francos me parecen... pero no estamos en situación de regatear y menos con un judío.

—Me dan intenciones de rebajar algo...

—Dios libre á Vd. de tan mala tentación...! ¡Canario! ¿Vd. sabe lo que se propone...? El dinero se puede recobrar; pero la vida nunca...!

—Pase por los doscientos mil francos... Dúrrilo es; pero...

—El señor marqués es bastante rico para centuplicar la suma si preciso fuere.

—Mucho ¡muy rico...! ya me contentaría yo con tener una camisa limpia, para mudarme en este momento; dijo el capitán mirando con sorna su destrozado uniforme.

Mahiah se acercó dando saltos y haciendo cabriolas, á los prisioneros, recogió los cacharros que había dejado delante de ellos y exclamó en voz alta:

—Dormid, dormid, perros; que ya cuidarán mañana de tocaros la diana al uso de vuestra tierra maldita.

Luego continuó en voz baja:

—No cierres los ojos en toda la noche.

—No quiero huir solo, dijo el capitán en el mismo tono; ó los dos ó ninguno... dí á Samuel que mi compañero le ofrece otros doscientos mil francos...

—Silencio! gritó Mahiah; ¿qué gruñes ahí, perro?... ya verás; ya verás mañana como el yatagan del Schiaus te aclara la voz...! y añadió por lo bajo: *Tambien se salvará.*

El negro les volvió la espalda.

Candeuil dirigió hacia la tienda de Medina una tierna mirada y vió á la desventurada jóven que habiendo descorrido un poco la cortina, le contemplaba con los ojos llenos de lágrimas, las manos juntas y en actitud de dolorosa conmiseración.

Poco duró aquella vision dulcísima: Medina se retiró y el alma del capitán volvió á sumergirse en el abismo de presentimientos que turbaban su mente.

El soldado cerró los ojos para contener las ardientes lágrimas que brotaban de ellos.

Estendía la noche lentamente su manto de tinieblas; la calma se restablecía en el aduar; los niños de la deyrah regresaban á sus tierras, y los árabes, vueltos hacia la Caaba, concluían sus oraciones ó se disponían para echar pienso á los caballos.

Mahiah entró de improviso en la tienda triangular del judío, y le encontró meditabundo y silen-

cioso, recostado sobre una mala estera.

—Samuel; te anuncio, dijo el negro así que se sentó á su lado; que vas á ser mas rico que el Sultan...

El judío alzó la cabeza; brillaron sus ojillos y púsose un dedo sobre los lábios para recomendar al negro que fuese prudente.

—Mahiah es tu amigo...

—Lo sé; y te daré una buena recompensa... No quiero que vistas ese kaban raído y agujereado...

Mahiah no paró mientes en la generosa prodigalidad del judío y continuó.

—Es tu amigo y te trae una buena nueva.

—¿El capitan suscribirá el pagaré de cien mil budjús?

—Mas que eso; te darán doscientos mil.

—¡Abraham y todos los patriarcas sean contigo, Mahiah! exclamó el judío cuya codicia, escitada al mas alto grado, se reflejó en su demacrado semblante; y ¿qué tengo que hacer para lograr ese beneficio?

—En lugar de un prisionero, libertarás dos: así tendrás dos pagarés, cada uno de cien mil budjús, en lugar de uno...

—Convenido. De todas maneras corro el mismo riesgo por uno que por dos.

—Samuel, eres un sábio...?

—Soy un pobre; muy pobre y cargado de hijos.

—Me darás las dos llaves?

—A cambio de los dos pagarés.

—Sí.

—Entonces te regalaré, además del kaban, una faja de estambre.

—No quiero kaban ni faja... quiero otra cosa.

—Mira que no tengo dinero; exclamó el judío alarmado con las palabras de Mahiah; por tu Dios, que no tengo ni un budjús...

—Tampoco pediré dinero.

—Pues ¿qué quieres, hermano mío? dijo Samuel con acento almibarado.

—Tienes, todavía, aquella agua que me distes un día que me dolían las muelas?

—¿Opio?

—Sí: debes tenerlo; porque eres médico.

—Lo tengo ¿para qué lo quieres?

—Mahiah tiene la prudencia de la serpiente... Sabe que tu agua produce el sueño y es necesario que esta noche todos los gefes duerman como muertos... No debe haber mas ojos ni oídos abiertos que los nuestros y los de los prisioneros...

Samuel sacó de una caja de hoja de lata un frasquito de cristal, y lo entregó al negro diciéndole:

—Tómala... Vale más que todo el dinero que tengo que recibir por dar libertad á los cautivos...! Dime, ahora, como te propones administrar este medicamento?

—En el café... ¿En qué cantidad debo usar este licor para producir el sueño?

—En muy pequeña dosis; pues con el contenido de este frasco hay lo muy suficiente para en-

venenar toda la deyrah.

—Está bien.

Los ojos del negro brillaron como los del gato montés.

—Adios, Samuel; dijo con siniestra espresion; nos veremos... nos veremos... Adios...!

Y se dirigió hacia la tienda de Ben-Allal.

La noche había cerrado; Mahiah fué á sentarse junto al hogar donde se preparaba el café para los gefes que todavía permanecían reunidos.

Aprovechando un momento de distraccion del canoadjí (1), el astuto negro derramó una dosis copiosa de ópío en la cafetera donde hervía el líquido que habían de saborear los convidados del califa, y añadió algunas pulgaradas de un polvillo seco producto del Achendi. (2)

Muy luego se sirvió el café á los huéspedes de Ben-Allal, que lo bebieron con avidez, en tanto que Mahiah y otros esclavos cuidaban de mantener sus pipas repletas y encendidas.

A eso de las nueve de la noche los Cadís se retiraron á la tienda que el califa había mandado prepararles para su descanso.

Al-Arbi, acompañado de su inseparable Muller, salió con la espingarda al hombro para vigilar los alrededores del aduar, segun lo tenía de costumbre cuando el enemigo estaba á la vista.

Mahiah, al verle salir, le dirigió una mirada llena de rencor y murmuró muy por lo bajo:

(1) Cafetero.

(2) Yerba narcótica.

—Tu no duermes... el veneno no tiene poder sobre tí, maldito...! Todavía no es tarde.

Llamó á los Schiaus y á varios árabes que permanecían en la entrada de sus tiendas y les distribuyó el resto del café confeccionado, reservando tres ó cuatro tazas.

De allí á poco el canoadjí y los Schiaus se acostaron junto al hogar, y quedaron profundamente dormidos.

Cuando conceptuó que toda la deyrah yacía en completo sueño, Mahiah se acercó á los prisioneros y les dijo presentándoles el papel y recado de escribir:

—Estended cada uno un pagaré... Quiero salvaros... Ofreced tanto el uno como el otro...

El buitre entreabrió las alas y exhaló un ligero grito que el negro interrumpió ofreciéndole un buen pedazo de carne. Despues se alejó de los cautivos regresando pasados algunos minutos para decirles:

—¿Está corriente?

—Sí; respondió el capitan; hemos escrito y firmado lo mejor que nos ha sido posible en medio de la oscuridad que nos rodea. Toma y cumple tu palabra.

Mahiah recogió los pagarés y el recado de escribir diciendo:

—Ahora, alerta... cuidado con dormirse y guardad silencio... Hasta mañana que ni una sola palabra salga de vuestros lábios...

El cafre se dirigió hacia la tienda de Samuel,

quien al sentir el ruido de sus pasos echó una yesca, y encendió un cerillo de cera amarilla, á cuya luz leyó los documentos, que devolvió al negro diciéndole:

—Están perfectamente en regla... Pero yo no quiero conservarlos en mi poder porque si me los encontraran mi muerte sería segura... Ruega á Kadidja que los guarde, pues de ella nadie sospechará.

—Ahora dame las llaves.

—Tómalas, dijo sacándolas de un llavero de acero que llevaba en la faltriquera; pero te suplico, por tu Dios, que me las devuelvas inmediatamente despues que hayan servido... Toda precaucion es poca... Ah! se me olvidaba; devuélveme mi tintero.

—Eres prudente, interrumpió Mahiah, lanzando sobre el judío miradas de triunfo; si te cogen en un renuncio, no será por falta de precauciones de tu parte.

—Que el Dios de Abraham y de Jacob me proteja... estoy muerto... no me ha quedado una gota de sangre en las venas... Adios, adios... vuelve pronto con buenas nuevas.

—Mira, dijo el negro, con acento zalamero; préstame tu faja, pues he lavado la mía y la ropa se me cae del cuerpo.

—Tómala y cuídala mucho... Yo te regalaré otra tan buena como esta, cuando recoja ese poco de dinero.

Mahiah salió de la tienda de Samuel apretan-

do las llaves en su ancha y callosa mano; loco de alegría por ver tan próximo el fin de su venganza.

—Regocíjate, madre mía, murmuraba con júbilo inmenso; regocíjate en tu sepulcro... Tus verdugos caerán uno despues del otro, como las espigas bajo la hoz del segador...! El *Djelep* es Santo, no miente nunca...! Gloria al *Djelep*...!

Esto diciendo, entró en la tienda del canoadjé y se acostó inmediato al hogar junto al cafetero y los Schiaus que dormían á pierna suelta.

A eso de las once de la noche, Al-Arbi, seguido de Muller, regresó al aduar.

Su primera diligencia fué acercarse á los prisioneros. Contemplolos con ojos en que centelleaba la feroz alegría de su corazon vengativo; y creyéndolos dormidos, murmuró á media voz.

Buenas noches capitan... mañana nos volveremos á ver... Oh! la deyrah de Ben-Allal no es París, ni el desierto el bosque de Saint Mandé... Aquí no te escaparás.

Estas palabras se perdieron para todo el mundo, menos para de Candeuil que las oyó y contestó haciendo con los lábios un gesto de compasivo desden.

Al-Arbi regresó al lado de Muller, diciéndole.

—El dia de hoy ha sido laborioso; los debates provocados por esos estúpidos kabilas me han fatigado mas que un dia de batalla... Tengo pesadez en la cabeza y mis ojos se cierran.

—A fé mía, señor baron, que me sucede otro tanto... no parece sino que corre plomo derretido

por mis venas y que me tiran con unas pinzas de los párpados hacia abajo.

—Todos duermen en el aduar.

—La zambra los ha postrado... Además, que si debemos emprender la marcha mañana, me parece lo mas natural del mundo que quieran estar descansados... He sido siempre de opinion de que un buen sueño restaura las fuerzas y nos dispone para una larga velada.

—Yo no quisiera recogerme todavía... vamos á pedirle una taza de café al canoadjé...

—Vamos, puesto que Vd. lo manda.

Entraron en la tienda; Al-Arbi empujó con el pié á Mahiah y le dijo con acento breve:

—Pronto, dame café.

Mahiah fingió despertar de sobresalto y se dió prisa á obedecer la órden.

Al-Arbi y Muller apuraron el contenido de la cafetera y mascaron con codicia las heces y los granos mal triturados que quedaron en el fondo de las tazas.

—Está visto, dijo Al-Arbi desperezándose; el sueño puede mas que nosotros... Vamos á acostarnos.

—Soy de ese mismo parecer, señor baron... Todo está tranquilo en el campo y en el aduar... Además que Yacub sabe su obligacion mejor que un veterano.

—Buenas noches, amigo Muller.

—Buenas noches, señor baron... Apropósito; ¿á qué hora se tocará diana para los prisioneros?

—No te cuides de eso: todo está previsto.

Al-Arbi entró en la tienda de Kadidja y Muller en la suya.

Pocos minutos despues, las luces que brillaban en las dos tiendas se apagaron.

Mahiah levantó sigilosamente la cabeza por encima de los que dormían á su lado; sus ojos vivos, su oído sutil á semejanza de la serpiente que se asoma por encima de la mata en que se oculta, registraron en todas direcciones para convencerse de que ningun indiscreto vendría á turbarle en el paseo que proyectaba. Media hora pasó en esta actitud, inquieto y sobresaltándose al rumor de la brisa que á intervalos desiguales agitaba el lienzo de las tiendas. Por último, convencido de que nadie le espiaba y de que el primer sueño, sobre todo, si ha sido preparado con una abundante comida ó un vivo egercicio es el mas pesado, se incorporó sobre las rodillas y luego se puso en pié. Así permaneció algunos instantes conteniendo la respiracion y escuchando inmóvil la de los Schiaus que le rodeaban.

—El cafre dió un paso y se detuvo; luego otro, y quedose como clavado en el sitio... Su rostro negro, sus vestidos oscuros y sus movimientos automáticos, se confundían con las tinieblas de la noche.

Asi, en esta forma, dió algunos pasos, hasta alejarse del canoadjé y de los Schiaus. Cuando estuvo á conveniente distancia de aquellos de quienes se recelaba, rompió á andar con firmeza y re-

solucion recorriendo en pocos minutos las tiendas de los gefes para asegurarse del sueño de todos sus huéspedes.

—Luego se echó al suelo y arrastrándose sobre las manos y las rodillas, flexible, silencioso y precavido como un reptil, se acercó hasta el pié de la estaca en cuya punta estaba posado el buitre, haciendo castañetear la lengua con un ruido apenas perceptible á fin de llamar la atencion de Yacub, para quien aquella señal no era desconocida.

En efecto; Yacub entreabrió las álas, estiró el cuello manifestando con todos sus movimientos que había reconocido al negro Mahiah, de cuyas manos recibía frecuentemente la pitanza.

Este sacó de debajo del kaban un pedazo de carne y lo enseñó al pájaro que abrió las álas lentamente, se balanceó sobre la punta de la estaca y se precipitó sin violencia sobre la presa que le ofrecían.

Este era, en realidad, el momento mas terrible, la situacion mas comprometida de la empresa; la moneda echada al aire que ha de caer irremisiblemente al suelo para dar por ganado ó perdido el juego en el acto.

Los prisioneros, acostados en el suelo, inmóviles y conteniendo el aliento, fijaban miradas febriles en el negro y en el buitre. Tal vez se podrían oir distintamente los latidos de aquellos tres corazones; pero no se percibía su respiracion.

Los segundos eran siglos de tormentos; los minutos instantes de esperanza.

Si el buitre hubiera lanzado un solo grito, uno de esos gritos que en el silencio de la noche toman la estension de un toque de corneta llamando á las armas cuando el enemigo enciende sus hogueras á tiro de cañon de los atrincheramientos, un grito que en la soledad del desierto no tiene eco pero que se difunde como la luz y sube hasta las nubes; la deyrah toda se hubiera puesto en pié y las primeras tintas de la aurora hubiesen iluminado tres cadáveres.

El capitan puso instintivamente la mano sobre los lábios de Jourdain... Inútil precaucion; el ex-agente de cambio yacía como una masa inerte; si alguna vida intelectual le quedaba, esa había afluido toda en su mirada.

Los ojos de Mahiah brillaban en la oscuridad como el fósforo apagado, pero espuesto á una alta temperatura; con una de sus manos sugetaba el pedazo de carne que ofrecía al pájaro y con la otra buscaba un objeto debajo de su kaban.

Yacub posado en el suelo se adelantó sin precipitacion para tomar la presa que el negro le ofrecía; abrió su recio y afilado pico y todo lo sepultó en el pedazo de carne.

Mientras el voraz animal se saboreaba con la pitanza, Mahiah sacó un objeto de debajo de su kaban y esperó acariciando con la mano la cabeza y el cuello de Yacub, á que acabase de engullir el pedazo de carne. Así que lo hubo tragado volvió á abrir el pico para recibir nueva racion... Este era el momento que el cafre espiaba con febril im-

paciencia para introducirle en la garganta, como lo efectuó con la rapidez del rayo y con la fuerza sobrehumana que presta la desesperacion, un tarugo de madera cortado en forma cónica.

Antes de que el buitre hubiera tenido tiempo para darse cuenta de lo indigesto de la comida y cuando comenzaba á sentir los primeros síntomas de la sofocacion, de la cual quiso en vano protestar exhalando un grito de dolor ó alarma, Mahiah le asió por el cuello con sus dedos de hierro y terminó la obra de estrangulacion que el tarugo de madera había principiado con tan buen éxito.

Yacub trató inútilmente de luchar contra su audaz y vigoroso enemigo; quien, habiéndole sujetado las alas entre sus robustas rodillas é inutilizado por este medio el juego de sus garras crispadas que buscaban al tientu un objeto donde hacer presa, percibió muy luego la última convulsion de su agonía y acabó por arrojarlo sin vida al pié de la estaca que servía de atalaya al buitre para hacer centinela.

Esto pasó en menos tiempo del que hemos tardado en contarle, y con tan buena fortuna que no produjo el menor ruido. Acto continuo, Mahiah arrancó algunas plumas del pájaro y las metió entre los pliegues de la faja que había pedido prestada á Samuel y dió á los prisioneros las llaves que habían de franquearles las puertas de la libertad.

Las argollas fueron muy luego abiertas y ambos prisioneros se pusieron en pié dueños ya de sus movimientos y de sus actos.

Indicóles Mahiah con un gesto que le siguieran lo cual efectuaron silenciosos y procurando no hacer ruido con los piés.

En tanto que el negro llevaba á cabo tan audaz y valerosa empresa, Medina y Aiha permanecieron recatadamente en la entrada de su tienda. Ambas jóvenes, enlazados los brazos, trémulas, llorosas y conteniendo la respiracion, asistieron llenas de mortales angustias á la imponente y pavorosa escena que queda descrita.

Cuando vieron á los cautivos libres de las cadenas que los aprisionaban, cayeron de rodillas elevando los ojos y el corazon al cielo en accion de gracias por su visible proteccion.

El capitan pasó por delante de la tienda de las jóvenes; Medina le alargó la mano.

—Pronto volveré á veros, dijo Candeuil besando respetuosamente aquella mano querida.

—Jamás...!

—Oh! para eso valiera mas dejarme morir aquí...

—¡A Dios para siempre...!

Y conociendo que la salvacion de su amigo dependía de un esceso de prudencia, la angustiada hija de Ibrahim se retiró apresuradamente despues de pronunciadas aquellas desconsoladoras palabras.

Los prisioneros siguiendo sigilosamente los pasos de su guía, pasaron por delante de la tienda de Samuel que estaba en una estremidad del aduar, la última sobre la llanura.

Pocos pasos mas allá el negro se detuvo; púsose en cuclillas al abrigo de una crecida mata; hizo señal á los fugitivos para que le imitaran y dijo al capitán cuando los vió á su lado:

—¿Ves, allí, sobre mi derecha, el monte Bogerá?

—Sí.

—Pues en la falda opuesta, tocando la llanura, está el campamento de los cristianos... Camina de prisa, muy de prisa, huyendo de las sendas y procurando ocultarte con los matorrales... Marcha en línea recta delante de tí, fijos los ojos en aquella mancha negra que ves á lo lejos mas allá del Bogerá... Entre aquella mancha y el monte están tus amigos.... Huye, huye sin volver la cara atrás... ¿Ves este montecito que te señalo con la punta del dedo?

—Sí.

—Pues bien; dentro de dos horas encenderé una hoguera en la cima... Contéstame con otra hoguera para que yo me tranquilice, pues será señal para mí de que estais en salvo... Jura que me contestarás...!

—Te lo juro.

—Por tu madre...

—Por mi madre.

—Adios, capitán... Tú la verás.... Mahiah nó, porque ya no tiene madre... Mahiah es bueno y no miente jamás.

—¿Qué puedo hacer por tí...?

—Nada.

—Te debó la libertad y la vida y quiero mostrarte mi agradecimiento.

—Yo te debo mas que la libertad y la vida... estamos pagados.

—Vente con nosotros, serás libre, serás rico... Y si mi patria no te agrada podrás volver cuando quieras á tu tribu donde serás mas respetado y envidiado que el Sultan.

—Mahiah no cambia la cadena de su esclavitud por todo el oro del mundo... Mahiah ha jurado por el *Djelep*.... Mahiah no falta á sus juramentos....

—A Dios, pues; no te apartes de Medina... nos veremos pronto...

—Sí; nos veremos... verás á Mahiah en su puesto, junto á Al-Arbi, el maldito de Dios.

—Mejor te quisiera ver al lado de Medina.

—Me verás despues...

—A Dios.

—A Dios y vuelve pronto... La hora del estermínio se acerca...!

Y esto diciendo, con los ojos arrasados en lágrimas y el corazon henchido de alegría, el negro volvió la espalda á aquellos hombres que acababa de salvar con riesgo inminente de su vida.

Detúvose al pasar en la tienda de Samuel y le entregó las llaves y la faja. Luego penetró con lentos y silenciosos pasos en el aduar y fuese á acostar junto al canoadjí.

Entónces, y solo entónces despues de muchas horas de agonía, Mahiah respiró con libertad. Sal-

vados los prisioneros, se le presentaba llano el camino de su venganza.

Tenía ya una víctima..... y, cosa inesperada: la Providencia se la ofrecía en el orden cronológico de los crímenes que habían precipitado á su madre en un abismo de miseria y abyeccion.

Estremecióse con la idea de la posibilidad de que los fugitivos fueran alcanzados antes de reunirse con sus amigos.

Pero aun así; las plumas de Yacub ocultas en la faja de Samuel, las llaves que abrieron los candados de las argollas de los prisioneros y que tambien abrían la cerradura de la caja del judío; ¿no darían testimonio del autor de la evasión?

Mahiah cerró los ojos fingiendo que dormía y murmuró solo moviendo los lábios.

—El *Djelep* es santo, es sábio... Regocíjate Zaca, regocíjate pobre madre mía allá en tu sepulcro... El hijo del que te hirió en el rostro, no verá la puesta del sol de mañana...

No bien había recibido de mano de Mahiah las llaves y su faja, Samuel se dió prisa á arrojar aquellas en el campo fuera de su tienda y luego volvió á recostarse sobre la estera que le servía de lecho murmurando con beatitud profana:

—¡Cuatro cientos mil francos...! ¡Jehová es el Señor de todo lo creado; es justo y misericordioso.

En tanto que Mahiah tiene el oído atento á todo ruido que puede hacerse en la deyrah; mientras las horas pasan con punzante lentitud para tres de los principales actores de la escena que

dejamos descrita, vamos á seguir la pista á los fugitivos, arrebatados de una manera tan extraordinaria á la muerte que se cernía sobre sus cabezas.

El capitan de Candeuil había guerreado durante algun tiempo con el cuerpo de ejército francés de Tlemsen, y en tal virtud conocía lo bastante la topografía del pais para cruzarlo sin riesgo inminente de extraviarse, no obstante la oscuridad de la noche.

Sin embargo, no sin perder algun tiempo ni rodeos, inevitables unos y otros, natural consecuencia de las tinieblas que le envolvían, consiguió tomar la línea recta para dirigirse al campamento francés, apelando durante el trayecto á las astucias y estratagemas salvajes para desorientar al enemigo en el caso de que saliera en su persecucion.

El capitan marcha casi alegre, habiendo recobrado una gran parte de su habitual buen humor: Jourdain soñaba con Paris, metido en la arena hasta los tobillos y sudando la gota gorda.

—Adelante, señor Jourdain, adelante, exclamó de Candeuil, escitando con la voz y el ejemplo á su desdichado compañero de fatigas; ¿paréceme que la leccion ha sido bastante dura para que no hayan quedado á Vd. ganas de caer de nuevo en manos de los kabilas?

—Uf! me falta el aliento... Camina Vd. á un paso que ya... Con que ¿decía Vd. que caer de nuevo en manos de los kabilas, he...? El cabello

se me eriza en la cabeza solo de pensarlo...

—Pues tome Vd. el trote ó salga á paso de andadura, que si nó no le arriendo la ganancia... Pero ¡hombre de Dios! no pise Vd. la senda... porque quedarán señaladas las huellas de sus pisadas... Amigo mío; Vd. será tan bueno como el primero para viajar en coche; pero lo que es para andar á pié no vale un comino.

—¡Voto á cribas...! Si me lleva Vd. por entre las zarzas mas espesas que encontramos en el camino...! Ya no tengo ni pies, ni piernas ni pantalones... ¡Uf... sudo agua y sangre por todo mi cuerpo.

—Peor sería despertarnos mañana con la cabeza separada dos varas de los hombros... Creo, señor Jourdain, que no echará Vd. la leccion en saco roto, y que no tendremos el gusto de volver á vernos en Africa si llega Vd. á poner los pies en Francia...

—¡Que me emplumen, que me empalen, que me fusilen dos veces sin dejarme tomar resuello, interrumpió con vehemencia el ex-agente de cambio, si me vuelven á encontrar, ni en efigie, en esta tierra de moros...

—Alto aquí...! Tomemos resuello y escuchemos...!

—No oigo nada...

—¿Qué diablos ha de oir Vd?... si los latidos de su corazon y las pulsaciones de sus sienes hacen mas ruido que un regimiento de caballería dando una carga en línea...? Haga Vd. como yo; ponga

el oído contra el suelo y escuche conteniendo el aliento.

Los fugitivos permanecieron durante algunos minutos en la actitud que había indicado el capitán, quien al cabo se puso en pie diciendo:

—No hay novedad, el enemigo no sigue nuestra pista...! A trote.... ¡marchen...! Pero antes de romper la marcha, visto que hemos comenzado á pisar un suelo blando, conviene que se quite Vd. las botas, amigo Sr. Jourdain...

—Buenas están mis botas... sin suelas, sin tapas y hasta sin palas creo.

—No importa.

—Eh; ya está Vd. complacido.

—Perfectamente... Ahora al trote... ¡Pero, desdichado! no deje Vd. ahí su calzado, llévelo en la mano...

—Agradezco la lección de economía doméstica...

—Bueno; cortemos por este sendero y al trote largo... Animo, ánimo, no nos alcance el nublado...

—Uf! serían necesarios los pulmones de una ballena para viajar á gusto de Vd.

—¿No? pues ande Vd. á paso de galápago y ya se lo dirán de misas...

—¿Cuanto tiempo hace que hemos salido de aquella cueva de ladrones?

—Hace mas de dos horas; supongo que habrá Vd. hecho la digestion del cuzcuz?

—Uf! que asco!... Paréceme que no lo he de digerir en todos los días que me quedan de vida.

—Es extraño; exclamó el capitán, deteniéndose un instante para registrar con la vista el horizonte á sus espaldas; hace bastante mas de dos horas que hemos salido del aduar y no veo la hoguera que me dijo Mahiah que encendería en lo alto del cerro...

—Tengo escalofrío... me parece que detrás de cada mata asoma la interesante cara de un gracioso kabila, haciéndonos arrumacos con la boca del cañon de su espingarda... Pero.... calla.... me parece ver una claridad por aquel lado del horizonte...

—En efecto; las estrellas palidecen hacia el Oriente; pero la del pastor brilla todavía en toda su fuerza... Vamos, amigo Jourdain; dese Vd. con las espuelas donde su cariñosa mamá le ponía la mano cuando no quería ir á la escuela, y san corre que te alcanzan sea con nosotros...

—Si de esta escapo y no muero no quiero mas bodas...

—La boda, interrumpió el capitán; la celebraremos mañana con los oficiales de mi escuadron... Bueno, henos ya metidos en arena hasta los tobillos...

—¡Qué gusto..! exclamó suspirando ruidosamente el ex-agente de cambio.

—Y tan grande, señor mío; como que podemos darnos por muy dichosos con haber llegado sin novedad al desierto.

—Desierta vea yo el Africa de estos feísimos kabilas.

—Habla Vd. mas que una cotorra, señor Jourdain...

—Me desquito del forzado silencio que...

—Chito...! interrumpió con acento breve é imperioso el capitan.

—Qué ocurre?... ¡San Dionisio sea con nosotros.!

—Chito! silencio digo!...

—Pero...

—No oye Vd...?

—Sí; las palpitaciones de mi corazon y las pulsaciones de mis sienes, como decía Vd. hace poco.

—Qué pulsaciones ni qué berengenas... el enemigo se acerca...!

—El é...? el qué?

—Oigo los pasos de un peloton de caballería... ¡Ira de Dios...! Silencio...! métase Vd. ahí, entre las hojas de esa mata... Pronto, voto á brios...!

—Hojas ¿decía Vd...? pero hombre; si es un zarzalón con cada pua como el hierro de una lanza.

—Adentro...! exclamó el capitan, empujando con violencia á su mísero compañero dentro de una mata espinosa, donde lo ocultó perfectamente, haciendo él lo mismo en otra que estaba inmediata.

Pocos momentos despues, los fugitivos oyeron distintamente el acompasado trote de un fuerte destacamento de caballería que se dirigía hacia el punto donde se encontraban.

La inquietud de los fugitivos solo puede comprenderse teniendo en cuenta lo angustioso de su

situacion. Cada paso que acercaba al enemigo á las matas donde estaban ocultos acrecía la violencia de los latidos de su corazon.

Jourdain, mas muerto que vivo, no daba otras señales de existencia que un estremecimiento convulsivo, un temblor nervioso que á intervalos desiguales recorría todo su cuerpo y ponía en movimiento las ramas y las hojas de la mata donde estaba medio enterrado.

El capitan no temblaba; pero una sombría desesperacion se había apoderado de su ánimo; y al ver el naufragio inminente que le amenazaba en la misma boca del punto de salvacion, no sentía ya tanto la muerte que le esperaba como el morir sin tener una arma á la mano para vender cara su existencia.

Sin embargo, cuando mas próximo sintió el ruido de los caballos, deslizóse una vaga esperanza en su corazon. Su oido atento y acostumbrado á distinguir la naturaleza de todo rumor guerreo, notó con anhelosa sorpresa que el sordo trote de los caballos venía acompañado de un sonido agudo y metálico que no podía provenir del choque de las espuelas contra los grandes estribos que usan los árabes. En efecto, aquel ruido semejaba al que produce el golpear de los sables de la caballería europea contra los estribos y espuelas de los soldados, y al que resulta del movimiento de las hojas de las espadas dentro de sus vainas de acero.

•De Candeuil separó con mucha precaucion las

ramas de la mata donde se ocultaba, á fin de abrirle una aspillera para registrar el campo.

El destacamento de caballería encontrábase ya á ocho ó diez pasos de los fugitivos, cuando el marqués se puso súbitamente en pié y exclamó con acento breve y voz que el júbilo hacía trémula:

—¡Cazadores de Orán...! ¡El capitan de Can-deuil...!

.
.

—Pasadas tres horas de espera entre mortales inquietudes, Mahiah, que permanecía acostado junto al canoadjé, oyó toser ruidosamente á Muller dentro de su tienda. El corazon del cafre palpitó de modo que parecía quererle salir del pecho; cerró instintivamente los ojos y muy luego los abrió para clavar una mirada de lince sobre el veterano.

Este, despues de haber encendido su pipa, salió de la tienda y se detuvo un momento para respirar la brisa húmeda y tibia de la noche; luego cruzó los brazos sobre el pecho y comenzó á dar paseos de ida y vuelta, hablándose así mismo unas veces muy por lo bajo y otras en voz clara y perceptible.

—Tengo ¡voto á brios! decia, la cabeza pesada y los párpados como si estuvieran pegados con cola... ¿Qué demonios es esto...? ¡Qué ha de ser! ya eres viejo, pobre Muller...! Me acuerdo que durante la campaña de Prusia, de cada tres noches solo dormía una, y no echaba de menos el sueño

de las otras dos.... ¡Y ahora....! ahora la casa se desmorona, tiene mas agujeros que una flauta y mas goteras que un zaquizamí.... Anda, pe-tate; ya no sirves para nada ni para llevar agua á la guardia de prevencion...! Yo no he visto en mi vida una gente ni un campamento como este... ¡parece mentira... tienen el enemigo á la vista, y no han colocado ni un solo centinela...! ¡Vaya un modo original de ponerse á cubierto de una sorpresa...! por guardia de prevencion una estaca clavada en el suelo y por gefe de dia un buitre posado encima...! Apesar de tanto descuido, todos duermen á pierna suelta como unos borrachos.... Y el enemigo no los sorprende...! Verdad es que antes de tenderse á la bartola como unos bienaventurados practican un reconocimiento á diez leguas en contorno de su nido; con todo si hubiese un poco de mas actividad... pero ¿y á mí qué me importa...? Con que, señor Muller; ¿mañana se toca á tarara y nos vamos á dar una manita de bruza..? Mejor; me alegro; bailaremos un fandango y á vivir... De todas maneras yo no soy francés, soy alemán. Allí enfrente no debe haber alemanes; si acaso, algun lorenés ó alsaciano y esos no pertenecen á la confederacion germánica; de manera que puedo dar y tomar sin escrúpulos y sin remordimientos de conciencia... No siento tanto los que han de mudar de domicilio en el jaleo de mañana como esos dos prisioneros cuya mala suerte compadezco.... Se me encoje el corazon.... ¡Pobre capitán! tan jóven, tan buen mozo, tan valiente...

¡y morir degollado como una oveja....! En fin, el señor baron sabrá lo que se hace y el coronel lo que se pesca... Ellos lo quieren; el que manda manda y cartuchera en el cañon... Voy á verlos por mas que su vista contriste mi ánimo.

Esto diciendo, Muller se dirigió hacia la estaca.

Mahiah sintió el frío de la muerte al ver llegar al veterano.

Una enérgica interjeccion retumbó en el aduar, y al punto se oyó una voz estentórea que gritaba:

—Arriba...! arriba todo el mundo...! Traicion! traicion...!!

El negro contuvo el aliento y se cubrió el rostro con la falda de su kaban.

Los Schiaus se levantaron precipitadamente y oyóse un confuso rumor en todas las tiendas.

Al-Arbi se arrojó de un salto fuera de la suya y acudió corriendo como un loco hacia la estaca junto á la cual solo encontró á Muller, quien sin proferir una palabra le enseñó el buitre muerto que había levantado del suelo.

Al-Arbi exhaló una imprecacion horrible; cogió con frenética rabia el pájaro por el pescuezo y lo arrojó con violencia á larga distancia; luego con voz que la cólera hacía temblorosa, con el alma saturada de desesperacion gritó, en tanto que su pié hería con vigor el suelo:

—A caballo...! á caballo...! ¡Todo cuanto tengo pertenece á quien me traiga vivos ó muertos á los fugitivos...!!

Los árabes acudieron desalados al oír la voz

del gefe. Mahiah prorrumpió en gemidos dolorosos y rasgó sus vestidos; Samuel llegó con paso vacilante preguntando con fingida admiracion la causa de aquella alarma.

En el breve trascurso de un minuto, el apacible silencio de la deyrah se había convertido en el mas tumultuoso desórden; los gritos, las preguntas y las interjecciones se sucedían sin tregua, entre el rumor de las carreras, los ahullidos de los perros, el relinchar de los caballos y los agudos chillidos de las mugeres.

Ben-Allal, Al-Arbi y los gefes de las tribus congregadas rodearon á Al-Arbi, quien pálido, convulso y entregado á la mas rabiosa desesperacion heríase con fuerza el pecho á puño cerrado, en tanto que sus ojos dirigían miradas fosforescentes hacia la llanura, con la loca esperanza de descubrir á los fugitivos no obstante de la densa oscuridad que envolvía el campo.

—A caballo! á caballo! gritó de nuevo Al-Arbi, y no quede mata ni rincon de tierra que no se registre escrupulosamente...

—Los árabes ensillaron apresuradamente sus caballos y se lanzaron como una avalancha hacia el campo desparramándose muy luego en todas direcciones.

Al-Arbi saltó sobre el caballo que le presentó un esclavo y seguido de Muller y de los gefes, se dirigió vía recta hacia el campamento de los cristianos.

Kadidja que lo observaba desde la entrada de

su tienda, se estremeció de júbilo viendo el dolor y desesperación de su ingrato esposo: hizo una señal á Mahiah para que se acercara y le dijo:

—¿Por qué te asomastes á la tienda de Aiha antes de llegarte á la mía?

—Mahiah, respondió el negro, es prudente y avisado... quiso gozarse en el dolor de la hermana de Al-Arbi...

—¿Estarán lejos los prisioneros?

—Creo que no los alcanzarán.

—Dices lo quiera... Tengo miedo de que caigan en poder de Al-Arbi...

—Yo no; el *Djelep* me lo hubiera revelado.

—¿Y Samuel?

—Su hora ha llegado... Será nuestra primera víctima.

—Quiero vengarme de él... Es la causa de mi perdición.

—Te vengarás... Toma estos papeles y no se los entregues.

—Y ¿Aiha... cuando la heriremos?

—Mahiah sabeloque se hace y no olvida nada... Será tu víctima cuando te diga: hela aquí. Este momento se acerca; entre tanto calla y sé prudente.

Esto diciendo, el cafre se fué hacia Ben-Allal, y le dijo al oído.

—Sidi; Mahiah es un poseído del *Djelep*....

—Y ¿qué?

—El *Djelep* es todopoderoso; es obra de Satanás.... El demonio habla con los poseídos.... El

demonio me ha hablado....

—¿Qué me quieres decir con eso?

—Nada hay oculto para Satanás....

—Explícate, interrumpió Ben-Allal, haciendo un movimiento de impaciencia.

—El demonio me ha puesto sobre la pista del culpable.

—¿Lo conoces....?

—Ayer, conversando con el judío acerca de la llegada del ejército cristiano, me habló en un sentido que me hizo sospechar si trataría de hacernos traicion.

—¿Qué dijo?

—Se preocupaba mucho de su próximo regreso á Mostagan, y me dijo que creyéndose ya bastante rico, iba á dejar el comercio.... Sorprendido al saber esta resolución, me propuse penetrar mas adentro en su secreto y al efecto, antes de acostarme, me acerqué cautelosamente á su tienda y oí que estaba contando mucho dinero.... Tuve el presentimiento de una gran traicion, y volvíme junto al canoadjí con el propósito de revelar Al-Arbi (la espada triunfante de Dios) lo que pasaba.... Quedéme dormido y durante el sueño me visitó el Espíritu.

—¿Y soñastes algun desatino?....

—Soñé que Samuel daba libertad á los prisioneros y que despues encendía una hoguera en el cerro Yayag para indicar al ejército cristiano el sitio donde tu deyrah ha levantado sus tiendas.... Luego ví que los cristianos contestaban con otra

hoguera á la que encendiera el judío maldito..! Por mas esfuerzos que hice por sacudir tan horrible pesadilla y levantarme, no me fué posible vencer el sueño ... las garras de Satanás me tuvieron clavado en el suelo hasta que los gritos de alarma de Muller pusieron en pié todo el aduar....

—Eres un visionario.

—Soy un poseido del *Djelep*.

—Tu *Djelep* es un pecado que la ley castiga.

—¿Quieres que encienda la hoguera y si nos contestan daremos gracias al ángel bueno que se sienta á nuestra derecha....?

—Consiento; vamos.

Mahiah cojió un tizon que flameaba todavía en el hogar del canoadjé y seguido del califa subió al cerrillo de Yayag. Prendió fuego á una mata de lentisco y muy luego las llamas iluminaron el espacio.

El horizonte permaneció envuelto en la oscuridad de las tinieblas que lo limitaban. Diez minutos trascurrieron y la hoguera encendida por Mahiah acabó por apagarse.

El negro sintió que toda la sangre de sus venas afluí á su corazon: tuvo miedo.

—Eres un loco, exclamó Ben-Allal; tu *Djelep* es una mentira y es un mal creyente quien dá crédito á tus patrañas....

—El *Djelep* es sábio! exclamó Mahiah, en cuyos ojos brilló de improviso la mas viva satisfaccion; mira, Sidi.... mira si nó...!

Y esto diciendo le señalaba con el brazo es-

tendido hacia el horizonte un vivo resplandor que aparecía en aquel instante del lado de Tlemsen, hacia el sitio que ocupaba el campamento francés.

El Califa observó con profunda atención aquella señal que parecía corresponder á la que había hecho el negro en el cerro de Yayag. Satisfecho de que el esclavo no le había engañado, dióse prisa á volver al aduar, donde despues de consultar con Al-Abib, dió orden á los Schiaus para que pusieran preso á Samuel.

En tanto que el desdichado judío protestaba de su inocencia, juraba y perjuraba por los patriarcas, las doce tribus, el templo de Jerusalem y el Arca de la Alianza que era completamente extraño al suceso que motivaba su prision, los esclavos de Ben-Allal y de Al-Abib, así como las mugeres y los árabes que habían quedado en el aduar, se daban prisa á recoger sus tiendas.

En menos de una hora y con un orden y una celeridad que solo la costumbre puede explicar satisfactoriamente, todo el ajuar de la deyrah, mugeres, ancianos, niños y enfermos, estaban acomodados ó montados sobre los caballos, las mulas y los camellos de las familias.

Apenas estuvieron concluidos todos los preparativos del viaje, llegaron de regreso Al-Arbi, Muller y los ginetes que habían salido en persecucion de los fugitivos, consternados ó furiosos de la inutilidad de sus pesquisas.

A una señal de Ben-Allal, la deyrah, en forma de caravana, tomó la senda del dacherá de

los Beni-kizá, señalado como punto definitivo de reunion á los contingentes que por efecto de la distancia debían llegar los últimos.

En este momento, la estrella del pastor, bañada por las primeras tintas de la aurora que iluminaban el horizonte, comenzó á palidecer.

XII.

EL JUICIO.

Amaneció el día claro y sereno bajo un cielo diáfano y despejado. El disco rojizo del sol coloreaba con sus matices mas brillantes las arenas del desierto, y formaba luminosos cambiantes á manera de piedras preciosas, en las gotas de rocío suspendidas en las largas hojas de las cañas de los pantanos. Una niebla ligera y blanquecina ondulaba todavía por la superficie del agua de los lagos, desgarrándose en jirones á impulso de los ardientes rayos del sol, que ascendía magestuosamente por encima del horizonte.

La dacherá de los Beni-kizá, cuna del esclavo de Al-Arbi, yacía en el mas profundo silencio. Todos sus moradores, ineptos para la guerra, niños, ancianos y mugeres, escoltados por algu-

nos ginetes, habían huido con los ganados hacia las gargantas de la sierra de Bogherá: solo quedaban en el lugarejo kabila los hombres capaces de llevar armas, y las familias recién llegadas de Ben-Allal y de Al-Abib. Las gurbís estaban cerradas y los caballos ensillados y trabados junto á las viviendas. Los árabes del califa y los kabilas de la dacherá se paseaban ó formaban grupos, departiendo con la espingarda al hombro. En la áspera fisonomía de aquellos rudos guerreros brillaba una expresion de valor y de fanática resignacion.

Ben-Allal había mandado levantar su tienda en uno de los puntos mas pintorescos de la localidad, próximo á las ruinas de la gurbí que habitó Zaca. En esta cabaña veíanse los muros de un marabú (1) en vías de construccion, mandado erigir en memoria de la desventurada viuda del ajusticiado Mahiah, que falleció poseida del *Djelep y mabula*. (2)

El pabellon de Medina y Aiha, en cuya compañía se alojaba Kadidja, estaba situado á corta distancia de la tienda del califa en un plantío de olivos.

La precipitacion con que los Beni-kizá acudie-

(4) El MARABU, es una especie de sepulcro destinado á recibir el cuerpo de un santón. Es un edificio pequeño, de planta cuadrada y terminado por una bóveda esférica; tiene una sola puerta y está rodeado generalmente de un muro.

(2) MÁBULA, loca. Los árabes profesan mucho respeto á los dementes.

ron á las armas estimulados por la súbita llegada en son de guerra, de Ben-Allal seguido de su familia y gum, obligó á los albañiles que erigían el marabú á suspender su trabajo y á dejar las herramientas y los materiales acopiados. abandonándolos en el sitio de la edificación.

Muller había sido enviado con un fuerte destacamento de caballería á reconocer el campo.

Congregados por el califa, Al-Arbi y Al-Abib, todos los gefes procedentes del Sur y del Oeste, llegados la noche anterior, acudían á la tienda del califa para conferenciar acerca de los graves acontecimientos que se preparaban, vista la proximidad del ejército francés.

Entre tanto, los kabilas y los árabes de Ben-Allal, noticiosos de que el judío Samuel, acusado de traicion, iba á comparecer ante un tribunal inflexible y ejecutivo en sus sentencias, acudían en tropel para asistir á un acto de justicia, dispuestos á maldecir al culpable si salía condenado ó aplaudir la equidad y clemencia de los gefes si probaba su inocencia.

Los Schiaus, armados con su largo palo mantenían el orden y obligaban á los mas curiosos é imprudentes á apartarse, para dejar franco el paso de la entrada y salida de la tienda.

En aquella muchedumbre compacta, curiosa é inquieta reinaba, sin embargo, un silencio lúgubre, de mal agüero y respetuoso á la par. La indignacion que hervía en todos los corazones estaba contenida por el temor que infundían los

gefes; y por mas que la idea del horrendo crimen atribuido al judío, crimen cuyas consecuencias alcanzaban á todos, producía arrebatos de furor que solo esperaban una señal para estallar, ninguno de aquellos hombres se atrevía á manifestarlos. ¡Tanto respeto inspiraba la justicia del califa!

A diferencia de lo que acontece en Europa, donde todo espectáculo de la naturaleza del que iba á presenciar la dacherá de los Beni-kizá, produce en el pueblo espectador sentimientos y manifestaciones que frecuentemente ultrajan á la humanidad, arráncandole gritos de furor ó impaciencia cuando la justicia tarda mucho en entregar la víctima al verdugo; los árabes y kabilas, agrupados delante de la tienda donde se albergaban los gefes que habían de juzgar al reo, se mantenían, repetimos, silenciosos, esperando sin manifestar impaciencia el momento solemne de hacer justicia.

En este pueblo de imaginacion viva é impresionable, de pasiones impetuosas y exaltadas, existe un sentimiento que domina todas las pasiones: este sentimiento es un respeto inmenso, una confianza sin límites en la sabiduría de los jueces y una obediencia ciega á lo que prescriben sus decretos.

.

Ben-Allal está sentado dentro de su tienda entre Al-Abib y Al-Arbi: algunos gefes de la tribu

donde se han acojido y el kaitlausfan, se hallan de pié, formados en arco de círculo á espaldas del califa; Mahiah se mantiene derecho é inmovil en la parte interior, y á un lado de la entrada del pabellon, un esclavo jóven distribuye tazas de café y pipas llenas de tabaco, á los gefes.

Todos los semblantes manifiestan señales mas ó menos espresivas de la preocupacion que inquieta los ánimos. Conversan, sí; pero lo hacen en frases cortas, frecuentemente interrumpidas. Se habla de la guerra, de los medios de ataque y defensa; de las probabilidades mas ó menos remotas de triunfo para los cristianos, y de la lentitud con que caminan los últimos contingentes que se esperan.

Al oir esta discusion sostenida por los hombres mas eminentes del partido de Abd-el-kader y por lo mas selecto de la nacion, el ánimo se sorprende al oir exponer los hechos mas anómalos, contradictorios y aun absurdos. Uno anuncia con acento que revela la mas profunda conviccion, que el mariscal Bougeaud ha sido completamente derrotado por Ben-Salem, en la provincia de Tittery: otro asegura con énfasis que Abd-el-kader ha espulsado á los cristianos de Mascará; y no falta quien diga que el pánico reina en Argel. Al-Arbi, sobre todo, haciendo una verdadera puja de patriotismo confiado, anuncia que ha visto en sueños, no al ángel Gabriel como el Profeta, sino al príncipe real que manda en Constantina, atraído á una emboscada, dispuesta por los partida-

rios del antiguo rey, en la cual fueron hechos prisioneros todos sus soldados y él perdió la vida.

Al-Arbi es morabito, está inspirado y el dedo de Dios se posa con frecuencia sobre su frente. Por tanto, la vision es para él un don del Cielo, un aviso del cual deben saber aprovecharse todos los creyentes.... Esto es artículo de fé para aquellos hombres fanáticos.

En tal virtud, todas sus palabras, todos sus anuncios y todas sus declaraciones por infundadas é inverosímiles que sean, tienen, sin embargo, una influencia extraordinaria y causan profunda impresion en aquellas inteligencias tan dadas á lo maravilloso. De aquí proceda que las imaginaciones se exalten, y palpiten con violencia los corazones al oir la palabra grave, los conceptos sentenciosos y las declaraciones enérgicas de aquel que se llama á sí mismo oráculo, y que se presenta como testigo de los hechos que narra ó que profetiza.

El trabajo intelectual de los árabes mas principales es de tal manera activo en los *estrechos límites* donde funciona, que las patrañas mas absurdas, las mentiras mas flagrantes son creidas, no solo por el vulgo, sino por los mismos que las inventan.

Siendo tal el fanatismo y la credulidad de los gefes y de los hombres colocados en situacion de conocer y dirigir los negocios de la nacion, júzguese cual será la estúpida y ciega fé con que las muchedumbres ignorantes dan crédito á las

absurdas y maravillosas declaraciones del fanatismo religioso de los hombres á quienes cree en contacto inmediato con Dios; y júzguese el inmenso poder que alcanza en aquella sociedad el hombre de génio, hábil é infatigable que logra dominarla y se hace su ídolo.

Así es, como á beneficio de aquellas artes, de su valor y de su fanatismo, Abd-el-kader llegó á conquistar la antigua regencia de Argel y se transformó de emir en sultan. Y así es tambien como por medio de la mentira, de falsas noticias diestramente esparcidas y de impudentes profecías, disputó largo tiempo á los franceses el suelo de su emirato y su poder de sultan.

Su política fué la del engaño, su sistema el mantener vivo el fanatismo y supersticion en las tribus. Anunciando que los franceses habían sido completamente derrotados en el Este, provocaba una insurreccion en el Oeste; é interpretando á medida de su antojo las sentencias del Coran, segun los casos y en relacion con los planes que había meditado, armaba las tribus contra la dominacion extranjera.

En todos tiempos el Africa desde Tunez hasta las costas de Marruecos, ha sido la tierra prometida para diestros y astutos farsantes cuya caida y fin trágico fué tan rápido como su elevacion. Abd-el-kader solo debió la firmeza y estabilidad de su poder á la guerra santa, sin la cual, no obstante su indisputable valor, solo hubiera sido un hombre rico y considerado en el pais

como un *taleb*. (1)

Al-Arbi que aspiraba á la soberanía del pueblo cuya posesion se disputaban la Francia y Abd-el-kader, era un hombre dotado de todas las cualidades indispensables para imponerse á la raza árabe; tenía esa viva é irresistible habilidad sin la cual todo aventurero sucumbe en el comienzo de su empresa entre aquellos hombres insubordinados y turbulentos; ese discernimiento esquisito que solo se adquiere en el seno de la civilizacion europea, y poseía todas las formas de la elocuencia para inspirar ciego respeto y obediencia á un pueblo impresionable que comenzaba á ver en él un digno émulo del Sultan.

En todas las situaciones difíciles, en todo peligro inminente, sus palabras eran escuchadas como oráculos. Verdad es que nadie sabía como él hablar á aquellas imaginaciones, ni dar al lenguaje tan brillante colorido, ni conmover y arrastrar á su auditorio con imágenes mas sorprendentes, con frases mas galanas, mas fogosas ó mas proféticas, segun fuera la impresion que se proponía producir. Mezclando en sus discursos las sentencias del Coran con las máximas de la política, predicando la oracion ó anunciando el martirio; ora creyente, ora fatalista; ya guerrero, ya dervis, entusiasmaba hasta el delirio á sus oyentes cuyas pasiones adulaba, cuyos gustos aplaudía y cuyos instintos despertaba, logran-

(1) Sabio.

do así grangearse el respeto de los ancianos, el amor de los jóvenes y la adhesión de los guerreros á quienes conducía al combate.

Era para todos un inspirado, un iluminado con quien no se debía discutir. Sus lábios destilaban la verdad; su saber era un don del Cielo; su cuerpo invulnerable, las manifestaciones de su voluntad decretos ineludibles, y cualesquiera fuesen sus proclamas, sus promesas y sus profecías se le creía y obedecía ciegamente bajo su sola palabra.

.

Furioso Al-Arbi con la fuga de los prisioneros y la traición de Samuel, solo respiraba sangre y venganza: para alcanzarla había decretado la muerte del cuitado judío, á fin de satisfacer su resentimiento ofreciendo á sus guerreros la muerte del culpable como un castigo del cielo; como un anuncio de que Dios estaba con ellos y no desamparaba la causa del islamismo.

No obstante, en el fondo de su corazón solo existía una idea de odio personal, un pensamiento egoísta... Burlado su deseo de dar muerte al capitán, hacía converger todos los rayos de su ira sobre la cabeza de un ser despreciable á sus ojos.

Cuando el tigre hambriento mira escapársele la presa que creyó tener segura entre sus garras, se vuelve con furor sobre la primera víctima que encuentra para saciar su voraz apetito.

Terminada la discusión que había reunido á los

gefes en la tienda del califa, este se levantó; y seguido de Al-Abib, de Al-Arbi y demás individuos que formaron el consejo, dirigióse con paso lento hacia el marabú y se sentó sobre una alfombra que había mandado colocar al pié de la palmera que daba sombra al sepulcro de Zaka.

Mahiah se situó á espaldas del Califa; mas como se apoderó de su cuerpo un temblor convulsivo que hacía flaquear sus rodillas, hubo de arrimarse al árbol contra cuyo tronco apoyó un hombro.

Al-Abib se sentó á la derecha de Ben-Allal y el Kaitlausfan á su izquierda. Al-Arbi á fuer de santo é hijo respetuoso, tomó asiento á espaldas de su padre y conmenzó á pasar entre los dedos las cuentas de su rosario.

Los gefes de los contingentes en número de veinticinco, sentáronse, formando un arco de círculo detrás de los jueces.

Era un espectáculo imponente, digno de la magestad bíblica, aquella sala de justicia presidida por un anciano de rostro venerable, rodeado de guerreros de aspecto belicoso, formas hercúleas y traje severo y uniforme.

Los árabes y los kabilas habíanse apiñado con orden y sin precipitacion delante de aquel tribunal, dejando un espacio suficientemente ancho para que situado el reo en el centro pudiera ser visto por todos.

Oyóse de improviso un sordo rumor de voces que espresaba la satisfaccion, largo tiempo esperada, de un vivo deseo: todos los ojos miraron ha-

cia atrás y la muchedumbre se abrió para dar paso á Samuel que se acercaba trémulo y abatido, custodiado por dos schiaus.

El judío caminaba con paso lento y menudo, inclinada la frente y bajos los ojos temeroso de encontrar las miradas curiosas ó irritadas de los hombres que le rodeaban.

Llegado que hubo á la distancia de cuatro pasos del califa, los schiaus le pusieron su ancha y pesada mano sobre los hombros y le obligaron sin violencia, á caer de rodillas. Abandonarónle en esta actitud y fueron á situarse en lugar conveniente para vigilar al reo y mantener el orden entre los espectadores por medio de su largo palo, pronto á caer sobre las espaldas de quien quiera que osara turbar de cualquier manera la solemnidad del acto.

Samuel tenía las manos atadas á la espalda y la cabeza sepultada entre los hombros. Hizo un violento esfuerzo sobre sí mismo y alzó la frente para dirigir al califa una mirada tétrica, espantada y suplicante; despues la fijó en el rostro de Al-Arbi con la espresion del mendigo que desfallece de hambre y por último la tendió sobre la muchedumbre con la esperanza de encontrar un semblante que se apiadara de él.

¡Vana esperanza! todos los rostros se mantuvieron fríos, inmóviles é implacables.

El Califa, Al-Abib, Al-Arbi y todos los gefes, fingieron no comprender las súplicas del acusado y permanecieron impasibles.

El desdichado Samuel, en su investigacion, solo encontró una fisonomía que manifestase tomar en cuenta su quebranto: pero tambien creyó leer en ella su sentencia de muerte... Mahiah tenía clavados los ojos en los del judío con una expresion tal de alegría salvaje, que el mísero aterrado cerró los suyos entre cuyos párpados se deslizaron dos gruesas lágrimas.

Al ver las lágrimas del reo, los gefes todos á una hicieron un gesto que espresaba disgusto é impaciencia por ver acelerados los trámites del juicio. Mahiah aprovechó el leve rumor que se produjo y la distraccion general, que fué su consecuencia, para llevarse ambas manos á la cara á fin de ocultar á la muchedumbre la sonrisa feroz y horrible que puso en movimiento todos los músculos de su rostro.

Restablecida instantáneamente la calma, el califa se puso en pié; á su vista cesaron como por encanto los últimos rumores de la asamblea y solo se oyó el susurro de la brisa en la enramada y el cercano relincho de algunos caballos impacientes por galopar en la llanura.

La aventajada estatura del anciano se alzaba magestuosa á la sombra de la palmera cuyas flores tapizaban el suelo; su venerable cabeza dominaba la de todos los asistentes; su hermosa barba, rivalizaba en blancura con el lino de su turbante; su frente severa y su actitud grave la prestaban la imponente magestad de los patriarcas y de los caudillos de la Sagrada Escritura.

—Oh! musulmanes! exclamó con voz pausada y acento solemne; está escrito en el libro de Dios: *«Los que compren la vida de este mundo al precio de la vida futura; para esos no se debilitarán los castigos; no esperen socorro... Los que no esperan el día de la resurrección y que deleitándose en los placeres de la vida terrestre se abandonan á ellos con toda seguridad y los que desprecian mis oráculos... El infierno los tragará, beberán agua corrompida... Su vestido será de fuego; si piden lenitivo á sus penas, se les dará agua que semejante al bronce fundido quemará su boca.*

Samuel se estremeció profundamente.

El califa continuó.

—La palabra del Profeta, ¡Oh creyentes! es justa y equitativa; quiere ser obedecida en la tierra para ser ensalzada en el Cielo... Ella nos manda á nosotros, gefes del pueblo de Omar y de Alí, juzgar á nuestros servidores á fin de que tenga comienzo para ellos, en este mundo, el premio ó el castigo de sus acciones... Mahoma escribió bajo el soplo del Dios vivo: *Encontrareis hombres que tratarán de grangearse vuestra confianza y la de la nacion; siempre que sean cómplices en la sedición y en la traición serán destruidos. Apoderaos de ellos y condenadlos á muerte en cualquiera parte donde los encontréis. Os damos sobre ellos poder absoluto.*

Samuel sintió que el frío de la muerte invadía lentamente su corazón; su rostro se tornó lívido

é inclinó la cabeza sobre el pecho.

—El pueblo de Dios es humano, prosigió el califa; sus gefes son justos é íntegros; antes de pronunciar una sentencia quieren oír al culpable... Samuel... Hijo de Israel é hijo maldito...! *Hijo de aquellos cuya perfidia conoció Jesus, de aquellos que fueron pérfidos para con Jesus...! pero cuya perfidia fué castigada por Dios que és infinitamente mas sábio que los hipócritas...* (1) Samuel...! Samuel...! vas á responder á mis preguntas para purificarte ó para confesar tu crimen...! Dios es clemente y misericordioso; lo oye todo... Dios es infinitamente sábio y poderoso; no ignora nada.

Al terminar estas frases, el califa estendió el brazo y la mano en direccion de la muchedumbre á fin de imponer silencio y volviendo á sentarse exclamó:

—Samuel; se te acusa de haber hecho pactos con los cristianos y de haber conspirado contra los verdaderos creyentes... ¿es verdad...?

El mísero judío quiso responder; empero su imaginacion ofuscada se negó á suministrarle los conceptos para su defensa.

—Te acusan, tambien, de haberte puesto de acuerdo con los infieles para hacerles una señal que debía entregarles la familia de los gefes que te han dado hospitalidad y los mas decididos partidarios de la guerra santa... ¿Es verdad?

(1) Coran, Cap. III.

Al oír esta pregunta que envolvía un cargo del que estaba en verdad inocente, Samuel sintió deslizarse un átomo de esperanza en su corazón, y contestó, tartamudeando:

—Yo.... yo.... no me he puesto de acuerdo.... nun... nunca con los cristianos para... hacerles señal alguna...

—Dios que me puso sobre las huellas de tu traición, me permitió burlar tus tramas, haciendo yo mismo la señal que tú conviniste y á la que contestaron inmediatamente.

Estas palabras disiparon como por encanto una buena parte de los terrores del judío, puesto que le facilitaban un medio de enérgica defensa.

—Por Abraham y por Moises, dijo con animado semblante, juro que soy inocente de lo que me acusan...!

Y animado por el ficticio valor de que inopinadamente se sentía poseído, comprendiendo además que le sería fácil refutar un cargo que descansaba en una calumnia continuó con acento firme.

—¿Qué señal es esa? ¿Dónde, por quién y á suggestion de quién se hizo?

—Durante la noche de ayer me dirigí al montecillo de Yayag, y encendí la maleza que le cubría... ¿Quieres que te diga mas...?

—Habla, respondió el judío con entereza; eres sabio, prudente y justo... no querrás herir á un inocente... Júrote por el Templo, que desconozco absolutamente la significacion de lo que me dices.

La frente de Ben-Allal se obscureció; sus fac-

ciones tomaron una espresion de irritado desprecio.

La firmeza que en tan supremo momento manifestaba el acusado; la sencillez y naturalidad de sus respuestas y su rostro que mostraba la seguridad de una conciencia irreprochable, produjeron en la asamblea una impresion favorable á su causa.

Para los árabes así como para todo pueblo inculto, la audacia y la temeridad es el primero de los méritos y la resignacion la primera de las virtudes. Todo aquel que desafía la muerte en el combate ó que la desprecia en el suplicio se cubre de gloria; si es honrado, escita la admiracion, si es criminal mueve la piedad hasta de sus verdugos. Así es que en las frecuentes rivalidades que ponen en armas unas tribus contra otras, ó á las familias entre sí, véñse á los prisioneros esperar la muerte con intrépido estoicismo y espirar bajo el yatagan del schiaus con el desden en los lábios y la serenidad en los ojos.

Los primeros enemigos que cogieron los franceses en el comienzo de sus campañas en Africa manifestábanse sorprendidos de la conducta humanitaria de sus vencedores: cuando los conducían delante del general creían caminar al suplicio y buscaban con la calma y dignidad retratadas en la fisonomía el schiaus que debía cortarles la cabeza.

Cuando Samuel se arrodilló pálido y desfallecido en presencia de aquellos hombres que se dispo-

nían para ir á buscar la muerte sobre el campo de batalla, se hizo indigno de su piedad y conmi-
seracion por su abyecta cobardía; mas desde el
momento en que el reo dejó de arrastrarse envile-
cido por el suelo y se manifestó dispuesto á no su-
cumbir sin luchar, el menosprecio de la asamblea
se trocó en interés y ya nadie vió al criminal pu-
silánime sino al hombre que puede no ser delin-
cuente.

La muchedumbre oscilando entre la piedad que
le merecía el acusado y el respeto y veneracion
que le infundía el acusador, esperó con visible an-
siedad la respuesta del califa.

—Prendí fuego, replicó Ben-Allal, á las male-
zas del cerro de Yayag y en el mismo instante me
contestaron con una señal análoga desde el campo
de los cristianos.

—Yo no ejerzo mando ni autoridad en la lla-
nura; así, como tu encendistes una hoguera sin
consultarme, pudieron los franceses formar otra
sin acordarse de mí para nada en el mundo... Ade-
más ¿con qué objeto hubiera yo hecho esa señal?

Esta pregunta hecha con entereza y sin vaci-
lacion acabó por grangear á Samuel las simpatías
de la muchedumbre.

—Esa señal, respondió el califa sin inmutarse,
debías hacerla para indicar á los cristianos el lu-
gar donde acampaba mi deyrah y tambien para
anunciar á los cautivos fugados que yo no había
levantado el campo.

—Si los cautivos estaban fuera de peligro, poco

podría importarles que tu campo permaneciese ó nó en el mismo lugar... y si los habían detenido los hombres que salieron en su persecucion, no veo en qué mejoraría ó empeoraría su suerte el que el califa, á quien Dios protege, permaneciese ó nó dentro de su tienda...

Un ligero murmullo de satisfaccion circuló por la muchedumbre á la manera que la brisa penetra entre las hojas de los árboles.

—Si no fué para prevenir á los fugitivos, fué para ponerte en comunicacion con el campamento cristiano.

—Y ¿qué ganaba yo con esa traicion? nada: al contrario, perdía mucho... Al-Arbi, el santo, el elegido de Dios, sabe que tengo mucho mas interés en su triunfo que en su derrota.

Al-Arbi y Mahiah lanzaron simultáneamente una furiosa mirada sobre el judío.

El califa continuó:

—No abuses de mi paciencia... procura decir la verdad; porque el castigo será proporcionado á la impudencia con que mientes...

—No miento.. ¿quién osará desmentirme...? Si mis proyectos fueran tan criminales como se supone ¿se los hubiera yo confiado á nadie...? Preséntese el que sea capaz de sostener la acusacion dirigida contra mí...!

A pesar de la firmeza de que hacía alarde, el judío pronunció estas últimas palabras bajando progresivamente la voz.

Mahiah, obedeciendo á una indicacion de Al-

Arbi se precipitó de un salto sobre el terreno donde Samuel permanecía de rodillas; llegóse á él con ademán resuelto; le asió por un brazo obligándole á ponerse en pié y luego le puso una mano sobre el corazon y le miró á la cara sin pestañear.

Aterrado con la actitud de su cómplice, el malaventurado judío perdió toda su entereza y comenzó á temblar.

—¿Te atreves, exclamó el negro, pareciendo devorarle con la mirada, á desmentir al gran califa, judío impuro....? ¡Levanta, si tienes valor, tu frente á la altura de la mia.... mírame cara á cara y desmíenteme á mí y no á Sidi-Ben-Allal que es la palabra de Dios....! ¡No tiembles perverso condenado á las penas del infierno: no tiembles... y ya que tus iniquidades merecen la muerte, muere al menos como hombre y no como perro....!

Esta violenta é inesperada imprecacion y el espanto que se manifestó en el rostro de Samuel volvieron á inclinar la opinion de los concurrentes hacia el platillo de la balanza donde el tribunal pesaba las culpas del reo.

—¿Qué daño te he hecho yo.... Mahiah....? murmuró el judío haciendo esfuerzos por hablar.

—A mis señores, mucho; á mí el que puede hacerme una vil criatura como tú....! Yo nada tengo que pedir contra tí, delante de estos jueces.... Pero has de saber que Mahiah es amigo de

Eblís (1) has de saber que el *Djelep* ha iluminado mi espíritu y me ha enseñado á leer en el libro del porvenir.... Adivino todo cuanto un alma perversa como la tuya puede maquinarse; leo en tu pensamiento, penetro en tu corazón... Tenías ofrecido á los prisioneros cristianos de Al-Arbi (el vencedor) que les señalarías el lugar que ocupaba la deyrah de Sidi-Ben-Allal.... *Eblís* me reveló tu infame traición: y como me negara á dar crédito á tan insigne perfidia, como no podía creer que el huésped de una familia tan santa, el esclavo de amos tan generosos, pudiera pagar los beneficios recibidos con tan negra ingratitud, desprecié los avisos del demonio y me mantuve en la inacción.... Entonces el demonio me tomó sobre sus alas y me condujo bajo tu tienda.... Allí escuché los discursos de ruin codicia que entablastes con tu conciencia, con la cual regateabas como un vil usurero que eres....! Allí te oí con toda claridad contar en alta voz las sumas de dinero que te ofrecieron en pago de tu felonía; allí, en fin, creyéndote solo, exclamastes muchas veces que ya eras rico, que tu fortuna quedaba redondeada con el precio de la doble traición, libertando á los cautivos y entregando á la venganza de los cristianos los grandes jefes amigos y servidores leales del Sultán....

—Mientes....! mientes...!! murmuró Samuel, cuyos dientes apretados y cárdenos lábios daban

(1) El ángel malo.

paso con dificultad á sus palabras.

—Y ¿miento tambien si afirmo que llegastes á paso de zorra hacia el buitre Yacub; que escitastes su glotonería con unos pedazos de carne y que en tanto que la devoraba lo estrangulastes con tu faja?

—Mientes....! mientes....!! repitió el judío, clavando sus espantados ojos en los ojos centelleantes de Mahiah.

—El demonio no miente como no sea para engañar á la virtud.... Contra tí no necesita mentir; bastante revelan tus hechos; que esos y no yo son los que te acusan....! *Eblis* me manda empujarte á los infiernos, al pié del tronco del árbol *Zacum*, cuyos frutos son cabezas de demonios, único alimento de los réprobos... Déjame hablar, no me interrumpas... Despues de haber estrangulado á Yacub, centinela vigilante de la deyrah, te acercastes á los prisioneros y abristes los candados que cerraban las argollas que los sujetaban con las llaves de tu caja.... ¿No es verdad...?

—Impostor, siete veces siete...! murmuró el desdichado reo, zafándose de las manos de Mahiah para caer de rodillas y prorrumpir en ahogados gemidos.

—El *Djelep* es sábio... para él no hay cosa secreta...

—Si fuera cierto lo que dices, balbuceó el judío; habrías sido testigo de ello... ¿Por qué, pues, no detuvistes mi mano...? ¿Por qué has esperado á que los prisioneros estén en lugar seguro para denunciarme...?

—Porque en tanto que mi carne y mis huesos permanecían acostados junto al canadjí, *Eblís* tomó mi espíritu sobre sus alas y lo llevó á tu tienda para asistir á los preparativos de tu traición... El angel malo te dejó en completa libertad de obrar y me llamó tan solo para que pudiérais dar testimonio de tu maldad á su debido tiempo...

Samuel pareció recobrase á la sola consideración de la imposibilidad en que creía se encontraba el negro para probar la exactitud de los cargos que formulaba contra él; en tal virtud, exclamó con acento que no carecía de firmeza:

—Todo cuanto has dicho son puros delirios de tu imaginación infernal y nadie te creerá... Eres un esclavo y un impostor que se atribuye un poder superior al que tuvo ningún profeta...

—Todo cuanto he dicho es la verdad; harto lo sabes... El *Djelep* es un misterio santo y maldito es aquel que lo reniegue... *Beberá agua hirviendo y agua corrompida. El fuego devorará sus entrañas y será flagelado con palos provistos de puntas de hierro...* (1) Y puesto que exiges pruebas más fecientes que mis palabras, suplico á Sidi-Ben-Allal que haga comparecer un testigo cuya sola vista te hará temblar.

—Así lo deseo, replicó Samuel, que ya que otra cosa no fuera, quería dilatar el fallo de su juicio.

Mahiah permaneció un momento pensativo; luego alzó los ojos al Cielo, golpeóse el corazón y

(1) Castigos eternos anunciados por el Corán para los réprobos.

la frente con la mano izquierda y exclamó con voz grave y solemne, volviéndose hacia Al-Arbi:

—El Angel caído me revela en este momento que tu esposa Kadidja, (la amada de Dios) puede, si quiere, derramar en este asunto toda la luz que la justicia del ilustre califa necesita para pronunciar la sentencia... Kadidja posee un testimonio que nadie podrá recusar...

—Puesto que se encuentra entre nosotros, respondió Al-Arbi, que venga con el rostro cubierto. Dios autoriza su presencia en este tribunal...

El esclavo que estaba á las órdenes inmediatas del califa, se dirigió hacia la tienda de Medina para suplicar á Kadidja que se presentara ante los jueces.

Samuel recobró el ánimo; confiaba en la discrecion de la mora de quien fué instrumento para la evasion de los cautivos y que en tal virtud no podía perderle sin esponerse á ser arrastrada en su ruina.

Los espectadores de esta escena conmovedora, al ver al reo recobrar de nuevo aplomo y seguridad, manifestaron su complacencia con un ligero rumor que podía interpretarse como aplauso. El judío sintió dilatársele el pecho; enderezó las encorvadas espaldas y dirigió una mirada serena sobre sus jueces y sobre Mahiah.

Sorprendido el califa de tanta entereza y audacia, estuvo un momento indeciso en la resolucion que había tomado á *priori* y su voluntad va-

ciló entre la duda y la clemencia.

Las revelaciones del negro habían producido honda sensacion en el ánimo de los kabilas que, sumidos en las tinieblas de la ignorancia, del fanatismo y de la supersticion, creen á puño cerrado todas las fábulas en que los demonios y los ángeles malos representan un papel importante. Por otra parte, admirados de la briosa manera con que el judío defendía su causa, sentíanse arrastrados á perdonarle ó á compadecerle y anhelaban por lo tanto, ver cuanto antes el desenlace á cuya egecucion asistían.

Esperaron, pues, con manifiesta impaciencia la llegada del testigo citado por el poseído del *Djelep*.

XIII.

EL SUPPLICIO.

Una escena no menos extraordinaria, si bien de diferente índole de la que ocurría sobre la tierra que cubría los huesos de Zaka, representábase en la tienda de Medina en aquella misma hora.

Amenazadas cada una de aquellas tres mugeres de una catástrofe inminente en los sentimientos mas íntimos de su corazon y en sus afecciones de familia y de raza, aborreciéndose profunda y recíprocamente y conspirando una contra otra, manifestábanse, sin embargo, en la plenitud del goce de una viva satisfaccion, ignorando que esta llevaba envuelta su propia ruina.

La fuga y ya indudable salvacion de los prisioneros era el poderoso motivo de su alegría: fuga que era un puñal que cada una de ellas y todas

la vez sepultaban hasta la empuñadura en el corazón del hermano, del marido y del futuro esposo: es decir, de Al-Arbi, el hombre objeto de su afecto apasionado, por el vivo estímulo del amor y de la sangre.

De aquí procedía que reinase á la sazón entre aquellas tres encantadoras mugeres que, como dijimos anteriormente, se aborrecían casi sin reserva, la mayor cordialidad, y un perfecto acuerdo para celebrar la evasión de los cautivos.

Arrastradas por las entrañables afecciones del momento, prodigábanse las mayores muestras de cariño, del todo indiferentes al pavoroso drama que venía desarrollándose á pocos pasos de su tienda.

La presencia del esclavo comisionado por Ben-Allal y Al-Arbi para suplicar á Kadidja que compareciese ante el tribunal, interrumpió los instantes de dulce satisfaccion que estaban gozando.

La mora se apresuró á obedecer y salió de la tienda con paso resuelto, despues de haber besado cariñosamente en las mejillas á sus aborrecidas amigas.

Kadidja, precedida del esclavo, cruzó por la apretada muchedumbre que se abría respetuosamente para franquearle el paso, y se detuvo á la derecha del acusado.

Su presencia impresionó vivamente á la asamblea, así como la arrogancia de su actitud y el lujo y riqueza de su atavío arrancó un murmullo general de admiracion.

Vestía una larga falda de tela de brocado é hilillo de plata que arrastraba magestuosamente por el suelo, ocultando sus blancos y diminutos piés calzados con babuchas de niña: su corpiño bordado de oro, así como sus hombros y cabeza desaparecían debajo de los ondulantes pliegues del velo que la cubría y que sugetaba con las dos manos sobre su rostro.

Al verla llegar, el negro retrocedió tres pasos á la espalda; y Samuel, aprovechando la momentánea distraccion que su presencia había causado, se inclinó hacia ella y le dijo en voz baja y rápidamente al oído:

—Eres mi única esperanza... por tu Dios sálvame ó te denuncio como mi cómplice.

La mora, por toda contestacion le lanzó una iracunda y desdeñosa mirada.

—Kadidja, exclamó Ben-Allal; eres llamada para dar testimonio en favor ó en contra de este hombre que está delante de tí... Habla; te escuchamos...

—Habla, sí; en nombre de la verdad y de la gloria de Dios; añadió Al-Arbi... *Libertaremos á los que temen al Señor y dejaremos arrodillados á los culpables.* (1)

—Samuel, dijo Kadidja con una voz timbrada é infantil que sonaba grata al oído, es un maldito...! *Sus dientes se clavarán en el reverso de su mano el día del juicio final.* (2)

(1) Coran cap. xvii.

(2) Castigo reservado á los judíos segun el Coran.

El judío se estremeció profundamente; sus dientes rechinaron y su frente se bañó en frío sudor.

Kadidja continuó.

—Samuel ha hecho traicion á los creyentes y se ha vendido por dinero á un cristiano. Samuel ha dado muerte al buitre Yacub; ha puesto en libertad á los cautivos; les ha enseñado el camino del campamento á los infieles... Samuel ha ideado la ruina y la muerte de los guerreros del Dios único.

Terminada su declaracion, la altiva é implacable mora volvió el rostro hacia el judío y se alzó el velo para dirigir una mirada fulminante sobre su víctima.

Los gefes y la muchedumbre congregada no pudieron contener la manifestacion del sentimiento de horror é indignacion que les causaba el criminal.

Los tres jueces permanecieron fríos é impasibles: Al-Arbi continuaba entregado á sus sombrías meditaciones.

Kadidja exclamó por lo bajo, en tanto que fascinaba con su mirada al mísero judío:

—Así castigo yo á los que no me obedecen y me hacen traicion....!

—Piedad....! por tu Díos, por tu madre....! piedad....!

—No hay piedad para los perversos....! Morirás, perro....! prorumpió en voz alta la vengativa mora.

—¿Puedes aducir alguna prueba en corroboración de lo que acabas de declarar? preguntó el califa.

Kadidja permaneció un momento silenciosa, como buscando la prueba que se le exigía; luego se adelantó apresuradamente hacia Al-Arbi y le dijo entregándole un papel doblado en forma de esquila:

—Toma, lee.

Al-Arbi desdobló el papel, y después de pasar rápidamente la vista por su contenido, volvióse hacia el califa y su padre y dijo:

—Es la firma del capitán de Candeuil....

—Lee, repitió Ben-Allal.

Al-Arbi tradujo del francés al árabe en alta voz el escrito.

«Pagaré á la orden del judío Samuel, de Mostagan, á noventa días fecha, la suma de doscientos mil francos que me ha prestado. Firmado, el capitán de Candeuil. Mostagan 10 de Julio de 1844.»

«Pagaré á la orden del judío Samuel, de Mostagan, á noventa días fecha, la suma de doscientos mil francos que me ha prestado. Firmado, Jourdain. Mostagan 10 de Julio de 1844.»

Samuel cayó en tierra, mudo, yerto y con el rostro sepultado en el polvo.

—¿Cómo se encuentra en tus manos este papel? preguntó Ben-Allal.

—Mahiah lo recogió en la entrada de la tienda de Samuel cuando se levantó el campo, y me lo entregó.

—¿Por qué no se lo remitistes antes á Al-Arbi, tu esposo y señor?

—Ignoraba su contenido, no conociendo la lengua de los cristianos.... Hace pocos instantes que Medina me lo tradujo.

—Samuel! exclamó el califa; *Dios ha condenado á los perversos y los infieles al fuego del infierno. En él purgarán sus iniquidades agobiados bajo el peso de su maldicion y destrozados por tormentos eternos.* (1) Samuel! qué tienes que alegar en tu defensa?

El desdichado judío hizo un esfuerzo desesperado; se incorporó con un movimiento rápido y automático, mostró su semblante horriblemente contraído por el espanto y la desesperacion y exclamó con ronco acento.

—Mienten....! mienten....! infamia....! impostura....! Yo no he estrangulado el buitre Yacub ni he roto las cadenas de los prisioneros, como afirman haberlo visto....! Y si lo vieron ¿por qué no dieron la voz de alarma en el acto? ¿por qué han esperado á que los fugitivos estuviesen entre los suyos para denunciarme...? Si esto han hecho son mas culpables que yo....! ¡Apelo á tu sabiduría, apelo á tu justicia, apelo al Dios único y verdadero....! apelo á todos los que me escuchan....!

La observacion del judío era tan exacta, tan sencilla, lógica y natural, que causó una viva

(1) Capítulo ix del Coran.

impresion en la asamblea y estuvo á punto de echar por tierra el tremendo capítulo de cargos formulados contra él.

El negro mas conmovido que otro alguno, porque se consideraba mas comprometido, sintió que las piernas le flaqueaban y le parecía que ante su vista se extendía un velo de sangre. Repúsose sin embargo; é iluminado por un súbito recuerdo se acercó con paso firme á Samuel, descíñóle con rapidez la faja, la estendió á la vista del califa y señalándole en ella algunas plumas del buitre Yacub ocultas entre los pliegues, exclamó con énfasis:

—Mahiah es un verdadero creyente... no sabe mentir.... Mira....

Una exclamacion de sorpresa se escapó de todos los lábios y su rumor se extendió entre la muchedumbre como el ruido de una ola que zumba á algunos cables de la orilla del mar y se apaga lentamente al estenderse por la playa.

Un gesto del califa impuso silencio.

—Eres un buen servidor, dijo Ben-Allal; el ángel que escribe las buenas acciones estará á tu lado el dia de las recompensas.

Y volviéndose hacia la mora continuó:

—Kadidja, torna al lado de tus hermanas; eres una hija querida del Señor.

—Mahiah y Kadidja son mis cómplices....! exclamó, moviendo la cabeza con desesperacion el desventurado Samuel; ellos son los que....

—Silencio, interrumpió indignado el califa; y se levantó.

Alzáronse todas las cabezas y todos los oídos escucharon para oír la sentencia de Ben-Allal.

—El profeta ha dicho, exclamó con acento solemne el califa: *Terrible será el fin de aquellos que cometan malas acciones....!* Judío Samuel, hombre codicioso, corazón depravado y alma de réprobo, has labrado tu perdición por avaricia y como los de tu raza has vendido á Jesús hijo de María por treinta monedas.... Te declaro culpable de todos los crímenes de que te acusan y te entrego á la merced de Al-Arbi, el santo, el valeroso, para que haga contigo lo que fuere su voluntad.

El califa volvió el rostro hacia el morabito y le dijo:

—Dispon.

—Los prisioneros que hice á riesgo de mi vida pertenecían á mi padre venerado mas bien que á mí; siendo él, por tanto, el ofendido por ese traidor y codicioso, á él pertenece la elección del castigo que se le ha de imponer.

Haz de ellos lo que sea de tu agrado, respondió Al-Abib, quien durante el curso de estos largos debates había permanecido indiferente.

Al-Arbi se puso en pié y exclamó:

—Mando.... y es la voz de Dios terrible y justiciero que habla por mi boca, que el marabú de la bruja Zaka sea concluido y que ese miserable... ese *ben-djifá*, traidor perverso y codicioso, sea emparedado en el muro y que su carne, sus huesos y su sangre amasados con la mezcla den

vivo testimonio de la justicia de Dios....!

Un rumor de aprobacion acogió tan espantoso decreto.

El desventurado Samuel se arrojó la faz contra el suelo y se revolcó exhalando furiosos y desesperados gritos.

A una señal del califa, los dos Schiaus se apoderaron del judío y lo despojaron de sus vestidos.

Samuel, cediendo á los impulsos del instinto de conservacion, se defendió rabiosamente; mordió las manos á sus verdugos; clavóles sus uñas en la carne y prorumpió en desgarradores gemidos. Vana resistencia. Los robustos brazos y la destreza de los schiaus hicieron completamente infructuosos aquellos arrebatos de impotente ira.

En breves instantes le despojaron, ó mas bien le arrancaron á tiras, la vesta, el chaleco, los zewal y la camisa y espusieron al desdichado reo, completamente desnudo, á las risas y miradas cólericas de una muchedumbre que se gozaba en las angustias del sentenciado.

Apenas se pronunció el decreto de muerte, cuando Mahiah echó á correr sin que nadie se cuidase de él ni del proyecto que meditaba. Muy luego regresó, trayendo dos viguetas de la derruida cabaña de Zaka, atadas por la mitad en forma de cruz de aspas.

—¿Dónde están los albañiles? preguntó Al-Arbi.

Cuatro kabilas se destacaron de un grupo y se despojaron de sus albornoces.

—Señor, dijo Mahiah; si quieres que yo los ayude para acelerar la egecucion de tu voluntad, sé el oficio.

—Haz lo que gustes.

El negro se lanzó en medio de la maleza, tomó un palaustre y saltó dentro de la zanja abierta para los cimientos del marabú. Los schiaus arrastraron al judío hacia el pequeño edificio en construccion y clavaron la cruz en el suelo adosada á uno de los lienzos del muro.

Las fuerzas de Samuel se agotaron en la resistencia, y como eran puramente físicas, perdiólas desde luego y se entregó como una masa inerte á merced de los sayones de su suplicio. Su alma envilecida por repugnantes pasiones, no podía dar á su cuerpo esa energía moral que suple la debilidad de la materia; quedó, pues, en estado de abatimiento, ceñudo, estúpido hasta que el dolor cebándose con fuerza en sus carnes, en sus nervios y en sus huesos despertara á la vida del sentimiento aquella desgraciada víctima de una sentencia ejecutiva y bárbara.

Cuando estuvo la cruz sólidamente clavada en el suelo y apoyada contra el muro, los schiaus, ayudados por Mahiah, ataron á ella por los piés y por las muñecas al judío con tal refinamiento de crueldad que las cuerdas penetraron muy adentro en las carnes del paciente haciendo saltar la sangre de sus venas.

Samuel dejaba oír quejidos lastimeros y balbuceaba sus oraciones.

Mahiah puso la primera piedra sobre los piés del ajusticiado que exhaló un grito de desesperación y comenzó á llorar como un niño.

Los albañiles dieron comienzo con celeridad al trabajo y los schiaus ensacharon el círculo de los curiosos que se apiñaban para asistir á la espantosa agonía del judío.

El negro trabajaba con un ardor febril murmurando en voz baja, en lengua cafre y con acento que el júbilo enronquecía:

—Los Bushuanas quedan vengados...! El rey Gaika queda vengado...! La pobre Zaka queda vengada...! Los huesos de mi madre se agitan dentro de su sepulcro... El *Djelep* es santo! gloria al *Djelep*...!!

Y saboreando el placer de su implacable venganza, Mahiah se animaba al trabajo y aceptaba los sollozos y los quejidos de la víctima como una compensación de las lágrimas y de los dolores que hicieron sucumbir á su madre.

El califa, Al-Abib y Al-Arbi observaban silenciosos el trabajo de los albañiles; los gefes formados en semicírculo junto al tronco de la palmera no apartaban los ojos de las convulsiones del paciente.

Había mucho de repugnante y terrorífico en el espectáculo que representaban aquellos hombres asistiendo fríos, impasibles, tétricos y silenciosos á ese suplicio sin nombre.

Entre tanto, el muro se levantaba lentamente no obstante la actividad de los trabajadores; y el

cuerpo de Samuel desaparecía poco á poco por pulgadas detras de las capas de mezcla y de las hildas de pedruscos que subían como el flujo de las aguas del mar.

Las lágrimas del ajusticiado caían hilo á hilo en su estrecho sepulcro y contribuían á trabar la mezcla... sus miembros faltos de energía intentaban en vano sacudir la mortaja de piedra que los envolvía; todos sus esfuerzos, sus nerviosas convulsiones, apenas conseguían remover imperceptiblemente los pedruscos puestos en contacto inmediato con ellos.

Entre todos los espectadores de aquella espantosa escena, ni uno solo se mostraba afectado ó conmovido; la curiosidad era el único sentimiento que se retrataba en los semblantes... Nada; ni una lágrima, ni una mirada compasiva, ni una palabra de consuelo para aquel hombre, hecho á imágen de Dios, que moría lentamente entre los inauditos dolores del mas cruel de los tormentos.

Segun la creencia fatal del pueblo árabe, Samuel el *judío*, moría como debía morir, en el suplicio de la cruz que sus padres dieron á Jesús, hijo de María... Su hora suprema había llegado: la sentencia de los gefes era la ejecucion del decreto que el Ser Supremo pronuncia para cada criatura, cuyo destino se subordina á él, desde su formacion en el cláustro materno.

—Los cristianos no hubieran juzgado, sentenciado y ejecutado en un mismo dia á este miserable, dijo Ben-Allal, dirigiendo la palabra

á Al-Abib y Al-Arbi.

—Los cristianos hubieran tardado ocho dias, por lo menos. para ver su causa y otros tantos para sentenciarlo y ejecutarlo; respondió Al-Arbi.

—Los cristianos son ciegos y deben tener mucho tiempo sobrado... La justicia mas pronta es siempre la mejor; el juez no se deja influir por las personas ni por las cosas, y falla con arreglo á su conciencia despues de haber consultado su razon... La inocencia se ostenta desde luego en la frente del acusado por la calma de su fisonomía y la tranquilidad de su mirada... ¿Por qué, pues, hacer sufrir al acusado, ya sea inocente ó culpable esperando una sentencia que Alá pronuncia siempre antes que el hombre?

—Los cristianos sacan partido de todo, interrumpió Al-Abib; tienen consejos permanentes establecidos para juzgar toda clase de crímenes; estos consejos se dán mucha importancia y embrazan la marcha de la justicia con el pretesto de hacerla mas imparcial y equitativa. En Francia todo árbol dá su fruto... La sentencia que hace morir en el patíbulo á un asesino dá de comer á muchas familias.

Al-Abib se espresaba con acento de amargura; Ben-Allal le interrumpió:

—Ese gran pueblo tiene leyes é instituciones extravagantes... ¿á quién puede aprovechar ese ejército de funcionarios públicos? Me han dicho que allí los acusados no hacen su defensa perso-

nalmente y que la encomiendan á hombres para quienes la palabra es un oficio...

—Así es.

—¡Pues qué! ¿no se administra la justicia mejor en nuestros tribunales á la salida del sol, á la faz de Dios y delante de todo nuestro pueblo que nos respeta segun nuestra lealtad y en la medida de nuestra sabiduría...? ¿Qué necesidad tiene el acusado de esos largos discursos para probar su inocencia si es inocente en realidad...? y el culpable ¿puede acaso ocultar bajo una máscara hipócrita, su turbacion, sus terrores, el grito de su conciencia que nos ponen en el camino de descubrir sus crímenes...? Nuestras costumbres son nobles, las de los cristianos mezquinas... El árabe es santo, el cristiano impío...!

—En otro tiempo los cristianos administraban justicia como los árabes, dijo Al-Arbi, sus reyes y sus gefes sentenciaban de propia autoridad á la luz del dia, descubierta la cabeza, alta la frente y con lealtad.... Estas costumbres han cambiado mucho.

—¿Por qué nosotros no alteramos nunca las que nos dejaron nuestros padres?

—¿Por qué llevas tú la misma forma de vestido que llevaba el Profeta...? ¿Por qué los cristianos cambian la forma y la moda de los suyos dos veces en el año...?

—Los franceses son como los niños y las mugeres; sus gustos y sus pasiones solo viven un dia.

Un grito siniestro, lúgubre, desgarrador llegó

á oídos de la asamblea é hizo estremecer todos los corazones. Los tres gefes interrumpieron la conversacion que sostenían con calma aterradora en tanto que los albañiles adelantaban su horrible trabajo.

El muro, ancho de cuatro piés, subía sin interrupcion, merced á la abundancia de materiales acopiados que los albañiles tenían á la mano.

Samuel yacía sepultado hasta los hombros...! Habíanle desatado los brazos de la cruz y cogidoselos con mezcla unidos al cuerpo en una posicion que paralizaba todo movimiento.

Mahiah puso sobre el cuello del judío una piedra que había tallado de forma conveniente y clavó sus ardientes pupilas en los apagados ojos del paciente. Samuel pareció revivir al fuego de aquella mirada de hiena sedienta de sangre y encontró fuerzas para contestar con otra suplicante á la crueldad de su verdugo.

El cafre interrumpió un momento su trabajo y murmuró al oído del judío.

—Miserable perro...! Tu padre vendió á mi madre sin apiadarse de sus lágrimas y dolores...! Tu padre enterró á mi madre en el sepulcro de la infamante esclavitud y yo te entierro vivo en esta tumba, mezclando tus huesos á la piedra y á la argamasa...! La fosa de mi madre está ahí...! toca la tuya: sus huesos rechazarán los tuyos... su espíritu vendrá á visitarte, á maldecirte y te cubrirá como un sudario...! Dile que la he vengado sobre tí y que la vengaré sobre todos los de tu raza,

según lo juré por el *Sambel* y el *Calcarí*.

Y esto diciendo, Mahiah afirmó la piedra al cuello del judío.

Samuel pareció volver ensí del entorpecimiento que embotaba sus facultades intelectuales al sentir la frialdad de la mezcla adherida á su rostro; y haciendo un esfuerzo sobrenatural prorumpió en gritos furiosos, en horribles imprecaciones y asquerosas blasfemias... Los ahullidos del chacal hambriento, cuando en noche tempestuosa ronda los cementerios á la luz de los relámpagos, no producen un eco mas lúgubre que el acento del desventurado judío.

Los tres gefes estremecidos al oír aquel grito de angustia que parecía salir del pecho de un réprobo, en el instante de ser sepultado en el fuego eterno, se pusieron simultáneamente en pie.

Latieron todos los corazones y la muchedumbre retrocedió compacta como tocada por una chispa eléctrica.

Los albañiles descansaron un momento; sus frentes estaban inundadas de sudor...!

Mahiah se apartó á un lado para dejar espuesto á todas las miradas el rostro de Samuel.

Estrechamente encerrado en un marco de piedra, fijo, inmóvil y horriblemente contraído, aquel rostro nada tenía de humano... La muerte había impreso en él su lívido sello... Sus ojos parecían salir de sus órbitas y estaban inyectados de sangre, los párpados inchados y con una línea roja

en el nacimiento de las cejas: las mejillas hundidas, verdinegras, los lábios trémulos y la boca escupiendo espuma y lanzando contra Dios y los hombres las mas horribles blasfemias.

Ben-Allal, no pudiendo sufrir mas tiempo la vista de tan espantoso cuadro, hizo una señal á los albañiles para que continuasen el trabajo.

Mahiah se adelantó el primero, llevando el palaustre en la mano derecha y un pedruzco en la izquierda.

El cafre clavó por última vez su mirada ardiente en los ojos de Samuel, levantó lentamente el brazo derecho y dijo á media voz.

—Tu padre abofeteó cobardemente el rostro de una niña pura é indefensa...! Esa niña fué mi madre...! Yo, Mahiah el hijo de Zaka te devuelvo ultrage por ultrage! Toma... Miserable...!! Adios...!

Esto dicho, hirió bárbaramente con el palaustre, el rostro de Samuel... Al mismo tiempo aplicó con fuerza la piedra que tenía en la mano izquierda sobre la boca del judío...

Oyóse un grito ahogado, un estertor furioso...

Mahiah sintió estremecerse debajo de su mano la piedra que asentaba... Eran los dientes de Samuel que se hacía pedazos mordiéndola al exhalar el último suspiro...

El muro se dió por concluido, cuando estuvo tres piés por encima de la cabeza del ajusticiado...

La muchedumbre se dispersó silenciosa y hondamente conmovida.

Los gefes regresaron á la tienda de Ben-Allal.

Pocos instantes despues se anunció la vista de un peloton de ginetes que llegaron á todo correr de sus caballos cubiertos de polvo y de sudor.

Era Muller y la descubierta.

Desde la mayor distancia en que podía ser oído gritó con estentórea voz:

—A caballo! á caballo! (1)

(1) El autor escrupulosamente exacto en todas las descripciones pintorescas de su narracion ha querido dar á conocer á sus lectores, los usos y costumbres del pueblo árabe; en tal virtud, no podía hacer caso omiso de la relacion de la espantosa muerte de Samuel, porque dá una idea de la fría é inexorable justicia de los grandes gefes. En el imperio de Marruecos, y en toda la frontera, donde se desarrolla el drama de Medina, el empaderamiento es el suplicio destinado á los traidores y á los conspiradores.

En cuanto á la severidad implacable de los jueces del judío, está inspirada por el caracter del mismo Abd-el-Kader.

XIV.

LA BATALLA.

A la voz de alarma dada por Muller, todos los ginetes del gum se pusieron á caballo. La dacherá de los Beni-Kizás retembló con los toques de llamada, el ruido de las armas, y ese confuso y marcial rumor que precede á todo movimiento guerrero. Los caballos, libres al fin, de sus trabas, piafaban ó se encabritaban escitados por los ginetes que se complacian en irritarlos con el bocado y con las espuelas.

El pabellon de Medina y Aiha fué batido inmediatamente y cargado con todo el ajuar, sobre un camello. Las tres jóvenes encerradas en sus respectivos palanquines, eran conducidas por los esclavos hacia las gargantas de la sierra de Bogherá.

El califa, Al-Abib y Al-Arbi, salieron presurosos de su tienda que fué desarmada, plegada y enfardada en el acto. Los tres gefes aparecieron con su trage de combate, vestidos de diferente manera.

Ben-Allal tenía puesto en la cabeza un ligero turbante de muselina, estrechamente ceñido sobre un jaique de inmaculada blancura. Este jaique de tela rayada forma el marco de su noble frente y cae en graciosos pliegues á los lados de su rostro; debajo del trasparente tegido se vislumbra, desde sus hombros á la cintura, una vesta bordada de seda y adornada con gran número de botones blancos. La vesta, larga y abierta sobre su pecho, deja ver dos chalecos con una sola fila de botones. El *zerwal* sugeto á la cintura por una jareta, le cae en anchos pliegues sobre los muslos hasta debajo de las rodillas donde se abrocha. Calza botas de montar de marroquí rojo y completan su trage dos albornoces blancos como la nieve, puestos el uno sobre el otro, cuyos capuchones cubren las espaldas del anciano mezclando sus largos flecos de seda... La magestad, el gusto y la armonía entre las prendas de su vestido, parecen haber presidido al adorno de toda su persona.

Este trage era el que convenía al lugar-teniente de Abd-el-Kader, al creyente dispuesto á morir por su Dios, al verdadero martir del fanatismo musulman.

El califa no lleva armas... Desprecia la muer-

te y la desafía... Las armas solo debe blandirlas el robusto brazo de los jóvenes entusiastas y ardientes en la batalla... Un gran gefe debe marchar al combate como si fuera á un paseo; su mirada es la que debe herir al enemigo. Sin embargo, como insignia de guerra un ginete de pocos años le sigue llevando su espingarda, en tanto que el cadí de la deyrah abre su quita-sol.

Al-Abib tampoco lleva armas... Ciñe su frente el turbante verde (1) y cubre sus hercúleas formas un albornoz rojo galoneado de oro. La profunda tristeza de su alma se refleja en su actitud; permanece silencioso, sombrío; en su rostro se pinta la fatiga, en tanto que la honda cicatriz que surca su frente aparece encendida en este momento como si la sangre estuviese á punto de brotar. Un esclavo lleva su espingarda y se mantiene respetuosamente detrás de él,

La actitud, el traje y la arrogancia de Al-Arbi forma vivo contraste con la de los gefes. Lleva en la cabeza un jaique blanco, sugeto en la frente por una cuerda oscura de cerdas de camello que dá treinta vueltas en derredor de su craneo. Cubren sus hombros dos albornoces uno blanco debajo y otro negro encima cuya flotante capucha le cae sobre la espalda. Sobre la faja de seda que ciñe su cintura luce una canana bien provista de cartuchos; una gumiá damasquina y su par de pistolas de cañon largo y caja guarnecida de

(1) El turbante verde es el distintivo de los musulmanes que han visitado el sepulcro del profeta.

plata primorosamente cincelada: su zerwal es de paño azul y sus botas de montar de marroquí amarillo. Este traje severo, elegante y marcial que realza su gallarda apostura, es el mismo que en lo antiguo vestían los antepasados del pueblo árabe.

La fisonomía del morabito conserva todavía una espresion de inflexible cólera; pero esta espresion está dulcificada con una sonrisa que manifiesta la esperanza que abriga su corazon de obtener una completa venganza.

Los Jeques á caballo, se han formado en círculo en derredor de los gefes. Cada uno de aquellos está acompañado de un ginete de aspecto marcial, bien montado y llevando á la espalda, sugeto con un pañuelo de seda cruzado sobre su pecho, un junco de caña largo y flexible en cuya estremidad superior flota un banderín de vario color, ya verde ó amarillo, rojo ó negro, segun el adoptado por la tribu á que pertenece.

En la refriega, los gefes seguidos de su portabandera se lanzan al punto de ataque y son inmediatamente seguidos por su respectivo gum que obedece como un solo hombre á esta orden muda.

La música del califa solo espera la señal para romper la marcha precedida de dos grandes banderas que ondean al viento; esponiendo á la vista de los guerreros las divisas del Coran y las sagradas manos. (1)

(4) Todas las banderas de los árabes llevan bordados algunos versículos del coran y una mano abierta que es el símbolo del CAMINO RECTO.

Los esclavos conducen del diestro los caballos que los gefes han de montar durante la marcha. Mahiah enfrena, no sin trabajo, la impaciencia de una hermosa yegua negra que Al-Arbi montará en el camino; pues el arrogante Simoun, solo tasca el freno bajo la mano de su amo en las *fantasías* y en los campos de batalla.

Los gefes montan á caballo y los esclavos les calzan las largas espuelas y se retiran despues de haber besado la orla de sus albornoces.

Mahiah se pone á caballo de un salto sobre los robustos lomos de una inquieta jaca, que se encabrita escitada por los talones de su ginete. Los ojos del negro lanzan miradas sombrías y en sus lábios aparece una sonrisa fatal.

Hecha la señal, la música dió al eco de las llanuras la armonía de sus melancólicas tocatas. Tres mil ginetes rompieron la marcha en línea de batalla haciendo crugir las malezas bajo los cascos de sus caballos.

Muller, que durante los preparativos de la marcha ha permanecido á caballo, refiere á petición de los gefes, los pormenores de su correría por la llanura. Dice que ha encontrado los exploradores del ejército francés y afirma que este ejército, que vivaqueó la víspera delante de los montes Smiel, se ha trasladado á las vertientes opuestas de los cerros del Bogherá y amenaza caer sobre el Oasis de los Beni-kizás. Añade que ha encontrado los Jeques del Oeste, los cuales han contramarchado para cortar la retirada á los franceses,

y que los contingentes del Oeste se han reunido á los que venían retrasados formando entre todos una fuerza de mas de dos mil hombres de caballería con unos mil infantes kabilas acaudillados por el califa Ben-Thamy; y por último, que los *creyentes* se encuentran á seis horas de marcha de los *infieles*.

Al-Arbi aconseja á Ben-Allal que marche despacio para no tomar posiciones frente al enemigo hasta la puesta del sol, á fin de estar en comunicacion durante la noche con los contingentes del Oeste.

El califa convino en ello y la marcha se emprendió con lentitud.

.
.

El sol declinaba, ya próximo á desaparecer detrás de la cima de las montañas de Tlemsen, cuando las descubiertas árabes se detuvieron de improviso y prorrumpieron en grandes gritos haciendo señal al gum de acelerar el paso. Los gefes pusieron sus caballos al galope, y los ginetes rompiendo la línea de batalla desfilaron por las vertientes del Bogherá cuya cadena habían seguido. Llegados al punto donde había hecho alto la vanguardia, Ben-Allal, Al-Abib y Al-Arbi se detuvieron tambien.

Desde la elevada altura en que se habían situado, los gefes descubrieron el vivac de los cristianos como perdido en la inmensidad de la llanura y considerablemente empequeñecido por las

colosales proporciones del terreno que le rodeaba. Los puestos avanzados franceses estaban situados á la salida de las gargantas del Bogherá; y el puñado de valientes que cuidaba de su vigilancia se había reunido en un prado cubierto de vegetacion que tenía algunos pozos en medio de las arenas que le rodeaban.

Los gefes árabes decidieron en el acto rebasar los puestos avanza los y acampar sobre el flanco de los cristianos en medio de las agrestes quebradas y espesas malezas de la montaña. Este plan fué egecutado con órden admirable; y para dar mas importancia al número de combatientes, los Jeques hicieron desfilar uno á uno y por parejas toda la caballería á la vista del enemigo.

Un redoble de tambor retumbó en el centro de la montaña y los franceses se pusieron sobre las armas.

Los dos ejércitos se observaron el uno á pié firme y el otro sin interrumpir su movimiento. El general francés que sabía que su retaguardia estaba amenazada por la caballería de Ben-Thamy, mandó ocupar oportunamente el solo desfiladero practicable que se encontraba á su derecha; obligando, por esta prudente operacion, á los dos califas á reunirse por la llanura de arena descubierta que hácia su izquierda se extendía.

A la hora del crepúsculo de la tarde, el gum de Ben-Allal estableció su vivac sobre un terreno árido y pedregoso. Alzáronse tiendas, encendiéronse las hogueras, se echó pienso á los caballos,

se les dió agua que habían traído en odres, y se enviaron atalayas á todos los puntos favorables. Al-Arbi mandó algunos kabilas para que encendieran una grande hoguera sobre la cima del Bogherá; muy luego las cimas de los montes Smiel contestaron con una señal idéntica.... Los dos cuerpos de ejército se habían comprendido y pronto sus respectivos campamentos quedaron envueltos en las sombras protectoras de la noche.

Al rumor y pintoresco desorden de la instalación del vivac de Ben-Allal sucedió un silencio solemne, solo interrumpido, á intervalos desiguales, por los redobles de tambor y el sonido de las cornetas del ejército cristiano que tocaban orden (1) haciendo repetir á los ecos de la llanura esos acordes marciales cuyo recuerdo jamás olvida el soldado.

De improviso, Al-Arbi, que se había propuesto disponer el alma y el corazón de sus guerreros para la batalla, y al mismo tiempo anunciar con arrogancia su presencia al enemigo, mandó que la música del califa se situase en la arista mas saliente de las profundas quebradas y entonase desde allí sus cantos marciales.

Los oboes, el tan-tan y el zimzaní hicieron resonar en las montañas sus notas melancólicas y sus frases armónicas de lánguida expresión, haciendo todas las inspiraciones en esa triste y

(1) Cuando el estado mayor quiere comunicar órdenes á la tropa, cada regimiento ejecuta su toque reglamentario para la llamada á orden.

poética somnolencia tan agradable al pueblo árabe. Respondiendo á esa provocacion, la charanga de un regimiento francés tocó algunos aires nacionales cuyas marciales y brillantes armonías hicieron enmudecer á los músicos árabes.

Al-Abib y Al-Arbi se estremecieron al oir retumbar en las gargantas de la sierra aquellos acentos enérgicos y guerreros, que recordaban al uno la gloria de su juventud y al otro la grandeza de la Francia.

El silencio volvió á reinar durante algun tiempo en uno y otro campo.

Por último, el almuédano levantó la voz para llamar á los fieles á la oracion.

Viéndose Al-Arbi rodeado de los principales gefes y de numerosos guerreros, recitó los versículos consagrados, se prosternó é hizo las abluciones prescritas por el Coran. Luego dió algunos pasos hasta situarse delante de una hoguera cuyos rojizos resplandores iluminaron su semblante, y con las manos estendidas hácia su auditorio y los ojos alzados al cielo; exclamó, procurando dar á su voz un acento inspirado cual si lo recibiera de Dios.

—Oh creyentes....! *por el Coran glorioso! por la higuera y el olivo! por el monte Sinai! cuando el sol se quede sin luz, que las estrellas caigan! cuando el cielo se abra, cuando la tierra se aplane, sacuda la carga que la oprime y quede desierta y los mares hiervan! cuando el libro sea abierto! cuando suene la*

trompeta.... cada alma recordará sus obras y será juzgada. Los justos irán á la mansion de delicias y los prevaricadores al infierno.... Los justos estarán á la derecha y los infieles á la izquierda.... El paraíso abrirá sus puertas á los unos y el infierno las suyas á los otros. Los justos beberán en vaso de cristal y de plata las aguas de la fuente llamada *Selsebil*; se verán servidos por niños cuya juventud es eterna; vestidos con ropas de seda verde y de brocado y tendrán por esposas doncellas de mirada modesta, ojos grandes y negros y tez de una blancura resplandeciente semejante al color de la perla encarnada en su concha... Los perversos seran precipitados en horribles tormentos.... beberán agua hirviendo y comerán el fruto del *Dari*. (1)

Por los caballos que corren hasta perder el aliento, por los guerreros que combaten al amanecer: todo fiel muerto en la guerra santa, se sentará á la derecha de Dios y todo el que huya á su izquierda....! Mahoma ha dicho: «Cuando encontréis á los infieles pasadlos á cuchillo, y apretad las ligaduras de los cautivos que hagais....» Oh, creyentes! los infieles están delante de vosotros y os amenazan....! Dios me ha enviado para daros la victoria....! Mi brazo es fuerte; soy invulnerable....! Vereis mi bandera en lo mas apretado de la refriega; seguidla, que no puede caer....! Los ginetes que se intimi-

(1) El DARI es un fruto áspero, espinoso, reservado á los réprobos.

den serán malditos; mi caballo los despedazará con sus herraduras....! Los cristianos huirán poseídos de espanto....! Dios me lo ha revelado...! ¡Dios solo es grande, sabio, terrible..! El día de la libertad se acerca, llega... viene con el sol de la mañana.... Id á descansar y sed valientes... Id.

La muchedumbre se retiró silenciosa, penetrada de un religioso respeto hacia el morabito. La noche se pasó sin que ocurriese novedad alguna.

Los primeros albores del día descubrieron al ejército cristiano formado en orden de batalla, y á los gums colocados por tribus en su puesto de combate, precedidos de algunos tiradores diseminados en las malezas y en los accidentes del terreno.

Estos tiradores rompieron el fuego sobre los puntos avanzados del enemigo.

La division francesa solo contaba unos tres mil hombres, á pesar de haber sido reforzada con algunos escuadrones de cazadores de Africa y de Spais. Pero esta inferioridad numérica era un motivo mas para exaltar el valor de los soldados llenos de confianza en la inteligencia é intrepidez de sus gefes. Al nombre glorioso del general uníanse otros nombres queridos del ejército de Africa; y cada instituto, cada cuerpo estaba mandado por hombres escogidos acostumbrados á vencer.

El capitan de Candeuil, como queda indicado anteriormente, había reconocido el uniforme de su regimiento y salido al encuentro de sus com-

pañeros. Los oficiales que mandaban el escuadron encargado de practicar un reconocimiento en la llanura creyeron ver un fantasma al encontrar á su bravo camarada; apresuráronse á facilitarle el caballo de uno de los soldados y le condujeron á la tienda del general, á quien de Candeuil suministró todos los pormenores respecto á la situacion del enemigo, á la reunion de los contingentes y al número de hombres de guerra con que contaban.

Despues de haber maniobrado durante la mayor parte del dia en la llanura y en las montañas, los dos ejércitos se pusieron á punto de empuñar la batalla. Candeuil, impaciente por vengar sus ultrages y cautividad, se había equipado completamente de armas y uniforme, cuyas diferentes prendas le facilitaron una por una los oficiales de su regimiento. Cuando se vió á caballo al frente del escuadron, su alegría fué inmensa y se prometió entrar espada en mano en la deyrah de Ben-Allal para tomar una ejecutiva venganza de las ofensas recibidas. El recuerdo de Medina afirmó su resolucion.

Al poner el pié en el estribo, el capitan oyó que le decía Jourdain.

—Buena suerte, señor marqués.... buena suerte.

—Pero ¿qué es eso....? ¿No viene Vd, con nosotros....?

—Muchas gracias....! Me quedo con los bagajes.... Cada uno á su oficio, señor marqués; el

mio es el vivir mucho tiempo y comerme tranquilamente mis rentas.... Renuncio á Satanás...!

—¿Con qué se ha vuelto Vd. prudente?

—Mucho....!

—Pues mucho dure, y sea para bien.

—Capitan! exclamó en el momento que de Candeuil se alejaba; si encuentra Vd. á nuestro amigo Al-Arbi por ahí, acuérdesse Vd. de mí.... Sable ó pistola, me es igual....

—No olvidaré su recomendacion.

En este momento los tambores tocaron el paso de ataque, y los spais, á las órdenes de su intrépido coronel penetraron en una profunda barranca para envolver la posicion de Ben-Allal por su izquierda. Al mismo tiempo y á fin de ocultar el movimiento de la caballería, atacó la infantería de frente y á la carrera, en tanto que los cazadores y algunas piezas de artillería amagaban la derecha del enemigo.

El *magrzen* (1) estaba tendido en guerrilla en el frente de la línea de batalla esperando la orden para lanzar su grito de guerra. Por parte de los cristianos no se había disparado todavía un solo tiro; la infantería marchaba con el arma á discrecion y la caballería sable envainado. La division francesa maniobraba silenciosa... Silencio imponente que no interrumpían el miedo ni la idea de la muerte.

Los tiradores kabilas y los ginetes de van-

(1) No se habrá olvidado que el MAGRZEN es un cuerpo de tropas irregulares.

guardia insultaban á gritos á los cristianos y los desafiaban ajitando las espingardas y albornoces. Algunos gefes, y Al-Arbi el primero, habían cruzado á galope, á tiro de pistola de los puestos franceses, sufriendo impávidos y audaces una granizada de balas sin que ninguna les tocara.

El cañon dejó al fin oír su voz formidable, y los árabes fueron atacados simultáneamente por el frente y el flanco derecho, por los cazadores y la infantería francesa.

El terreno se disputó palmo á palmo.

El Kaitlausfan de los Beni-kizás, gefe de los kabilas, hizo prodigios de valor en la profunda cortadura que protegía la montaña y cuya defensa le había sido encomendada; en aquel enriscado lugar el combate fué porfiado, la lucha se sostuvo cuerpo á cuerpo por largo espacio de tiempo con rabia y encarnizamiento, y alternativas de victoria y derrota. Ben-Allal y Al-Abib, situados en una altura que dominaba la refriega y á la cual llegaban las balas, comprendieron la suma importancia de la posición que defendía el Kaitlausfan y enviaron en su auxilio algunos centenares de ginetes.

Al-Arbi y Muller, viendo la dirección que tomaban los cazadores, les salieron al encuentro á galope para cargarlos con vigor. Todos los gefes se lanzaron en seguimiento del estandarte del morabito á la cabeza de sus respectivos gums.

Los obuses franceses dirigieron una lluvia de proyectiles en medio de aquella caballería que se

dividió y subdividió en pequeños grupos con una precision y celeridad de movimientos admirables para hacer infructuosa la puntería de los artilleros.

Al-Arbi montaba la llegua en que había salido de la deyrah de Ben-Allal, no estimando todavía la refriega bastante empeñada para honrar con sus gloriosos peligros al arrogante Simoun: este generoso bruto, conducido del diestro por Mahiah, se encabritaba y daba descomunales bofetes á cada disparo de cañon.

En medio del ímpetu de su carrera, la llegua que montaba Al-Arbi se detuvo de improviso; dobláronsele las piernas y acabó por caer pesadamente al suelo.... Una bala de fusil le había herido en medio del pecho. Al-Arbi, arrastrado en la caída del noble animal, se puso en pié con presteza y con no menos celeridad asió por las crines á Simoun y sin poner el pié en el estribo saltó sobre la silla con la destreza y agilidad de un artista del circo olímpico.

Al-Arbi, ansioso de vengar el pasajero revés, clavó con fuerza las espuelas en los hijares de su valiente compañero de gloria; se levantó sobre los estribos; alzó la espingarda cuanto permitía la estension de su nervudo brazo y gritó con voz que dominó el fragor de la batalla:

—Adelante! adelante los mártires del Islam...!

Todos los ginetes empujados por aquel acento varonil, como el granizo por el viento del norte, dieron una carga furiosa, desesperada.

Al-Arbi estaba imponente, magnífico, al frente de aquel torbellino que hendía el aire y hacía estremecer la tierra: su caballo volaba en el espacio, saltando las breñas, las zarzas, las quebradas del terreno y los peñascos con una impetuosidad digna de su jinete.

Muller y Mahiah se mantenían casi al estribo del morabito.

Los cazadores harto débiles para resistir una carga tan desesperada, retrocedieron para tomar posiciones al abrigo de una batería que acudió en su auxilio y que rompió inmediatamente el fuego con bala y metralla y tanto acierto que sembró el terreno de cadáveres de hombres y caballos.

Los ginetes árabes sorprendidos por este rudo é inesperado ataque vacilaron y se detuvieron algunos momentos...

En el mismo instante oyóse un inmenso vocerío hacia la retaguardia de los franceses. El califa Ben-Thamy había bajado á la llanura y la inundó con sus ginetes... Los gritos de los árabes del Oeste reanimaron el valor de la caballería de Al-Arbi, que se lanzó de nuevo á la carga.

Los cazadores franceses, formados en columna compacta é impenetrable, devolvieron la carga al morabito. Esta columna lanzada audazmente sobre una meceta que llegó á ocupar haciendo prodigios de valor, arrolló todos los obstáculos, separó las fuerzas enemigas cortándolas por el centro y las persiguió con irresistible empuje hasta el pié de la eminencia desde donde Ben-

Allal y Al-Abib asistían á la refriega.

Al-Arbi vió, al frente del escuadron que formaba la cabeza de la columna enemiga, al capitán de Candeuil que hacía prodigios de valor y hollaba bajo los pies de su caballo los hombres que derribaba su acero. Harto preocupado con el éxito general de la batalla, el morabito despreció por el momento á su enemigo personal y trató de rehacer sus ginetes sobre la izquierda de los cazadores. Para realizar su propósito, Al-Arbi permaneció sereno é imperterrito durante un cuarto de hora, espuesto á los fuegos cruzados de la artillería, viendo caer á su lado los gefes mas valientes de su partido.

El movimiento de Ben-Thamy que debió decidir la victoria en favor de los árabes les fué, sin embargo, funesto.

El general francés, para quien no era desconocido el peligro que le amenazaba por la retaguardia, tenía emboscados sus mejores infantes y cuatro piezas de artillería.

Las masas irregulares de Ben-Thamy vinieron á estrellarse contra aquella muralla viviente: el choque fué tan impetuoso y el rechazo tan mortífero, que un terror pánico se apoderó de aquellas fuerzas mal disciplinadas, cuyos ginetes abandonando el primer punto de ataque, se dirigieron hácia los arenales para reunirse á las fuerzas de Ben-Allal. Este movimiento los acabó de perder: algunos escuadrones oportunamente escalonados los cargaron por retaguardia é hicieron en

ellos un sangriento destrozo.

En aquel instante la infantería francesa desalojaba á los kabilas de la torrentera y ascendía por la berga de la meseta donde se mantenían los gefes con un cuerpo de tropas escogidas.

En tal momento el califa Ben-Allal tomó de manos del esclavo situado á sus espaldas la espingarda que levantó en alto con un movimiento pausado y magestuoso. Al-Abib le imitó, y fué cosa de ver aquellos dos nobles y hermosos ancianos lanzar sus caballos en medio del tumulto y cargar bizarramente los soldados franceses rendidos por la fatiga y diezmados por el fuego.

La torrentera se llenó de cadáveres.

Al-Arbi respondió al grito de combate lanzado por el califa y por su padre precipitándose, de nuevo sobre los cazadores con la rábia de la fiera montaráz que rompe sus garras contra la empalizada que encierra el ganado.

La refriega y la carnicería se reanimaron y la victoria volvió á mostrarse indecisa.

El general francés, desembarazado de las fuerzas de Ben-Thamy, había reconcentrado las suyas y se disponía para acudir en auxilio de su vanguardia sin perder de vista las gargantas por donde debían desembocar los Spais.

De improviso una nube de polvo se desprende del suelo y se eleva hasta las nubes... Gritos sordos resuenan en los valles... Las entrañas de los montes se estremecen... Los albornoces rojos de los Spais aparecen sobre el campo de batalla y es-

tos impetuosos ginetes, para desquitar el tiempo perdido, pasan como un alud sobre los árabes fugitivos y caen con irresistible empuje sobre el gum de Ben-Allal.

Empieza la derrota, crece, se estiende, acaba por hacerse general... Los albornoces blancos y negros se pierden por la llanura y los caballos rendidos por la fatiga encuentran todavía un resto de vigor para huir.

Al-Arbi hace dar saltos á su caballo y se lanza sobre los fugitivos hiriendo colérico á los que se niegan á rehacerse... Muller y Mahiah quieren sacarlo fuera del campo de batalla. Resístese, vacila, y por último se decide; mas antes quiere desafiar por última vez la muerte. Al efecto se acerca á tiro de pistola al capitan de Candeuil, dispara contra él su espingarda y dirige su caballo hacia el monte bravo del Bogherá.

El del capitan cae mortalmente herido; de Candeuil monta en el que le ofrece un soldado; y obediendo la orden de sus gefes, se dirige al frente de un escuadron en seguimiento del morabito á quien solo acompañan Muller y Mahiah.

Al-Abib, fué separado de Ben-Allal por la impetuosa carga de los Spais, y tomó la direccion de los desfiladeros donde se han refugiado las mugeres y los niños de la deyrah. El califa huyó hacia Marruecos y el oasis de los Beni-Kizá.

De Candeuil empeñado con tenacidad en la persecucion de Al-Arbi, vé á este metido en un terreno muy accidentado y pedregoso, crée con razon

que su fuga será lenta por efecto de las dificultades que le opone la naturaleza, y espera darle alcance. En efecto, separándose de la dirección que tomaron sus soldados que forrageaban por el monte, el capitán, acompañado de solo un sargento, descubre los tres fugitivos forcejeando por abrirse paso con sus caballos por el centro de una espesa mancha de jara y lentisco.

Muller, viéndolos llegar, sepárase de su señor y se vuelve audazmente contra sus dos adversarios. El capitán le echa abajo de su caballo de un pistoletazo; pero al mismo tiempo el sargento cae mortalmente herido de un balazo en el pecho que le disparó Al-Arbi, quien exhaló un grito de cólera en tanto que cargaba de nuevo su espingarda.

Los dos implacables enemigos se encuentran al fin, á tiro corto de pistola: una profunda cortadura los separa.

La hora suprema ha llegado para uno de ellos; para los dos quizás. El odio amontonado en sus corazones desde su primer encuentro reboza fuera de sus pechos; sus miradas despiden mutuamente y cruzan incesantes relámpagos de furor; sus frentes y sus mejillas se cubren de una palidez mate.

Solo muertos caben los dos sobre la tierra.

El duelo de Mostagan empieza otra vez... La retirada es imposible para Al-Arbi que tiene á sus espaldas un escarpado y profundo derrumbadero, salpicado de rocas salientes que aparecen á flor de tierra, desde la cresta del rápido talud hasta

una hermosa pradera que se estiende al pié del enriscado cerro. El morabito ha sondado con su mirada audaz aquel abismo, cuya profundidad y aspereza le ha hecho sonreir con satisfaccion.....

Mahiah que no descuida ni un solo gesto, ni un solo paso de su amo, adivina su proyecto... En el mismo instante clava el puñal en el corazon de su caballo y esclama con voz quejumbrosa:

—Sidi; Sidi...! estoy perdido...! mi caballo está herido... se muere...!

El noble animal cayó en tierra arrojando un mar de sangre por la boca y las narices.

En tanto que Al-Arbi cargaba de nuevo la espingarda, el capitan le disparó su segunda pistola... Simoun exhala un relincho lastimero; levántase sobre los pies y cae como herido por un rayo... La bala de Candeuil le había roto el cráneo.

Al-Arbi, arrastrado en la caida de su caballo, hace desesperados esfuerzos por zafar la pierna que tiene cogida debajo del animal... Inútiles esfuerzos... tiene roto un muslo... Mahiah consigue sacarlo del empeño.

Esclavo, dice Al-Arbi con voz entera y acento tranquilo, cual si estuviera mandando la parada; apunta bien y despacio: tu espingarda es nuestra sola esperanza.

El cafre apuntó durante algunos segundos é hizo fuego; pero la bala se perdió en el espacio.

—Torpe! gritó furioso el morabito, torpe que no sabes defender á tu señor...! Cárgame esta pistola... pronto... y si no le atravieso el corazon nos

precipitaremos por el derrumbadero... Arrójase el capitán en la cortadura que le separa de su enemigo; y como se negara su caballo á obedecerle, echó pié á tierra, desenvainó la espada y subió por el opuesto talud. Al llegar á la berga sintióse detenido por una pierna... Era Muller que sin embargo de estar mortalmente herido se sacrificaba por su señor y quiere darle tiempo para huir... El veterano no cede por más que de Candeuil le ofrece cuartel si le deja en libertad y se aferra mas y mas á la pierna del capitán... Una descomunal cuchillada lo derriba... El leal servidor estira los brazos, y exhala el último suspiro con los ojos abiertos, alta la frente y el rostro impasible.

Mahiah cargó la pistola de Al-Arbi; pero no la cebó, arrojándose luego por el derrumbadero despues de haber hecho una señal de inteligencia á de Candeuil que le reconoció.

El capitán se precipita alta la espada sobre su enemigo... Gaston le apunta, tira del gatillo; la pistola permanece muda... Prorrumpe en una horrible imprecacion y arrastrándose hácia el borde del abismo se arroja por el despeñadero, dando saltos y rebotes, y golpeándose cruelmente contra los peñascos y guijarros, sin que de su pecho se exhale un solo gemido.

De Candeuil se acerca á la carrea al borde del abismo y vé con disgusto que la víctima escapada á su venganza, rueda como un torbellino por la accidentada pendiente hasta la pradera donde le espera una terrible venganza...!

Mahiah, que había advertido el pensamiento de su amo, había anticipado á su ejecucion; y merced á su robustez y agilidad de fiera selvática rodó por el despeñadero sin causarse el menor daño. Cuando el morabito estuvo tendido sobre la yerba del prado, herido, destrozado y jadeante, el negro se puso en pié á su lado y clavó en él una mirada rencorosa y triunfante.

—Ah! eres tú, Mahiah! dijo Al-Arbi; ayúdame á levantar... no puedo ponerme en pié...! Tengo sed... ¿Dónde está; donde está...?

—Quién? preguntó el negro con feroz sonrisa.

—Mi verdugo...! El enemigo de mi raza...!

—Hélo aquí.

—Dónde?

—Aquí...! Yo...!

Esto diciendo, el cafre se sentó sobre el pecho del hijo de Ibrahim; púsole una mano sobre el corazón y le miró con calma aterradora.

—¿Qué haces. perro...? levántame...!

—¿Recuerdas, dijo el negro clavando sus ojos inyectados de sangre en los irritados de Al-Arbi, recuerdas la razia que hicistes, hace doce años, en la tribu de los Beni-Kizás...? ¿Te acuerdas de mi padre á quien condenastes á morir en el mas horrible de los suplicios...?

—Sí...! gritó el morabito con acento enronquecido por la rabia.

—Pues bien; yo que soy su hijo debo vengarle en su cruel verdugo... y como lo matastes quiero matarte...!

—Entonces, acaba... date prisa, dijo Al-Arbi con el soberano desden que inspira á las almas bien templadas, la muerte y la abyeccion del verdugo que se la dá.

—Todavía no... quiero que tu agonía sea lo que no es para tí la muerte... Sabe, pues, què yo fui quien dió libertad al capitan francés, porque sabía que era tu enemigo... Que Kadidja, escitada por mí, fué cómplice en su evasion...: Que yo estrangulé al buitre Yacub.... y que entregaré tu hermana Medina á su amante...!! Que cuando me digistes que disparara sobre el capitan, desvié la puntería de su pecho, y que cuando cargué tu pistola, vacié el cebo en el suelo... Mahiah es prudente...! Ahora puedes morir.... Muere,.. hijo de Ibrahim...!!

El cafre hundió su puñal hasta el cabo en el corazon de Al-Arbi... y murmuró al recibir el último suspiro del morabito.

—Pobre Zaka...! pobre madre mía...! pobre esclava! regocíjate en tu sepulcro...! Los Bushuanas quedan vengados: el *Djelep es santo*...!

.

Pocos momentos despues, Mahiah se presentó al capitan de Candeuil, que rehacía sus cazadores sobre la meseta del cerro. Arrojó á sus piés una cabeza ensangrentada y le dijo:

—Hé ahí tu enemigo y el mio.

Aquella cabeza conservaba todavía su varonil belleza... Su boca un tanto contraída, parecía sonreir.

A instancias de Mahiah y sin esperar órdenes, el capitan de Candeuil se dirigió á escape con su escuadron hácia los desfiladeros donde esperaba encontrar la deyrah de Ben-Allal y la hija de Al-Abib.

El cafre montó el caballo de Muller y sirvió á lós cristianos de guía.

XV.

LA RAZIA.

El califa Ben-Allal, arrastrado por la derrota general, había dirigido á galope su caballo hácia la dacherá de los Beni-Kizás; y á pesar de haber dado orden al Agá, encargado de la custodia y conduccion de las mugeres, de dirigirse hácia el territorio de Marruecos para esperar allí el resultado del combate, el anciano gefe había tratado en vano de rehacer algunos fugitivos para dirigirse hácia el refugio de Medina y Aiha.

Los Spais infatigables en la persecucion de los árabes desbandados, no dieron tregua ni reposo á los vencidos; y cruzando los desfiladeros del Bogherá, habían caído como un huracan sobre el lugarejo kabila, incendiado sus gurbís y destruido sus jardines y plantaciones, arrebatando al califa

toda esperanza de reunir su deyrah.

Mas afortunado Al-Abib, había sido arrollado por las cargas de la caballería francesa hácia un desfiladero que conducía, línea recta al campamento de las mugeres, por un camino horrible, casi intransitable.

Con la desesperacion en el alma y la frente enrojecida por la vergüenza, el soberbio vencido regresaba á su aduar, rogando al Dios de las batallas que salvase la vida de su hijo.

Ben-Allal llegó solo á una meseta del Bogherá que separa el imperio de Marruecos del pais de Tlemsen: detúvose para dar descanso á su caballo rendido por la fatiga, y volvió el rostro hácia la llanura inundada de sangre... Sus ojos se nublaron al contemplar aquel espectáculo de imponente desolacion.

El oasis de los Beni-Kizás, aquel delicioso vergel, vivero de las flores y de las frutas de toda la comarca, ardía por todos cuatro costados. Un humo espeso y ceniciento se cernía como una nube tempestuosa sobre las cabañas reducidas á escombros y sobre los árboles que ardían como teas resinosas. Un viento sur empujaba las llamas que incendiaban el monte y las malezas que cubrían los cercanos cerros; las casas de los kabilas se desmoronaban crugiendo con siniestros estallidos; los reflejos del incendio general iluminaban los flancos de granito de los picos, y prolongaban su resplandor hasta las arenas de la llanura.

Por la vez primera en su vida, Ben-Allal sintió su alma desfallecer... sus ojos se llenaron de lágrimas que rodaron por sus pálidas mejillas y desaparecieron en sus blanca barba... Una sola frase pronunciaron sus helados labios...

—*¡Alá-el-Kebar!* ¡Dios es grande...!

Palabra sublime que espresa la mas sublime resignacion.

El venerable anciano, envuelto en sus anchos vestidos blancos manchados de sangre, derramaba lágrimas de rabia y de dolor sobre su pais destruido y asolado por el huracan de la guerra.... Vencido, fugitivo, solo, sin familia, sin otro amigo ni fortuna que su caballo, dirigió tristes miradas sobre los montones de escombros que le rodeaban y se inclinó vuelto hacia el Oriente dirigiendo á su implacable destino esta exclamacion:

—¡Dios es grande....!

Ben-Allal es el génio del pueblo árabe vencido por la civilizacion. Génio que aparece moribundo en los límites de su imperio, cubierto de su primitivo esplendor, luchando hasta el último momento, y cayendo dignamente rodeado de toda la magestad de su grandiosa poesía.

El califa sintiéndose desfallecer con la sangre que derramaba de dos heridas, echó pié á tierra; y dirigiéndose al ángel que recoge las palabras piadosas de todo creyente en el momento supremo, dijo:

—Quiero morir sobre este suelo que he dispu-

tado tanto tiempo á los cristianos.... Quiero cerrar los ojos para no ver el espectáculo de su latrocinio... quiero exhalar mi último aliento como mis cuatro hijos sobre el campo de batalla.... Llegad, franceses codiciosos.... Llegad y cortad la cabeza al anciano gefe de los Djafrás y del Angaed.... Su alma sube al cielo para dar testimonio ante Dios de vuestras crueldades...!

El noble guerrero cayó de hinojos, vaciló como la encina cuyo tronco recibe los últimos golpes del hacha del leñador, se recostó sobre un brazo y entregó su alma á Dios; tendido sobre el helecho, á los pies de su caballo, que con el cuello tendido, enhiestas las orejas, las narices dilatadas y los miembros estirados, olfateó á su glorioso amo como para reanimarle.

.
.

El Agá encargado de conducir las mugeres, los ancianos, los niños y los ganados de la deyrah del califa y de los Beni-Kizás, había penetrado en los desfiladeros del Bogherá. Despues de largos rodeos subió, guiando la caravana, á una altura de difícil acceso, cubierta de arbolado y sumamente áspera, desde cuya meseta se veía en la profundidad un vallecito encerrado entre cuatro montecillos contiguos y de terreno desigual, en términos de ser casi intransitable para la caballería. En este vallecito el Agá, en cumplimiento de las órdenes que había recibido, ocultó la deyrah. Las tiendas de las mugeres fueron levantadas entre jaras y

monte alto, donde los ganados pastaban libremente.

Medina, Aiha y Kadidja estaban reunidas bajo el mismo pabellon. En cada uno de aquellos semblantes, ricos de juventud y de belleza, brillaba distinta expresion. Aiha se manifestaba melancólica; su matrimonio, interrumpido á causa del ataque de los cristianos y aplazado hasta el dia despues de la batalla, podía malograrse. Esta idea llenaba su alma de inquietud y le causaba despierta una cruel pesadilla. Al-Arbi, que había salido ileso en cien combates, podía ser herido mortalmente por una bala francesa, y la victoria, contra todas las probabilidades, favorecer una vez mas á los enemigos del verdadero Dios.... La pobre niña, perdida en un mar de tristes presentimientos, pasaba por la situacion de todos los amantes que se rodean de lúgubres fantasmas.

Medina, tranquilizada acerca de la suerte del capitan, entregábase sin reserva á la tierna agitacion de un gozo inefable. El beso que rozó su mano en aquella noche dichosa de la evasion del prisionero, había, por decirlo así, quemado sus dedos.... ¡Era el primero de su amante....! ¿Sería el último....? Su corazon afligido, pero libre del peso que le oprimía, palpitaba resignado aunque sin perder la esperanza. Sus ojos que el cautiverio del capitan había llenado de lágrimas, no las derramaban ya; empero alzábanse frecuentemente hácia el cielo para pedirle que le permitiera ver al que solo podía animarlos.

Kadidja parecía haber duplicado el atractivo de su belleza; su frente radiante y el resplandor de su rostro, lejos de amortiguar la delicadeza de los rasgos de su fisonomía, realzaban su expresión. La soberbia mora se entregaba sin reparo á los delirios de una alegría impetuosa. La venganza había derramado en sus venas hasta la última gota de su hiel y de su veneno.... Contemplaba á Aiha con la feroz satisfacción del buitre que harto de sangre y de carnicería estrecha todavía entre sus garras la avecilla tímida que aprisionó durante su vuelo.

Había contado Kadidja uno por uno los disparos de cañon que desde el comienzo de la batalla habían retumbado con sonido pavoroso en los valles y desfiladeros de la montaña.... O Al-Arbi es vencido y muerto en la refriega, ó regresa vencedor y magnífico al lado de su bella prometida... En este último caso, el puñal que oculta bajo su corpiño derribará á sus pies al morabito y herirá sin compasión á la hija de Ben-Allal....! Si por el contrario Al-Arbi encuentra la muerte sobre el campo de batalla y los partidarios del Emir son vencidos, Aiha, herida por una mano segura y celosa, será la víctima expiatoria del perjurio.

Mientras llega la buena ó mala nueva, las tres jóvenes sentadas una frente á otra hablan solo del asunto que preocupa su atención.

Kadidja fuma su chibuc y llena el interior de la tienda de un humo ligero y odorífero. Un rico pebetero, puesto sobre un trípode á la entrada

del pabellon, quema los mas esquisitos perfumes. El silencio y la inquietud reinan en la tribu.

Oyóse de improviso un nuevo cañonazo; Kaddidja alzó la frente que había inclinado pocos segundos antes y exclamó, con el rostro radiante de júbilo, en tanto que su corazon palpitaba con violencia:

—Parece que aun no ha terminado la batalla....!

—Pues qué! murmuró Aiha toda trémula; ¿los cristianos se defienden todavía?

—Al ver que había cesado el cañoneo interrumpió Medina, creí que los nuestros habían triunfado.... Pero ya no se oye nada, nada....

—¡Nada....! repitieron Aiha y la mora.

Trascurridos algunos minutos de silencio, Kaddidja exclamó de nuevo:

—*Los ángeles han dado la voz de alarma...! Eblís recoge las cabelleras...! El Dios terrible se revela á los guerreros...!*

Apenas la esposa de Al-Arbi acababa de pronunciar estas palabras sentenciosas, cuando las mugeres y los niños de la tribu, creyendo que había terminado la refriega subieron á los cerros del valle para satisfacer su anhelante curiosidad, registrando la montaña con sus inquietas y penetrantes miradas.

Temiendo el Agá que esta imprudencia comprometiera la suerte de las familias confiadas á su custodia, hizo bajar aquella muchedumbre ansiosa de noticias y la encerró en sus tiendas.

Después de dos horas de angustias y mortales sobresaltos, apareció un guerrero en la pendiente de uno de los cerros.... era Al-Abib. Su caballo cubierto de polvo y de sudor y rendido por la fatiga estaba á punto de ceder bajo el peso del jinete; sin embargo, hizo un postrer esfuerzo escitado por las espuelas que desgarraban sus ijares, bajó con paso firme por entre las peñas de la vertiente del cerro y vino á caer delante de la tienda de Medina.

En el acto el Agá y toda la tribu rodeó al gefe. Al-Abib, fijó una ardiente mirada en aquellas madres y esposas que con el terror retratado en el semblante, las manos juntas y la espalda encorbada por el dolor no se atrevían á dirigirle una pregunta, y les dijo con acento breve y feroz:

—¡Vuestros hombres y vuestros hijos han muerto....!

Levantó precipitadamente la cortina que cerraba la entrada de su tienda y exclamó con dolorido acento:

—Hijas mías! nos han vencido....! es forzoso partir....

—¿Y mi hermano? interrumpió Medina; mi hermano....!

Aiha y la mora inclinaron el cuerpo hácia delante para oír la respuesta de Al-Abib.

—Nos hemos separado en medio de la refriega; creo que está con Ben-Allal.

—Luego ¿mi padre vive? exclamó Aiha con ruidosa alegría.

—Cuando lo perdí de vista no estaba herido... Espero que Dios no le habrá desamparado.... ¡Quién puede conocer el porvenir....! Ay de mí!

Kadidja había requerido su puñal; pero lo abandonó esperando para ejecutar su venganza tener nuevas noticias de Al-Arbi.

—¿Y Mahiah? preguntó.

—Lo dejé con mi hijo.

Kadidja no pudo disimular una sonrisa de júbilo. El corazón de aquella mujer de rostro angelical era implacable.

Al-Abib hizo llamar al Agá y le mandó levantar inmediatamente el campo. Esta orden comenzó á ejecutarse en el acto.

En esto, un hombre asomó la cabeza por encima de las rocas que coronaban uno de los cuatro cerros.

Este hombre era Mahiah que detenido en su camino por las dificultades del terreno que su caballo se había negado á vencer, echó pié á tierra y ascendió con la lijereza del mono por las fragosidades de la montaña. Habiendo descubierto el negro el refugio de la deyrah, se lanzó á la carrera por la enriscada pendiente y llegó rápido como una exhalacion á la tienda de Al-Abib en el momento en que iba á ser levantada.

—Deteneos, deteneos! gritó el cafre: todos los caminos están cortados por los cristianos... vuestro refugio no es conocido.... Esperad aquí; esperad aquí....!

—¿Y mi hijo? exclamó Al-Abib irguiendo con

magestad la frente.

—¿Tu hijo...?

—Sí, ¿qué es de él...? ¿se ha refugiado en Marruecos?

—Ha muerto.

—Muerto....!!

—Los cristianos han cortado su cabeza.... lo he visto.

El cafre acentuó lentamente estas últimas palabras finjiendo la mayor pena y espanto... Triunfabam....

Al-Abib se dejó caer sobre la alfombra con el rostro lívido, la mirada fija y brillante, los puños apretados y falto de movimiento y de respiración.... En su inmenso dolor no encontraba lágrimas para llorar....

Medina y Aihá se arrodillaron á su lado y recostaron la frente sobre sus hombros, esforzándose en vano por contener los desgarradores sollozos que se escapaban de su pecho.

Kadidja permanecía en pié; dirigió al negro una ardiente mirada, sacó lentamente el puñal y se acercó disimuladamente á la hija de Ben-Allal.

Mahiah, adivinando el intento de la mora, se abalanzó hácia ella; asió su mano entre sus nervudos dedos y le apretó con fuerza.

El puñal se escapó de la mano de Kadidja; el negro lo cubrió con su ancho pié; y mirando cara á cara á la asombrada mora, repitió su frase favorita:

· · Mahiah es prudente....! Todo lo vé....! El *Djelep* es santo.... El *Djelep* es sábio....!

Kadidja lanzó una iracunda mirada al enemigo que de improviso se atravesaba en su camino... Comprendió instantáneamente que había sido un instrumento, un juguete en manos del cafre; y la rabia que esta idea encendió en su corazón la sujirió un pensamiento horrible, inaudito.

Al-Abib, insensible á todo lo que pasaba en su derredor, conservaba la inmovilidad de la muerte; y las dos amigas inclinadas sobre él no se apercibieron de la tentativa criminal de la morani de la generosa intervencion del negro....

Aprovechando el silencio y estupor de esta escena, Kadidja descolgó una bolsa de pólvora de Al-Arbi, suspendida á un travesaño de la tienda, y rápida como una exhalacion se acercó al brasero del pebetero y la vació en las áscuas con intrépida prontitud.

Prodújose una sorda y violenta explosion que incendió la tela de la tienda.

Kadidja cayó junto al brasero, horriblemente mutilado el rostro y con los vestidos ardiendo...

Mahiah, loco de terror, levantó á Aiha entre sus robustos brazos y la sacó de la tienda por medio de las llamas; luego precipitóse de nuevo en busca de Medina que le gritaba con desgarrador acento:

—Mi padre....! mi padre... Salva á mi padre..!

En este instante el vallecito fué invadido por todos lados. Los cazadores y Spais, guiados y pre-

De Candeuil se presentó en el momento en que Mahiah salía de la incendiada tienda, conduciéndolo entre sus brazos á la hija de Al-Abib medio desmayada.... El capitan permaneció arrodillado junto á Medina, en tanto que el negro prodigaba los mas respetuosos cuidados á la hija de Ben-Allal.

—Mi padre.... mi padre...! exclamó la desconsolada jóven; salvad á mi padre...!

Al-Abib permanecía inmóvil y sentado en el mismo lugar donde le sorprendió la noticia de la muerte de su hijo. Al ver á de Candeuil, púsose súbitamente en pié y estendió los brazos para asirlo.... Sus lábios entreabiertos no volvieron á cerrarse.... Su pecho exhaló un prolongado suspiro y cayó cuan largo era entregando su alma á Dios sin agonía y sin convulsiones.

• • • • •

De la tienda de Medina solo quedan un monton de cenizas y dos cadáveres calcinados.

Despues de dar sepultura á los restos de Al-Abib y de Kadidja, los cazadores entregaron al capitan de Candeuil un medalloncito encontrado sobre el corazon del anciano gefe.... Este medallon maltratado por la accion del fuego, representaba todavía las facciones de la baronesa de Ulm.

La razia pasó como un torrente desbordado, como un huracan de los trópicos sobre la deyrah... Todo fué saqueado, quemado ó dispersado... Nada escapó de las manos del vencedor.

.

La espedicion hecha en el círculo de Tlemsen, despues de haber obligado á las tribus no sometidas á aceptar la paz, y tomado rehenes á los Jeques que pidieron el *aman*; volvió triunfante á la ciudad cabeza del distrito militar. El general en gefe deseoso de girar una visita en toda la provincia se trasladó á Oran y á Mostagan escoltado por algunos escuadrones de cazadores y de Spais.

Por este medio, pues, el capitan de Candeuil reg esó á la ciudad donde había ocurrido el primer acto del terrible drama en el cual había representado uno de los primeros papeles.

Medina y Aiha, servidas leal y respetuosamente por Mahiah, llegaron tambien á Mostagan en pos de los soldados victoriosos.

Al mes de estar en la plaza, dirigieronse una mañana, dando el brazo á Mr. Jourdain, hacia la

playa, donde las esperaba una chalupa que debía conducir las á un buque de vapor listo para hacerse á la vela.

El capitan había solicitado y obtenido licencia temporal y regresaba á Francia con sus dos cautivas.

Mahiah había revelado á la hija de Ben-Allal el lazo de parentesco que la unia á Medina, consolándola hasta donde humanamente podía, con esta buena nueva, de la muerte de su padre el califa. Empero guardó el mas profundo silencio acerca de los pormenores de la de Al-Arbi. En cuanto á descubrir á Aiha que era su tio materno, nunca se atrevió el jóven cafre.

En el momento en que los marineros empuñaban los remos para hacer la chalupa á la mar, Mahiah entregó al capitan los pagarés que firmó con Mr. Jourdain á la orden del judío Samuel. Candeuil devolvió el suyo al negro diciéndole:

—Este dinero te pertenece; lo has ganado real y legalmente; tómallo y con él serás rico en todas partes.... Síguenos á Francia; allí vivirás feliz al lado de tus amigos.

—No, respondió el cafre: Mahiah debe morir donde murió su madre... Mi tia la hermana de la pobre Zaka está alli, en la playa, y me llama...

Y como el capitan le pusiera el pagaré en la mano, el negro lo hizo menudos pedazos y exclamó:

—Mahiah no vende sus servicios; es el esclavo del *Djelep*! Mahiah ha hecho traicion á sus juramentos... Si te siguiera á tu pais los huesos de

su madre le acusarían de cobarde... porque... porque había jurado esterminar la raza de Al-Arbi y le falta valor para herir á Medina.... Medina es hermana de Al-Arbi...! Idos, sed dichosos en el pais de los cristianos... Un dia, quien sabe... empujado por el demonio, el hijo de Zaka podría cumplir la última voluntad de su madre... Idos, *Mahiah es prudente!*

El negro empujó la chalupa con el pié y huyó por el arenal donde luego se perdió de vista.

Un cuarto de hora despues, del barco del vapor solo quedaba un largo trozo de humo que se destacaba entre el cielo y la mar.

XVI.

LA ABADESA.

La Señora de ‘‘‘‘, abadesa del capítulo noble de Sta. Ana de Baviera, era una gran señora en toda la acepción de la palabra. Aunque emparentada con las familias mas nobles, había preferido la vida modesta y retirada al brillo del mundo y dejado á su hermana menor la princesa Tzaritzin, una de las perlas mas preciadas de la buena sociedad de París y Sanpetersburgo, la mayor parte de sus inmensas riquezas.

La abadesa era algo mas que una gran señora; era una santa muger, modelo de piedad y de beneficencia, que daba á cada instante un mentís solemne á esos detractores que pretenden no encontrar la virtud en parte alguna y sí en todas el vicio y la hipocresía. Sus manos caritativas

llevaban el pan á los pobres hasta en sus mas lóbregas viviendas y recaudaban todos los dias con infatigable teson en favor de esas clases demasiado olvidadizas, algunas veces ingratas y siempre dignas de compasion, que viven de la limosna de los ricos harto calumniados.

La abadesa de la cual Al-Arbi nos hizo un retrato poco fiel, habíase instalado en un convento del cual no tenía la inmediata direccion; pero lo administraba y sostenía, al menos con sus consejos, sus ofrendas, su ejemplo y el respeto que inspiraba.

Cuando Medina fué enviada á Francia, el corresponsal de su padre, Mr. Gutbert, que estaba en relaciones comerciales con la abadesa, se dirigió á esta señora á fin de que tuviese á bien elegir una casa de educacion para la jóven musulmana.

Gozosa de hallar una ocasion de ganar una alma para el cristianismo y prendada de la belleza y modestia de Medina, la abadesa la tomó bajo su proteccion, merced á cuyo distinguido obsequio la jóven fué recibida como pensionista fuera de las clases cristianas.

Madama de'''' que estimaba cada dia mas y mas á la bella neófita, tuvo el sentimiento de separarse de ella, en la época que anteriormente hemos citado, quedándole el doble pesar de no haber purificado enteramente su corazon profano, y de perder una amiga acreedora á su mayor aprecio.

.

En el mes de Setiembre de 1844, á eso del medio dia, la abadesa que no gustaba de levantarse temprano, encontrábase en el saloncito donde en otro tiempo había recibido al baron de la Garde, sentada junto á un veladorcito sobre el cual se veían un periódico, libros y algunas cartas.

Sirviéronle el chocolate; mas antes de mojar la primera sopa, madama de''' rompió la faja del periódico de su predileccion y á fuer de hija de Eva, fijóse desde luego en la seccion de noticias y sucesos diversos y leyó á media voz:

«Dicen de Marsella: Una tierna ceremonia acababa de regocijar el corazon de los fieles de nuestra Iglesia. Una jóven musulmana de encantadora belleza, llegada de Africa en el último vapor correo, ha recibido el sacramento del bautismo en la mañana del anterior domingo en la iglesia parroquial de''' El Ilmo. obispo de''' le administró el agua de redencion y la hermosa cristiana ha distribuido cuantiosas limosnas que han enjugado las lágrimas de muchos infelices.»

El Semafore añade: La señorita Medina (este es el nombre de la jóven y bella convertida) saldrá muy en breve para París donde su llegada producirá una viva sensacion en el mundo elegante, puesto que durante el invierno de 1843 fué una de las jóvenes mas distinguidas de la aristocracia parisiense.»

La abadesa leyó y releyó diferentes veces esta noticia; y entre dudas, vacilaciones y congeturas abrió un parte de casamiento que había recibido

aquella misma mañana, creyendo soñar al leer lo siguiente en la esquila:

«La señora marquesa de Candeuil participa á Vd. el enlace de su hijo el capitán marqués de Candeuil con la señorita Medina de Ulm.»

—Medina de Ulm...! exclamó la abadesa... Pero ¿es este un cuento de las *Mil y una noches*...? Y ese pobre barón de la Garde...?

Un criado anunció desde la puerta del salón:

—El Sr. Marqués y la Sra. marquesa de Candeuil.

Medina y el capitán entraron.

La marquesa de Candeuil se arrojó en los brazos de la abadesa y la besó con la mayor efusión de cariño.

—Querida hija mía...! murmuró la abadesa entre beso y beso; explicad este enigma... ¿se ha pronunciado el convento?

.
.

Lector, si la memoria te ayuda, hazme el favor de contar de nuevo mi historia. La abadesa te escucha.

FIN DE LA OBRA.

LISTA DE SEÑORES SUSCRITORES.

(CONTINUACION.)

- 58 D. José Maria Moreno.
- 59 » Ignacio Lopez.
- 60 » José R. Rivero.
- 61 » Francisco de Paula Cerero.
- 62 » Soledad Baquerizas.
- 63 » Manuel Lucena.
- 64 » Nicolas Sanchez.
- 65 » Mamerto Larrosa.
- 66 » Joaquin García.
- 67 » Gabriel Buy,
- 68 » José Reboredo.
- 69 » Vicente Bellon.
- 70 » Juan José Moreno.
- 71 Circulo Nuevo de la plaza de la Li-
 bertad.
- 72 » Pascual María Domingo.
- 73 » Antonio Abril.
- 74 » Joaquin Alvarez.
- 75 » Juan de Dios Alvarez.
- 76 » José Saavedra y Ciebra.

- 77 » Ramon de la Miyar y Dumont.
- 78 » José Polera.
- 79 » Cayetano de Ester.
- 80 » Leopoldo Bilbao.
- 81 » Pedro Chacon.
- 82 » Evaristo Hñe.
- 144 » Manuel Verger.
- 83 » Trinidad Balparda.
- 84 » Antonio Mihura y Olmedo.
- 85 » Agustin María de la Cuadra.
- 86 » Angel de Ayala.
- 87 » Alberto Fernandez.
- 88 » José María Illana.
- 89 » Manuel Carrera.
- 90 » Manuel Cuadrado.
- 91 » Antonio del Aguila.
- 92 y 93 » J. M. de I. Goyena.
- 94 » Ramon del Toro Sanchez.
- 95 » Melquiades Mavillar.
- 96 » El Marqués de Gaviria.
- 97 » Adolfo Rodriguez de Palacios.
- 98 » Alejandro Clausells.
- 99 » José María Lorca.
- 100 » José María de Torres.
- 101 y 102 » Eduardo Aguirrevengoa.
- 103 » Francisco F. de Heredia.
- 104 » Pedro Vega.
- 105 » Gumersindo Ortiz.
- 106 » Juan J. de la Lastra.
- 107 » José Velazquez Gaztelú.
- 108 » Sr. Marqués de la Paniega.
- 109 » Manuel Cabral Bejarano.
- 110 » Agapito G. Aceña.
- 111 » El Circulo de Labradores.
- 112 » Eduardo Cano.
- 113 » Enrique Roncali.

(Se continuará.)

LIBRERÍA DE LOS HIJOS DE FÉ.

CALLE TETUAN NÚM. 19.

MANUAL POPULAR DE GIMNASIA DE SALA
médica é higiénica, ó representacion y descripcion de los movimientos gimnásticos, que no exigiendo ningun aparato para su ejecucion, pueden practicarse en todas partes y por toda clase de personas de uno y otro sexo; seguido de sus aplicaciones á diversas enfermedades, por D. G. M. Schreber.

DE LA SALUD DE LOS CASADOS, O FISILOGIA
de la generacion del hombre é higiene filosófica del matrimonio, por el doctor Seraine, autor de los Preceptos del matrimonio y de la Salud de los niños; traducida de la última edicion francesa por don Joaquin Gassó, profesor de medicina.—Obra aprobada por la autoridad eclesiástica.

CANCIONERO POPULAR, COLECCION ESCOGIDA
de seguidillas y coplas recogidas y ordenadas por don Emilio Lafuente y Alcántara, de la real Academia de la Historia.

El Cancionero popular consta de dos volúmenes en octavo buen papel y esmerada impresion, de mas de cuatrocientas paginas cada uno, comprendiendo el primero mil quinientas seguidillas, clasificadas convenientemente, y precedidas de un discurso sobre la poesía popular. El segundo contiene tres mil coplas, con numerosas variantes y notas.

Esta importante obra es conveniente á todas las clases de la sociedad y puede considerarse como el verdadero libro popular. Se vende al ínfimo precio de 28 rs. en Madrid y 34 en provincias, franco de porte.

LA DAMA DE LOS TRES CORSES, POR CH. PAUL
de Kock. Novela ilustrada con una lámina grabada en acero. Un tomo en dosavo, 12 rs. en Madrid y 14 en provincias, franco de porte.

LA BARONESA BLAGUISKOF POR CH. PAUL
de Kock. Novela ilustrada con una lámina grabada en acero.

Un tomo en dosavo, 12 rs. en Madrid y 14 en provincias, franco de porte.

TAQUINET EL JOROBADO, POR CH. PAUL DE Kock. Novela traducida por D. Mariano de Rementeria, hijo. Un tomo en dosavo, 12 rs. en Madrid y 14 en provincias franco de porte.

LOS HIJOS DEL BOULEVAR, POR CH. PAUL de Kock. Novela ilustrada con una preciosa lámina grabada en acero. Un tomo en dosavo, 12 rs. en Madrid, y 14 en provincias.

EL ASNO DEL SEÑOR MARTIN, POR CH. PAUL de Kock. Un tomo en dosavo, acompañado de una hermosa lámina grabada en acero. Precio, 12 rs. en Madrid y 14 en provincias franco de porte.

LA JOVEN DE LAS TRES ENAGUAS, POR CH. Paul de Kock. Novela ilustrada con una preciosa lámina grabada en acero. Un tomo en dosavo, 12 rs. en Madrid y 14 en provincias, franco de porte.

UN RACIMO DE GROSELLA, POR EL MISMO autor. Novela ilustrada con una lámina grabada en acero. Un tomo en dosavo, 12 rs. en Madrid y 14 en provincias, franco de porte.

LA FAMILIA BRAILLARD, POR EL MISMO AUTOR. Dos tomos en dosavo, 24 rs. en Madrid y 28 en provincias, franco de porte.

UNA MUJER CON TRES CARAS, POR EL MISMO autor. Dos tomos en dosavo, 24 rs. en Madrid y 28 en provincias.

LOS FILIBUSTEROS. POR M. GUSTAVO AIMARD. Un tomo en 8.º, 14 rs. en Madrid y provincias, franco de porte.

LOS TIRADORES INDIGENAS, POR EL MISMO autor. Un tomo en 8.º, 14 rs. en Madrid y provincias, franco de porte.

LA LEY DE LINCH, POR EL MISMO AUTOR. Tercera edición. Un tomo en 8.º, 14 rs. en Madrid y provincias, franco de porte.

LOS MERODEADORES DE FRONTERAS, POR EL mismo autor. Segunda edición. Un tomo en 8.º, 24 rs. en Madrid y provincias, franco de porte.